

**REVISTA
DE
LA
BIBLIOTECA
NACIONAL
JOSE MARTI**



Revista de la Biblioteca Nacional José Martí

Director anterior: JUAN PÉREZ DE LA RIVA (1964 m. 1976)

Director: JULIO LE RIVEREND

Consejo de Redacción:

OLINTA ARIOSA, RAMÓN DE ARMAS, ENRIQUE CAPABLANCA, MANUEL COFIÑO,
CARLOS FARIÑAS, MANUEL LÓPEZ OLIVA, ENRIQUE SAÍNZ.

Jefe de Redacción: SALVADOR BUENO

Redacción: CARMEN SUÁREZ LEÓN

Canje: Revista de la Biblioteca Nacional José Martí
Plaza de la Revolución,
Ciudad de La Habana, Cuba.
Télex: 511963

ISSN 0006-1727

Primera época: 1909-1912

Segunda época: 1949-1958

Tercera época: 1959-

La *Revista* no se considera obligada a devolver originales no solicitados.

Cubierta:

Encuadernación jimagua en tres partes. Contiene una sola obra: *Heures et Offices de la Sainte Vierge*, impreso en París en 1658. La primera parte realizada en marroquín rojo, con filetes, hojas y hierro puntillado. La segunda en marroquín solamente y la tercera en marroquín azul adornado como la primera parte.

Grabado en metal, 9 x 9 cm. En: GRUEL, LEÓN. *Manual Historique e Bibliographique de l'Amateur de Relieures*. París, 1905.

Revista de la Biblioteca Nacional José Martí

Año 75/3ra. época-vol. XXVI Mayo-agosto, ~~1983~~ 1984
Número 2
Habana, Cuba

Cada autor se responsabiliza
con sus opiniones

TABLA DE CONTENIDO

EN EL 80 ANIVERSARIO DE ALEJO CARPENTIER

LUIS SUARDÍAZ

Esplendor del siglo de las luces 5

SALVADOR BUENO

Alejo Carpentier y el Fundador de Ciudades 25

ARACELI GARCÍA-CARRANZA

*De la colección Alejo Carpentier Valmont: un inmenso
y creciente donativo* 37

REFLEXIONES LITERARIAS E HISTÓRICAS

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ

*Rubén Martínez Villena: el marxismo entra en el pen-
samiento económico cubano* 41

ENRIQUE SAÍNZ

Aproximación a la poesía de Regino Boti 65

NICOLE SIMON

*Francis Lavallée, (1800-1864. Vicecónsul de Francia en
Trinidad y corresponsal de la Sociedad de Geografía.* 81

VIRGILIO LÓPEZ LEMUS	
<i>Una introducción a la poesía cubana</i>	101
JULIO LE RIVEREND	
<i>Problemas de la formación agraria de Cuba</i> <i>(siglos XVI-XVII) (Capítulos III, IV y V)</i>	137
CRONICAS	
NORBERTO SILVETTI PAZ	
<i>Agosti, un crítico de la sociedad</i>	177
HÉCTOR P. AGOSTI	
<i>Una sola devoción esperanzada en el hombre argentino</i>	180
SALVADOR BUENO	
<i>Ciclo sobre el XXX Aniversario de Los Pasos Perdidos</i>	186
CINTIO VITIER	
<i>Palabras en el Homenaje de la Biblioteca Nacional José</i> <i>Martí a Samuel Feijóo por sus setenta años</i>	188
RESEÑAS	
ANA CAIRO	
<i>Tres legítimos monumentos a José Martí</i>	193
VIRGILIO LÓPEZ LEMUS	
<i>Llega de Italia</i>	198
LISTA DE LIBROS ADQUIRIDOS EN EL EXTRANJERO	201
COLABORADORES	203

Esplendor del Siglo de las Luces

LUIS SUARDÍAZ

I

De los grandes maestros cubanos que sostenían nuestra literatura en la vertiginosa década del cincuenta, el menos cercano, el que más exigía a los que nos iniciábamos en este interminable aprendizaje era indudablemente Alejo Carpentier. No porque sus títulos nos llegaran del exterior y él mismo radicase por entonces en el extranjero, sino porque sus signos —bien escogidos y mejor plasmados en la escritura— no se amistaban con los lectores bisoños o, menos aún, con los sangrientos mata-dores del tiempo.

Alguna vez he contado mi admiración, y mi desconcierto, cuando desemboqué a los diecisiete años en *Viaje a la semilla* y *El Camino de Santiago*. No se hallaban asociados a la sazón a los modernísimos y sobrecogedores versos de Lope de Vega (“¿Qué capitán es éste, qué soldado de la guerra del tiempo?”), pero de qué otra cosa podían nutrirse, en qué otra aventura podían meternos, y qué detenida cárcel los contendría sino el tiempo. El tiempo en su guerra sin cuartel. Poco después, teniendo como fondo la lucha contra la tiranía de Batista, leímos *El acoso*. La música de Beethoven nos deslumbraba, pues la adolescencia se aviene con las tempestades, lo trágico, lo huracanado; no obstante despojé de toda divina música el relato para fijarme en la descripción de esa zona habanera que aún no conocía (“A pesar de que estuviese sonando la segunda llamada, permanecían todos allí, enracimados, por respirar el olor a mojado, a verde de álamos, a gramas regadas, que refrescaba los rostros sudorosos, mezclándose con alientos de tierra y de cortezas cuyas resquebrajaduras se cerraban al cabo de una larga sequía”). Enseguida me orienté hacia el drama del hombre acosado, sin olvidar a los personajes fatalmente secundarios, como el taquillero humillado por esa mujer insolente, cubierta de pieles, deshumanizada, emputecida. Me desconcertó ese derroche de elementos, ese hilvanar menudas situaciones sin abandonar la caracterización del personaje central, inmerso en un momento de extrema violencia. No me preocupaba demasiado, en verdad, el resultado de la breve novela, acaso

porque para mí leer es en ocasiones volver a inventar. Claro que al final uno debe sentirse satisfecho o decepcionado con el producto artístico que consume, pero si la estructura es buena y el pulso que guía es firme, cada capítulo es una obra cerrada, poblada por personajes sugerentes. De manera que *El acoso* respondía a severas expectativas. Ahora bien, ¿cómo, era, que pensaba y dónde se hallaba ese autor cuya obra acusaba una rara e intensa profesionalidad? Su larga estancia en Venezuela, y lo confuso de nuestra situación política, impedían que los nuevos establecieran relaciones personales con Alejo y con otros autores entre los que recuerdo a Félix Pita Rodríguez y Nicolás Guillén, avecindados en Caracas o Buenos Aires.

Con el triunfo de la Revolución retornarían estos tres escritores que habían participado —junto a Juan Marinello y Leonardo Fernández Sánchez— en el congreso de intelectuales convocado para defender al hombre español y su cultura y celebrado en la España combatiente de 1937. Retornarían también otros muchos cubanos de distintas generaciones, intereses y oficios que la persecución política o las presiones económicas habían lanzado lejos de su tierra. Unos sabedores de que una nueva época comenzaba, otros sencillamente aliviados por la caída de la tiranía, conformes con un simple cambio en la superficie.

Mi primer encuentro con Alejo pudo haber sido en la pequeña librería *La tertulia*, en 27 y K, que en esos días auspiciaba una no declarada peña y era sitio de reconocimiento y encuentro, de gozoso descubrimiento, pues libros notables o de reciente aparición se juntaban en sus escuálidas estanterías, propiciando diálogos y polémicas, *tientos y diferencias*. Pero no fue así: lo conocí en el Palacio de Bellas Artes, sede a la sazón de la dirección de Cultura del Ministerio de Educación. Para entonces ya había leído *El reino de este mundo*, su primera novela importante, que describe el Caribe y su vasta y antigua pelea, aunque su centro es Haití. O más exactamente un episodio clave de su intenso drama con tal fuerza poética, con tal precisión que, al decir del poeta René Depestre, para los lectores de aquel deslumbrante y torturado país hermano tiene la significación de un texto clásico y autóctono. Conocíamos asimismo la sinfonía de *Los pasos perdidos*, novela que entrega las claves de su gestión artística y esclarece su condición de intelectual ligado a una cultura, un continente, una esperanza. Hablamos con cierta frecuencia a partir de entonces con Alejo. Especialmente cuando colaboramos con las ferias del libro que pusieron en circulación diez títulos básicos de nuestra cultura.

Junto a Manuel Scorza, Alejo era el animador de estos festivales, no por romanticismo sino porque siempre entendió el papel que el escritor —desdoblado muchas veces en editor y promotor— debía desempeñar en una revolución.

II

Aun así yo seguía sin conocer al autor de *Tientos y diferencias*. Su conversación mesurada, amena, instructiva, no tendía a lo confesional. Su intimidad quedaba resguardada por un sutil e impenetrable escudo, la discreción dejaba fuera de los diálogos cotidianos u ocasionales los naufragios y los éxitos personales. Como no conocía nuestras andanzas, a veces en el envés de una anécdota inquiría si teníamos conocimiento de la obra citada —ya se tratara de Huidobro o Thomas Mann— y se admiraba de que nuestro comandante en jefe, Fidel Castro, y muchos escritores de nuestra promoción mostraran interés por *Juan Cristóbal* y en general por Romain Rolland, que él suponía vivo únicamente en el recuerdo de los hombres y mujeres de su tiempo. Así estos tanteos le servían para medir nuestras adquisiciones, preferencias y desconocimientos. Sus hacendosos cincuenta y cinco años no le habían mellado el espíritu ni maniatado el pensamiento. Acostumbrado como estaba a andar largos y complicados caminos, lo mismo se desempeñaba en la cátedra que en una discusión viva como aquella que organizó la UNEAC en 1963 a propósito del *filin*. Pero enseguida uno advertía que era enemigo de perder el tiempo en tertulias huera, esas que tantos desgastes han causado en las filas de la intelectualidad.

En enero de 1963 pasé a formar parte del grupo de dirección de la Editorial Nacional de Cuba que encabezaba Carpentier. Durante cuatro años le vi presidir complicadas reuniones, conocer y ajustar planes de impresión, proyectos de colecciones o series que intentaban abarcar lo divino y lo humano y que trenzaban autores de todas las tendencias, épocas, latitudes, géneros. O estudiar diseños de portadas, revisar traducciones, poner en marcha campañas de divulgación, en fin, todo lo que compone el delicado y apasionante trabajo editorial. Fue entonces que pude acercarme algo más al escritor y entender cómo lograba estructurar esas obras ricas, abundantes, sorprendentes como la bodega de un barco que traslada especias, herramientas y misterios de un continente a otro.

Temo repetir lo que se ha dicho aquí, en este oportuno Coloquio, pues aunque estas notas son en cierto sentido el

resultado de una meditación más bien larga, mi turno es uno de los últimos y lo que para mí puede ser un descubrimiento para algunos amigos es una verdad antigua y clara. Pero quiero insistir en que la obra de Alejo —y no solo *El siglo de las luces* que es el centro de nuestro Coloquio— se halla justificada, amenazada y sostenida por el tiempo. No este físico, unidimensional que nos desgasta sino principalmente el que fustiga nuestra psiquis, el que nos llama desde una fortaleza vikinga o un caballo mambí y nos espera, impaciente, en la nave espacial que se dirige a otra galaxia, el que ocupa un espacio diríamos infinito entre una oración y otra del diálogo del hombre consigo mismo. Virginia Woolf quiso un *Orlando* que envejeciera despaciosamente a lo largo de tres centurias, Carpentier por su parte ha vivido cinco siglos con sus personajes y ha intentado con buen éxito transmitirnos comportamientos psicológicos, texturas, olores, paisajes humanizados y deshumanizados. Ahora bien no estaba en su ánimo contar el surgimiento, desarrollo y decadencia de un país sino el nacimiento, la conmoción de un mundo en el que se integran todos los rostros del hombre. Para él ese hombre no tiene sentido sin su historia, por eso nos advierte que puede empezar a contar la saga del ser humano en cualquier circunstancia, pues lo que le interesa es su esencia, esa que no es inmutable, que acusa la impronta de las formaciones socioeconómicas, las necesidades de una clase social. Pero, como la historia del ser humano no tiene sentido si se reduce a los filos y tempestades del azar, cuando él sitúa sus personajes en las fraguas del descubrimiento, en la ciudadela haitiana, en el cruce de contradicciones del Orinoco o en las arenas de Playa Girón, se pronuncia siempre por el devenir, por el desarrollo, por el progreso, por ese movimiento fecundo sin el cual el hombre sería efectivamente un ser desvalido e indefenso. De ahí que no estorbe la época y sus costumbres (siempre ejemplarmente tratadas y descritas por nuestro escritor) para ver en medio de ese prodigioso despliegue barroco, al hombre y su pensar, al hombre y su constante hacer. Es de este modo como veo el proceso del tiempo en Alejo. Y fue eso lo que me retuvo desde *El camino de Santiago*, *Viaje a la semilla* y *El acoso*. Cualquier autor apresurado e impaciente se hubiera conformado con muchísimo menos para caracterizar, exponer y resolver asuntos novelescos. Algunos relatos y novelas de narradores que muestran esa prisa o ese desgano resultan medianamente útiles, mas la mayoría se quedará en las zarzas de su entorno. No ocurre, no ocurrirá así con Carpentier que señaló un camino

a los escritores que pretendían y pretenden revelar nuestras raíces.

Viajar en los gallardos o desmantelados barcos del siglo XVIII, para precisar una acción o ajustar un diálogo, no significa necesariamente evadirse cuando el artista, el inventor de realidad, se afinca en su tiempo. Sin embargo algunos comentaristas o casi escritores mal formados por los lemas del capitalismo ramplón, los mismos que solían entusiasmarse con los agujereados filmes de corsarios y piratas, atados a su desposeída infancia, se enredaban en la narrativa carpenteriana, y los más ignorantes creían ver metafísica donde había lúcidas aproximaciones al materialismo histórico, así pues declaraban (declaran todavía) confuso, hermético y distante lo que es esencia y síntesis.

No soy de los que piensan que la obra de Alejo es un largo ensayo sometido a las leyes de la narración, pero menos aún puede ser encasillada en la especulación pura, el regusto solitario por la imagen deslumbrona o la descastada orfebrería, pues hallo constantes evidencias —ninguna de ellas casuales o complacientes— del hombre y su agonía triunfal. Y el que lea con serenidad, hallará el abejeo de las masas asediando o incitando a los protagonistas. Es cierto que en cada una de sus obras —y *El siglo de las luces* no es ni con mucho la excepción—, Alejo anuncia, caracteriza, sugiere fenómenos propios de la filosofía o la historia, y con harta frecuencia de la cultura artística, estas virtudes aparecen como innecesarias, superfluas para más de uno. Sin embargo, a nuestro parecer la novela que únicamente cuenta las peripecias de unos escogidos personajes y utiliza los acontecimientos, el medio geográfico, como telón de fondo, la novela que nada más se ocupa de sentimientos y emociones que le permitan al escritor mostrar su fuerza verbal, su capacidad imaginativa, su voluntaria desligazón de toda realidad social, así como la descripción que se entrega al objeto y se somete a él, el viaje a la evasión sin retorno, el uso de resortes artísticos que, descoyuntados y sueltos no representan nada, no es un logro (esa novela y todo lo que pudiese representar) de nuestro tiempo. Y ¿qué vigencia puede alcanzar, qué perspectiva? No importa que editores y críticos sin enjundia le rindan tributo al tecnicismo de última hora, sazonado con unos granos de violencia y un poco de salsa picante sexual, el tiempo las pasará a cuchillo. En cambio, con la madurez que la Revolución propicia en los lectores, rotas ya las redes de la enajenación burguesa, obras como las de Carpentier inevitablemente se consolidarán.

A veinte años de su publicación hay tres aspectos que me interesan principalmente en *El siglo de las luces*: a) La Habana, como escenario escogido y cuidadosamente reconstruido, no únicamente porque un centenar de páginas se consagren a su descripción y homenaje, sino porque toda la trama se mantiene unida a esta persistente dominadora por hilos bien visibles. b) El lenguaje. Poético, sin perder su condición de prosa bien fraguada, voluntariamente cargado de luces, sonoro, sólido en su estructura y sin embargo siempre en admirable movimiento. c) El inconformismo, la rebeldía de los protagonistas que virtualmente se precipitan en los grandes cambios, en la revolución social.

La novela, escrita en las islas soñadas —Guadalupe, Barbados— y en el valle de Caracas entre 1956 y 1958 y pasada en limpio —con todas las precisiones, añadiduras y ajustes que esto implica, sobre todo en el caso de Carpentier— en Cuba, después del triunfo popular encabezado por Fidel Castro, aparece al fin en 1962. Ahora bien la edición cubana, bellamente lograda en sus juegos tipográficos y su atractiva envoltura magenta, comienza a circular entre nosotros a últimos de 1963. Los nortes azotaban el largo y momentáneamente desierto malecón, el gris cerraba tempranamente la tarde en la avenida del Puerto, los palacios, accesorias, buhardillas, establecimientos y caserones sufrían la persistencia de la lluvia fina. Lo recuerdo nítidamente porque fue entonces que comencé a desentrañar esas calles, descubriendo los secretos de la piedra, el hierro, la madera, las plazas y recovecos que no habían sido testigos de mis esparcimientos infantiles ni escenario de esas meditaciones propias de los adolescentes. Los nombres —campanudos o ingenuos— de las calles, la descripción de las iglesias, los sucesos relevantes del tiempo ido me habían llegado a través de novelas como *Cecilia Valdés* y de artículos, crónicas, recuerdos de sabios escritores y experimentados periodistas. Alejo nos proponía la misma capital fascinante de Villaverde, pero situada en las décadas anteriores, sin que todavía aparezca la portentosa mulata como una luz en las fiestas de medianoche. Además, Villaverde no describía edificaciones, detalles artísticos, luces y sombras naturales sino grupos de personajes secundarios en torno a la gran figura; pasiones, temores envueltos en trajes de colores, bailes plenos de sensualidad... en su atractiva y a la vez descuidada prosa. Sin embargo él, como su talentoso sucesor, hace crecer la gran capital ante nuestros ojos. Yo meditaba en esto mientras el pálido viento de diciembre estimulaba mi fantasía. Por eso no me detenía en el argumento,

los protagonistas, el coro de voces secundarias sino en la atmósfera de *la ciudad de la columnas* que entonces el fotógrafo Gasparini intentaba interpretar con sus cámaras, bajo la dirección de Alejo que recomendaba un sitio, sugería un ángulo y se asombraba de hallar nuevos significados en las sucesivas tomas.

De esa manera veía la antigua capital con sus desgastes y permanencias, sus nuevos afluentes, sus blancas u opacas luces, y me sumergí horas después en la novela cuyo título no hacía suponer un inicio tan nutrido de cosas nuestras; encontraba otros perfiles en las fotos de Paolo y, por si fuera poco, veía con ojos de joven editor el incesante crecimiento de los tres volúmenes de apuntes que Emilio Roig de Leuchsenring pronto entregaría a las prensas, basados en esa misma protagonista dueña de piedras, colores e intensos sonidos. En las calles amistadas con el gris, un reciente ejército de arquitectos, restauradores e investigadores andaba a la caza de monumentos que demandasen remozamientos y reconstrucciones. Lecturas, imágenes, barruntos, fuentes, columnas, portones, patios, vitrales, ruidos y luces por entre los que pasaba con su mínima humanidad radiante Víctor Manuel. Aquel era también "un invierno de anticipados crepúsculos". Y a veces no sabía si era la modernidad o la antigüedad la que sostenía la ficción ("Una hoja de palmera cayó en medio del patio con ruido de cortina desgarrada. El viento traía olor de mar, de uno tan cercano que parecía derramarse en todas las calles [...]. Las hojas de las palmeras del patio habían cobrado una pesadez de hierro forjado").

La gran estrella del Caribe, vista en el entrecruzamiento de los miradores, fijada en las fortalezas, mansiones y calles de piedra del siglo XVIII, aunque descrita según los patrones literarios de nuestro avanzadísimo siglo, y explorada por un autor recién llegado de provincia, después del deslumbramiento de la revolución desatada y conducida por Fidel.

Pero al fin entro en el asunto, me asomo a los espacios llenos. Establezco relaciones con Carlos, Esteban, Sofía, Víctor, los protagonistas. Cuatro que para la mayoría de los críticos son tres, puesto que el primero tiene la misión de abrir y cerrar el libro (oficio curioso de los modestos sobrevivientes que no se metieron en la brega, destino en sombras de los personajes secundarios, que sirven para anunciar y agigantar la acción de los escogidos como símbolos; contrafiguras, rostros voluntariamente desdibujados). Sin abandonar a los principales personajes en sus movimientos, voy siguiendo

el esplendor de la obra: "...aquella barca que cruzaba la bahía bajo un tórrido sol de mediatarde cuya luz rebrillaba en todas las olas, encandilado por la espuma, la burbuja, quemante en descubierto, quemante bajo el toldo, metido en los ojos, en los poros, intolerable para las manos que buscaban un descanso en las bordas". Una poética definición que me parece válida para este siglo y aquel: "La ciudad *gigantesco lampadario barroco* [el subrayado es mío], cuyas cristalerías verdes, rojas, anaranjadas, colorearan una confusa roncalla de balcones, arcadas, cimborrios, belvederes y galerías de persianas." Ahora podemos deducir la psicología de los moradores que todavía no serán enteramente personificados: "Era una población eternamente entregada al aire que la penetraba de brisa y terrales, abierta de postigos, celosías, de batientes, de regazos, al primer aliento fresco que pasara. Sonaban entonces las arañas y girándulas, las lámparas de flecos." Avanzamos, exploramos las piezas: "Aquí la luz se agrumaba en colores, desde el rápido amanecer que la introducía en los dormitorios más resguardados." No escapan al narrador los dobles significados de los objetos singularmente trabajados ("rejas diluidas en volutas tan ajenas al barrote que eran como claras vegetaciones de hierro prendidas a las ventanas") ni los olores —frescos, oscuros, húmedos, fuertes, sutiles, penetrantes—, que en toda ciudad bien plantada se mezclan o permanecen intactos y que nos dan, más allá de sus componentes, de sus esencias, noticias de un sitio, certidumbres de la hora del día, de la estación y de un modo inequívoco informaciones de que se bebe y se come en casas y mesones, cafetines estrechos y restaurantes de abolengo. Hay olores que nos recuerdan a México, a Caracas, a Praga, a París, a Berlín, a Madrid. El viajero llega al lugar conocido y enseguida lo recibe un olor (o la suma de olores que ya se juntan en otro significado) inconfundible. Estos que Alejo invoca nos descubren *la ciudad de las columnas* en las etapas que a la narración conviene fijar. El autor, famoso por el acopio torrencial de elementos, no ignora el papel de la síntesis que precisa lo que la abundancia no es capaz de aislar bajo la luz. Nuestros sentidos son sometidos a un trabajo casi físico —por más que sepamos que esta descripción se halla congelada en la página impresa y no en eso que hemos convenido en llamar "vida real" (... "vastas casonas repletas de cueros, salazones, panes de cera y azúcares prietas, con las cebollas de largo tiempo almacenadas que retoñaban en sus rincones oscuros, junto al café verde y el cacao derramado por las balanzas").

Ya estamos en el sitio escogido. Ya vivimos las andanzas de nuestros nuevos amigos y nos admiramos del cercano crepúsculo que "pronto incendiaría el cielo".

III

Alexis Márquez hablaba hace pocos días —en el *Caimán Barbudo*, con ocasión del encuentro que allí sostuvimos— de la influencia ejercida por Carpentier en los narradores de las últimas promociones en Venezuela y otros muchos países de nuestra América. Esa influencia, ese desplazamiento que la obra del autor de *Consagración de la primavera* acusa ahora no se limita a las comunidades hispanoparlantes, pues pocos autores contemporáneos se traducen con tanta prisa y atención, pocos se leen con tanta fruición. Sin embargo, los tremendistas que emergieron con los albores de la Revolución le negaban la sal y el agua a quien era ya entonces un consagrado —y también a otros escritores de obra madura y seria. Es bueno recordarlo a la luz de estos recuentos. Aquellos ambiciosos novatos le pedían la cabeza a todos los viejos y nuevos que no comulgaran con sus desplantes y han terminado de vástagos estériles del imperialismo. En esto hay, cómo no verlo, mucho de impotencia. Impotencia que imposibilita la fecundación, la creación de títulos significativos, sea cual sea la trama que se traigan entre manos.

Si examinamos el catálogo de libros de aquellos que abandonaron el país, huyendo no de persecuciones personales sino del reino de este mundo, el de la sabia justicia popular, saltan a la vista las incongruencias entre el supuesto *radicalismo* de la primera hora y el producto que ahora lanzan al mercado. Esto es más visible en Cabrera Infante. En toda su recurrencia, en sus naderías que él finge heroicas, pero específicamente en ese aparatoso naufragio, en esa densa frustración que es *La Habana para un infante difunto*. Detenido en fisgonerías, torpes balbuceos, pasatiempos, se mete como personaje sin evolución en los días de los desgobiernos auténticos, en los umbrales de la sangrienta tiranía y enhebra fatigosos chistes, erotismos tomados de innumerables autores, y plañideras nostalgias, ahora que ya no es un principiante de gestos agresivos —envuelto en el humo de la palabrería— sino un guionista envejecido —siempre al borde del desequilibrio— al servicio de los estudios fílmicos capitalistas, que una vez quiso hacerse pasar por explosivo literato independiente a fin de ocultar su visceral resentimiento, sus desbastadores complejos, su incapacidad para dar un paso hacia adelante. Lo mejor de esta obra —documento

extenso de la caducidad y la impotencia— es su título, válido para caracterizar a esa mesnada de fugitivos que hoy intentan hacer pasar por meditada filiación política lo que es incapacidad para fundar, mientras sueñan con un pasado ruin, como si hubiese sido entonces tierra de promisión la capital saqueada y triste. Un pasado contra el que se rompieron los huesos millones de hombres y mujeres explotados y humillados. En esas calientes brumas se abren los ojos de estos difuntos, incapacitados para ver el drama popular, estos que aúllan su hambre de poder personal al pie de los enrejados y vedados jardines de la burguesía.

Esa es la desasida, desgajada cultura que pretenden defender en oposición a la tantas veces comprobada —por propios y extraños— labor cultural de la revolución triunfante. Ante la impresionante relación de hechos luminosos, logros hasta ayer insospechados, no tienen otra opción que retornar a las cerradas madejas de la re-invenición y en su afán de *rescate* de lo anterior llegan a confundirse con los que añoran la mustia marihuana, las hostias de cocaína, la prostitución más descarada, las muertes por hambre o por torturas. Así era y así sigue siendo en sus pavorosos intentos literarios La Habana de esos descastados hace mucho difuntos. Esa imagen quiere hallar un complemento en las ciudadelas de los exiliados entregados al terrorismo, la extorsión, la adulteración, en cuyo lamentable vacío existencial creen ver “los mejores exponentes de la cultura cubana de hoy”. Son los mismos que negaron la autenticidad de todo producto cultural anterior a ellos, cuando emergieron con la ola de las masas victoriosas y se apoderaron de algunos órganos de difusión y cargos públicos en el alborear de nuestro irreversible proceso. Son los mismos que se proclamaron filo de la vanguardia, los que desdeñaron la obra de Carpentier a quien consideraban vencido, extranjerizante y lejano y, por supuesto, incapaz de esas soñadas *audacias* formales que ellos iban a protagonizar con su desbordante *originalidad*.

Algunos han llegado más lejos: niegan que haya existido nunca una cultura cubana y aun describen a nuestra América como oscuro campo sin cultivo. Sus amos, los dueños de sus dañados cerebros, los imperialistas a los que una vez dijeron combatir, difunden a través de los hilos de las transnacionales estos engendros en un intento por detener el desarrollo, en esencia revolucionario, del arte y de la literatura de nuestros pueblos.

Ante esa borrosa caricatura que la frustración propone, ¿cómo no volver a la verdadera ciudad, cómo no trastearla, cómo no reconocerla en las postrimerías de un siglo explosivo? Carpentier nos brinda sus ficciones, cargadas de realidad, para que podamos entender mejor la categoría de otras invenciones, ensayos, crónicas, laboriosas interpretaciones. Hay más cercanía, más vida en aquella lejana del autor de *El recurso del método* que en las desfiguraciones de los pusilánimes en fuga.

Quiso, por otra parte, la casualidad que hace unas horas estas fortalezas, estas severas casas de vivienda, estas límpidas piedras e iluminados cristales, estas plazas secularmente azotadas por el viento fueran reconocidas por la UNESCO como parte del patrimonio de la humanidad. La Habana de Cirilo Villaverde, de Julián del Casal, de José Martí, la de los maravillosos muchachos del treinta, la que no pudo deshacer la tiranía batistiana, cada vez más ancha, más clara en sus barrios nuevos, pero ligada para siempre a estas columnas y que en nuestra primera edad era como un ser vivo en la "Sinfonía urbana" de Rubén Martínez Villena que no se conforma con un lírico paso de cámara sino que nos obliga a recorrer con él cuatro momentos de la cambiante jornada (*Créscendo matinal, Andante meridiano, Allegro vespertino, Morendo nocturno*) para que podamos comprobar cómo la luz cambia el peso y la forma de la materia inanimada y los estados de ánimos de los heterogéneos habitantes, no tan solo de este casco prestigioso y antiguo sino también de otras zonas hirvientes, jadeantes, apresuradas

*Los ruidos cotidianos fatigan el ambiente:
pregones vocingleros de diarios matinales,
bocinas de carruajes que pasan velozmente,
crujidos de maderas y golpes de metales.*

.....

*y escúchase en la vasta quietud del mediodía
como el jadear enorme de la fatiga humana.*

.....

*Tonos crepusculares de nácares y rosas
sobre el mar intranquilo que se dora
y se argenta
y la noche avanzando y envolviendo las cosas
en un asalto ciego de oscuridad hambrienta*

.....

*y todo este silencio de noche sosegada
en donde se adivinan angustias y querellas
en el dolor oculto de la ciudad callada.*

Y cómo no recordar la que nos parecía misteriosa y única en los versos de Nicolás Guillén.

*La Habana con sus caderas
sonoras
y sus mojadas ojeras
a todas horas.
Danza de pasos medidos
danza la muerte,
y le cuidan el mar fuerte
seis marineros dormidos*

A esta ciudad incuestionablemente legendaria y viva, bastión del ayer y piedra fundadora de otras auroras, está ligada *El siglo de las luces* en su viaje por el mundo. Los hechos que estremecen las conciencias europeas y americanas están vistos *desde aquí*, como hemos advertido ya y como más adelante ratificaremos.

En cuanto a los protagonistas mayores y personajes secundarios, nada más señalaremos lo que nos ayude a fijar su ideología y sus motivaciones. Esteban, que “gustaba de lo imaginario y lo fantástico” y que para algunos es el personaje más cercano a Carpentier —acaso porque en la novela se dice que San Esteban es “patrón de quien hubiese nacido un día 26 de diciembre” y es esa la fecha de nacimiento de nuestro novelista—, vive las lógicas contradicciones de su clase, pero es incuestionablemente lúcido, los conceptos resultan claros en él y son válidos para tiempos cambiantes sus hipótesis y definiciones.

Cuando Carlos invoca a Dios —apenas en la página 72—, Esteban responde con fuerza “Dios no pasa de ser una hipótesis”. Buena entrada para la magnificada Sofía que dice con altiva agresividad: “Estoy cansada de Dios, cansada de las monjas, cansada de tutores y albaceas, de notarios y papeles, de robos y porquerías, estoy cansada de cosas como estas que no quiero seguir viendo.”

Víctor Hugues ha sido modelado con paciencia y maestría por Carpentier, la crítica se ha cebado en el contradictorio personaje que utiliza más ropajes y máscaras que un actor. Hambriento de poder, de beneficios materiales y voz de mando, justifica ante Sofía el comercio de sedas que lo entretiene (“Es

una manera de luchar contra la tiranía de los monopolios. La tiranía debe ser combatida bajo todas las formas"). Para entenderlo hay que examinar con cuidado los postulados de la filosofía que lo sustenta. Otro personaje necesario, el "médico" Ogé, califica de enorme el decreto que autoriza a los mestizos a ocupar cargos públicos, y afirma:

...la revolución está en marcha y nadie podrá detenerla [...]. Hemos rebasado las épocas religiosas y metafísica; estamos ahora en la época de la ciencia [...] la estratificación del mundo en clases carece de sentido [...]. Hay que privar al interés mercantil del horroroso poder de desatar las guerras [...]. La humanidad está dividida en clases, los opresores y los oprimidos. La costumbre, la necesidad y la falta de ocios impiden a la mayoría de los oprimidos darse cuenta de su condición: la guerra civil estalla cuando la sientes.

En boca de Ogé pone el narrador encendidas alocuciones: "...los gobiernos —dice el mulato— tienen miedo; un miedo pánico al fantasma que recorre Europa. . . Llegaron los tiempos, amigos, llegaron los tiempos". Durante dos jornadas los personajes fugitivos del poder español establecido en Cuba hablan sin cesar del tema central, la revolución ("Hablar de revoluciones, imaginar revoluciones, situarse mentalmente en el seno de una revolución, es hacerse un poco el dueño del mundo"). Como en una vieja postal en movimiento vemos los pequeños ingenios de azúcar que ya habían terminado la molienda del año, y pueblos tristes, apenas dibujados sobre un paisaje monótono de sabanas frecuentemente anegadas. "El caserío pesquero se extendía a lo largo de la playa sucia, cubierta de algas muertas y breas derramadas, donde pululaban los cangrejos entre maderas rotas y sogas podridas." En este intenso párrafo ya no estamos atados al barullo siempre entretenido y lustroso de la urbe sino que nos desplazamos a través de la miseria material, los desbarajustes económicos que se hacen visibles en las zonas azucareras. Aquí el lenguaje es más sobrio, más lento para que pueda apreciarse, con ayuda de esas algas apagadas y esas sogas rotas, la amargura de los muchos que se quedan fuera del reparto del mundo, portadores de gérmenes de rebeldías, dispuestos a hacerse eco de la gran iluminación.

Alejo nunca se mudó en cuerpo y alma a la Francia de sus ancestros, aunque pocos hombres de este hemisferio hayan conocido tan profundamente ese país, esa cultura. Tampoco fue seguidor, continuador de la civilización española en este con-

tinente, sin que esto desmienta su evidente ligazón a la patria de Cervantes. España es, en efecto, una constante en su quehacer, incluyendo con tintes muy definidos esta novela que ahora examinamos y cuyo acto final —abierto como un filme moderno— es un canto a la lucha del pueblo del inmenso Francisco de Goya citado profusamente, y más por su fuerza simbólica que por necesidad artística, a lo largo del libro.

Esa lucha no se encamina a rescatar la podrida causa de los gobernantes locales sino a librarse del representante de la revolución burguesa, el férreo Napoleón Bonaparte, azote de los humildes dentro y fuera de sus fronteras.

Un recio carácter español, Martínez de Ballesteros, que se ha puesto al servicio de la causa francesa y anda en busca de lumbre para prender la chispa en su patria, se duele del rumbo que toma el proceso ante Esteban al iniciarse el segundo capítulo de la novela

Mientras en París se entretenían disfrazando putas de Diosa Razón, perdían acá, por su incapacidad, por sus envidias, la gran oportunidad de llevar la Revolución a España. Ahora que esperen sentados. . . Además: ¡Malditas las ganas que tienen ya de hacer una Revolución universal! No piensan sino en la Revolución Francesa. Y los otros. . . ¡que se pudran! Todo aquí se está volviendo un contrasentido. Nos hacen traducir al español una Declaración de los Derechos del Hombre, de cuyos diecisiete principios violan doce cada día. Tomaron la Bastilla para libertar a cuatro falsarios, dos locos y un maricón, pero crearon el presidio de Cayena que es mucho peor que cualquier Bastilla.

El apasionado bucear de Alejo en la rica cultura francesa y su visión novelesca tan nutrida del modelo cervantino, así como su gusto por lo español y su nostalgia por ese pueblo que conoció más directamente en los días de la zarandeada república de la década del treinta, le sirven para subrayar siempre su condición de cubano, de latinoamericano. Quien estudie su obra con sagacidad e inteligencia hallará estas dos influencias dominantes —y numerosos afluentes de buena estirpe— pero también comprobará que sus cumbres y llanuras constituyen una asombrosa y exaltada *sinfonía del nuevo mundo*.

Aun en *El siglo de las luces*. Tomemos, a guisa de ejemplo, ese episodio perdido en la espejeante prosa carpenteriana en el que Esteban juzga con severo distanciamiento el escenario espumeante y desordenado del París rebelde, y descubre en ese ambiente “un exotismo mucho más pintoresco que el de sus

tierras de palmeras y azúcares, donde había crecido sin pensar que lo visto siempre pudiera resultar exótico para nadie. . . Todo era singular, imprevisto, gracioso. . . Más que en una revolución, parecía que se estuviera en una gigantesca alegoría de la revolución; en una metáfora de revolución". Es decir, el protagonista juzga los estallidos del viejo mundo desde su condición de cubano que anhela un cambio radical en su país. Esa perspectiva, ese *comprometimiento* con nuestros asuntos, con nuestro gran destino colectivo, animará el hacer de Alejo en Haití, en Venezuela, en México, en La Habana y, con más fuerza aún, en el París de su mocedad, llena de preguntas, y de su madurez universal. Naturalmente que valora con toda justeza el hondo proceso social que Francia comenzó a vivir a partir de 1789 y conoce con largueza lo que representó para toda la humanidad. No obstante, el novelista no es un historiador, y aunque sus personajes participen del tejido histórico y posean filiaciones filosóficas muy estimables, tiene que tratarlos como hombres y mujeres que sienten, comparan, escogen, no como libros que ni padecen ni sueñan. Así pues para el habanero Esteban, es exótico lo que se diferencia —y en este caso con fulminantes y estruendos— de su ámbito natural. Pero ya no es el descontento primo de Sofía, sino Alejo, nuestro sagaz contemporáneo, el que aprovecha la situación descrita para calificar de *alegoría*, de *metáfora* las manifestaciones externas del gran acontecimiento. ¿Por qué? Porque otras son las demandas de nuestra época y como la novela trata de la revolución en movimiento, sin traicionar los probables sentimientos de los que en ese reconstruido pasado viven, el escritor no debe entregarse a la especulación pura, ni congelarse, sino tramar con maestría para seguir el desarrollo del pensamiento, para trenzar estos inventados episodios con las expectativas de su realidad.

Alejo era un intelectual atento al devenir revolucionario. Por eso se entregó sin reservas al vasto y profundo movimiento de transformación encabezado por Fidel. Él sentía la necesidad de esa revolución. Una que fuera conmoción justa y no *alegoría* o *metáfora*. Por esa razón en su espléndida novela rinde también homenaje a sus compañeros de sueños juveniles, entre los cuales siempre recuerda —como bravos capitanes— a Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena. Él mismo contribuye a esclarecer sus propósitos:

Creí encontrar gran semejanza entre las preocupaciones de aquella época y las de los hombres de este siglo.

En los últimos años del siglo XVIII se hablaba de las mismas cosas de que hablaban los jóvenes entre las dos guerras mundiales. Hablaban de la necesidad de una revolución que renovara totalmente la sociedad. Clamaban por libertades y deberes que serían los mismos que anhelaban los jóvenes de mi generación.

Es por eso que *El siglo de las luces* prefigura la *Consagración de la primavera*: los héroes momentáneamente vencidos en las calles revueltas de Madrid —invadida por la *codicia extranjera* en los albores del siglo XIX o en nuestra poética y dolorosa década del treinta— renacen victoriosos en las arenas de Girón. Acosado por el tiempo Alejo Carpentier dispuso del tiempo imprescindible para vivir las duras etapas del aprendizaje, asumir descabros domésticos, al cabo ligados a los grandes acontecimientos universales, alcanzar el carro ligero y esplendente de la revolución y cantar el épico momento de Playa Girón que marca un cambio en el rumbo de nuestra América.

IV

En las intervenciones del Coloquio que he podido escuchar encuentro más semejanzas que diferencias con la médula de estos apuntes. Algunas de mis insinuaciones u observaciones han sido trabajadas con más precisión en la conferencia de Luis Pavón ("La revolución y el sentido de la vida en tres personajes de Carpentier"). Pero los fecundos diálogos no se han limitado a la acogedora casona del centro: Alexis Márquez, Yuri Dashkevich y Hans-Otto Dill nos han ilustrado con pláticas enjundiosas en programados e improvisados encuentros. Conviene precisar que Alexis, cuando se refería a la huella del autor de *El arpa y la sombra* en los más nuevos añadía que había desplazado nada menos que al famoso William Faulkner, referencia obligada apenas ayer. Quiero detenerme en esta observación porque Faulkner —seguido de cerca, como en las justas deportivas, por Hemingway y Dos Passos— fue un modelo francamente imitado, sobre todo una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial. La fascinación alcanzó también a los poetas, pues el forjador de *Mientras agonizo* es considerado con justeza un trágico —en prolongado duelo con el tiempo— ganado por el resplandor de la poesía en la trama narrativa. Asunto delicado si los hay pues más de uno —buscando lucimiento y color— ha intentado pasar de contrabando elementos nítidamente poéticos e insertarlos en la estructura narrativa con lo cual, como hemos observado en otra ocasión, lo que se

consigue es un evidente debilitamiento de la prosa y un desgaste de los temas, puesto que nada se parece menos a la poesía que su esperpéntica caricatura ni hay prosa menos artística que la suavizada por versos aromáticos. Acaso el propio Faulkner enredó excesivamente el asunto cuando dijo que él había empezado escribiendo poemas sin alcanzar éxito alguno y entonces se había pasado al cuento, sin éxito tampoco, de modo que no le quedó otro remedio que convertirse en novelista. Una clara muestra de ingenio, mas la verdad es otra: su sentido de la vida, su modo de ver la realidad lo empujaba hacia el climax poético, sin perder la brújula del argumento central. Todos estos narradores, pues no olvido a Hemingway, a Dos Passos y hasta puedo considerar otras luminarias como Steinbeck, Fitzgerald, Sinclair Lewis, asombrarán por su crudeza, su técnica, su desencanto a los nuevos artistas de la palabra. Con el tiempo llegaríamos a descubrir en recodos más bien oscuros —como la novela policíaca— a otras figuras relevantes (Dashiell Hammett, Raymond Chandler) y en el fragor de la década del sesenta a uno tempranamente desaparecido, el más doliente y desgastado, Nathaniel West.

Ahora bien ¿a dónde nos conducía esa literatura desolada? ¿Qué ganaríamos con seguir el camino trazado por los escépticos, los desilusionados, los aplastados por el industrialismo y la seca brutalidad del gran capital? Enemigos en lo esencial del sistema capitalista ninguno de ellos logró, sin embargo, hallar la brújula de nuestra época. Románticos a ultranza los más, idealistas desesperados los menos, miserables oportunistas algunos de ellos (Steinbeck, Dos Passos), el conjunto constituye un catálogo de frustraciones. Faulkner en especial se complace en su desprecio a las instituciones no solo de su país sino del mundo y en la fuga hacia la soledad sin compromisos, que él confunde con la total independendencia. Esto no niega su grandeza literaria, una grandeza irrepetible. Fue Rosario Castellanos, la novelista mexicana, quien dijo —poco antes de morir— en una extensa entrevista que la influencia de Faulkner no le parecía conveniente ni factible porque el artista norteamericano cantaba la saga de la vencida aristocracia del sur esclavista y en nuestras tierras lo que había que expresar era la esencia de un mundo que pugnaba por realizarse. Por eso el hecho de que las nuevas promociones hayan encontrado en nuestro compatriota un maestro capaz de despertar admiración por su laboriosa entrega estética, mas también por las proposiciones sociales, por el rumbo escogido, por el medio geográfico

en el cual todos nos reconocemos, es sin dudas un síntoma de mayoría de edad en más de un sentido.

En el concierto latinoamericano ¿qué papel desempeña y desempeñarán nuestros novísimos autores? Hans-Otto Dill apuntaba en ese mismo encuentro que consideraba válido narrar lo contemporáneo, asumir lo inmediato si el artista lo hacía con profundidad, si lograba mostrar no solo el hecho, el acontecimiento, sino su personal y creadora visión de esa realidad con oficio, destreza, hondura. Esa es otra lección del autor de *La guerra del tiempo*. No porque debamos bucear en el pasado para explicar el presente, no porque lo actual debe dejarse de lado o en espera de una maduración interminable, sino porque al abordar la obra literaria siempre hay que hacerlo con seriedad, con profesionalidad. La realidad es tan suficiente que no necesita de nuestra ayuda. En cambio la realidad del arte, siendo la misma, es otra. En esa dimensión no valen las explicaciones. Por eso ¿a qué ofrecer desaliñadas historietas so pretexto de inmediatez? El que pueda brindarnos el relámpago del día, la instantánea preciosa del cambiante oleaje social en una prosa artísticamente eficaz, socialmente justa, bienvenido sea. Y el que no posea esta cualidad no debe darnos gato por liebre, no debe hacerse pasar por cronista. Cronista fue —y de notable calidad— el temprano periodista que nos ha regalado “El arte múltiple de Picasso”, “Abela en la galería Zak”, “Moisés Simons y el piano Luis XV de Josephine Baker”. Pero esa es otra vertiente de la faena literaria. El propio Alejo señaló más de una vez la vigencia del oficio periodístico, su indudable cercanía con la literatura y el ejercicio que representa para el buen escritor el trabajo en los medios de difusión.

Otro costal es el dilatado proceso de preparación —llamémoslo así— del novelista Alejo Carpentier. Hace poco en Caracas Miguel Otero Silva volvía sobre esto al señalar que hasta bien pasados los cuarenta no había surgido la gran obra narrativa de su colega. En estos años de ejercicio literario —los que van de las primeras ficciones a *El reino de este mundo*— hay libretos, críticas musicales, ensayos, investigaciones y una caudalosa obra periodística. Pero en arte, como bien sabía Horacio Quiroga *no existe más que el hecho consumado*. Y esa superactividad, ese desvivirse en un torrente de gestiones más o menos útiles, tan común en nuestra experiencia latinoamericana —unas veces por las pérdidas, otras por las ganancias— puede dejar en el puro hueso de las no consumadas posibilidades al temprano literato de *El chivo que rompió un tambor*, nombre que nadie retiene porque en definitiva el libro

prístino se llamó, fiel a los gozos verbales del momento *¡Ecué-Yamba-O!* Pero en este caso no se malogró el fabulador: su obra completa nos dará unos catorce volúmenes; destacan entre ellos sus novelas y sus narraciones cortas y medianas. El conjunto es una cima. Desde ella no se canta a la repetida frustración, a la desesperación, sino al duro y seguro ascenso a la montaña. Así lo ratifican las valiosas cartas que nos leyera aquí el fraterno amigo soviético Yuri Dashkevich y cuya publicación recomendamos en beneficio de los investigadores de hoy y los biógrafos en acecho.

V

Para estos y otros interesados en la trayectoria del maestro de *Concierto barroco*, contaré de una visita que recibí hace unos meses. Se trataba de un antiguo obrero ferroviario a quien conocía desde mi niñez como militante del Partido Socialista Popular. Quería mostrarme un manuscrito que había enviado a un concurso. Era su obra única, nacida después de su retiro y acaso estimulada por el papeleo revelador de la comisión provincial de historia de su provincia donde ejercía voluntario activismo. Pensé que este amigo, cuyo apellido era Tornavaca, había decidido recoger parte de sus experiencias, de las bravas batallas libradas entre vías férreas, humo, asambleas, huelgas, represión. Nada de eso. El folleto que me mostraba estaba totalmente dedicado a reconstruir los días de prisión política en 1927. El personaje central de este testimonio era Carpentier y en él se describía el proceso de elaboración —de gestación, más bien— de *¡Ecué-Yamba-O!* Quería rescatar aquellos días de su gesta juvenil y a la vez homenajear a su compañero de celda cuya trayectoria él había seguido por más de medio siglo. Tornavaca había surgido en el gran centro ferroviario de Camagüey —su ciudad natal— sin haber visitado nunca La Habana, de modo que fue Alejo quien le describió, quien le edificó en los diálogos enrejados la ciudad agitada por la lucha social. El ferroviario y el escritor novel —acusados de comunistas por el gobierno tiránico de Machado— trazaron en aquellos meses proyectos para cuando llegara la libertad y anudaron una amistad duradera, la que se fragua en días difíciles y se consolida con la comunidad de ideales. Hace poco falleció este obrero ferroviario, así pues no volveremos a dialogar con él. Solo nos queda rescatar este testimonio sobre Alejo y su novela inicial, estos papeles prestigiados por el tiempo y heraldos de una faena de más de medio siglo.

Antes de terminar esta nueva lectura de *El siglo de las luces*, lo que inevitablemente nos ha empujado a otras zonas literarias del compañero que ahora recordamos, nos gustaría subrayar —además de su creciente vigencia— su lozanía. En efecto, cuando leemos un ensayo o una crónica de Carpentier de los años treinta y esas páginas finales sobre Flaubert o las ágiles descripciones de *El arpa y la sombra* o el *Concierto barroco*, cuando conocemos que gravemente enfermo trabajaba en un proyecto novelístico que trataría de las peripecias de cubanos o descendientes de esta isla en el vasto escenario de la lucha social internacional (uno de esos exponentes era Paul Lafargue) nos maravillamos de su inderrotable optimismo. La luz agitada de su trabajada prosa no sugiere una galería de estatuas silenciosas. El tiempo pasado —recreado— está vivo en sus fábulas. Cada reflexión denuncia madurez y conocimiento, pero hay un movimiento, un gozo de humanidad no vencida en toda su obra. Y una preferencia por los héroes plenos, por los que encarnan no solo lo nuevo sino también la ardorosa juventud. Además, los personajes de sesenta años no suelen ser apacibles en su fabulación, hay todavía fuego en sus venas, ya sean esclavos o señores, revolucionarios o buscavidas; en el papel hallamos la sangre activa de sus pensamientos y acciones y sus ganas contagiosas de vivir. Nada del antiguo *spleen*, del tedio que gangrena a los bebedores de whisky de los cafés inútiles en esos barrios desolados de las capitales literarias, socavadas por los símbolos del infecundo capitalismo moderno. Cuando alguno de sus personajes flaquea, picado por el desánimo, lo enfrenta a la maravillosa realidad de estos enormes territorios, de estas islas dibujadas por el sol. Ante esos cansancios prematuros parece insuflarles la advertencia de su amigo César Vallejo (“Hay en verdad, hermanos, muchísimo que hacer”) y los pone a vivir entre contradicciones y caídas, a caminar hacia adelante, a sacudirse el polvo y la sangre. Y cuando algún descreído pregunta: “¿Y vas a pelear por quién?”, recibe esta contundente respuesta: “¡Por los que se echaron a la calle!... Hay que hacer algo.”

Es así como recordamos al vigoroso forjador de *El siglo de las luces*.

La Habana, diciembre de 1982.

Alejo Carpentier y el fundador de ciudades

SALVADOR BUENO

Los pasos perdidos (1953) resulta una de las obras más estudiadas de Alejo Carpentier, fue la que abrió las puertas hacia un interés ecuménico por su creación novelística después que recibió el premio francés al Mejor Libro Extranjero en 1956. Desde muy diversos niveles de interpretación ha sido analizada para el desentrañamiento de sus enigmas y mitos, sus símbolos y cuestionamientos filosóficos, históricos y literarios. Los conflictos provocados por la posible evasión ante el Tiempo y la Época, la relevante novedad de su americanismo literario apoyado en su tesis de lo real maravilloso, ya postulada en el prólogo a *El reino de este mundo* cuatro años antes, han sido los elementos más escrutados por investigadores y críticos. No parece superfluo esgrimir, treinta años después de su primera edición, esta pregunta: ¿han sido examinados y valorados todos los motivos, planteos y puntos focales de esta obra magna de la narrativa latinoamericana actual?

Recapitulo algunos presupuestos fundamentales. El narrador protagonista de esta novela es un artista presionado por la enajenación producida por la "civilización" superindustrializada del capitalismo en su fase superior. Padece una crisis de conciencia a la que la invitación hecha por el Curador promete, quizás, una posible solución. Su viaje en busca de primitivos instrumentos musicales aborígenes podrá producir un cambio en su vida, en definitiva, una liberación que lo emancipe de las cargas que lo acongojan. Se ha desengañado de la sociedad en que vive aherrojado, de los tiempos apocalípticos que le ha tocado transitar. Frente a sus problemas ha reaccionado con apocamiento. Se plantea luego que puede recobrar su identidad quebrantando "el automatismo del trabajo impuesto". La conocida tesis de Albert Camus buscaba la salida ante "el mundo absurdo en que vivimos" por la vía del suicidio, la eliminación física del individuo como solución a sus dificultades; el protagonista de esta novela carpenteriana sospecha la salida por la vía de la evasión de la época, fuga que se ve frustrada al final cuando decide abandonar el Valle del Tiempo Detenido y no encontrar luego el camino del regreso. Fracasa en sus empeños, quiebra un "final feliz", pero esa felicidad añorada no hubiese sido otra cosa que la frustración total de su existencia. Si su

evasión transitoria produjo la recuperación de su capacidad creadora, ésta sólo puede realizarse plenamente en su propia época.

En síntesis, como expone Ricardo A. Latcham, el novelista "se preocupa por el destino del hombre occidental y analiza sutilmente su reacción ante un universo que alimenta su propia destrucción".¹ Dicha reflexión carpenteriana, que constituye el punto básico del itinerario espiritual de su protagonista, está íntimamente entrelazada con otra que acentúa la necesidad de conquistar la autenticidad,² para que el ser humano pueda desenvolver sus posibilidades creadoras, liberarse de la enajenación a la que lo condena esa sociedad en que sus horas están controladas implacablemente por el Cómitre, fijada inexorablemente por los cronómetros, en suma, debe legitimar su auténtico existir.

Es por todo eso que *Los pasos perdidos* —como se ha observado ya— representa un "viaje a la semilla" tanto en lo histórico como en lo individual. El músico comienza a recuperar con el idioma, en la ciudad hispanoamericana, el mundo de su niñez y adolescencia, tanto como se interna, cada vez más, en un periplo que lo conduce a las primeras edades de la historia. La novela testimonia una verificación de los horrores y amenazas de la época contemporánea (la brutal irracionalidad del fascismo, la destrucción inútil como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial) y, en el plano individual, la vaciedad causada por la tarea adocenada sometida a regulaciones ajenas a su prístino ser creador. Para evadir la hecatombe del amenazante Apocalipsis, el protagonista es llevado hasta épocas históricas muy anteriores, a los tiempos del Génesis, al Cuarto Día de la Creación.

Esa evasión ante el Tiempo y la Época que emprende el músico enajenado por la "civilización", la intenta igualmente, aunque sin las disquisiciones intelectuales en que éste se sumerge, otro personaje muy secundario aparentemente en la trama de la novela. Pablo, el Adelantado, se aparta de los ámbitos que lo circundan y se interna en la selva llevando aún más lejos su propósito, fundando una ciudad en medio de

¹ LATCHAM, RICARDO A. "Sobre Los pasos perdidos". En: *Recopilación de textos sobre Alejo Carpentier*. La Habana, Casa de las Américas, 1977. p. 478. (Serie Valoración Múltiple)

² A la cuestión de la autenticidad se asoma Jean Franco en el capítulo "La novela y la búsqueda de autenticidad" (En: *La cultura moderna en América Latina*. México, Joaquín Mortiz editor, 1971), sin mencionar ninguna obra de Carpentier.

innominadas *tierras incógnitas* que permitirán a Santa Mónica de los Venados subsistir fuera de la época. El perfil utópico de la ciudad está ligado a las proyecciones de su fundador, intenciones que la llegada del compositor y del misionero comienza a quebrantar.

Me propongo en este trabajo desentrañar en la medida de mis posibilidades el sentido que en *Los pasos perdidos* tiene este personaje llamado Pablo, a quien aplican el apodo de "el Adelantado". Me parece intuir que este personaje representa un *alter ego* del protagonista, una versión nueva y distinta, con sus propios matices, del individuo que quiere escapar de la "civilización" y vivir alejado de sus crisis y horrores. Es, como el compositor, un ser humano que en las edades del Génesis trata de apartarse de los tiempos apocalípticos y llega a concebir la fundación de una ciudad aislada y secreta en lo más intrincado de la selva.

En otra de sus obras, escrita en tiempos muy próximos a *Los pasos perdidos*, Carpentier había rozado el motivo de la fundación de ciudades. Me refiero al relato breve "El camino de Santiago" que incorporó al volumen *Guerra del tiempo*, (México, 1958). Pero este relato fue escrito años antes.³ Al final, los dos Juanes, el Romero y el Indiano, ante la Virgen de los Mareantes logran la intercesión del Apóstol Santiago "pensando en las cien ciudades nuevas que debe a semejantes truhanes".⁴ ¿Pensaría el Apóstol Mayor en las muchas ciudades fundadas en el nuevo mundo que llevan su nombre? ¿Pensaría en esas ciudades surgidas en tierras americanas pródigas en portentos y maravillas?

Como observa Alexis Márquez Rodríguez, en *Los pasos perdidos* —así como en otras obras carpenterianas— ocurre "el entrecruzamiento de materiales narrativos",⁵ con el empleo de descripciones, impresiones y reflexiones que el creador ofreció en crónicas y artículos periodísticos. Sabemos que su viaje a Haití motivó la creación de *El reino de este mundo*, como su recorrido por la Gran Sabana y el río Orinoco originó *Los*

³ GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, ROBERTO. "Notas para una cronología, 1944-1954". Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1974. p. 207. Tirada aparte de *Estudios de literatura hispanoamericana en honor de José J. Arrom*.

⁴ CARPENTIER, ALEJO. *Guerra del tiempo*. México, Cía. General de Ediciones, 1958. p. 76.

⁵ MÁRQUEZ RODRÍGUEZ, ALEXIS. *Lo barroco y lo real maravilloso en la obra de Alejo Carpentier*. México, Siglo XXI, 1982. p. 576.

pasos perdidos. Con motivo de su primer viaje, en 1947, a la Guayana venezolana, escribió cuatro crónicas que con el título general de "Visión de América" publicó a fines de ese año en *El Nacional* de Caracas y reprodujo, a principios del siguiente, en la revista *Carteles* de La Habana, con la añadidura de una quinta crónica. Iban a constituir el núcleo de un volumen de ensayos, "El libro de la Gran Sabana".⁶ En la cuarta crónica, "El último buscador de El Dorado", hallamos el punto de partida del personaje que intento analizar. Allí habla de Lucas Fernández Peña, "un pequeño farmacéutico [...] tan menudo de talla como nervioso y duro", quien "habiendo elegido por lugar propio para fundar una ciudad, esta ribera del pequeño río Uarién [...] levantó su casa a poca distancia de una ínfima aldea india".⁷ Creó una familia, tuvo tres hijas y fundó la ciudad de Santa Elena de Uarién. Hasta se conserva un retrato del farmacéutico que tanto impresionó a nuestro novelista.⁸

En la novela tropezamos con el Adelantado, creado a imagen y semejanza de Lucas Fernández Peña, cuando el compositor lo encuentra en Puerto-Anunciación: "En una taberna cercana hallé al griego (Yannes) bebiendo enormemente en compañía de un hombrecito de cejas enmarañadas a quien me presentó como el Adelantado." Era poseedor de "las llaves de secretas entradas" para internarse por caños laberínticos en lo más escondido de la selva. Sobre él circulaban en Puerto-Anunciación curiosas leyendas para explicar sus extrañas desapariciones.

El Adelantado comunica al músico donde podrá encontrar los instrumentos primitivos que busca. Unido a la expedición, reanudan viaje desde "la antesala de la selva" que es Puerto-

⁶ En otros artículos trata temas relacionados con el que nos concierne. En "El mundo del tiempo detenido", publicado en *El Nacional* (Caracas, 16 de enero de 1952), incluido en: *Este músico que llevo dentro*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1980. t. II, p. 271. También "La lección de la selva" (26-VI-1952) y "El mito paradisíaco" (14-IX-1955). incorporados a: *Letra y solfa*. Caracas, Ed. Síntesis Dosmil, 1975. p. 254 y 279. Aún después, en sus hermosas páginas dedicadas a Saint John Perse, le asalta el recuerdo del hombrecito que le dijo: "Soy fundador de ciudades", en: *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo*. México, Siglo XXI editores S.A., 1981. p. 201.

⁷ CARPENTIER, ALEJO. *Letra y solfa*. Caracas, Ed. Síntesis Dosmil, 1975. p. 342.

⁸ MÜLLER-BERGH, KLAUS. *Alejo Carpentier. Estudio biográfico-crítico*. New York, Las Américas, 1972. 220 p.

Anunciación, nombre asaz simbólico. A cada jornada crece ante ellos "el espejismo del Dorado", los lugares prodigiosos tras los que anduvieron los conquistadores impelidos por su afán de riquezas. A tanto llega la identificación que el protagonista escribe en su diario: "Somos conquistadores que vamos en busca del reino de Manao." En el Capítulo Cuarto, bloque narrativo XXIII, que corresponde al jueves 21 de junio, el músico apunta: "conozco el secreto del Adelantado. Ayer me lo confió junto al fuego, cuidando que Yannes no pudiese oírnos." Mas el narrador no manifiesta dicho secreto durante varios días, durante varias páginas. Sólo al comenzar el Capítulo Quinto, jornada XXV, el domingo, 24 de junio —precisamente, según su etimología, el día del Señor—, es revelado a los lectores el secreto del Adelantado, sólo después que ha partido Yannes empujado por su ambición de encontrar oro o piedras preciosas.

El griego es calificado en esta ocasión de avaro y mentiroso, que oculta las huellas de su itinerario. Frente a su "codicia del oro" se exalta lo extraordinario de la fundación de una ciudad, "encendiendo más luminarias —escribe el compositor— en mi imaginación que los nombres de las gemas más codiciadas". El sentido de este acontecimiento es subrayado: "Se puede ser Fundador de una Ciudad. Crear y gobernar una ciudad que no figure en los mapas, *que se sustraiga a los horrores de la Epoca*, que nazca así, de la voluntad de un hombre, en este mundo del Génesis." (El subrayado es mío. S. B.) Queda profundamente destacado que este acto fundacional enciende "más luminarias en mi imaginación que los nombres de las gemas más codiciadas", por lo tanto está en el polo opuesto a las tareas de los mineros y buscadores de oro. De ese modo, el Fundador queda ubicado frente a Yannes, resulta su antítesis.

Ahora podemos conocer la historia del hombrecillo. El mismo, en primera persona, como aquel lejano —o quizás cercano— Lazarillo de Tormes, comienza su relación: "Pues, señor [...] me llamo Pablo." El nombre de Adelantado se lo dieron unos mineros no porque hubiera fundado una ciudad, como Diego Velázquez, ni por andar al frente de gentes guerreras, sino "al ver que siempre me adelantaba a los demás en lo de hacer pasar por mi batea las arenas de un río", es decir, en la premiosa tarea de hallar el metal anhelado. Es, pues, una nominación irónica.

Como bien sabemos, Carpentier impone nombres a sus personajes que no son nada gratuitos.⁹ El Adelantado lleva el nombre de Pablo que es el del Apóstol de los gentiles, quien halló la Revelación en el camino de Damasco, después de transitar por sendas equivocadas. Si la saga del narrador-protagonista está permeada por referencias del mundo helénico (Ulises, Prometeo, Sísifo), la parábola del Adelantado está plagada por reminiscencias de la Biblia judeo-cristiana. Al fundar su ciudad escoge el nombre de Santa Mónica, el de la madre de San Agustín, "mujer de un solo varón y que por sí misma había criado a sus hijos". Al arribar a la ciudad, el músico recuerda la ciudad de Henoch, la primera fundada por los hombres, según se cuenta en el Capítulo IV del Génesis, y el propio compositor se identifica con Jubal, "padre de cuantos tocan la cítara y la flauta" y menciona a Tubalcaín "que fue artífice en trabajar en martillo toda especie de cobre y de hierro" (versículos 21 y 22). Si repasamos el texto del Antiguo Testamento hallamos que Henoch fue creada por la estirpe de Caín, el que mató a su hermano, y Jubal y Tubalcaín fueron sus descendientes.

De boca del mismo Pablo sabemos de su vida desde que tenía veinte años, y era farmacéutico. En su pequeña ciudad, a la orilla de un río, "no halló sino oficios de sombras, de sótanos, de carboneras y cloacas". La reiteración acentúa lo sombrío y bajo de esos menesteres. Atraído por los que regresaban enriquecidos de desconocidos territorios, soñando sobre los mapas, decidió salir en busca de las "tierras del oro". Durante diez años compartiría "las miserias, desengaños y rencores" de los que se afanan en la huella del metal amarillo. Los dejó atrás, penetró en la selva, caminó durante noventa días hasta que arribó al Valle del Tiempo Detenido. En un caserío de indios le curaron la llaga engusanada de su pierna. Como su santo patrón encuentra la Revelación no en el camino de Damasco sino en la selva ignorada, entre los indios que los autollamados "civilizados" motejan de salvajes, y entre ellos, con ellos, podrá erigir su ciudad.

Lo que impulsó a este hombre fuera de su mundo fue la apetencia del oro, la codicia, la ambición. Por eso estuvo diez años entre los mineros y continuó luego, solitario ya, por tierras ignoradas. La vida entre los indios, es decir, los "gentiles", transforma el sentido de su existencia. Por mucho tiempo buscó "la gema mirífica". Con los indígenas encuentra a gentes

⁹ GRIBÁNOV, ALEXANDER. "El nombre como factor constructivo en las novelas de Alejo Carpentier". *América Latina*. Moscú, núm. 2, 1980.

que le prestan ayuda sin esperanzas de remuneración ni temores de agresión del caminante inerme. Ha topado el Adelantado con la revelación de su destino. "Un día se percata que ha fundado una ciudad", espera que llegue a disponer de "monumentos, puentes y arcadas". El fundador traza su diseño, ubica sus centros fundamentales, comienza a organizar su desarrollo. El compositor anota en su diario:

Ahora sabe dónde hay oro. Pero no le afana el oro. Ha abandonado la búsqueda de Manoa, porque mucho más le interesa ya la tierra y, sobre ella, el poder de legislar por cuenta propia.

El Adelantado conquista ahora todo el relieve de su personalidad. Legisla sobre los rumbos de su ciudad acompañado por el misionero, fray Pedro de Henestrosa, que representa la autoridad eclesiástica; el Capitán de Indios, a nombre de los viejos ocupantes del lugar; y de su hijo Marcos, el mestizo, que actúa como Responsable de la Huerta. En esta flamante ciudad ha quedado desterrado el poder del oro, tan reverenciado en las tierras de *allá*. Pablo quiere eliminar todas las huellas que pueden conducir a Santa Mónica a los que andan afanosos y febriles tras la "mirífica gema". De ahí su previsor silencio ante Yannes, el buscador de diamantes. Sólo ha confiado su secreto a fray Pedro y al compositor.

Acerca del nacimiento de Santa Mónica pueden advertirse dos claros antecedentes. El primero lo hace saber fray Pedro cuando observa la desilusión del músico ante la pequeñez y pobreza de la incipiente ciudad. No tiene el esplendor legendario del Dorado ni de Manoa. Muy al contrario. "Así eran en sus primeros años las ciudades que fundaron Francisco Pizarro, Diego de Losada o Pedro de Mendoza, observa fray Pedro." Estos fueron los predecesores históricos de Pablo, los que crearon la Ciudad de los Reyes, luego Lima, y Caracas y Buenos Aires, como tantos otros que poblaron de ciudades el inmenso territorio americano recién descubierto por miradas europeas.

Mas existe otro antecedente. Por los mismos años en que aquellos conquistadores abrían caminos en el Orbe Nuevo, otros hombres quisieron soñar que en estas tierra podrían surgir una cultura y una sociedad emancipadas de los vetustos prejuicios medievales, las convenciones rutinarias y las injusticias que prevalecían en el viejo hemisferio. Brotaron las ciudades ideales concebidas por los humanistas europeos. Cuando el narrador estampa esta frase, "Me dejo invadir por la alegría de haber llegado a alguna parte", invoca aquel ideal estado socialista de *Nowhere* que Tomás Moro bosquejó en su

Utopía (1516) en la que Ezequiel Martínez Estrada creyó vislumbrar el contorno de la isla de Cuba,¹⁰ una sociedad emancipada de la pobreza, la guerra, la propiedad privada y la intolerancia religiosa. Con similares objetivos emergieron otras ciudades ideales como *La ciudad del sol* (1607) de Tommaso Campanella, y *La nueva Atlántida* (1627) de Francis Bacon. Cuando concluyen "las vacaciones de Sísifo", el compositor, barajando los tiempos, podrá escribir: "acordándome del porvenir del vasto país de las Utopías permitidas, de las Icarías posibles".

¿Hasta qué punto el Adelantado consigue levantar una ciudad ideal? Porque, según consigna el protagonista, no tiene ninguna pretensión de haber forjado un mundo edénico:

El no pretende que esto sea algo semejante al Paraíso Terrenal de los antiguos cartógrafos. Aquí hay enfermedades, azotes, reptiles venenosos, insectos, fieras que devoran los animales trabajosamente levantados; hay días de inundación y días de impotencia ante el brazo que se gangrena.

No existe ninguna falsa ilusión paradisiaca, porque las penurias imponen al hombre deberes y esfuerzos. Rememoramos las páginas finales de *El reino de este mundo* cuando leemos: "Pero el hombre, por muy largo atavismo, está hecho a sobrellevar tales males. Y cuando sucumbe es trabado en una lucha primordial que figura entre las más auténticas leyes del juego del existir." Advertimos aquí, como en tantos otros lugares, la estupenda coherencia que ofrece toda la producción de Alejo Carpentier.

La dialéctica de los espacios representados polarmente por un *allá* y un *acá* declara a plenitud los objetivos del Fundador que se ha ido purificando de sus dolencias morales, de la avidez lucrativa que con anterioridad le aquejaba:

"El oro —dice el Adelantado— es para los que regresan *allá*". Y ese *allá* suena en su boca con timbre de menosprecio —como si las ocupaciones y empeños de los de *allá* fuesen propios de gente inferior. Es indudable que la naturaleza que aquí nos circunda es implacable, terrible, a pesar de su belleza. Pero los que en medio de ella viven la consideran menos mala, más tratable,

¹⁰ MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL. "El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba". (En: *En torno a Kafka*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1967. p. 221.

que los espantos y sobresaltos, las crueldades frías, las amenazas siempre renovadas del mundo de *allá*.

Sus consideraciones son respaldadas por su hijo Marcos porque fue a vivir *allá*, y sufrió maltratos y humillaciones y lleva en su carne "las marcas de grilletes que le remacharon en un remoto puesto fronterizo". No es de extrañar que el dictamen supremo del Fundador sea contra la llegada de los buscadores de oro "de los que manchan cualquier tierra con su fiebre". La firmeza y el desprecio del padre y del hijo son tales que el compositor comprende su decisión inquebrantable.

No desea el Fundador la riqueza derivada del metal amarillo y las piedras preciosas, sino los resultados del trabajo agropecuario en que se empeñan los pobladores de Santa Mónica. Para eso llevó semillas, posturas y algún apero de labranza y carpintería, así como cerdos y cabras. Pueden pescar allí aunque no cazar, porque está vedado salvo en casos extremos de hambruna. La ciudad utópica desprecia el vil metal, como lo comprobó Yannes, según le cuenta al musicólogo en su postrer encuentro: "Gente idiota, —me dice. Gente estúpida: tienen oro cerca y no sacan; yo quise trabajar y ellos dijeron matarme fusil." Es precisamente un antiguo buscador, el leproso Nicasio, el que comete el crimen de intentar la violación de una niña de Santa Mónica. La decisión de ajusticiar al lazarino sitúa al músico frente al instante crucial de convertirse en Ejecutor. No sería ya un testigo, no estaría entregado a sus elucubraciones intelectuales, pasaría a ejercer la acción, formaría parte del mundo de la praxis.

Frente al protagonista, el Adelantado es de carácter más volitivo. La evasión de la época la intenta el musicólogo dejándose llevar por la búsqueda de los instrumentos primitivos. Muy al principio escribe: "Yo no había dado un paso hacia la misión propuesta. Todo me había venido al encuentro." El antiguo farmacéutico decide los rumbos de su existir cuando se instala en la aldea indígena. En este sentido, su figura está contrapuesta a la del protagonista en cuanto lleva a la realidad sus sueños e intenta la fundación de una *polis* a la medida de sus proyectos. El mismo compositor confiesa al final: "Frente al Adelantado he comprendido que la máxima obra propuesta al ser humano es forjarse un destino." Esta declaración confirma que sólo de tal manera podrá resolver el ser humano la alienación a que puede estar sometido, el único modo de quitar de los hombros la piedra de Sísifo.

La ciudad secreta que es Santa Mónica está condenada a la desaparición. No obstante los esfuerzos del Adelantado la

época la alcanzará —como ocurre con el músico—, porque a ella llegarán los mineros y los buscadores tras las huellas de Yannes y los exploradores que siguen los rastros de campos petrolíficos. Su inevitable destino hace pensar en otra ciudad utópica creada gracias a la imaginación novelística. La fundación de Santa Mónica y la personalidad singular de su creador hacen pensar en Macondo y en José Arcadio Buendía. Entre ambas ciudades existen evidentes similitudes, pero también diferencias notables.¹¹ El joven patriarca que es José Arcadio fundó Macondo no por los mismos motivos que el Adelantado levanta a Santa Mónica. Ambas ciudades míticas amanecen dotadas de una inocencia primigenia. En las dos resulta imprescindible nombrar las cosas, en ellas se respira el aire de aquella edad dorada que Don Quijote evocó en su discurso a los cabreros.

García Márquez dotó a su ciudad de una trayectoria histórica no obstante sus fuentes míticas. Macondo evoluciona a través de sucesivas etapas por las que transcurre su desarrollo hasta desembocar en la liquidación final. De la ciudad erigida por Pablo sólo conocemos su primer estadio, similar al de Macondo, ya que al novelista no interesaban los rumbos posteriores de su historia. De Macondo conocemos su destrucción última con la desaparición del linaje de los Buendía. Santa Mónica está abocada a similar liquidación, quebrando el sueño utópico de su fundador.

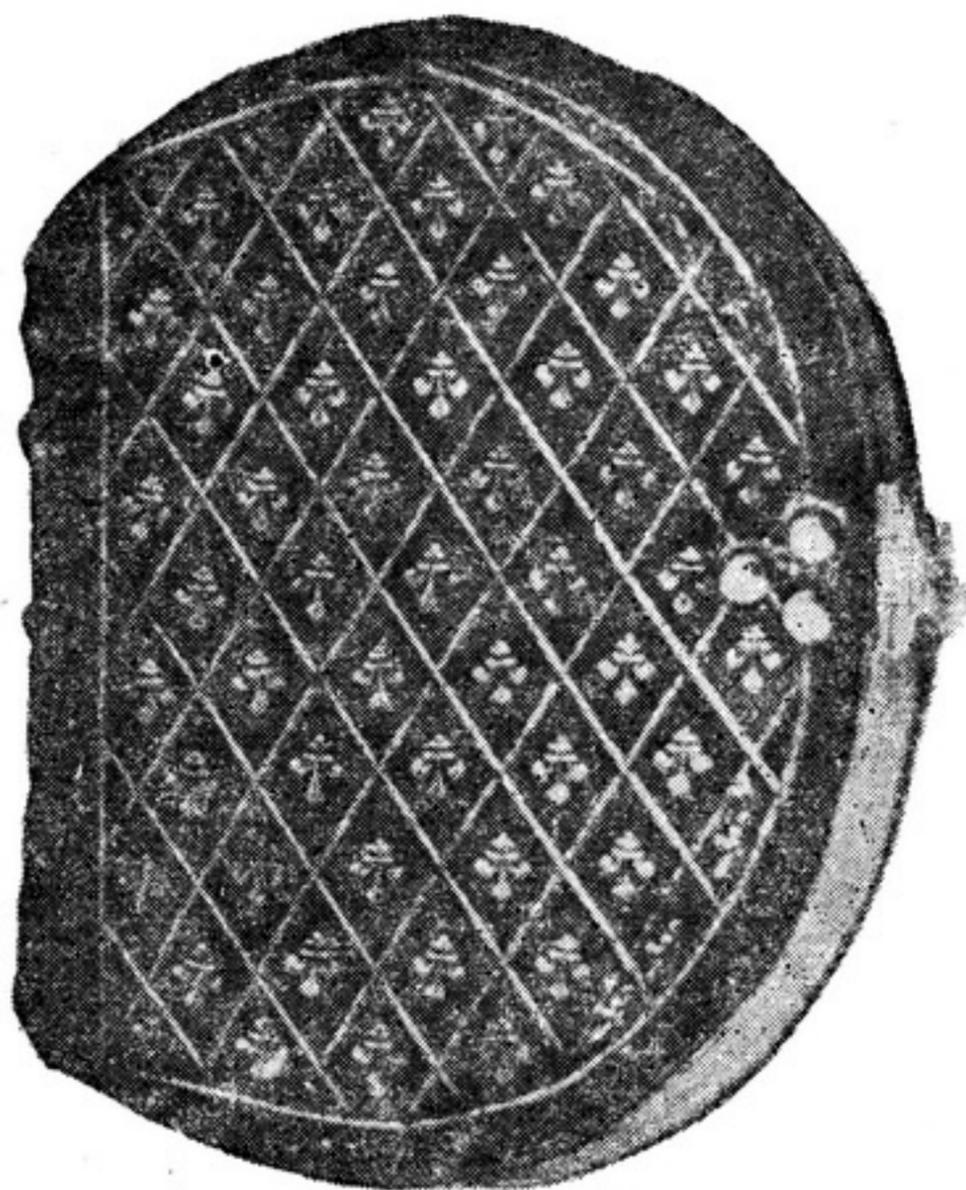
Termino de leer por enésima vez *Los pasos perdidos*, concluyo estos renglones y advierto a lo largo del texto novelístico frustraciones, malogros y fracasos de los sueños y proyectos de sus personajes. ¿Tendré que aceptar que un acento pesimista prevalece sobre la creación carpenteriana? Al responder a un periodista, el narrador aclaraba: "En efecto, en mis novelas hay personajes que son aplastados por la realidad: la vida humana no tiene que terminar en un logro. También hay otros personajes o un párrafo o una frase que expresan la decisión de no dejarse aplastar, la decisión de actuar..."¹² Efectivamente, la espiral ascendente de los cambios dialécticos en la historia es difícil de captar en el breve transcurso de una

¹¹ Según analiza Karl Andreev en su estudio inédito sobre Santa Mónica existen entre ambas ciudades utópicas claras similitudes en su origen, en su organización económica, aunque se diferencian en sus contactos con el exterior.

¹² BIANCHI ROSS, CIRO. "Carpentier a cuatro tiempos". (En: *Las palabras de otro*. La Habana, Ediciones Unión, 1982. p. 118.

vida de hombre. Pero en esta novela —como en otras de sus obras—, Alejo Carpentier sostiene que el ser humano no puede evadirse de las tareas de su tiempo, que el hombre debe “forjarse un destino”. Porque, en definitiva, “la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que es. En imponerse Tareas”.

Agosto, 1983



Encuadernación de forma redondeada que recubre un manuscrito flamenco, *Libro de Horas* del siglo xv. Está realizado en marroquín carmelita y decorado con la flor de lis, motivo que se repite dentro de cada compartimento, ejecutado en oro.

De la colección Alejo Carpentier Valmont: un inmenso y creciente donativo

ARACELI GARCÍA-CARRANZA

En 1973 nuestro primer narrador dona a la Biblioteca Nacional José Martí su inmensa papelería. Este donativo requirió una urgente organización y para ello fue necesario la compilación de su bio-bibliografía activa y pasiva (actualmente en proceso de impresión por parte de la Editorial Letras Cubanas), la elaboración de un catálogo diccionario de sus manuscritos, recortes, impresos, programas, fotografías y publicaciones seriadas, y el análisis de su correspondencia.

En la bibliografía activa han sido incluidos sus libros y folletos (en español y más de 20 idiomas) sus colaboraciones y prólogos en libros, folletos y catálogos; y sus colaboraciones en publicaciones seriadas cubanas y extranjeras (1922-1983). En esta última sección aparecen descritas más de 1800 de sus 4000 crónicas publicadas en *El Nacional*, de Caracas (1945-1975). Colaboraciones en publicaciones seriadas que trazan el itinerario de su labor periodística, tarea denominada por Carpentier como insustituible escuela de conocimientos y gran experiencia humana enriquecedora de su obra novelística.

Por su parte la bibliografía pasiva no solo responde a los fondos de la Biblioteca Nacional José Martí sino también a la colección de recortes que posee la Casa de las Américas. Esta parte de la compilación incluye además las ediciones discográficas, los carteles o afiches y la producción cinematográfica sobre la obra carpenteriana. Dos índices auxiliares desglosan la información totalmente analizada y ofrecen al estudioso miles de posibilidades en la búsqueda del tema o del dato que precise su investigación.

El catálogo diccionario describe los manuscritos de sus novelas, incluso las inéditas que no llegó a publicar por juzgarlas fallidas, sus cuentos y sus artículos, así como una extraordinaria colección de recortes, impresos, fotografías, programas y revistas.

El análisis de su correspondencia, apenas iniciado, completa la organización de uno de los más valiosos fondos que posee la Biblioteca Nacional de Cuba, institución que de esta manera promueve el conocimiento de un escritor cubano de estatura

mundial. Por ello la organización de esta colección, que la Biblioteca Nacional se enorgullece en poseer, puede considerarse como única en el mundo, pues más de 5000 fichas facilitan el estudio de la vida y la obra de nuestro primer narrador.

De este inmenso donativo, siempre creciente, pues el propio Carpentier lo enriqueció durante casi una década con sus frecuentes envíos de documentos hasta días antes de su muerte, y desde entonces lo incrementa su compañera Lilia Esteban, es la carta que reproducimos a continuación y que prueba el ejemplo y la voluntad de un escritor revolucionario quien depositara en vida, su obra, en el tesoro de la nación a la cual debió la conciencia de su ser.

París, 4 de Abril de 1977
Sr. Howard B. GOTLIEB
Director of Special Collections
BOSTON UNIVERSITY
Mugar Memorial Library
771 Commonwealth Avenue
Boston, Massachusetts 02215

Muy estimado señor:

En mi imposibilidad de contestar en inglés a su muy atenta carta del 23 de marzo último, le escribo en mi idioma, que es el de toda mi producción literaria, pensando que el contenido de la presente carta le sea fácilmente inteligible.

Mucho me halaga que ahora se dirija Ud. a mí, como ya lo hizo hace seis años, interesándose por archivar los materiales relativos a mi obra literaria y a mi carrera, en un lugar tan digno de respeto como la Biblioteca de la Universidad de Boston.

Pero ocurre que yo tengo un concepto, acaso un poco personal, de los deberes contraídos por un escritor en lo que se refiere al país donde nació, se formó, hizo sus primeros estudios y cobró conciencia de ser quien es.

Soy cubano y como tal, a pesar de que mucho me hubiese halagado haber donado mis manuscritos y documentos a la Biblioteca de Boston, los he dado ya a la Biblioteca Nacional "José Martí", de Cuba.

Y no solamente he dado mis apuntes, notas, manuscritos, sino documentos iconográficos, fotografías, retratos y referencias críticas y periodísticas.

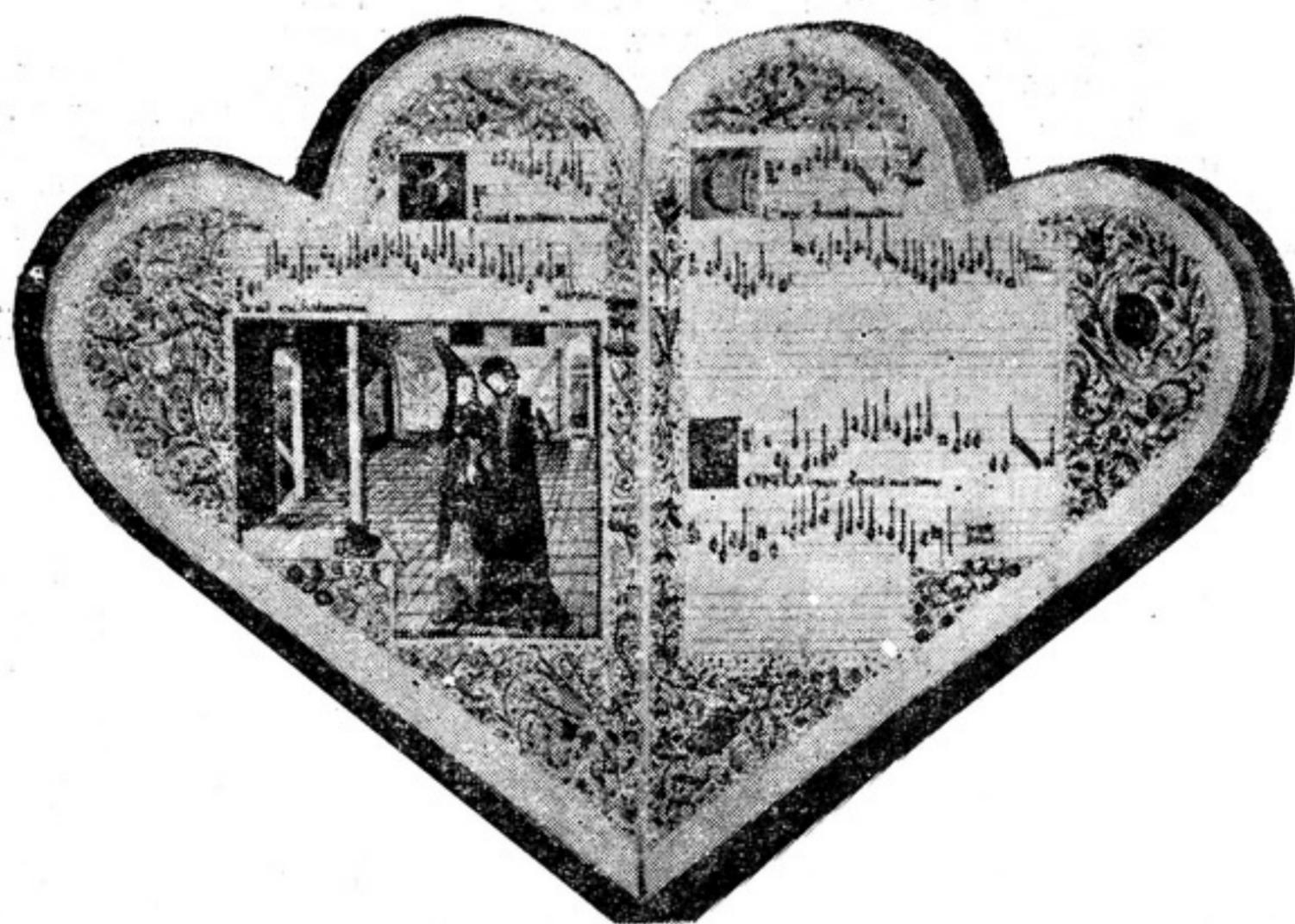
Soy cubano, y como tal quise que toda documentación relativa a mi vida y obra que pueda solicitar un estudioso pueda encontrarse en la Biblioteca Nacional de Cuba.

Por lo tanto, cuando algún estudiante se dirija a esa Biblioteca, en busca de datos acerca de mí, le ruego que le haga saber dónde se hallan las fuentes más completas de una información que incluye, incluso, los manuscritos de dos novelas inéditas* y que no llegué nunca a publicar por haberlas juzgado como fallidas en su planteamiento estructural.

Con mis más atentos saludos.

Alejo Carpentier

* Se refiere a *El Clan disperso* y a *El año 59*, novelas inconclusas cuyos manuscritos aparecen sin fecha. La primera de estas novelas habría de evocar la época de creación y actividades del Grupo Minorista y algunos elementos de la misma pasaron, casi textualmente, a distintos pasajes de *El Siglo de las luces* y de *El Recurso del Método*. El primer capítulo de la misma, titulado *La Conjura de Parsifal* fue publicado por la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (1975). Fragmentos de *El año 59* fueron publicados en la *Revista Casa de las Américas* (1964) y en la revista *Bohemia* (1965); en esta última bajo el título de *Los Convidados de plata*. Los acontecimientos episódicos de esta novela inconclusa se volverían actos determinativos de posibilidades colectivas en *La Consagración de la Primavera*. [A.G.C.]



Libro encuadernado en forma de corazón, perteneciente al siglo XV; contiene una selección de canciones italianas y francesas. La encuadernación se ha realizado en vitela.

Rubén Martínez Villena: el marxismo entra en el pensamiento económico cubano

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ

La aparición de la revista *América Libre* en abril de 1927, además de tener importancia singular por exponer los criterios francamente antimperialistas que ya comenzaba a ejercer la vanguardia de la llamada generación del 30, permitió dar a conocer parcialmente el "primer análisis marxista de la economía cubana en la República neocolonizada", según la valoración de Raúl Roa.¹ En los cuatro números que aparecieron fueron editados sucesivamente el Preámbulo y los tres primeros capítulos de "Cuba, factoría yanqui", informe escrito a principios de aquel año por Rubén Martínez Villena para que fuera presentado por Julio Antonio Mella, a nombre de la Universidad Popular José Martí, en el Congreso Mundial contra el imperialismo y la opresión colonial, inaugurado en Bruselas el 15 de febrero del propio año.

Aunque el resto del texto quedó sin publicar hasta fecha muy reciente,² es indudable que el ensayo señala un hito en la historia del pensamiento en nuestro país, y en especial en la del pensamiento económico, puesto que con ese análisis se abrió la reflexión acerca de la realidad económica nacional desde la óptica marxista-leninista. Y con ese trabajo, a la hora de fijar los momentos en el pensamiento de Rubén, puede decirse que el poeta, tras haber pasado por el comentario político de actualidad, enrumbaba de lleno por el camino del análisis teórico, de lo cual daría muestra acabada y brillante durante sus prolíficos últimos tiempos de vida.³

Y esta última observación no es desdeñable, puesto que Rubén fue, sin discusión, la figura principal del primer partido marxista-leninista desde su entrada en él en 1927 hasta su

¹ MARTÍNEZ VILLENA. t. II, p. 107. (Ver Bibliografía adjunta al final del trabajo)

² *Ibidem*, t. II, p. 109-164.

³ Ver: "Qué significa la transformación del ABC y cuál es el propósito de esta maniobra" y "Las contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario" (MARTÍNEZ VILLENA. t. II).

muerte en enero de 1934. Y es un ejemplo magnífico de perspicacia revolucionaria el que Rubén y su partido recién fundado sólo dos años atrás, se esforzaban por el trabajo teórico y el análisis concreto de la realidad nacional, a pesar del todavía escaso conocimiento que se tenía en Cuba de la obra de los clásicos del marxismo-leninismo y del tiempo dedicado al trabajo político cotidiano para mantener y afianzar en medio del clandestinaje, al partido y al movimiento obrero organizado.

“Cuba, factoría yanqui” es obra, pues, de estudio para pelear mejor por la revolución. Por eso, con un partidismo bien entendido, el ensayo de Rubén guarda estrecha relación con el pensamiento cubano de su tiempo y con el desarrollo alcanzado en aquella época por el naciente pensamiento marxista en América Latina y el Caribe, y con el nivel de problemas que se planteaba en aquellos días el movimiento revolucionario y comunista a escala planetaria.

Apuntar esas relaciones y fijar el lugar que alcanza ese texto para las ideas en Cuba es propósito esencial del presente ensayo, puesto que, en rigor, Rubén no fue un economista, ni siquiera un estudioso sistemático de la situación económica, sino un luchador social y un dirigente político que —como marxista-leninista— trató de entender a fondo la realidad social circundante sobre la cual lanzó su acción práctica con sentido transformador, revolucionario. Me anima, además, el propósito de apuntar la tesis de que el análisis marxista de Rubén es el lógico remate o culminación —a través de una ruptura— del proceso seguido por el pensamiento cubano, desde fines del siglo pasado, por aprehender el fenómeno imperialista y sus manifestaciones neocoloniales y dependientes en la Isla.

I

El estancamiento y la crisis del sistema dependiente azucarero en Cuba durante la década del veinte repercutió con fuerza creciente en la lucha de clases en el país y en las ideologías a través de las cuales éstas apreciaban la sociedad, sus problemas y las soluciones para éstos. La proletarización continuada de la pequeña burguesía, despojada de la propiedad rural por el latifundio azucarero y cortadas sus posibilidades de desarrollo industrial ante la apertura total del mercado cubano a Estados Unidos con el Tratado Comercial de 1903; el ascenso numérico del proletariado, su posición determinante en el proceso productivo de tipo enclave impuesto por el dominio del capital financiero yanqui; y la reducción sostenida de los márgenes de participación en la cuota media de ganancia del gran latifun-

dista y del propietario de ingenio, cubano o español, radicado en la Isla luego de las "vacas flacas" y el crac bancario de posguerra, fueron factores combinados que tendieron al afianzamiento de la preocupación por los destinos nacionales y a las manifestaciones de patriotismo que desembocarían, con la crisis de 1929 y la situación revolucionaria de 1933, en una ideología antimperialista común a diversas clases y capas de la sociedad insular.

El surgimiento y evolución de esa tendencia antimperialista que iría marcando la recuperación nacional de la conciencia social cubana, requería desde sus principios de una fundamentación teórica que explicase y permitiese comprender cabalmente el fenómeno sometido a crítica y, sobre todo, las vías para escapar a sus expresiones de dominación y dependencia en Cuba. Por tanto, el proceso de conocimiento del imperialismo fue parte indudable e importante del proceso de recuperación nacional de la conciencia social cubana, y dentro de ello tuvo notable significación la aprehensión de sus modos de actuación económica, por cuanto éstos fueron velados con la creación del Estado nacional y la hegemonía ideológica de la burguesía dominante-dependiente durante las primeras décadas del siglo actual, clase que vio perspectivas ilimitadas de enriquecimiento como socia menor del capital financiero estadounidense durante los años de impetuoso crecimiento productivo del azúcar.

Durante buena parte de los años veinte, y hablando de los estudios económicos, precisamente hasta "Cuba, factoría yanqui" se manifestó una extensión, reforzamiento y ahondamiento en ese sentido antimperialista de la crítica pequeño burguesa a la sociedad neocolonial, la cual constituyó el terreno de formación social e intelectual de Rubén y la fundamentación de su entrada en la política con el Movimiento de Veteranos y Patriotas. Los escasos, poco audibles y espaciados llamados de la ideología económica de corte burgués nacionalista durante los primeros años republicanos fueron continuados durante estos años con amplios, documentados y valiosos estudios —algunos de gran publicidad y resonancia para su época— que trataron de hallar soluciones para el desarrollo del capitalismo nacional e independiente.

Manuel Sanguily, que denunció e intentó poner coto desde 1903 al proceso latifundista y de despojo del propietario cubano por parte de los monopolios azucareros,⁴ y Enrique José Varo-

⁴ Presentó un proyecto de ley para impedir la venta de tierras a los extranjeros, que nunca llegó a ser discutido en el Senado. (Ver el texto en *Documentos para la historia de Cuba*, t. II, p. 261-263).

na, vigoroso conceptualizador del imperialismo y sagaz observador de la dominación ejercida por los trusts yanquis sobre Cuba al controlar la propiedad azucarera,⁵ armados con las ideas liberales y positivistas del siglo XIX, fueron los sostenedores de esa corriente de pensamiento. Los continuaron de manera destacada José Comallonga y Ramiro Guerra, quienes propugnaron con plena conciencia la defensa de la pequeña y mediana propiedad rural a través de un programa de corte burgués nacionalista que procuraba la diversificación agrícola y el desarrollo industrial, lo cual los llevó a plantearse el problema del despojo de la propiedad de manos cubanas por el capital financiero estadounidense. Sus trabajos, señaladamente *Azúcar y población en las Antillas*, tuvieron grata acogida en los círculos preocupados por el porvenir de la nacionalidad.⁶

A pesar de sus limitaciones, es indudable que el plan de acción contra el latifundio expuesto por Ramiro Guerra en las páginas del *Diario de la Marina* —donde se publicó inicialmente en forma de artículos *Azúcar y población en las Antillas*— y el programa de desarrollo económico defendido por José Comallonga a lo largo de su prolífica labor como escritor y propagandista,⁷ complementaban y completaban las ricas descripciones acerca de la inmoralidad e ineficiencia de las estructuras políticas del país expuestas, entre otros, por Carlos M. Trelles⁸ y Fernando Ortiz.⁹

Así, pues, la ideología económica pequeño burguesa aportó desbroces de gran importancia como la introducción del concepto de imperialismo en la literatura científica latinoameri-

⁵ Ver: "El imperialismo yankee en Cuba". *Repertorio Americano*. (San José de Costa Rica), 30 de enero de 1922.

⁶ Según Roa (p. 210), Rubén encontró "excelentes" los artículos de Guerra.

⁷ Ver: RODRÍGUEZ, PEDRO PABLO. "El pensamiento nacional burgués: el caso de José Comallonga". *Economía y Desarrollo*. (La Habana) (64): 51-72 septiembre-octubre '31.

⁸ Ver *El progreso (1902-1905) y el retroceso (1906-1922) de la República de Cuba*. Matanzas, Imprenta de Tomás González, 1923.

⁹ Ver: ORTIZ, FERNANDO. *La decadencia cubana; conferencia de propaganda en la Sociedad Económica de Amigos del País la noche del 24 de febrero de 1924*. Habana, Imprenta La Universal, 1924. 32 p.

cana¹⁰ y la descripción de aspectos determinantes de los mecanismos de dominación necolonial al rechazar al latifundismo, la monoproducción azucarera, la dependencia comercial de Estados Unidos como único mercado abastecedor y el papel dominante de las grandes compañías azucareras monopolistas norteamericanas sobre la producción cubana.

De hecho, tras la aparición de la famosa obra de Ramiro Guerra, estaban dados los prerrequisitos cognoscitivos para la comprensión acertada y cabal de la realidad económica criolla. Pero ese paso no podía ser avanzado por la línea de pensamiento pequeño burguesa por cuanto ésta se veía limitada por sus propios objetivos: lograr un desarrollo económico de tipo capitalista nacional, esto es, sin alterar el régimen de propiedad privada capitalista, reducir o eliminar —según el caso— el férreo control del capital financiero y sustituirlo por el predominio de la pequeña y la mediana propiedad nacional.

Es obvio el sentido antihistórico de semejantes propósitos que pretendían un desarrollo económico retrotrayéndose a la época del capitalismo de libre concurrencia en el momento en que ya el capitalismo en su fase superior había impuesto a escala universal una primera etapa de su crisis general como sistema tras el triunfo de la Revolución de Octubre.

Por otra parte, el sentido reformista de tales ideas se puso de manifiesto expresa y reiteradamente por sus expositores, quienes especificaron su rechazo a la violencia —a pesar de su amargo desentendimiento y hasta repudio de las estructuras de poder político y económico— y apelaron a vagas y difusas vías de regeneración moral para impulsar la adopción de sus proyectos de desarrollo, sin pretender la movilización y el apoyo de los sectores populares. Contrasta semejante reformismo con el indudable aliento de radicalismo presente ya en el pensamiento de José Martí a finales del siglo anterior, quien se propuso detener la expansión territorial y económica de Estados Unidos hacia América Latina, reuniendo en la búsqueda de semejantes propósitos a los más amplios sectores de la vida cubana con clara presencia protagónica de las masas populares.

Con toda probabilidad, es esa contradicción en el alcance de los objetivos y en las vías y fuerzas sociales movilizables para hacerlos realidad, la que explica cómo personalidades animadas de indudable patriotismo como Sanguily y Varona —que conocieron y admiraron la obra martiana—, no hayan

¹⁰ Ver: VARONA, ENRIQUE JOSÉ. "El imperialismo a la luz de la sociología" (1905) (En: *"La lucha antimperialista en Cuba"*. La Habana, Editora Popular de Cuba y del Caribe, 1960. t. I, p. 17-46.

acudido, sin embargo, al valioso arsenal de su ideario antimperialista para fundamentar sus críticas y perspectivas nacionalistas contra la dominación económica yanqui.

De todos modos, esos señalamientos acerca de sus insuficiencias no pueden llevarnos a disminuir la importancia —insistimos— de los aportes del pensamiento pequeño burgués cubano, como manifestación en un país neocolonizado de la crisis general del sistema, entonces en sus comienzos.

Es precisamente su evidente carácter antineocolonial —a pesar de sus limitaciones de objetivos y errores científicos— lo que llevó a que esa línea de pensamiento económico, agotadas sus posibilidades cognoscitivas en medio de los años veinte, cediera el paso, pero sirviendo a la vez de punto de partida, a la única concepción verdaderamente capaz de conocer el fenómeno socioeconómico y de darle solución, fuera de sus marcos, mediante su sustitución por un nuevo sistema de relaciones sociales. El marxismo, pues, estaba a la orden del día; era el paso inmediato a dar en la ideología económica, máxime cuando en el propio año de 1925 se fundó el partido que lo abrazó como ideología, marcando así el momento en que el proletariado cubano —la clase portadora del régimen sustitutivo del capitalismo— pasaba de clase en sí a clase para sí y ocupaba lugar prominente en la lucha social.

A Rubén Martínez Villena, con sólo 27 años, cupo el mérito histórico de dar ese salto en la ideología, que abrió nuevos derroteros al pensamiento económico y a las ciencias sociales. Ello muestra su indudable talento, máxime si recordamos —reiteramos— que no fue un economista; mas también hace patente que Rubén era quien se hallaba en mejores condiciones intelectuales para esta labor dentro del movimiento revolucionario y comunista cubano por entonces.

Por su origen social, su educación, su formación social e intelectual, su ideología y su evolución política hasta 1924, Rubén fue un producto neto de la pequeña burguesía depauperada y proletarizada durante los primeros años de la república plattista.

De familia venida a menos, criado en el culto a la epopeya patriótica, con las concepciones liberales y positivistas imperantes en el padre y en los estudios universitarios de derecho,¹¹ el joven Villena entró en la política con el Movimiento de Veteranos y Patriotas, amalgama politiquera que aprovechó aspiraciones frustradas y desilusiones populares empleando

¹¹ ROA, capítulos 1-12.

una retórica moralista del saneamiento del ejercicio del poder. Secretario e íntimo de Fernando Ortiz —quien hasta le pidió que le prologara unos de sus libros—,¹² huésped ocasional de Manuel Sanguily,¹³ lector y admirador de Varona, el hombre de veintitrés años que se inició en la política era un joven intelectual de afanes patrióticos, cuyos deseos de cambio podían haberlo llevado con toda seguridad a firmar los trabajos sobre temas económicos de las personalidades citadas antes —leídas por él sistemáticamente—, si se hubiera dedicado entonces a tratar esos asuntos.

Como ha explicado Raúl Roa con penetración y verbo singulares¹⁴ la desilusión y el chasco ante el fracaso del movimiento veteranista provocaron en sólo unos meses acelerada mutación de su pensamiento hacia el marxismo, en lo cual influyó, a todas luces, la magnética personalidad de Julio Antonio Mella, en camino ya de convertirse en líder nacional.¹⁵

Desde 1924 hasta 1926 Rubén pasó por un momento de tránsito en su evolución política, que lo condujo a asumir conscientemente el marxismo como ideología, lo cual fue refrenado por una activa ejecutoria práctica en la Universidad Popular José Martí y en la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO), que culminaría con su ingreso en el primer Partido Comunista en el segundo semestre de 1927. Su poderosa y aguda mente, sólidamente asentada en su conocimiento del pensamiento cubano y en especial del ideario martiano,¹⁶ le hicieron dedicarse al estudio del marxismo haciendo caso omiso de los cantos de sirena de las nuevas expresiones del pensamiento pequeño burgués que surgían en América Latina como el aprismo, contestatario ante el neocolonialismo, pero con una franca proyección anticomunista y errores en la apredensa del orden burgués dependiente.

Según todo parece indicar fue la obra de Lenin la que lo introdujo en el pensamiento marxista, en particular *El impe-*

¹² *En la tribuna*. Habana, Imprenta El siglo xx, 1923.

¹³ Su respeto y admiración por el prócer pueden verse en "Homenaje a Manuel Sanguily" y "Nobles memorias de Manuel Sanguily" (Martínez Villena, t. I).

¹⁴ ROA, p. 107-108.

¹⁵ ROA, p. 181-182.

¹⁶ Según Roa (p. 112), como resultado de sus nuevas lecturas de Martí que le permitieron descubrir el sentido antimperialista de su obra, Rubén escribió en 1924 un largo ensayo sobre la actitud del Maestro ante Estados Unidos que nunca ha aparecido.

rialismo, fase superior del capitalismo.¹⁷ Por entonces, eran pocas —y escasas en Cuba— las traducciones al español de los clásicos. Lenin era el más divulgado y Marx posiblemente quien menos se conociera; sin descontar, además, los escritos de Stalin y Trotsky y los documentos de la Internacional Comunista.¹⁸ Pero según todos los testimonios, fue la obra teórica de Lenin la que abrió las puertas de la ciencia y de la ideología marxista a los comunistas cubanos de entonces. Y como se aprecia en los artículos periodísticos de Rubén desde 1924 y en “Cuba, factoría yanqui”, el estudio leninista sobre el imperialismo fue la llave maestra que condujo al joven cubano al punto de cambio en el análisis de la situación económica de su país.

Es indudable que el valioso trabajo de Lenin, al caracterizar los rasgos y la fase histórica del capitalismo monopolista, dio al revolucionario cubano que se iniciaba en la lucha antimperialista la posibilidad teórica de explicarse a fondo científicamente las raíces de la problemática nacional. El estudio de *El imperialismo, fase superior del capitalismo* permitía comprender que la dependencia cubana no era un problema coyuntural o privativo de las relaciones Cuba-Estados Unidos, que las distorsiones de la economía insular no descansaban en sus consecuencias o manifestaciones como el latifundismo o la monoproducción, y que las soluciones verdaderas no podían ser asumidas dentro de los marcos de referencia del modo de producción capitalista. Y si a las enseñanzas de esta obra sumamos las de *El estado y la revolución* —también leída por

¹⁷ Augier señala (p. 20) que fue tras la huelga de hambre de Mella que Rubén comenzó a estudiar a Marx y a Lenin. Sin embargo, Roa afirma (p. 131) que desde 1924, al llegar a Cuba los exiliados venezolanos y peruanos —varios de ellos comunistas—, Rubén leyó por préstamos de ellos *El estado y la revolución* y *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. La lectura de los artículos de Rubén en *Venezuela Libre*, en el propio 1924, indica un lenguaje influido por el marxismo, lo cual parece corroborar la afirmación de Roa.

¹⁸ “Federico Engels (“Origen de la familia”) no falta en las manos de los estudiosos y junto a su obra fundamental se amontonan las de Karl Marx y las de Vladimir Ilich Ulianof (Lenin) al que siguen los densos, difíciles, textos primeros de Trotsky y después de Stalin” (LOLÓ DE LA TORRIENTE. *Mi casa en la tierra*, p. 166.) Roa cuenta (p. 208) que por 1925 recuerda haber visto a Rubén leyendo a Plejanov (*El arte y la vida social*) y a Marx (*El 18 brumario de Luis Napoleón*). El propio Rubén, en carta de 1930 a su esposa (MARTÍNEZ VILLENNA. t. II, p. 369) dice que por entonces había releído *El imperialismo...* y el prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*, de Marx.

Rubén por esa misma época—, resulta claro el destacadísimo papel de la obra de Lenin en la formación teórica de Rubén en la ideología del proletariado.

Por demás, no puede pasarse por alto la rectoría ideológica y política de Mella,¹⁹ quien, a pesar de no estudiar en particular la dominación económica del imperialismo yanqui sobre Cuba, popularizó el término desde 1924 en su oratoria y en su prosa política y definió a aquél ya en 1925 como “de absoluta dominación económica con garantías políticas cuando son necesarias”.²⁰ Sin la inaudita y singular velocidad de Mella, la evolución ideológica de Rubén fue rápida y siguió por senderos similares al del fundador del primer Partido Comunista cubano.

El interés intelectual por la Revolución de Octubre ya le había sido insuflado por José Ingenieros, mientras que los primeros textos de Mariátegui²¹ que llegaron a Cuba ofrecieron certidumbre plena de la capacidad de la teoría marxista para explicar y brindar salida a la problemática continental, dependiente y subdesarrollada.

Por último, se debe considerar el aporte que brindó a la generación de Rubén —y a él en particular— la obra *El imperio americano* del historiador norteamericano Scott Nearing, entonces de militancia marxista-leninista, traducida al español en 1921 por Carlos Baliño, así como la que aquél publicara en 1925 en colaboración con Joseph Freeman, *La diplomacia del dólar*,²² traducida al español en México al año siguiente. Partiendo de la caracterización leninista, los estudiosos norteamericanos se enfrentaron al desarrollo de la fase superior del capitalismo en Estados Unidos, en sus aspectos económicos y en su evolución histórica de avasallamiento hacia América Latina y otras regiones del mundo.

¹⁹ Fue Mella quien lo llevó de profesor a la Universidad Popular en 1924 y quien le facilitó textos marxistas y de su cosecha (ROA, p. 114).

²⁰ “Cuba, un pueblo que jamás ha sido libre”. (En *Documentos y artículos*. p. 181).

²¹ Tras el exilio de Mella, Rubén ahondó en los clásicos del marxismo y en la *Escena contemporánea* del marxista peruano (ROA, p. 173).

²² ROA en la página 173 de *La diplomacia del dólar* (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973), estudia en su capítulo VI el caso cubano en particular bajo el título de “Adquisición sin anexión”.

II

Entre 1923 y 1924 puede situarse el momento en que ocurre el punto de cambio en la ideología de Martínez Villena, precisamente a partir de su adopción del criterio antimperialista. La práctica política que le permitió palpar las limitaciones del movimiento veteranista y aproximarse al proletariado a través de la Universidad Popular, y el conocimiento de las tesis fundamentales del marxismo gracias a la palabra de Mella y a los contactos con los revolucionarios latinoamericanos asentados en Cuba que le vincularon a la revista *Venezuela Libre*, fueron los factores esenciales que abrieron una óptica francamente antimperialista en Rubén y que le hicieron ir abandonando sus iniciales concepciones de reforma moral de la sociedad cubana para hacerle penetrar en la comprensión de los mecanismos de la dominación imperialista, lo cual le conduciría posteriormente a su adscripción al socialismo científico.

Este cambio es perceptible en sus escritos de entonces. Así, en febrero de 1923, en su artículo "Baire",²³ Rubén expresa su preocupación patriótica por el presente que considera alejado de los principios que dieron lugar al 24 de Febrero. Y aunque hay un sutil señalamiento acerca de la presencia estadounidense, no la menciona por su nombre ni le da lugar determinante al explicar esa distancia entre la Guerra del 95 y la república que le siguió.

Hora es ya de consolidar la obra que una época de transición forzosamente incolora ha puesto en peligro. Hora es de tener Patria de verdad, bien cimentada y fuerte y coherente sin más obligaciones que las que impone la gratitud, y cuyo cumplimiento no reclamará ningún pueblo grande a otro pueblo grande que sepa en qué circunstancias y medida debe cumplirlas. Hora es de tener Patria de verdad. ¡Patria es independencia política y funcionamiento ordenado del mecanismo estatal; hogar honrado y gobierno virtuoso y arca nacional, llena, y conciencia ciudadana limpia!²⁴

²³ *El Figaro*, 25 de febrero de 1923 (MARTÍNEZ VILLENA. t. II, p. 9-11).

²⁴ *Ibidem*, p. 10. En su conocido poema "Mensaje lírico civil", fechado también en 1923, Rubén explicita su rechazo al "proteccionismo yanqui" sustentado en la Enmienda Platt. (MARTÍNEZ VILLENA. t. I, p. 139 y 142).

Como puede apreciarse, la alusión a la dominación norteamericana parece referirse exclusivamente a la Enmienda Platt, instrumento de abierto control político que obviamente lesiona la soberanía nacional, y el cual fue rechazado con fuerza creciente por el pensamiento nacionalista propio de la pequeña burguesía de entonces. Mas no parece adecuado inferir que ya había comprensión en Rubén de que junto a la Enmienda Platt había otros —y más reinados— instrumentos de dominación que subordinaban la economía cubana a la estadounidense, ni siquiera que sus ideas alcanzaban a iluminar el despojo de la propiedad en manos cubanas por parte de los monopolios yanquis, como ya habían señalado Manuel Sanguily y, con aguda penetración, Enrique José Varona.

Así, pues, Rubén resume su conciencia de la nacionalidad a principios de 1923 simplemente en independencia política (aludiendo así a la Enmienda Platt) y honradez administrativa. O sea, el programa que enarbolaría el Movimiento de Veteranos y Patriotas, cauce político por aquella época de la crítica pequeño burguesa a la sociedad neocolonial.

Sin embargo, en octubre de 1924,²⁵ al comentar las elecciones nicaragüenses, se muestra Rubén satisfecho por el anuncio de la retirada de las tropas y la banca de Estados Unidos del país centroamericano, aunque se pregunta, con abierto recelo, si ello implica un cambio en “la política imperialista” de la Casa Blanca.²⁶

Es muy interesante observar que esta es la primera ocasión en que hemos hallado el término imperialismo en los escritos de Rubén, y que éste es empleado por él con el sentido de expansión territorial o dominación política (a través de la ocupación militar de Nicaragua) y del control económico por el capital financiero del Banco Nacional y el ferrocarril nicas. Aunque el tema no es de Cuba, es obvio que el lenguaje es totalmente diferente al de principios del año anterior en “Baire”, y, además, el análisis de la actuación imperialista yanqui en Centroamérica indica que su pensamiento va más allá de la crítica moral al disfuncionamiento del estado nacional para comprender el alcance socio económico del dominio imperialista.

Este cambio de perspectiva en sus planteos durante el más de año y medio transcurrido entre ambos artículos comenta-

²⁵ *El Herald*, 26 de octubre de 1924 (MARTÍNEZ VILLENA. t. II, p. 47-48).

²⁶ *Ibidem*, p. 48.

dos, nos indica que la reflexión de Rubén ha cambiado de terreno en sus fundamentos teóricos para situarse, al analizar los problemas nacionales y extranjeros, en el punto de partida de que su época era la del imperialismo y de que para las sociedades latinoamericanas, en especial las del Caribe, la relación determinante era el dominio del capital financiero yanqui. Y desde ese punto, será el desarrollo de su pensamiento político antimperialista lo que lo conducirá, como momento final de ese proceso, a adscribirse al marxismo-leninismo y, paralelamente, a fijar la atención de su pensamiento en los problemas económicos cubanos.

De ese modo, durante 1925, en la revista *Venezuela Libre*, fundada a instancias suyas, Rubén escribió varias veces las notas editoriales, en las que se puede observar el desarrollo de su posición antimperialista.²⁷

Aunque los amplios propósitos de "Cuba, factoría yanqui" —que pretendía brindar una panorámica de la dominación económica yanqui sobre Cuba en sus distintos aspectos— permiten enjuiciarla como el primer análisis marxista de la economía cubana, es indudable que ya a mediados de 1926 el pensamiento de Rubén marchaba en tal sentido. Ello es claro en su primer escrito dedicado a la temática económica: "Un aspecto del problema económico cubano"²⁸. Publicado originalmente en *Venezuela Libre* el primero de junio de aquel año, el artículo es ya una brillante demostración del análisis marxista y una muestra de cómo sólo la adopción de la teoría del socialismo científico permitía avanzar a fondo en el conocimiento científico del estancamiento y la crisis de la economía cubana, y en la proposición de salidas para ello.

Desde sus primeras reflexiones, Rubén aprovecha los avances cognoscitivos proporcionados por la crítica económica pequeño burguesa: "... la causa originaria de nuestra inestabilidad financiera es ésta: toda la vida económica de Cuba depende exclusivamente del precio de un producto único: el azúcar."²⁹

Sin titubeos, Rubén indica la razón esencial de la crisis en la producción cubana, y de inmediato, sigue abordando las relaciones de producción —y de propiedad por tanto— que provocan tal situación:

²⁷ Ver "Cuba para la humanidad", "Panamá bajo el terror yanqui" y "Estados Unidos árbitro". (MARTÍNEZ VILLENA. t. II).

²⁸ MARTÍNEZ VILLENA. t. II, p. 76-81.

²⁹ *Ibidem*, p. 76.

*Mas este precio se fija en el extranjero, de acuerdo con intereses extranjeros, y la utilidad real que reporta la venta del producto queda asimismo en manos extranjeras, o llega a ellas después de una efímera permanencia en manos del cubano.*³⁰

Rubén completa el análisis precisando que el precio del azúcar puede ser fijado por el comprador porque éste refina ese producto, es decir, termina su elaboración, y Cuba —dice— tiene que vender al refinador de Estados Unidos por ser éste el mercado más próximo y porque los mejores centrales pertenecen a compañías yanquis.³¹

La importancia del análisis de Rubén salta a la vista: en su pensamiento ya no se trata de la descripción de fenómenos —la monoproducción o el latifundismo— como consecuencias de la imprevisión nacional —como, en el fondo, planteaba el pensamiento pequeño burgués, aspirante a la protección y al desarrollo de la pequeña y la mediana propiedad nacional—, sino de la explicación de que las características de la economía cubana (monoproducción y monomercado) se asentaban en el control de los precios y de las utilidades de venta por parte del capital financiero yanqui, propietario monopolista de los centrales en Cuba y de las refinerías en Estados Unidos, dominando así —como explicaba Lenin— el proceso productivo en todas sus fases.

Por tanto, en el breve análisis de Rubén se explican los mecanismos extrapolíticos de la dominación neocolonial a la vez que se centra la atención en el responsable de ella: el capital monopolista estadounidense.

Y para cerrar el círculo de esa dantesca dominación, Rubén continúa explicando cómo el central norteamericano obtiene elevadas ganancias a costa del colono cubano, quien no cubre sus gastos con el bajo precio que recibe de aquél, además de verse sometido a contratos feudales que lo obligan a pagar altos precios en las tiendas del ingenio. En consecuencia, resume Rubén, tanto en la producción agrícola como en la fabril las ganancias siempre quedan en manos del extranjero.³²

Y comprendiendo hasta dónde alcanzaba el control casi absoluto por parte del capital financiero sobre la cuota media de ganancia producida por el azúcar, Rubén aclara que parte de

³⁰ *Idem.* En negritas en el original.

³¹ *Ibidem.* p. 77.

³² *Ibidem.* p. 68-79.

las ganancias de los cubanos dueños de centrales regresaban a Estados Unidos a través de la importación de sus mercaderías con precios impuestos desde el Norte. Círculo vicioso de la dependencia que Rubén cierra estudiando cómo la mono-producción conducía a la polimportación, favorecida, además, por los leoninos contratos con el central yanqui que subordinaban al colono cubano, la falta de una legislación que preservara la tala de los montes y lo costoso del ferrocarril, también en manos extranjeras.³³

Las soluciones las plantea Rubén en dos sentidos: la recuperación de lo que está en manos extranjeras y la diversificación productiva para abastecer al mercado nacional. En la primera expone soluciones radicales para erradicar el dominio extranjero: "nacionalizar" la industria azucarera, impedir el paso de tierras a empresas extranjeras y municipalizar los bateyes.³⁴ (Es interesante observar que el propio Rubén entrecomilla lo de nacionalizar, lo que parece indicar, de acuerdo con el contexto, que no habla del control de la propiedad por el Estado sino de su paso a manos cubanas. Y también ha de llamarse la atención hacia el hecho de que él mismo calificó de "remedio parcial" la municipalización de los bateyes.) Para diversificar la producción llama a estimular la iniciativa privada a través del fomento agrícola, la creación de bancos agrícolas y el reparto de tierras.³⁵ Obsérvese el claro interés por beneficiar al pequeño y mediano propietario agrícola, lo cual lo identifica con soluciones propuestas por el ideario económico pequeño burgués, como la creación de bancos agrícolas. Sin embargo, el reparto de tierras —medida a favor del numeroso campesinado arrendatario— no constituyó un aspecto usualmente propuesto por esa corriente de pensamiento.

Raúl Roa es del criterio que ese trabajo de julio de 1926 indica que Rubén había estudiado a fondo el Prefacio de la *Contribución a la crítica de la economía política*,³⁶ el conocido texto en que Marx sintetizó las concepciones esenciales del materialismo histórico.

La filiación marxista del análisis económico de Rubén es inobjetable. A nuestro juicio, la lectura más evidente es *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Sólo el estudio y la

³³ *Ibidem*, p. 80-81.

³⁴ *Ibidem*, p. 79.

³⁵ *Ibidem*, p. 80.

³⁶ *Ibidem*, p. 133.

asimilación de las tesis leninistas allí contenidas permiten lograr una descripción del conjunto de la dominación neocolonial tan clara, precisa y coherente. Un año antes de la aparición de *Azúcar y población en las Antillas* —fundamental esfuerzo cognoscitivo del pensamiento pequeño burgués nacionalista, apoyado en sólido estudio de la realidad insular y de la más actualizada bibliografía sobre el tema de la plantación—, Rubén supera en toda la línea a Ramiro Guerra para entregarnos la brillante explicación de los mecanismos económicos neocoloniales que Guerra no podrá dar, por quedar entrapado en su defensa de la propiedad privada capitalista al propugnar el desarrollo de un campesino medio, lo cual lo llevaría a paralizarse ante la necesaria acción de despojar al capital financiero de sus propiedades en Cuba.

Es obvio que las soluciones esbozadas al vuelo por Rubén (evidentemente no eran el propósito de su trabajo) no plantean el paso al socialismo: quedan en el plano nacional liberador ya que pretenden rescatar la propiedad en manos foráneas y adoptar medidas para el desarrollo económico nacional. Quizás podría aducirse que el pensamiento de Rubén para entonces aún se movía en el campo de las soluciones pequeño burguesas; pero ello no parece acertado si recordamos el uso del entrecomillado al hablar de la nacionalización de las propiedades extranjeras y el llamar “remedio parcial” a la municipalización de los bateyes, así como su radical llamado al reparto de tierras. Parece más bien que no quiso mostrar todo el alcance de su pensamiento en un trabajo que, por demás, no se dedicaba a las soluciones sino a la descripción del mecanismo central de la dominación neocolonial sobre Cuba. Además, por otro lado, no podemos olvidar que ya para aquella época —como resultado de los deslindes leninistas acerca de las fases y momentos de la revolución hacia el socialismo—, el pensamiento marxista divulgado por la Internacional Comunista había precisado una etapa agraria, antimperialista, y nacional liberadora como paso previo a la revolución socialista en los países oprimidos, coloniales y dependientes. Y ese planteo sería una importante conquista teórica rápidamente asimilada por los comunistas cubanos quienes la inscribirían en su primer programa, cuando su primer Congreso en 1929,³⁷ mientras

³⁷ No es del caso analizar ahora las tácticas empleadas en aquellos momentos para alcanzar esa meta. La práctica demostró que eran erróneas, pero el legado teórico en cuanto a las fases de la revolución se mantuvo en el pensamiento marxista cubano, y fue aplicado brillante y eficazmente por la Revolución victoriosa el Primero de Enero, que ha conducido a Cuba hacia el socialismo.

que Rubén, por su parte, insistiría hasta el final de sus días en tal tesis.³⁸

En resumen, "Un aspecto del problema económico de Cuba" evidencia la cultura y el criterio marxista alcanzado ya por Rubén a mediados de 1926, a la vez que nos indica cómo, precisamente por ese desarrollo ideológico y teórico, el tema económico se incluye en su pensamiento.

Las propias necesidades de la práctica político-revolucionaria son las que lo obligan a escribir en los comienzos de 1927 dos importantes trabajos de tema económico: "Cuba, factoría yanqui" y "La verdad del campesinado en Cuba", lamentablemente perdido este último. Se trataba de que Julio Antonio Mella informase sobre estos aspectos de la situación cubana en el Congreso Antimperialista de Bruselas, y Rubén se enfrascó en el esfuerzo de redactar ambos trabajos en muy breve tiempo, lo cual cumplió cabalmente.

Las condiciones en que fueron escritos ambos informes —además de un tercero que denunciaba el carácter criminal del gobierno de Machado— (escaso tiempo, vigilancia policial, duro bregar cotidiano en la atención a la CNOC y a la Universidad Popular, y la salud que empeoraba por días), muestran el esfuerzo, el ahínco y la admirable dedicación de Rubén a la tarea de contribuir al mejor conocimiento de la situación nacional. Sin dudas, es un ejemplo valioso y digno de imitar —junto a otros más—, el de cómo Rubén concedía alto valor al necesario estudio y conocimiento de la realidad, como parte también de la lucha revolucionaria para transformarla.

"Cuba, factoría yanqui" está compuesto por un Preámbulo y doce capítulos en los que se recogen las huellas de la dominación estadounidense sobre Cuba.³⁹

El Preámbulo señala claramente el sentido neocolonialista del dominio yanqui, pues expresa que desde el siglo XIX la política cubana de Estados Unidos "fue determinada por factores económicos...",⁴⁰ y que con el apéndice constitucional se concentraron fuertes inversiones en la industria azucarera determinantes de una condición de esclavitud económica, lo cual prueba que en Cuba no había independencia.⁴¹ No caben dudas

³⁸ Ver: "Las contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario" (MARTÍNEZ VILLENA. t. II).

³⁹ MARTÍNEZ VILLENA. t. II, p. 109-164.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 109.

⁴¹ *Ibidem*, p. 109-110.

para Rubén, entonces, que las relaciones económicas son la clave de las relaciones Cuba-Estados Unidos.

A continuación, cada capítulo va describiendo cómo se manifiesta el dominio yanqui sobre las diferentes esferas de la economía nacional.

El primero trata de los empréstitos: estudia los concedidos al Estado y al capital privado, y demuestra cómo todos atan al país a la banca estadounidense. El segundo estudia el comercio exterior con fuentes muy actualizadas —de 1925— de las Secretarías de Estado y Hacienda, y lo dedica a demostrar cómo las estadísticas oficiales mentían al mostrar que la balanza era favorable a Cuba. Rubén explica que las estadísticas no dicen que los aplastantes valores producidos por las exportaciones los brindaba el azúcar, cuya producción pertenecía en sus tres cuartas partes a compañías, y que Cuba, por tanto, no percibía esos ingresos.⁴² El traspaso de la tierra a manos del capitalismo yanqui es el asunto del capítulo III, en el cual Rubén afirma que de ese modo las empresas azucareras completaban su imperio sobre el país mediante el dominio de la materia prima, tendiendo así a eliminar al propietario cubano. También recuerda el proyecto de ley de Sanguily, pero estima que ya era tarde para evitar el mal, aunque se recurriese a una escala de impuestos progresivos.⁴³

Tras revisar estos tres aspectos principales de la dominación económica yanqui, los capítulos del IV al VI plantean el control casi absoluto por el capital financiero de las minas, las comunicaciones y la generación de electricidad respectivamente. En el VII estudia cómo ocurre igual fenómeno en la banca, y destaca el significativo papel desempeñado por The National City Bank of New York en el control del azúcar, los ferrocarriles y las obras de construcción de la carretera central.

El capítulo VIII lo dedica al comercio, y en él explica cómo el capital yanqui ensayaba sus inversiones en este sector, compitiendo ventajosamente con los españoles, tendencia que ve manifestarse por igual en la escasa industria no azucarera, tema del capítulo siguiente. El capítulo X demuestra que las más grandes fábricas de tabaco del país eran de capital yanqui.

En el capítulo XI, dedicado a la industria azucarera, Rubén se extiende por razones obvias. La considera el eje de la vida económica cubana por el "formidable" capital invertido en ella, su relación con los ferrocarriles, la cantidad del proletariado

⁴² *Ibidem*, p. 120-124.

⁴³ *Ibidem*, p. 127-128.

que ocupa, la dependencia del agricultor hacia el central, su importancia en la exportación y la "estrecha trabazón" entre cultivo y producción de un lado, y las operaciones bancarias de otro.⁴⁴

Encuentra en la industria azucarera un sello feudalista, provocado por "la especial condición del nativo, y en general, del trabajador explotado" en ella, "las circunstancias propias de la producción", "el aspecto agrario de aquélla" y su extensión e importancia.⁴⁵

Luego hace un análisis, que repite el del artículo de 1926, acerca de cómo los precios son fijados por la refinería, de lo cual se desprende que la utilidad siempre queda en manos norteamericanas por controlar éstas la refinación, las ventas de azúcar, los bajos precios al colono y el dominio de las importaciones cubanas.

El último capítulo lo dedica a precisar la cuantía y el lugar del capital yanqui en Cuba. Señala que éste es 8,09% del total invertido en el exterior, sólo superada Cuba por Canadá; pero considera que este es un país de mucho mayor territorio y población, que no tiene la "unicidad" de la industria azucarera bajo control yanqui y en el cual actúa otro imperialismo competidor. Por ello, concluye, Cuba "*ocupa indiscutiblemente el primer lugar en la escala de países esclavizados por el imperialismo capitalista de E.U.*"⁴⁶ Por lo cual, a su juicio, dentro de medio siglo "*la totalidad de la riqueza cubana habrá sido absorbida y estará representada por el capital estadounidense. Nuestros nietos serán asalariados de los capitalistas yanquis.*"⁴⁷ Y de ahí, para Rubén, que Cuba ocupase el triste lugar de ser el país "más esclavizado a Wall Street", y por tanto, que fuese "*una semicolonía, una factoría yanqui.*"⁴⁸

Los conocimientos de nuestros días han perfeccionado y hasta rebasado en algunos casos los datos y las informaciones manejadas por Rubén; inclusive, en el aspecto metodológico, el ordenamiento expositivo en una investigación científica del problema alteraría el seguido por el dirigente revolucionario. Empero, el método de análisis y las conclusiones mantienen todo su valor al estudiarse el pensamiento económico cubano. Nunca

⁴⁴ *Ibidem*, p. 148.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 149.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 163. En negritas en el original.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 164.

⁴⁸ *Idem*. En negritas en el original.

antes se había intentado un inventario cuantitativo, ni siquiera mínimo, de la ominosa presencia del capital yanqui en Cuba, por lo que es lógico que en el ensayo predomine el sentido descriptivo al estudiarse aquélla en las distintas esferas de la economía nacional. Por otra parte, la novedad de tal búsqueda significaba el acopio de una enorme cantidad de estadísticas o informaciones varias dispersas en documentos, cuadros estadísticos oficiales y la escasa bibliografía que aportaba datos o que rondó el tema. A pesar de semejantes dificultades, resalta la amplitud de las fuentes manejadas por Rubén, por demás, de las mejores a su alcance por entonces en nuestro país: publicaciones gubernamentales cubanas y norteamericanas y de la Unión Panamericana, la obra de Nearing y Freeman y los trabajos de Fernando Ortiz, Ramiro Guerra y José Comallonga.

El sólo hecho de inventariar la presencia del capital yanqui representaba en 1927 un indudable aporte cognoscitivo al desarrollo antimperialista de la conciencia de la sociedad cubana. Pero Rubén nos dejó además el análisis de los mecanismos que demostraban la subordinación económica de Cuba a Estados Unidos, es decir, que no se limitó a constatar la presencia aplastante del capital yanqui sino que explicó su funcionamiento y objetivos, demostrando su carácter dominador y explotador de la economía insular en provecho propio. Por eso su ensayo es obra de análisis, crítica y denuncia; es un llamado al combate antimperialista.

Tal alcance de la obra únicamente pudo llegar a ser logrado en virtud del dominio de la definición y los rasgos de la fase imperialista expuestos por Lenin. Al comprender el sentido dominador y explotador hacia el país receptor de la moderna exportación de capitales, Rubén puede sobrepasar el mero señalamiento de su presencia y el temor ante una futura anexión del país, como sucedió con los más avisados exponentes de la corriente pequeño burguesa. Conocedor de que la formación de monopolios controlados por la oligarquía financiera hegemonizaba la fase superior del capitalismo en los propios Estados Unidos, Rubén puede diferenciarla del capital de libre competencia, por lo que, cuando mira hacia Cuba, busca la presencia del capital imperialista a partir de los sectores que determinan la economía cubana: la industria azucarera, la banca y las finanzas. Por eso, aunque sus palabras finales parecen predecir también la plena absorción futura de Cuba como nación ("nuestros nietos serán asalariados de los yanquis"), sus propósitos y conclusiones demuestran que el presente de 1927 ya era el del dominio del capital financiero norteamericano, por lo

que Cuba constituía una factoría de Estados Unidos, una parte destacada de su zona de influencia económica, en fin, lo que más adelante precisaron las ciencias sociales con el concepto de neocolonialismo.

En suma, con el ensayo enviado al Congreso Antimperialista de Bruselas, Rubén aportó al movimiento revolucionario y comunista cubano un importante documento que desbrozaba el conocimiento de la presencia y la actuación imperialista en el país, a la vez que situaba a las ciencias sociales en Cuba en la plena actualidad del siglo XX, iniciando la corriente del pensamiento económico marxista.

En lo adelante, la obra del dirigente comunista no vuelve a tocar el tema en particular.⁴⁹ Pero sí encontraremos referencias que indican cómo continuó preocupado por este asunto según aumentaron su cultura marxista, su apreciación del mundo de la época y su responsabilidad como dirigente político del pueblo cubano.⁵⁰

La referencia más extensa —y quizás la más valiosa para la historia del pensamiento económico— se encuentra en su importante trabajo de 1933 dedicado a enfrentar al ABC cuando éste se transformó de organización terrorista en partido político.⁵¹ Al analizar el Manifiesto-Programa abecedario, se detiene Rubén en uno de sus puntos básicos: la reconquista de la tierra. Además de criticarle el papel complementario que otorga al imperialismo yanqui por el despojo agrario de los propietarios cubanos⁵² y su temor a precisar que la penetración económica extranjera era yanqui,⁵³ Rubén ataca a fondo la orientación reformista del programa, que no era siquiera tan nuevo como planteaban los abecedarios, ya que su solicitud de limitar la adquisición de tierras por las compañías extranjeras recuerda Rubén que había sido propuesta treinta años atrás por Sanguily.

⁴⁹ Claro que es evidente su participación relevante en la redacción del programa aprobado en 1929 por el Comité Central del primer partido marxista-leninista, el cual concedió espacio a la caracterización económica de la sociedad colonial. (ROA, p. 346 y sig.).

⁵⁰ Ver "Gonfalon", "Cuba: un cuarto de siglo" —donde insiste en que Cuba es una factoría de Estados Unidos—, y "Nicaragua" (MARTÍNEZ VILLENA. t. II).

⁵¹ "Qué significa la transformación del ABC y cuál es el propósito de esta maniobra". *Mundo Obrero* (Nueva York) marzo-abril de 1933. (MARTÍNEZ VILLENA. t. II.)

⁵² *Ibidem*, p. 225.

⁵³ *Ibidem*, p. 226.

Entonces eran medidas de previsión política de las clases dominantes en Cuba, cuyos mejores cerebros veían el peligro de absorción y dominio imperialista; ahora resultan un sarcasmo. . .⁵⁴

Tampoco encuentra Rubén novedad en el fomento de la pequeña propiedad rural, por cuanto “se encuentra en todos los programas de todos los economistas burgueses de Cuba republicana y hasta colonial, y hará reír especialmente a don José Comallonga —que no entiende las contradicciones imperialistas, según confesión propia— y a Ramiro Guerra —que las entiende demasiado, aunque no lo confiesa.”⁵⁵

En resumen, Rubén considera que esas ideas evidencian la ideología pequeño burguesa del ABC. Sin embargo, encuentra que la situación depauperada de esta clase ante la crisis, admite otra salida: la lucha revolucionaria antimperialista con el proletariado de vanguardia.

Como bien apreciaba Rubén, el período revolucionario iniciado en Cuba en 1930 marca el fin de la vigencia de las soluciones pequeño burguesas en el plano económico: la irrupción del proletariado y el enfrentamiento abierto de la nación contra el imperialismo dejaban atrás las salidas propiciatorias de un desarrollo capitalista asentado en la pequeña propiedad agraria, sobre todo, además, porque el grado de dependencia ya alcanzado hacía imposible semejante camino a esas alturas. La pavorosa crisis de 1929, que acentuó la crisis permanente en que ya se debatía desde antes el sistema neocolonial en Cuba —fenómeno visto con acierto por Rubén—⁵⁶ no admitía soluciones verdaderamente reformistas: ni el imperialismo las permitiría ni la sociedad cubana disponía ya ni remotamente de una burguesía nacional capaz de sustentar un proyecto reformista: la burguesía dominante no dejó de ser dependiente y en la peque-

⁵⁴ *Ibidem*, p. 228.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 229.

⁵⁶ En 1927 (“Cuba: un cuarto de siglo”) señalaba que la crisis cubana era crónica y que los dos primeros años del machadato mostraban una curva de ascenso que parecía indicar “la inminencia de un clímax verdaderamente decisivo”. (MARTÍNEZ VILLENA, t. II, p. 101). Y cuando aquel clímax desembocó en una situación revolucionaria en 1933, Rubén encontró que la crisis era superior en Cuba por su también superior carácter monoprodutor. (“Las contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario”. MARTÍNEZ VILLENA, t. II, p. 233).

ña burguesía se hizo tendencia permanente la depauperación, que alcanzó niveles terribles con la crisis mundial.

III

La valoración final del aporte de Rubén Martínez Villena al pensamiento económico cubano parece quedar bien clara cuando se ha establecido su análisis marxista de la dominación del imperialismo yanqui sobre Cuba. Es cierto que su alcance inmediato parece haber sido limitado, pues lo más probable es que sólo pudiera llegar a ser conocido por el partido marxista-leninista y los partícipes del movimiento revolucionario a él allegados, además de que, como vimos, la mayor parte de "Cuba, factoría yanqui" permaneció inédita hasta fecha reciente.

El pensamiento pequeño burgués, que se mantuvo como dominante en el pensamiento económico cubano hasta el triunfo de la Revolución, no admitió, siquiera para el estudio científico, los planteos acerca de la problemática económica practicados por la línea marxista que iniciara Rubén. Sin embargo, la irrupción de este punto de vista y la situación revolucionaria de 1933, con la posterior búsqueda por parte del imperialismo de una estabilización para el mantenimiento del orden burgués dependiente, condujeron al pensamiento económico burgués en su conjunto a admitir —de un modo u otro— el hecho inocultable ya de la dominación económica sobre Cuba del capital financiero de Estados Unidos, por lo que aparece con cierta frecuencia el empleo de conceptos marxistas o el coqueteo con ellos, sin superar los esquemas de desarrollo aportados hasta la tercera década del siglo.

El proletariado y las clases populares, por su parte, deben a Rubén la apertura de la línea marxista en el pensamiento económico, lo cual contribuyó sin lugar a dudas a precisar dónde radicaba el centro de los problemas del país, además de llamar al imperialismo por su nombre, fenómeno que desde entonces se extendió por el lenguaje político nacional.

Por tanto, pues, correspondió al poeta que "rompió" sus versos, al luchador que quemó su vida por la revolución social, dar el salto que condujo al pensamiento económico cubano por el camino de brindar las verdaderas soluciones a la dependencia neocolonial, con lo cual, a todas luces, el análisis económico

de Rubén contribuyó sustancialmente a que sus nietos no fuéramos asalariados del capital yanqui y viviéramos en el primer país socialista de América.

La Habana, noviembre-diciembre de 1983

BIBLIOGRAFÍA

AUGIER, ÁNGEL. "Lenin en Rubén Martínez Villena". *Verde Olivo*. 11 (32): 20-21 9 de agosto '70.

MARTÍNEZ VILLENA, RUBÉN. *Poesía y prosa*. Ciudad de La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1978. 2 t.

MELLA, JULIO ANTONIO. *Documentos y artículos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

MEZA PAZ, JOSEFINA. "Apuntes para un estudio del pensamiento político de Rubén Martínez Villena". (En: *La república neocolonial. Anuario de Estudios Cubanos* 2. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1979. t. II, p. 433-478.

——— *Rubén: antología del pensamiento político*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1976.

PARDEIRO, FRANCISCO. "De la poesía a la lucha de Rubén en las páginas de *El Heraldo*". *Santiago* (Santiago de Cuba) (16) diciembre '74.

ROA, RAÚL. *El fuego de la semilla en el surco*. Ciudad de La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982.

TORRIENTE, LOLÓ DE LA. *Mi casa en la tierra*. La Habana, 1956.



Encuadernación en vitela, en forma de flor de lis, con filetes de estilo Renacimiento, adornado con iniciales en oro y colores. Contiene en su interior preciosas miniaturas. *Libro de Horas* de Enrique II, siglo XIV.

Aproximación a la poesía de Regino Boti

ENRIQUE SAÍNZ

Si nos detenemos en el análisis de la historia de nuestra poesía desde *Espejo de paciencia* (1604-1608), de inmediato podremos percatarnos de la complejidad de su proceso evolutivo y de la relación dialéctica entre ese proceso y los distintos momentos del desarrollo político, social y económico. Después de atravesar un período de incuestionable pobreza —según los textos conservados— durante el siglo XVIII y en no menor medida en los siglos anteriores, se produce el nacimiento del primer período histórico de la poesía cubana con las obras de Manuel de Zequeira y Arango (1764-1846) y de Manuel Justo de Rubalcava (1769-1805), verdaderos exponentes de un salto cualitativo dentro del proceso de desarrollo de la literatura cubana. En ambos poetas encontramos un alto grado de conciencia artística como diferencia fundamental con respecto a los autores del XVIII, cultivadores espontáneos u ocasionales de la poesía y hombres sin una nítida y definida conciencia de clase. A partir de los más importantes poemas de estos creadores de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, los años del primer período reformista de nuestra historia, podemos apreciar todo un desarrollo orgánico de la poesía cubana íntimamente relacionado con el proceso de cambios que se van experimentando en el plano económico-social. En ese desarrollo, como en todos los procesos históricos, son evidentes los momentos de esplendor y los de decadencia, aquellos en que se escriben obras de significación relevante y de perdurabilidad artística y los que testimonian un agotamiento de la sensibilidad y una necesaria renovación lírica.

Entre 1820 y 1844 se escriben las obras más significativas de nuestro primer romanticismo, de un valor artístico superior, sobre todo en el caso de José María Heredia (1803-1839), la voz más alta y perdurable del período apuntado y una de las cimas de la poesía cubana. A mediados del siglo XIX se hace ostensible, en las obras de Rafael María Mendive (1821-1886) y en Juan Clemente Zenea (1832-1871), un salto de calidad conocido como reacción del buen gusto, uno de cuyos rasgos caracterizadores es el retorno a una riqueza expresiva de calidad y refinamiento, de los que estuvo carente la poesía cubana de los años 1845-1855, los años posteriores a la Conspiración de la Escalera

(1844). El momento de desarrollo que alcanza la lírica cubana con creadores de la talla de Mendive, Zenea, Luisa Pérez de Zambrana (1835-1922), Joaquín Lorenzo Luaces (1826-1867) y Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), contrasta de manera notable con lo que se escribió en los años inmediatamente anteriores a la aparición de la poesía de Martí (1853-1895). Las antologías *Arpas amigas* (1879) y *Los poetas de la guerra* (1893) permiten apreciar las diferencias que señalamos entre la obra de los poetas del segundo romanticismo y la de aquellos que escriben de un modo ocasional en medio de los rigores y las urgencias de la guerra o aquellos que representaban una franca decadencia del movimiento artístico que tanta fuerza había alcanzado con Heredia, *Plácido* (1809-1844), José Jacinto Milanes (1814-1863) y el resto de las voces mayores de 1820 a 1867. En la década del 80 encontramos también el inicio de un lapso de esplendor que se cierra en 1898. Entre 1882 y 1895 escriben sus obras Martí y Julián del Casal (1863-1893) —textos altamente significativos para la poesía cubana e hispanoamericana—, Juana Borrero (1877-1896) y Carlos Pío Uhrbach (1872-1897), los más importantes y originales seguidores de Casal entre nosotros.

En su momento, la obra de Regino Boti desempeña el mismo papel que la de Mendive y Zenea a mediados del siglo XIX y la de Martí y Casal después de la Guerra de los Diez Años. Pero a diferencia de las obras que promueven la reacción del buen gusto, el primer libro de Boti no aporta fundamentalmente una poesía que se caracterice por su delicadeza o por un refinamiento que contraste de manera notable con lo que se venía escribiendo después de la muerte de Casal. Se trata de una innovación de otro carácter, con implicaciones mucho más complejas que las de un enriquecimiento de la sensibilidad. Zenea y Mendive siguieron escribiendo dentro de la estética romántica y llevaron a cabo una renovación dentro de una línea expresiva que ya había dado nombres y obras fundamentales para la poesía cubana. Boti encuentra una situación diferente en su momento, una decadencia y una pobreza que demostraban un agotamiento de las facultades creadoras. No era posible intentar una revitalización. Se hacía imprescindible una nueva concepción de la poesía, una nueva visión del fenómeno poético que diera por resultado, como de hecho ocurrió, una obra renovadora y totalmente nueva en su momento, un verdadero salto cualitativo con respecto incluso a la poesía de Casal, con quien conserva Boti puntos de contacto y afinidades que no pretendemos ni esbozar siquiera en estas páginas.

La situación de la poesía cubana a principios del siglo XX denota cansancio y agotamiento de las fuerzas creadoras, pobreza expresiva y falta de hondura afectiva. Diríase que es una época de escepticismo decadente y de vacío interior, un momento en el que no se encuentran soluciones artísticas a las preocupaciones que tan tímidamente asoman en las obras de esos años. La república recién inaugurada venía a ser, paradójicamente, el signo más claro de la frustración de los ideales independentistas, por los que se había luchado durante treinta años con fuerzas siempre renovadas. La vida política entraba en un período de aparente sosiego y de asentamiento de las instituciones que ejercían el poder en el país. Basta revisar cualquier texto que aborde con objetividad la historia de esos años para comprobar de inmediato la situación imperante de aquellos primeros momentos de república mediatizada. Como consecuencia de esa nueva realidad se hace necesaria una labor incesante de búsqueda que permita encontrar una plenitud que no pudo ser conquistada con las armas en la mano, que compense de algún modo la frustración esencial que había que sufrir durante sesenta años. La imagen de la necesidad que se imponía la encontramos en un trabajo de Boti (*Notas acerca de José Manuel Poveda, su tiempo, su vida y su obra*, 1928), de cuya página 11 copiamos estos párrafos:

Y fuimos a la pelea con bandera propia: Julián del Casal, sin que fuéramos casalinos unilaterales. Julián del Casal, se llevó al morir su obra poética, de la que no quedó semilla, envuelta en el mismo hálito de incompreensión en que la produjo y la publicó. Sus primeras ediciones no se agotaron. No había porqué reimprimirlas. Mas el caso es que la multitud letrada coetánea ni la que le sucedió conocían a Casal. La vorágine de la guerra se tragó su canto. Casal dejó tres discípulos inmediatos y un imitador. De los tres discípulos dos murieron en seguida: Carlos Pío Uhrbach y Juana Borrero. El otro evolucionó: Federico Uhrbach. Y su imitador Cayetano Calderón quedó clavado en las páginas de *La Habana Literaria* como una mariposa de naturalista en un alfiler.

Si en el orden político Cuba ganó la independencia, en el literario continuó siendo una colonia hispana. Nuestra poesía de post guerra gira en torno a estos tres tópicos: declamaciones neorrománticas, cositas en verso a lo Bécquer, pseudo filosofías rimadas a lo Campoamor.

Como testimonio irrecusable de nuestra penuria poética ahí está la antología que con el título de *Arpas cubanas* se publicó en 1904. Salvo lo de René López y alguna que otra composición aislada, lo demás puede arrojarse al cesto sin ningún remordimiento de conciencia. Esa antología es una acusación de nuestro misoneísmo poético. Entonces eran ya algo en la literatura americana Rubén Darío, José Asunción Silva, Leopoldo Lugones, José Santos Chocano, Julio Herrera y Reissig, Guillermo Valencia. Y de ellos, ni del espíritu moderno de que ellos eran a su vez portavoz, ni un asomo en *Arpas cubanas*.

Aunque no recoge toda la verdad del momento, Boti nos da la imagen esencial de la situación de la poesía de esos años. La crítica posterior ha reiterado una y otra vez esas mismas conclusiones. Es urgente una renovación de la poesía a partir de criterios nuevos y de la identificación creadora con los más altos exponentes de la tradición cubana inmediatamente anterior a la Guerra de Independencia —Martí y Casal— y de la no menos significativa tradición latinoamericana. Es necesario transformar y enriquecer la poesía cubana a partir de la mejor tradición, único modo de revitalizar nuestra herencia y de evitar los vacíos de la discontinuidad, disociadores de una capacidad de resistencia que la época exigía para que no nos hundiéramos en la nada. Otros hombres, de una conciencia histórica más despierta, lucharían contra las imposiciones y la penetración norteamericana con incansable entereza, como ejemplos de la tradición de lucha que culminó a fines del XIX con la guerra de 1895 y que tuvo en Martí su figura más alta en el plano ideológico. Esas voces que se alzaron durante las dos primeras décadas del siglo mantuvieron en alto una tradición que parecía perdida al finalizar la guerra en 1898. El desacuerdo de los hombres más lúcidos con el *status* imperante es unánime. Los esfuerzos de los intelectuales más activos y deseosos de un renacimiento cultural van creando baluartes de la resistencia. De un modo más o menos consciente han venido buscando soluciones a la crisis de la frustración republicana. La asfixiante mediocridad de la poesía, que tan vivamente ha de haber irritado a Boti y a Poveda, no es más que un reflejo de la mediocridad de la república y de la desorientación de las fuerzas espirituales de la mayoría de nuestros poetas de esos años. Era imprescindible ya un libro que expresara, con renovado aliento, las posibilidades creadoras del espíritu frente a la enorme miseria de la seudorrepública. En 1913 aparece un libro extraordinariamente importante de la poesía cubana: *Arabescos menta-*

les, el primero de la renovación lírica de esos años oscuros que se inician dos décadas antes, después de la publicación de *Bustos y rimas* (1893) de Julián del Casal.

Los poemas están precedidos de un extenso y complicado ensayo, "Yoísmo. Estética y autocrítica de *Arabescos mentales*", toda una poética rigurosamente elaborada. Es un texto extraordinariamente complejo en el que se fusionan múltiples influencias y diversas corrientes de pensamiento y criterios formalistas. La primera impresión que nos causa la lectura de estas páginas es la de un torrente desordenado, sobre todo por la enorme masa de observaciones, ideas y teorías que se conjugan para sustentar los nuevos criterios en torno a la poesía. El título mismo del trabajo ya nos revela algo muy importante: es necesario levantar la personalidad creadora por encima del medio y de la pobreza del momento, ir más allá de los límites de esa poesía mediocre que siguió a la muerte de Casal y que se caracterizaba precisamente por el tono menor y unánime de sus cultivadores. La conciencia de sí y de las propias facultades creadoras es una fuerza auténtica y suficiente para hacer una obra significativa, que rompa de manera definitiva con todo lo que se venía haciendo y que tan necesitado estaba de recibir aliento y fuerza vivificantes. En una ardorosa conferencia de Poveda acerca de la obra de Boti ("Regino E. Boti y la lírica actual", 1913), recogida por Alberto Rocasolano en la *Órbita de José Manuel Poveda* (1975) tal y como fue publicada en *Cuba y América* el mismo año de 1913, se insiste con auténtica pasión en la necesidad de librar a la poesía cubana de la "anquilosis sentimental y emotiva" que la agobia y no la deja dar frutos de abundancia. Es imprescindible un cultivo ególatra del yo —en el juego especulativo de Poveda— para salir adelante en la empresa de renovación literaria que había de alcanzar altura superior con respecto al gusto del momento; el poeta ha de estar apto para encerrarse en sí mismo y crear a partir de su propia experiencia y del cúmulo de riquezas que haya podido atesorar en sus lecturas y meditaciones.

Pero no se trata, en modo alguno, de vivir en una torre de marfil, como se apresura a aclarar Poveda: "Y Regino E. Boti se aisló absolutamente, no ya dentro de su torre de marfil, puesto que él no pertenece a tal especie de soñadores, sino dentro de su universo de emociones y visiones." Según el espíritu combativo de Poveda, hay que romper los viejos preceptos y luchar denodadamente contra todos los opositores, en primer lugar los poetas decadentes y gregarios que no son capaces de discrepar, bien por imposibilidad de sus facultades creadoras,

bien por ignorancia. Encontramos además la idea de que el creador auténtico está solo y necesita concentrarse en sus propias posibilidades para alcanzar a transformar la sensibilidad de su época. Hay que resistir la incompreensión y batallar contra la muerte de la cultura con una obra nueva y de gran aliento. La mirada a la naturaleza va a desempeñar un papel importantísimo en esta tarea de renovación. Vista como totalidad y como fuente generadora de vida en sus múltiples manifestaciones, la naturaleza aparece en *Arabescos mentales* de una manera totalmente nueva en la poesía cubana. Ello es un índice de que Boti sabe muy bien que no bastan las emociones puras y simples para impartir fuerza y grandeza a la creación artística. Es necesario volverse hacia afuera para ver qué sucede en el entorno y cómo nos entrega la naturaleza el esplendor de su diversidad. Había que dar una lección de gran aliento a los poetas; asimismo era necesario entrar en comunión con la riqueza inagotable de los ríos, las montañas, los astros, la totalidad del mundo natural —en antítesis elocuente con la realidad social y económica de Cuba, de una pobreza mucho más angustiosa y preocupante que la de la poesía, pero que Boti no parece percibir como una urgencia alarmante ni como causa real de la otra, la que él combate abiertamente en su obra—, para alcanzar una plenitud interior que sólo era posible mediante la creación artística. Del mismo modo que Boti se vuelve a la naturaleza y trata de verla como una verdad objetiva e inagotable que es necesario escudriñar a partir de la sensibilidad —no olvidemos que sus afanes de penetrar en sus esencias no son más que una manera de decirnos su asombro ante el inmenso espectáculo, prácticamente inabordable desde criterios racionales para un hombre sin formación científica—, de ese mismo modo, con esa misma pasión intenta penetrar en la esencia de los elementos formales de la poesía. En las páginas de “Yoísmo” encontraremos expuestas cuidadosamente sus preocupaciones al respecto.

Muy relacionado con esa preocupación por los aspectos formales de la poesía está el problema de la inspiración, o dicho con su propio lenguaje, del impulso creador, antítesis de la tendencia a trabajar fríamente el verso hasta llegar a una obra carente de vitalidad y fuerza, del entusiasmo que tanto se afanó Boti en encontrar. El tratamiento de esa problemática en este ensayo introductor nos llevará a ciertas conclusiones. Boti se empeña en dejar aclarado que su posición es esencialmente ecléctica frente a la disyuntiva de una poesía que surge de una fuerte “pasión arrolladora” y la que se escribe desde posiciones

retóricas y a partir de criterios que intentan negar la importancia del impulso creador en la obra de arte, el papel esencial del entusiasmo. Alude a la condición natural de su poesía: "Mi verso quiere ser natural y sincero, calmado y moderno." En el fondo, se trata de una concepción racionalista de la poesía como la que más, de un intento de dilucidación en momentos en que la teoría del verso estaba tan necesitada entre nosotros de asentar criterios que prácticamente no existían o respondían ya a concepciones pasadas de moda. Pero en ese intento de dar una explicación racional o de aportar una solución de profunda raíz racionalista, encontramos contradicciones insalvables. Por una parte, insiste en que "la poesía que se escribe bajo el fuego de una pasión arrolladora, resulta infantil, incorrecta y ríspida". Más adelante nos dice, después de aclararnos que ha "huido de cierta poesía cerebral, de ciertas baratijas retóricas", lo siguiente: "Por ese lado soy un verdadero impulsivista: mis versos son jirones de mi yo que he ido poniendo en la ruta de mi vida", en un juego evidentemente inconciliable con sus apreciaciones acerca del entusiasmo y su papel en la obra poética.

Esta dualidad insalvable está presente también en sus poemas, trabajados en exceso hasta el punto de que se impone a los lectores un texto tan árido y recargado. No es complejidad sintáctica, sino lexical, rebuscamiento en el vocabulario y afán desmedido de encontrar una musicalidad para la que Boti no parece haber estado muy apto. Sin duda, retoricismo a ultranza como el que él mismo censuraba tan amargamente. Se trata de una necesidad incontenible de hacer gran poesía, de lograr un desbordamiento de la palabra que exprese en toda su fuerza la múltiple e inagotable riqueza del mundo natural. En esos poemas ("Germinal", "En la agonía solar", "Hermana agua", "Hermano viento", "Madre tierra", muy especialmente "Lux in tenebris" y en general casi todos los que integran la sección "Ritmos panteístas") hay un intento de renovación de la poesía cubana del momento, pobre en su relación con la naturaleza, de una teluricidad puramente paisajista a causa de la esencial incapacidad de nuestros poetas postcasalinos para una comunión vital con las fuerzas naturales. El intento de Boti es aleccionador porque se propone ir más allá de la simple contemplación y penetrar en lo que podríamos llamar el esplendor interior de la naturaleza, afán de transformar la poesía y de convertirla en una posibilidad de plenitud que momentáneamente había desaparecido después de la muerte de Casal. Ese intento lucreciano no tiene resultados satisfactorios en la obra de Boti, lastrada por un científicismo ingenuo y por un exce-

sivo y paradójico retoricismo. A esa misma conclusión llegamos con respecto a la sección "Himnario poético", mucho mejor lograda desde el punto de vista artístico que "Ritmos panteístas" y con similares propósitos de grandeza.

Libro raigalmente contradictorio, *Arabescos mentales* trae en sí mismo su propia superación. Ya en el extenso prólogo introductor se expresan las posiciones antitéticas que constituyen la esencia de su realización artística. La egolatría tan cuidadosamente cultivada por Boti y defendida con entusiasmo incomparable por Poveda en toda su obra, está incorporada de una manera creadora a la gran tradición de la poesía del idioma. En ese juego armónico entre el yo creador y la herencia del pasado, está expresada la necesidad que siente Boti de superar la poesía cubana de su momento para mantener viva la tradición. En su magnífico ensayo acerca de la obra de Boti, de 1958, Roberto Fernández Retamar llega a estas conclusiones:

Este libro es aún un libro modernista. Aunque Boti ve los tópicos "que nos trajo el modernismo, maltrechos ya a fuerza de sobados" (p. 34), hay en él como la necesidad de colmar lo que la generación anterior, debiendo hacer, dejó sin realizar entre nosotros.

Había que asimilar, de todas maneras y de un modo verdaderamente creador, la herencia de la obra de Casal para hacerla fructífera y al mismo tiempo trascenderla. Si bien se imponía la necesidad de escribir un libro modernista en 1913, era no menos imprescindible que la poesía cubana se incorporara de hecho a la tarea de hacer una obra nueva. Federico de Onís, en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1934), señala esa dualidad de *Arabescos mentales* en tanto continuador de Casal y creador a la vez de una nueva sensibilidad que supera a la precedente. De ahí el carácter raigalmente contradictorio de este libro, como apuntábamos al principio de este párrafo.

La sección "Alma y paisaje" está mucho más cerca de la poesía posterior de Boti que del cuerpo esencial de *Arabescos mentales*, tan recargado de grandilocuencia y de afanes de interiorización, de preocupaciones totalizadoras. En esta sección nos sentimos más a gusto con esa mirada exteriorista y sosegada que nos entrega el mejor Boti, libre de los excesos y de las inquietudes de otros momentos. Junto con casi todos los poemas de "Lirismos otoñales" —sección de la que habría que extraer los últimos textos, especialmente "Orobias del turíbulo", desmesurado en su lenguaje— y con otros que se encuentran

dispersos entre las restantes secciones, como "Funerales de Hernando de Soto", quizás el ejemplo más alto de poesía descriptiva y del parnasianismo de que está impregnado el libro, el conjunto de "Alma y paisaje" integra lo que en *Arabescos mentales* se abre más plenamente hacia el futuro. Tradición y originalidad se encuentran perfectamente identificadas en este libro, expresión de una alta y despierta conciencia artística que se ha propuesto transformar la poesía cubana de su momento a partir de un trabajo cuidadoso y de un rigor que en principio debemos calificar de ejemplar. La actitud de Boti frente a la creación poética lo sitúa en un lugar destacado dentro de la tradición de nuestra poesía, junto a los nombres más significativos. Desde Zequeira hasta *Arabescos mentales* es posible observar una sostenida preocupación por el trabajo consciente con la palabra a través de la obra de nuestras voces mayores. No obstante sus deficiencias artísticas, este libro es toda una innovación dentro de su contexto no solamente por la incuestionable calidad de muchos de sus poemas, sino también por las inquietudes y búsquedas que lo animan.

Como posibilidad de enriquecimiento interior, trabajada a partir de una conciencia de la jerarquía del mundo natural muy propia de su momento, de un científicismo que no logra trascender los límites del entusiasmo, esta obra ha quedado como expresión de una sensibilidad nueva, en cierto sentido similar a la que inicia Heredia entre nosotros en la década de 1820. No hay duda de que el parnasianismo que percibimos en muchos de los textos del primer libro y esa mirada que nos entrega los sucesos más simples del acontecer natural, especialmente los que alternan luces y sombras, constituyen lo más perdurable de esta poesía. Ese impresionismo poético nos deja un grato y perdurable sabor en la memoria, una conciencia de que el paisaje ha sido contemplado en toda su pureza. Los libros siguientes, *La torre del silencio* (1926), que recoge poemas escritos entre 1912 y 1919, *El mar y la montaña* (1921), con textos de 1919 y 1920, nos entregan la mejor obra de Boti, la que expresa sus vivencias con una calidad incomparablemente superior a la que encontramos en el tono grandilocuente y desbordado de algunos textos de *Arabescos mentales*. En esos libros se continúa la línea paisajista e ingenua, apacible y contemplativa que da perdurabilidad a su primer libro.

La torre del silencio está precedido de unas breves palabras "Al lector", importantes a pesar de su reticencia. En ellas insiste Boti en mantener en alto lo que él llama "mi concepto del arte y mi ética literaria". Vuelve a negar "la generación lírica espon-

tánea" para reiterar su convicción de que su obra es el fruto de la tradición. Se trata de un libro que continúa las líneas de *Arabescos mentales*. En el primer texto, "Autorretrato", volvemos a encontrar planteamientos y definiciones expresadas en uno de los poemas —"Mi arte", de 1908— recogidos en su primera obra. Parece como si quisiera decirnos que estas nuevas poesías están despojadas del retoricismo que tanto pesaba en las anteriores. Aquí podemos apreciar la influencia de Martí, presente de alguna manera en Boti desde siempre y señalada por Cintio Vitier a propósito de "Lluvia montañesa", de *El mar y la montaña*. Pero esa influencia no siempre fue fructífera para Boti, sobre todo en este mismo ejemplo, de un mal gusto que asoma reiteradas veces a lo largo de las estrofas. En otros momentos del texto hay una gracia ingenua que recuerda a la de los *Versos sencillos* por más de una razón. Se plantea de nuevo en este libro la dualidad del primero: una poesía de pretendida interioridad, de búsqueda de una relación oscura e indefinida entre el poeta y la naturaleza, y otra de sensaciones diáfanas y candorosas, de captación de la realidad natural a partir de un conjunto de impresiones que no necesitan una reelaboración intelectual.

El viejo dilema entre la poesía intelectualista y la poesía hecha de emociones, entre la necesidad de encontrar la esencia del acontecer y la alegría de las primeras sensaciones, suficiente en sí misma para el poema, aparece de nuevo en *La torre del silencio*, pero sin los excesos de *Arabescos mentales*. No hay dudas de que Boti ha ido cobrando conciencia de su camino y de sus propias posibilidades creadoras. Ahora encontramos una obra más depurada, trabajada en lo fundamental a partir de una experiencia sensorial que dará fruto más abundante en su libro posterior, *El mar y la montaña*. En algunos momentos asoma una poesía de una intimidad casi absoluta, como en "El humo de las locomotoras", con un inicio inusitado, cercano a una modernidad que en Boti no se llega a incorporar nunca de un modo sustancial a su visión del mundo:

*Mi casa está cerca de la estación
del ferrocarril. Y desde niño
oigo el silbo de las locomotoras
y siento entrar y salir trenes. Es cariño
de toda mi existencia
es vecindad. Y aunque me abrumo
con los años de ideas y emociones
nuevas y exóticas, me seduce el humo
de las locomotoras. Me seduce*

*ora verlo ondear, ser ora estela
odorante que se esparce
mientras tantos orígenes revela.*

Las estrofas subsiguientes retoman el cauce habitual, como si nada hubiese sucedido en los primeros momentos. Boti no se percató ni por un instante de que ese inicio era nuevo y de que estaba mucho más cercano a una poesía de grandes posibilidades creadoras. Pesaba demasiado en él la necesidad de meditar en torno a sucesos y estados de ánimo, el afán de penetrar más hondo en la realidad, aunque sólo fuese para retornar con las manos vacías.

La poesía de la contemplación abunda en *La torre del silencio*. En medio de las inquietudes que han dejado las lecturas, Boti ha ido ganando en madurez y en conocimiento de sí mismo, precisamente a causa de las mejores influencias que ha recibido a través de los años, entre ellas la de Martí. Las secciones "Vestíbulo" y "Pudridero", con pocas excepciones, se mantienen dentro de la línea meditativa y escudriñadora, de pretensiones filosóficas de una supuesta experiencia vital que viene a ser, en realidad, experiencia libresca de segunda mano. Boti persiste en estos poemas en su intento de entregarnos una poesía esencial, como la que ya se propuso en el primer libro para romper la superficialidad y el vacío de los poetas de los años inmediatamente posteriores a la muerte de Casal, contemporáneos de su gestión renovadora e incapaces de comprenderla en toda su magnitud. ¿Y por qué insiste Boti en esa concepción de la poesía después de la experiencia de *Arabescos mentales*? ¿Pensaba, acaso, que no había sido suficiente la lección de 1913 y que era necesario insistir en ella en 1926? No, no creía Boti que fuese necesario seguir escribiendo como en los años de renovación de la poesía. Estaba convencido de que *Arabescos mentales* había logrado remover los cimientos de la poesía cubana. Se trata en verdad de que todavía no había encontrado su propio camino, una definición de sí mismo. Aún no se había producido la transformación interior capaz de revelar al poeta las impurezas de la tradición. Por eso nos dice, en las palabras introductorias del libro, que éste "no responde a ninguna de las modalidades estéticas imperantes. No es el fruto de un poeta de vanguardia. No representa un salto en el vacío, sino un replanteo. No viene a justificar, sino a incidir. Es el eco lejano de una voz que no es de este momento, pero que no es inactual". En otras palabras, un replanteo de la batalla entre tradición y originalidad que está en el primer libro y persiste al cabo de los años.

En las tres secciones restantes de *La torre del silencio*, "El balcón del torrero", "Danza macabra" y "Rosales de atropos", predomina el poema exteriorista y delicado del paisaje percibido en su simple presencia. Hay indudables aciertos por la sobriedad y el buen gusto, como en "Ritmo de la tarde", "Ruta nueva" y sobre todo "Paz hogarina". En esos textos, inferiores a los que aparecen en la primera sección ("La idea", "El pensador", "Francisco de Asís", etcétera) persiste el empeño de una poesía honda y de estremecimiento afectivo, de erotismo y fuerza. La fecundidad, el amor lejano, las emociones calladas, la pobreza del hombre frente a la naturaleza, obsesionan excesivamente a Boti y lo arrastran por caminos sin salida, cerrados a la sensibilidad desde hacía años. No tiene a menos, a pesar de que 1926 es una fecha lejana con relación a 1913 y de que la poesía y la historia —y en no menor medida la lucha para transformarla— han tomado ya otros rumbos, dar a conocer su obra de 1912 a 1919 con una convicción irreprochable de que se trataba de poemas de alto valor estético, aunque la demora en publicar el libro puede hacernos pensar que quizás dudó de su necesidad y su importancia. Había sido muy honda la influencia de sus lecturas de juventud y muy auténtica su concepción de la poesía para que lograra el convencimiento, en 1926, de que ya se imponía otra sensibilidad y otra mirada; aunque sabía de ambas, como dejan ver sus ensayos en torno a la nueva poesía, insistía en sus caminos anteriores.

El mar y la montaña es su mejor libro. Está escrito en poemas breves y concentrados, una diferencia que mucho debemos apreciar y que refleja una madurez ya imprescindible. La frescura de estos poemas contrasta vivamente con una gran parte de su obra. Poesía de sensaciones, de emociones concentradas, el estilo deviene sobrio y rápido, de una simplicidad ejemplar. La experiencia de veinte años se ha decantado ahora para darnos lo mejor de ese acendramiento paulatino. Algunas conclusiones muy importantes parece haber conquistado Boti en el decursar de su vida. Por lo pronto, ha llegado a una plenitud emocional que buscó afanosamente durante mucho tiempo. Ahora puede ver la realidad inmediata de otra manera, con un sosiego que no pudo lograr antes de la experiencia de la otra poesía, torturada en su búsqueda y convencida de que había que ver más allá de nuestras sensaciones cotidianas, como si temiera que se le escapara una realidad más plena. Al fin, después de pasar por la experiencia purificadora de una poesía que entregaba, supuestamente, una esencia en verdad inapresable, el poeta llega a una certeza mayor: la realidad

está presente en toda su riqueza y todo su esplendor. Madurez emocional y madurez artística en esas descripciones de objetos y momentos, en esa alegría ante el ser de las cosas, descubierto definitivamente en este libro gracias a la concentración de la palabra y a la depuración de influencias perturbadoras. Ahora se siente una voz mucho más cercana a la sensibilidad moderna y a una cubanía que en sus otros libros se pierde entre tanta meditación abstracta y tanta literatura. El mundo natural se abre fresco y alegre, total. La aldea alcanza una dimensión espiritual de convivencia como parte inseparable del paisaje cotidiano. Del entorno extrae esta poesía todo un universo suficiente en sí mismo para darnos la plenitud de una verdad objetiva, antítesis natural de la miseria espiritual del hombre. Pero la conquista de la madurez significó para nuestro poeta, no obstante, una experiencia amarga y desoladora. Su pesimismo es revelador en este sentido. Ya señalamos que sus inquietudes esteticistas eran en esencia una necesidad de encontrar un camino mejor para el hombre que el que alcanzaba a ver el mismo Boti en la historia y en la práctica social. La evasión por el arte ante el horror y el vacío de la seudorrepública.

Ahora, después de intentar los caminos de la posibilidad artística para encontrar una realidad mejor, esta madurez conquistada sigue siendo expresión de una inconformidad. Detrás de la alegría de la contemplación y el regocijo del poeta ante el espectáculo de la naturaleza, es posible percibir la inquietud, el desasosiego, el temor, el hastío, la miseria del hombre, consecuencias de una frustración ontológica que Boti no puede interpretar en su verdadero sentido histórico. Considerada una problemática absoluta e inherente a la condición humana, no encuentra el poeta otra manera de sustraerse a ella más que mediante un acto contemplativo que vuelve la mirada hacia la naturaleza. El poema "Escapatoria" es el mejor ejemplo de esa necesidad de evasión que permanece en Boti como una constante de su visión del mundo desde siempre:

*Vuelvo de nuevo a ti, Naturaleza.
Y —en lo alto de la montaña—
contemplo la obra serena
de tu llano ciclópeo.
Baño lustral, espíritu y materia
se llenan de alegría. Oh tú, tan buena!
Tan callada y tan fuerte! Haces
y no hablas, no te vengas y olvidas!
Ante ti, qué ruin el Hombre!*

Y no menos reveladores estos versos finales de "En el griñón":

*Serenidad imponente,
dulce y melancólica! Y el temor
de volver a la aldea!*

El último poema de *El mar y la montaña* es desolador en la visión del tedio de la vida, de la miseria total del hombre, sobre todo después de haber contemplado el esplendor:

LA NORIA

*Y mañana, como un asno de noria,
el retorno canalla y sombrío,
doblar la cabeza y escribir:*

Al Juzgado

*Con los ojos aún llenos de lumbres,
sobre un mar de amatista encantados.*

Los dos libros subsiguientes, *Kodak-ensueño* (1929) y *Kindergarten* (1930), llegan a los umbrales mismos de la nada y se resuelven casi en el juego verbal. En el poema "Babul", de *Kindergarten*, encontramos incluso un antecedente de la jitanjáfora. El primero de ambos libros es un brevísimo cuaderno de instantáneas soñadas, de impresiones fugaces que el poeta pretende recoger como un pasatiempo y sin preocupaciones de ningún tipo. Los colores y la gracia de la naturaleza resaltan ante la mirada ingenua en una poesía totalmente despojada de retórica y de elaboración estilística, desnuda en su intención descriptiva, a pesar de que en ocasiones aparecen restos de pretensiones del viejo estilo, como sucede en "Nocturno". En estos momentos ya Boti ha experimentado la influencia de la vanguardia —no olvidemos que su ensayo "La nueva poesía en Cuba", escrito a propósito del libro *Liberación* (1927) de Juan Marinello, es de 1928—, presente entre nosotros desde hacía algunos años y expuesta en un libro orgánico de Manuel Navarro Luna: *Surco* (1928). Pero Boti no se decide plenamente por la línea vanguardista sino en la medida en que viene a reafirmar sus nuevos criterios en torno a la poesía, plasmados ya en su más alta expresión en *El mar y la montaña*. Sin embargo, su acercamiento a la vanguardia trae como consecuencia algunos poemas distintos a los que había venido escribiendo dentro del acendramiento y concisión de la forma, de regodeo en la naturaleza. En los textos de *Kodak-ensueño* hay como un

desenfado y una despreocupación ante toda contingencia y ante la poesía misma. Es una nueva expresión de la madurez y al mismo tiempo una nueva manera de exponer su pesimismo radical.

En *Kindergarten* llegamos a la ironía y a una reafirmación de su visión del hombre, de una amargura que los años habían ido incrementando. El poeta ha tomado nota de las pequeñas que pueblan su mundo, miniaturas que acaban por decirnos que ya no tiene el hombre a dónde volver la mirada, conciencia de una desesperación que en vano tratan los versos de ocultar. De la contemplación inocente y candorosa de los primeros textos de esta modalidad, pasamos en *Kindergarten* a una angustia velada frente a los objetos. Pero ello sucede en la primera parte del libro, "Madrigalesca". La amargura esencial de estos años aparece en las secciones "Epigramática", "Irónica" y "Satírica", de un pesimismo ya irrenunciable. El hombre aparece degradado de su condición y es objeto entonces del ridículo y de la broma hiriente, las armas de Boti para escapar a la asfixia del medio y a su frustración consciente, en definitiva la frustración de esos años. El momento más alto de esa visión desesperada la encontramos quizás en "Al gusano", de la sección "En el quicio":

*Verme, punto de escape
de la resurrección.
Contra ti todo:
sol, tierra, fuego y agua,
cloruro, cálcico, creolina y petróleo.
Pero tú, imperecedero, inmortal
—portero de las vidas futuras—
levantas la bandera negra
que es blanca, verde y rosada
del otro lado,
sobre el agro morado de la putrefacción.*

En "Lente opaco", donde reúne tres poemas, "Sed", "Unidad y "Súplica", hay una bruma que no nos permite ver con claridad el camino del hombre. Ya estamos en presencia de una amarga verdad que Boti no está en condiciones de transformar en esperanza.

La parábola que describe su poesía desde su primer libro hasta los últimos momentos, ese arco que va desde la euforia exaltada de *Arabescos mentales* hasta la ironía escéptica de *Kindergarten*, desde la búsqueda de la esencia de la realidad

para escapar del medio a través de la imagen artística, más plena y enriquecedora para él que la realidad político-social de su momento, hasta el juego con las cosas, con el paisaje y con el hombre, actitud evasiva como la primera, es el testimonio de una obra significativa de la poesía cubana y el mismo tiempo de amor a la palabra, lamentablemente infructuoso en un gran número de poemas. Por encima de aciertos parciales o de algunos textos de innegable calidad, mucho más perdurable es el intento de darnos un cuerpo de poesía resistente y trascendente, un cuerpo que fuese a la vez esperanza y alegría. Su formación y su medio no le permitieron encontrar una solución artística como la que más tarde aportaría la obra de Nicolás Guillén a la gran tradición de la poesía cubana, a la que se incorpora con una obra fundamental por su valor artístico y por su intransigencia militante, siempre a partir de una lúcida conciencia de nuestro acontecer histórico, político, social y económico. La lección de Boti, no obstante, es rica y diversa. Baste como ejemplo de su importancia el haber mantenido, en el desarrollo de nuestra expresión poética, el espíritu de la gran poesía cubana del siglo XIX, la tradición que según Boti y Poveda se cierra con Casal.

*Francis Lavallée (1800-1864),
Vice-cónsul de Francia en Trinidad
y corresponsal de la Sociedad
de Geografía*

NICOLE SIMON

Conservadora de la Biblioteca Nacional de París

Traducción: Aurelio Cortés

La descripción de la vida y del itinerario de Francis Lavallée, que vivió en Cuba de 1820 a 1848, nos pareció interesante por diversos motivos: ejemplo típico de la inmigración francesa en Cuba en la primera mitad del siglo XIX, su actividad en la isla lo convirtió también en un geógrafo cubano de cierta notoriedad.¹

Corresponsal activo de la Sociedad de Geografía de París desde 1833 hasta su muerte, Lavallée contribuyó en virtud de numerosos artículos que publicó principalmente en el Boletín de dicha sociedad, y en el *Journal de la Société française de statistique universelle*, a dar a conocer a Cuba en los medios científicos franceses. Por lo demás, la fuente de este estudio está constituida por los fondos de la Sociedad de Geografía, los manuscritos, impresos, mapas, etc., conservados actualmente en la Biblioteca Nacional de París.² La revisión exhaustiva

¹ PICHARDO Y TAPIA, ESTEBAN. *Geografía de la isla de Cuba*. La Habana, Est. Tipográfico de D. M. Soler, 1954. p. XLIV.

² Gracias a la amabilidad del señor Alfred Fierro, conservador de la biblioteca de la Sociedad de geografía, que confecciona actualmente el catálogo de los manuscritos conservados en ella. Sólo hemos tenido a nuestra disposición las siguientes fuentes para trazar a la vez la vida y la actividad científica de F. Lavallée: una nota biográfica redactada en 1848, tal vez escrita por él mismo; los archivos y el boletín de la Sociedad de geografía, y en menor medida el *Journal des travaux de la société française de statistique universelle*; en fin, la correspondencia consular y comercial del consulado de La Habana, conservada en el Ministerio de Asuntos exteriores. Gracias a la bondad de Sarah Fidelzait, la viuda de Juan Pérez de la Riva, se hicieron algunas investigaciones que merecen completarse. Debo expresar también mi deuda en cuanto a los trabajos de Juan Pérez de la Riva, a cuya memoria dedico el presente estudio.

de las tablas del Boletín hasta 1939, nos permitió comprobar que el período en que F. Lavallée residió en Cuba fue aquel en que las informaciones relativas a esta isla fueron más numerosas y valiosas, procediendo la mayor parte de ellas de nuestro personaje. Además, los artículos sobre Cuba eran muy raros; la propia América Latina, con la excepción de un breve período durante el Segundo Imperio, sólo constituyó un centro de interés secundario para los redactores del Boletín, muy por debajo de África y Asia; comenzaba el período de las aventuras coloniales de Francia en esos dos continentes.

I. Francia y Cuba en la primera mitad del siglo XIX

No tenemos la ambición ni pretendemos escribir una historia, ni siquiera parcial de las relaciones franco-cubanas. Pero para facilitar una buena comprensión del itinerario de F. Lavallée en Cuba, donde fue vice-cónsul, hemos querido ofrecer algunas etapas de la presencia francesa en la isla durante la primera mitad del siglo XIX, utilizando principalmente la correspondencia consular de La Habana.

Recordemos en primer lugar la indiscutible influencia de las ideas de los enciclopedistas a fines del siglo XVIII, además, entre otros factores, la independencia de los Estados Unidos y la Revolución francesa³ en el surgimiento de las guerras latinoamericanas de independencia. Pero el verdadero punto de partida de este proceso se encuentra en la entrada en España de los ejércitos napoleónicos. Las tentativas de Napoleón por seducir y atraerse las colonias españolas de América fracasaron (principalmente en la asamblea de notables convocada el 15 de junio de 1808 en Bayona, que había previsto 6 delegados para las colonias Cuba, México, Guatemala, Perú y La Plata, donde nadie se presentó por Cuba, y Perú); paradójicamente, su acción favoreció el acceso a la independencia de estas colonias, que se realizó entre 1810 y 1826, excepto en Cuba y Puerto Rico.

En Cuba, la hostilidad de la población a la empresa de conquista napoleónica, y el apoyo a la madre patria se manifestaron en 1809 por una declaración de guerra de las Juntas en Francia y por la persecución de la importante colonia francesa presente en la isla que venía principalmente de Haití.

³ "Las ideas que se debaten en la Revolución Francesa han de tener una gran influencia en Cuba, y en particular sobre la clase de los grandes hacendados criollos." Cuba. Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. *Historia de Cuba*. 2da. ed. La Habana, Dirección Política de las FAR, 1968. p. 70.

Los acontecimientos de 1809 tuvieron grandes consecuencias no sólo inmediatas, sino en los años venideros, e influyeron indiscutiblemente en las relaciones franco cubanas en toda la primera mitad del siglo XIX.

Es preciso recordar, efectivamente, que Haití, en 1791 era no solamente el primer productor mundial de azúcar con el 28% de la producción, y de café con el 40%, sino que también había desarrollado, bajo el impulso de sus grandes propietarios franceses, burgueses de Nantes, Bordeaux, Le Havre, Marseille, un sistema perfeccionado, que reunía a la vez una gestión rigurosa, una explotación al máximo de la mano de obra esclava, y la aplicación de una tecnología avanzada.

Los administradores de estas propiedades, técnicos altamente calificados, se refugiaron en su mayoría en Cuba, entre 1791, fecha en que estalla la revolución de Santo Domingo, y 1803, fecha de las últimas salidas, aportando su experiencia en los cafetales y cañaverales, y no solamente en la parte oriental de la isla, como lo subraya Manuel Moreno Friginals: los grandes ingenios de la región de Güines fueron construidos en esa época por los franceses; se debe a esos técnicos la introducción de numerosos adelantos en las fábricas de azúcar, así como la construcción de la red de vías de comunicación de la zona occidental, indispensable para el desarrollo de la industria azucarera. Entre ellos había también contadores que llevaban a cabo la contabilidad de los ingenios, médicos especializados en los cuidados ofrecidos a la población esclava. Su actividad contribuyó indudablemente a hacer rápidamente de Cuba el tercer productor mundial de azúcar.⁴

El asentamiento bastante particular de los franceses en la región oriental de la isla ha sido bien estudiado por Juan Pérez de la Riva: en 1808, entre los 33 000 habitantes de Santiago, había 22% de franceses, de los cuales $\frac{1}{3}$ solamente eran blancos; la población francesa total en esta región pudo ser estimada en cerca de 10 000 personas. Muchas de ellas se asentaron en la sierra y fundaron los cafetales cuyas ruinas impresionantes están esparcidas aún en la actualidad en los campos de Cuba. Esta población francesa, por lo demás con más de haitiana que de francesa, en su mayoría negra, se fundió durante medio siglo con la población autóctona, al punto que en el censo de 1862 sólo se cuentan 193 personas de nacionalidad francesa, y 245 en 1899.⁵

⁴ MORENO FRAGINALS, MANUEL. *El Ingenio*. Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978. t. I, p. 72-73.

⁵ PÉREZ DE LA RIVA, JUAN. *El Barracón y otros ensayos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975. p. 36-453.

Los acontecimientos de 1809 fueron por tanto un golpe muy duro para esta comunidad. Muchos fueron expulsados del país, sus bienes confiscados. Aunque algunos fueron reclamados más tarde por las autoridades de la isla, el recuerdo de esos sucesos persistió en la memoria de los franceses instalados en el país.⁶ Así, por ejemplo, Francis Lavallée escribe en 1844 en su descripción de San Juan de los Remedios: "Allí se cosecha por igual algo de café, triste resto de las bellas propiedades rurales dejadas por los emigrados franceses de Santo Domingo los cuales se vieron forzados a abandonarlas a consecuencia de las represalias del año 1809 que hicieron estragos en toda la isla, desde La Habana hasta Santiago de Cuba. El país se vio privado entonces de la parte más industriosa de la población y de una fuente fecunda de riquezas, apenas recuperada hoy al escribir estas líneas, 34 años después..."⁷

Sin embargo, la inmigración francesa en Cuba prosiguió ulteriormente pero desde Francia. Alejandro Ramírez, intendente general de la isla, firmó en 1817 un decreto con el objeto de favorecer la inmigración blanca, "que ofrecía a cada emigrante pasaje gratis, pensión alimenticia y una caballería de tierra libre del pago de diezmos y la alcábala por diez años."⁸ El incentivo resultó suficiente para atraer de la Europa recientemente trastornada por las guerras napoleónicas, numerosas personas que buscaban asilo, o corrían detrás de la fortuna, pero cuya decepción podía ser amarga a la llegada. En 1819, llegaron dos navíos de Bordeaux conduciendo un centenar de familias. Estas pobres gentes fueron instaladas en Jagua, cerca de Trinidad, aunque en condiciones de absoluta miseria, teniendo que colocarse en las casas de los propietarios españoles para pagar sus deudas.⁹ En el mismo 1819, R. H. Jameson nos hace saber que entre los inmigrantes desembarcados en Cuba ese año, los franceses son casi tan numerosos como los españoles: de 1 702 inmigrantes europeos, 416 son españoles, 384 franceses, 201 ingleses.¹⁰

⁶ Archivo de Asuntos extranjeros. *Correspondencia consular*. La Habana, t. 5, fol. 3-15; M. Moreno Friginals cita a Dumont, Lardièrre. Lage, La Faye, como ingenieros que dirigían ingenios en los años de 1820.

⁷ *Boletín de la Sociedad de geografía*. 3a. serie, II, p. 266.

⁸ *Historia de Cuba*. *Op. cit.*, p. 80.

⁹ Archivo de Asuntos extranjeros. *Op. cit.*, t. 5, fol. 39.

¹⁰ JAMESON, R. F. *Cartas de La Habana*. London, Printed for J. Müller, 1821; citado por JUAN PÉREZ DE LA RIVA en: *La isla de Cuba en el siglo XIX, vista por los extranjeros*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981. p. 5.

La inmigración francesa no prosiguió con este ritmo excepcional. El cónsul Mollien señala que en 1836, de 8 061 extranjeros llegados a la Habana, 3 769 eran españoles de Europa, 2 690 canarios, 1 004 americanos y solamente 170 franceses. ¿Qué clase de franceses, por otra parte? En su mayoría "habitantes de la Alta Garona... cuya única industria era la de afilar cuchillos, algunos habían adoptado el fácil arte de tocar el orga- nillo". En 1837 aprovechando este modo de tocar "la marcha de Napoleón, la Marsellesa y otras tonadas que sonaban mal a los oídos de los españoles," obtuvieron en revancha un gran éxito por parte de los criollos revoltosos, ¡al extremo que se encontraron todos encarcelados por el gobernador Tacón!¹¹

La colonia francesa de Cuba alcanzó hacia 1820 alrededor de 10 000 familias. Fue entonces que comenzó a pensarse seriamente en el problema de establecer una representación francesa permanente en la isla. Hasta entonces, como lo subraya una nota redactada en 1817, por "uno de los más ricos propietarios de la isla de Cuba", "los franceses tenían dos o tres agentes en las mismas condiciones que los americanos, pero sin relaciones, de manera que se puede decir que en general los 8 o 10 000 franceses establecidos en la isla no tuvieron jamás un agente de su nación que los protegiese..."¹² La misma nota sugiere que Francia tendría interés en situar agentes comerciales como Inglaterra y los Estados Unidos en la Habana y Santiago, por haber aumentado el comercio francés desde hacía un año.¹³

Fue así como Angelucci, "cónsul en las Floridas" recibió en 1822 una misión en la Habana: se le encargó redactar un informe sobre el problema de saber si se necesitaba un cónsul en Cuba. Al ser positivo el informe, el ministro de Asuntos Extranjeros francés le solicitó de inmediato que residiera en La Habana, con el título de cónsul de Francia en las Floridas, antes de ser acreditado de manera oficial. En 1823, la intervención francesa en España provocó un resurgimiento de los sentimientos hostiles hacia los franceses que estaban en la isla, que destaca Angelucci con motivo del aniversario del 2 de mayo de 1808, "el odio contra los franceses era predicado hasta en el púlpito".¹⁴ Pero con la restauración de Fernando VII por Luis XVIII, las relaciones franco españolas se normalizan, y el con-

¹¹ Archivo de Asuntos extranjeros. *Op cit.*, t. II, fol 145.

¹² La población total era entonces de 627 238 personas, de las que el 40% eran esclavos y el 15% hombres de color libres.

¹³ Archivo de Asuntos extranjeros. *Op. cit.*, t. 5, fol. 5-6.

¹⁴ *Ibid.*, fol. 202-226.

sulado de la Habana queda establecido oficialmente por decreto del 31 de marzo de 1824; Angelucci es nombrado.¹⁵ A fines del mismo año, se designa otro cónsul para Santiago de Cuba, Mahelin.

Ulteriormente, la representación consular francesa se refuerza por el establecimiento de viceconsulados en las ciudades en las que lo exigía una considerable comunidad francesa. En 1834, el cónsul en la Habana, Jean Amand François Guillemín confía la agencia de Matanzas a Monét y la de Trinidad a Francis Lavallée. Los nombramientos son confirmados con esta nominación en 1835 por Mollien, el sucesor de Guillemín, al mismo tiempo que Lasnier es designado para el vice consulado de Cienfuegos, y Peyrelade para el de Puerto Príncipe.¹⁶ En 1847 hay seis vice consulados en la isla.

Las preocupaciones de los cónsules eran de diversa naturaleza. En primer lugar, ofrecer a la metrópoli información de tipo económico de la isla, comparar el desarrollo del comercio francés con el de otras naciones. La correspondencia consular de estos años está llena de informes describiendo el país, sus recursos, su población, hasta sus costumbres. Sin embargo, si algunos de estos textos ameritan ser publicados, muchos no hacen más que retomar trabajos ya conocidos, como lo señala honestamente el cónsul Guillemín en 1834.¹⁷ Entre estos trabajos se puede indudablemente contar los estudios de F. Lavallée.

Más interesantes son las consideraciones de índole comercial. Regularmente se enviaban documentos cubanos, como el balance comercial, el estado de navegación del puerto de La Habana, seguidos de un análisis de las corrientes comerciales. Y a todo lo largo de esos años, es el mismo estribillo, la decadencia del comercio francés con la isla. Francia, protegiendo sus propias colonias, imponía fuertes tasas a los productos procedentes de las colonias extranjeras: además, a partir de los años 30, el aumento prodigioso de la producción de azúcar de remolacha cerró definitivamente el acceso del azúcar cubano al mercado francés. Es preciso, sin embargo, señalar que durante esta primera mitad del siglo XIX, Francia compró a Cuba cerca del 40% de su producción de café, fenómeno sin duda vinculado a la instalación de numerosos hacendados cafetaleros de origen francés en Oriente, y a los lazos que se habían

¹⁵ *Ibid.*, fol. 263.

¹⁶ Archivo de Asuntos extranjeros. *Op. cit.*, t. 10, fol. 81-142.

¹⁷ Archivo de Asuntos extranjeros. *Op. cit.*, t. 9, fol. 266 y sig.

mantenido con los importadores y negreros de Bordeaux y de Nantes.¹⁸

Por otra parte, se impuso tarifas aduaneras elevadas a las mercancías importadas y exportadas de Cuba, con excepción de los artículos importados de España. En cambio, todos los cónsules franceses subrayan la parte incesantemente creciente tomada por el comercio norteamericano en la vida económica de la isla.

Las cifras que aparecen a continuación, correspondientes a las entradas de navíos en el puerto de la Habana, son elocuentes:

<i>Navíos</i>	1826	1834	1844
Franceses	83	58	25
Espanoles	165	797	585
Estados Unidos	667	945	1 310
Inglaterra	—	—	154
Alemania	—	—	47

Lo que se importó de Francia en 1844: “guantes, abanicos, relojes, joyas, guarniciones, puesto que los relojeros, los joyeros, los perfumistas son casi todos franceses son adquiridos en Francia...; cuanto más franceses haya en un lugar, mayor cantidad se suministra de pequeños objetos de París cuyo uso les es necesario, esto es lo que sucede en Santiago de Cuba, donde están en mayor número; pero en toda la isla les pertenecen la sombrerería y gran parte de la papelería; en efecto, de 18 000 sombreros, su importación es de 10 000, y en cuanto al papel, vienen después de los españoles; a estos corresponde exclusivamente la introducción de 50 000 francos de naipes, pero de los 100 000 francos de libros, los franceses introdujeron la tercera parte”; esta última observación resulta interesante para apreciar el grado de conocimiento del francés en las capas acomodadas de la población.¹⁹

Otro aspecto importante de la actividad consular es la protección de los derechos y de los intereses de los franceses establecidos en la isla. Esta fue una de las razones principales para el establecimiento de un consulado en 1823. Sin haberse repetido los acontecimientos de 1809, la situación de los franceses que habían conservado su nacionalidad era bastante precaria, y se puede leer con mucha frecuencia, en la correspondencia consular, peticiones o quejas de franceses que protestan

¹⁸ PÉREZ DE LA RIVA, JUAN. *El Barracón y otros ensayos*. *Op. cit.*, p. 386.

¹⁹ Archivo de Asuntos extranjeros. *Op. cit.*, t. 14, fol. 198.

de las tentativas de la aplicación por parte de las autoridades cubanas de la ley de naturalización obligatoria después de 5 años de residencia durante 1833 en Santiago²⁰; en 1844, son detenidos algunos terratenientes franceses.²¹ El conflicto se renueva en 1848 en forma aguda, y en mayo de 1849, el cónsul David se ve obligado a salir de Cuba provisionalmente. Una petición de 150 franceses de la Habana, en mayo de 1849, apoya al cónsul que va "a defender ante nuestro gobierno lo que consideramos como lo más sagrado, nuestra nacionalidad, y el fruto de nuestro sudor que para muchos de nosotros, esta destinado a aliviar a nuestras familias en Francia, y a los que una muerte imprevista puede despojar".²²

Este último texto hace alusión a otra fuente permanente de conflicto entre los colonos y las autoridades cubanas, el derecho exclusivo de los agentes consulares de supervisar la liquidación de las sucesiones francesas en Cuba.

F. Lavallée fue indudablemente uno de los agentes consulares más comprometidos en la defensa de los bienes de los franceses. "Toda la atención, todos los esfuerzos de los cónsules del rey por salvar las herencias de nuestros compatriotas que tienen la desgracia de morir en esta isla, acaban de desvanecerse ante las formalidades inextricables de la justicia local. . . Este infortunado asunto, unido a millares de otros. . . han privado a nuestros compatriotas y al Estado de millones de piastras. . . Suplico a este efecto a Vuestra Excelencia, en nombre de tantos intereses, que se sirva interceder ante el Gabinete de Madrid, para que se otorgue en Cuba y en Puerto Rico, para nuestros nativos, los mismos derechos de que gozan los españoles en Francia, y todos los extranjeros en diversos estados de Europa. Se trata en este caso de 160 millones de bienes raíces."²³

Otro medio de ayudar a los franceses que residían en la isla, eran los subsidios de la Asociación francesa de beneficencia de la Habana. Creada en 1833, en ocasión de la terrible epidemia de cólera que arrasó aquel año a Cuba, tenía como propósito en su inicio, "asegurar los socorros de todas clases a los enfermos. . . proveer a la subsistencia de los indigentes".²⁴ Los 113 afectados eran al principio 275 en 1849. Los in-

²⁰ Archivo de Asuntos extranjeros. *Op. cit.*, t. 9, fol. 215.

²¹ Archivo de Asuntos extranjeros. *Op. cit.*, t. 14, fol. 115.

²² Archivo de Asuntos extranjeros. *Op. cit.*, t. 15, fol. 335.

²³ Archivo de Asuntos extranjeros. *Op. cit.*, t. 10, fol. 525.

²⁴ Archivo de Asuntos extranjeros. *Op. cit.*, t. 9, fol. 169 y sig.

formes anuales de esta asociación así como la lista de los beneficiados eran enviados regularmente por los cónsules de La Habana al Ministerio de Asuntos Extranjeros.

II. Resumen biográfico de Francis Lavallée (1800-1864)

Francis Lavallée nació en París en 1800 o 1801.²⁵ Decía tener una ascendencia noble; su padre, Pierre Hyacynthe, ostentaba el título de barón de Nevent, familia bretona, hasta la Revolución francesa, lo cual no hemos podido comprobar hasta el presente con nuestras investigaciones. Estaba vinculado también con los Barras, Roland de la Platière y Veger Desbarreaux, un general del Imperio. Pero estas ilustres alianzas no impiden que su familia, arruinada por la Revolución de 1769, "carente de lo necesario para costear los gastos de su educación" debiera confiarlo a su hermano mayor, a la sazón alférez de la marina, para que se hiciera marino también. La caída del Imperio vino a interrumpir la joven carrera de F. Lavallée. Empezó entonces, estamos en 1816, una carrera comercial; va a África, pero regresa menos de un año después.

Otro de sus hermanos, Paulin, instalado en Nantes, y que también se iniciaba en el comercio, lo toma bajo su protección, le hace realizar algunos estudios que le permiten entrar en el Catastro. F. Lavallée adquirió allí conocimientos que le serían útiles en Cuba. Pero, "un año después de su entrada en la administración se suspendieron los trabajos por decisión de las Cámaras". Como lo dice enfáticamente su biógrafo, "ya comenzaba a desarrollarse su larga cadena de vicisitudes".

Decide pues, hacia 1819, partir a ultramar en busca de fortuna, al igual que numerosos emigrantes franceses de aquellos años. A pesar de la reciente revolución de Haití, subsistían los lazos comerciales entre la isla y Francia: su padre Paulin lo envía a Port-au-Prince como "gerente con participación en sus intereses de ultramar". No obstante, al deteriorarse la situación política en Haití, hubo de dejar la isla, sin duda pocos meses después de su arribo y llega entonces a la Habana, en la isla vecina de Cuba, siguiendo el mismo camino que los franceses de Haití, 30 años antes. Su intención era sin duda continuar las actividades comerciales, en relación con su hermano de Nantes, pero, al no recibir más noticias de aquel, se hizo profesor. ¿Qué sucedió entonces? ¿Encontró sinsabores en esta profesión? En todo caso, al enfermarse, el clima de la Habana no le sentaba, debió dejar esta ciudad para marchar a Puerto Príncipe, donde ejercería el oficio de agrimensor.

²⁵ Las búsquedas en el Estado Civil de París fueron infructuosas.

Esta actividad le permite vivir durante largos años, catorce según su biografía, y le gana cierta notoriedad.

Sucedó que precisamente en esta época en Cuba se realizan muchos trabajos de agrimensura. Surgían numerosos conflictos entre los propietarios a causa de la imprecisión de los deslindes efectuados a partir de las primeras concesiones de tierra, de aquí el decreto de 1819 que impone nuevos deslindes. Por otra parte, la transformación de numerosas haciendas dedicadas a la ganadería en plantaciones de café o de caña de azúcar, dio lugar a gran número de nuevas mediciones topográficas.²⁶

F. Lavallée, preparado para esta tarea por su formación en la administración del Catastro en Francia, se convirtió rápidamente en uno de los agrimensores conocidos que cita Esteban Pichardo, entre los cuales se encuentran otros apellidos franceses. Trabajo penoso, aunque bien considerado y remunerado, al decir de Pichardo. Después de recibir el título de "agrimensor geómetra de los dominios reales del departamento central", reside entonces en Trinidad, y se asocia con otros numerosos topógrafos en la confección del excelente mapa de Cuba publicado en 1835, en Barcelona, y conocido con el nombre de mapa de Vives, uno de los mejores, sino el mejor mapa de Cuba para el siglo XIX.

Se convierte indudablemente ya en una notabilidad. Su abnegación, durante una epidemia de cólera en Trinidad (sin duda en 1833-1834), le vale el nombramiento de inspector de los hospitales de la ciudad. Es también corresponsal de la Sociedad Económica de Amigos del País desde 1832,²⁷ miembro de la Sociedad de Geografía de París en 1833, y de la Sociedad francesa de estadística universal en 1830.

En 1834 fue nombrado vice cónsul de Francia en Trinidad, por Guillemin, cónsul de Francia en la Habana, y confirmado en ese puesto por Mollien, el sucesor de Guillemin, fallecido de cólera ese mismo año. Mollien presenta de este modo en 1835 los cuatro hombres para los cuales solicita la aceptación como vice cónsules en el Ministerio de Asuntos Extranjeros: "Estos cuatro funcionarios son franceses y disfrutaban, aunque con títulos diferentes, de un mismo grado de consideración de sus

²⁶ PICHARDO, ESTEBAN. *Op. cit.*, p. XXX-XXXI.

²⁷ *La Guía de forasteros en la siempre fiel isla de Cuba para el año de 1845* lo cita entre los corresponsales de la Real Sociedad económica, p. 261: "Don Francisco Lavallée de Trinidad, 9 de octubre de 1832, Calle de Jesús María no 13."

compatriotas. Mr. de Monet, colono de Santo Domingo y antiguo militar fue nombrado dos veces alcalde de Matanzas, esta distinción hecha a un extranjero en un país donde esta condición no es siempre un motivo de recomendación, encierra el elogio más completo del carácter de Monet... Mr. Lavallée, miembro corresponsal de las sociedades de geografía y de estadística de París,... debemos en gran parte a Mr. Lavallée la fuerte suma que se acaba de abonar a los herederos de Coste de Bordeaux... Lanier, en Jagua, es "el hermano de un ingeniero empleado en el levantamiento del mapa de la isla"²⁸ Peyrelade se instaló en Puerto Príncipe desde hace 16 años."²⁹

F. Lavallée parece que demostró gran celo en su nuevo puesto, y mantuvo frecuente correspondencia con el cónsul de La Habana, para rendir cuenta de sus actividades. En 1837 salvó de la muerte a seis militares franceses del ejército español que habían desertado con armas y equipos. Ese mismo año envió muestra de mineral de cobre de las montañas de Trinidad, con una memoria donde sugiere que Francia se lance a esta explotación, recordando los beneficios que obtienen los ingleses de las minas de Santiago. Entrega el plano de la costa de Veracruz y del fuerte de San Juan de Ulúa, en México, fuerte del que el almirante francés Baudin se apodera en noviembre de 1838, en una época de tensión entre Francia y México. F. Lavallée logra hacer llegar a su cónsul "los planos de los principales puertos de Cuba... acompañados de notas muy detalladas sobre los terrenos colindantes, los pasajes, los fondeaderos, las sondas y las entradas", con el fin de ayudar eventualmente a los barcos de guerra franceses que hicieran escala allí.

Su ambición desenfrenada de convertirse en cónsul nació indudablemente por aquel entonces. De regreso en Francia en 1843, después de 23 años de ausencia, realizó a fines del año siguiente un segundo viaje en el que "estuvo, gracias a sus antecedentes y a los esfuerzos de su hermano y de algunos de sus honorables amigos, a punto de obtener el título de cónsul". Por desdicha sólo fue nombrado canciller real del consulado

²⁸ Mollien en sus *Observations sur l'île de Cuba*, enviadas en 1836 al Ministerio de Asuntos extranjeros, dice que Cienfuegos fue fundada en 1819 por franceses. casi todos de Bordeaux, dirigidos por un señor de Clouet, criollo de Nueva Orleans (Ministerio de Asuntos extranjeros. *Op. cit.*, t. 10, fol. 246 vol.). Sobre Luis Clouet, ver: NIETO Y CORTADELLAS, RAFAEL. "Documentos sacramentales de algunos cubanos ilustres". *Revista de la Biblioteca Nacional*. (La Habana) Segunda serie III (4): 61-85, octubre-diciembre '52.

²⁹ Ministerio de Asuntos extranjeros. *Op. cit.*, t. 10, fol. 81.

general de Francia en La Habana y caballero de la Legión de Honor el 17 de julio de 1835. Su nombramiento aparece en una nota fechada el 31 de julio de 1845 en el *Diario de la Marina*.³⁰ Mollien, el cónsul titular de La Habana es quien envía el suelto al Ministerio de Asuntos Extranjeros, con la intención manifiesta de perjudicar a F. Lavallée; el texto, tal vez inspirado por el mismo Lavallée, descubre sus ambiciones consulares. Las relaciones entre los dos hombres se hicieron tirantes y continuaron empeorándose. ¿Aspiraba Lavallée al cargo de Mollien? ¿Sentía envidia por un hombre que había adquirido cierta notoriedad en Cuba, y que desde 1835 había publicado numerosos artículos en Francia y aun en Cuba sobre la Isla?

F. Lavallée vino a tomar posesión de su cargo en enero de 1846 "con su familia compuesta de ocho personas"; inmediatamente Mollien pide una licencia, confiando la interinidad a F. Lavallée, indudablemente a regañadientes. Este intervalo duró 8 meses, de junio de 1846 a febrero de 1847. La correspondencia consular nos muestra a un hombre deseoso de informar lo mejor posible sobre los asuntos extranjeros, sobre la guerra entre México y los Estados Unidos, sobre las relaciones comerciales de Cuba. Manifiesta en diversas ocasiones su preocupación por defender los bienes de los franceses: venta de cargamentos de navíos naufragados, problemas de las sucesiones de los franceses fallecidos en la isla. En su patriotismo, llega hasta a organizar una subscripción entre los residentes franceses en Cuba y Puerto Rico, en favor de las víctimas de las inundaciones del Loira.

Es de notar una gran prudencia frente al candente problema en Cuba de la trata y de la esclavitud. El 12 de septiembre de 1846, se queja a su Ministerio de recibir la revista *El abolicionista francés*, redactada por una sociedad formada para la abolición de la esclavitud. "Esta publicación, además de los artículos subversivos para este país, contiene grabados y

³⁰ Ministerio de Asuntos extranjeros. *Op. cit.*, t. 14, vol. 190: "El Sr. Lavallée, vice cónsul de Trinidad de Cuba ha sido nombrado canciller del Consulado general de La Habana para donde saldrá a mediados o últimos de agosto. El ministro después de haber prometido seriamente al Sr. Lavallée el Consulado de Puerto Rico, ha creído más conveniente no alejarlo de la isla de Cuba, en donde sus servicios pueden ser de mayor importancia a causa del estudio que ha hecho de ese país y de los intereses de los súbditos franceses residentes en él. El gobierno ha agraciado también con la cruz de caballero de la Legión de Honor al Sr. Lavallée, sin que éste la haya solicitado, y como indemnización [sic] sin duda de la categoría consular a que le hacen acreedor sus servicios y antecedentes, categoría que por ahora no le confiere el gobierno en virtud de las consideraciones sobredichas."

viñetas muy comprometedoras para quien la reciba, en vista de que estos cuadernos llegan sin una faja a la dirección del consulado general, como suscriptor o asociado, pasando necesariamente por la aduana y por el correo. Los extranjeros, Señor Ministro, inspiran ya bastante desconfianza a este respecto para que sea posible considerar este hecho con indiferencia y no evitar en lo absoluto todo motivo de acusación. . .”³¹ ¿Sería abolicionista? Poco tiempo antes, en su nota sobre la ciudad de Trinidad, publicada en 1844 en el *Boletín de la Sociedad de geografía*, escribía: “Esta situación puede otorgarle algún día el bello puerto de Masio, un sitio de comercio de primer orden como mercado y lugar de depósito de esta gran parte del continente americano. Pero es preciso que el país recobre su tranquilidad y para ello los abolicionistas extranjeros cesen en sus intrigas que sólo llevan a nada menos que a perder a Cuba con el sacrificio de sus habitantes y de sus ricas propiedades”.³²

El hombre está retratado de cuerpo entero por la descripción lírica y embellecida de su interinatura, que aparece en su nota biográfica. Esta nota biográfica, escrita en 1848, debe ser considerada como una especie de memoria justificativa, escrita después del conflicto abierto que le opuso a su cónsul, Mollien, desde el regreso de éste en febrero de 1847 hasta la fecha en que F. Lavallée cesó en sus funciones en La Habana en marzo de 1848; conflicto grave, pero del que no queda prácticamente ninguna huella, al haber desaparecido las piezas de correspondencia.³³ Fue también de manera manifiesta una memoria destinada a sostener la ambición siempre grande de nuestro hombre por llegar a la posición de cónsul. Las últimas líneas del texto lo prueban: “La interinatura del consulado de Veracruz acaba de serle confiada a M. Lavallée, esta posición es sin duda el preludio de un nombramiento definitivo al cual él tiene tanto derecho.”

¿Es su nombramiento en Veracruz el resultado de la Revolución de 1848 o el de sus laboriosas intrigas? Es difícil saberlo. En todo caso, ese puesto sólo le traerá sinsabores, y deberá abandonarlo al cabo de tres años, después de haber entrado en abierto conflicto con el embajador de Francia en México. Es

³¹ *Ibid.*, fol. 453.

³² *Boletín de la Sociedad de geografía*. 3a. serie, II, 1844, p. 254.

³³ Ministerio de Asuntos extranjeros. *Op cit.*, t. 15, fol. 188: el cónsul que sucede a Mollien se lamenta en diciembre de 1848 que éste “haya creído poder suprimir todas las minutas de su correspondencia oficial con las direcciones políticas y comerciales durante los años 1846, 1847 y 1848”.

de nuevo la pasión con que F. Lavallée defendió las sucesiones francesas lo que ocasionará la ruptura, al no haber sido apoyado por su embajador. Pero el motivo de que se llamara a Francia a principios del año 1852 es más grave a los ojos de la cancillería: el haber autorizado a un vice cónsul situado a sus órdenes a confeccionar actas notariales y de estado civil, privilegio reservado al cónsul.

La decepción y amargura deben haber sido grandes para este hombre vanidoso y ambicioso que veía hundirse bruscamente sus proyectos, desvanecerse el sueño que le había hecho afanarse tanto tiempo. No le será ofrecido ningún otro cargo consular, y regresa a Francia. No conocemos prácticamente qué fue de su vida después. Los escasos datos que poseemos son sus contribuciones a las sociedades eruditas a las que continuó perteneciendo. De 1852 a 1864, aparece entre los miembros de la Sociedad de Geografía, en tres direcciones sucesivas en París, pero es sólo en 1860 que se ven reaparecer artículos firmados por él, "Estudios geográficos sobre México" en 1861, "La isla de Puerto Rico" en 1863, una nota sobre el censo de Cuba en 1861.

Muere entre agosto y octubre de 1864 cuando acaba de ser nombrado miembro adjunto de la Comisión central de la Sociedad de Geografía. En la rendición de cuentas de la sesión del 21 de octubre de esta sociedad se lee: "una carta nos da a conocer el reciente fallecimiento de M. Francis Lavallée, antiguo cónsul de Francia, en quien la Comisión central pierde a uno de sus miembros más asiduos en las sesiones"; y en la necrología de la Sociedad de estadística universal: "Este erudito tan honesto como meritorio era uno de nuestros más viejos amigos... hombres semejantes son difíciles de reemplazar; nuestras publicaciones deben a Mr. Francis Lavallée gran número de informaciones útiles..."

III. Francis Lavallée, geógrafo cubano

Tal vez sea un poco presuntuoso decir que F. Lavallée fue un geógrafo cubano. Resultaría más justo decir que fue uno de los numerosos y valiosos colaboradores de los grandes geógrafos y cartógrafos cubanos de la primera mitad del siglo XIX, principalmente como autor de cierto número de planos y levantamientos topográficos. Contribuyó con estudios detallados de diversos pueblos cubanos y sus trabajos topográficos le permitieron redactar, en el centro de la isla, esas notas un poco secas, en las que se suceden cifras relativas a la población, una enumeración de los recursos naturales, consideraciones sobre los cul-

tivos y el comercio que descubren al miembro que era de la Sociedad francesa de estadística y de esta escuela.

Entre las 28 obras o artículos de que tenemos conocimiento, 14 se refieren a Cuba, entre las cuales 7 fueron escritas entre 1830 y 1840, el período más fecundo, 4 entre 1851 y 1864, y 2 carecen de fecha. Los otros 14 documentos están dedicados a México y las Antillas. Por otra parte sólo hemos encontrado mención explícita de 7 planos de los cuales 6 son de Cuba o pueblos cubanos, pero con toda certeza F. Lavallée realizó muchos más.

Veamos en primer lugar esta actividad de agrimensor, que nos parece ser su más seguro título de gloria. Se inició en esta actividad en los años de 1820 en Puerto Príncipe, en una época en la que, como ya hemos dicho, los agrimensores eran muy solicitados para el levantamiento de los planos de las haciendas. Esteban Pichardo, en su *Geografía de la Isla de Cuba* recalca la importancia del trabajo realizado en esta época, y se lamenta de que muchos de estos planos no se hayan conservado porque en aquella época los autores no estaban obligados a depositar un ejemplar de los mismos. ¿Sería F. Lavallée como aquel agrimensor que cita Pichardo y que confeccionó más de 600 planos?

En todo caso, F. Lavallée se gana una reputación que le vale ser integrado a los trabajos que tuvieron como resultado el valioso mapa de Cuba llamado de Vives. Pichardo, que posiblemente lo conoció, señala "la maestría e independendencia científica que le distinguen", a propósito del plano hidrográfico de Sagua la Grande.

Es indispensable recordar cómo surgió y se elaboró este mapa de 1835 (bastante poco conocido hasta hace poco)³⁴ tal como lo expone Esteban Pichardo en la introducción a su *Geografía*. Si bien se comenzó a petición del gobernador Vives, es, en efecto, obra del coronel James Valcourt con la asesoría de una comisión compuesta por los mejores agrimensores públicos y fue realizado entre 1824 y 1831; Esteban Pichardo cita entre los miembros de esta comisión a un francés, Alexandre Helvetius Lanier, que sabemos era amigo de F. Lavallée, miembro también de la Sociedad de Geografía de París, y hermano del vice cónsul de Francia en Cienfuegos. Si A. H. Lanier es uno de los artífices bien conocidos de este mapa, F. Lavallée contribuyó con toda seguridad, aunque en menor medida, a su realización, en cuanto a la parte central de la isla. Aunque no tene-

³⁴ PÉREZ DE LA RIVA, JUAN. "El área del archipiélago cubano y su historia". (En: *El Barracón y otros ensayos. Op. cit.*, p. 283-301.)

mos aún todas las pruebas en nuestro poder, es posible deducir diversas fuentes: en una correspondencia con la Sociedad de Geografía en 1834, se le atribuye "estar encargado de los trabajos geodésicos para el gobierno de la isla de Cuba"; al enviar en 1836 su "Memoria histórica, geográfica y estadística sobre Cuba" escribió: "comenzamos la interesante serie de planos de los puertos principales de Cuba con la intención de presentarlos juntos aquí, cuando supimos con placer de la publicación del mapa de este país en el que se encuentran consignados, junto a los trabajos de diversos geógrafos célebres, nuestros propios resultados..."

En espera de encontrar otras fuentes de información sólo podemos citar los mapas siguientes:

—*Villa de Puerto Príncipe*, del que E. Pichardo escribe:

"Retrocediendo a la época en que se publicó la carta de Vives, y sin detenernos en el plano de la ciudad de Puerto Príncipe levantado con la conciencia que caracteriza a todos los trabajos del S. Lavallée..."

—*Puertos de Trinidad y Sagua la Grande*, que tiene como fuente E. Pichardo: "El Sr. D. Francisco Lavallée, agente comercial de Francia, rectificó en 1836 y aumentó en 1842 el plano hidrográfico levantado por S. del Río de los tres puertos de Trinidad y formó igualmente el de Sagua la Grande al N. ambos en escala mayor y con aquella maestría e independencia científica que le distinguen."

—*Planos de los puertos de Mariel y Matanzas*, citados por el Boletín de la Sociedad de Geografía.

—*Carta de Cuba dividida en provincias indias*, citada por el mismo boletín.

¿Contribuyó también al "Atlas de la isla de Cuba", hecho por Rafael Rodríguez y que ofrece en persona a la Sociedad de Geografía en julio de 1843, en ocasión de una de sus raras estancias en Francia?

El rudo trabajo de agrimensor fue bien descrito por F. Lavallée en algunas páginas de su nota biográfica. Lamentamos por lo demás que no se haya decidido con mayor frecuencia a hablarnos del campo cubano que tan bien conocía por su ocupación. En efecto, y esta transición nos permite pasar a la otra parte de su obra, la mayoría de sus notas geográficas consisten en enumeraciones un poco escuetas sobre la población, los recursos naturales, los vegetales y animales, así como datos estadísticos de las villas que estudia, con algunas notas históricas, alguna que otra vez. Una particularidad de nuestro autor, que explica los cubanismos de su estilo, es el hecho de que

escribe probablemente en español algunos de los artículos que aparecieron en publicaciones cubanas, antes o al mismo tiempo que en publicaciones francesas (traducidas entonces al francés). Tenemos la prueba formal de esto por la nota sobre Trinidad que envía en 1842 a la Sociedad de Geografía, al escribir: "El tiempo me apremia, no he podido enviarle esta nota en francés, tenga la bondad de mandarla a traducir."³⁵

¿De qué modo se puede evaluar lo que tienen de original los trabajos de F. Lavallée? Indudablemente él debió conocer y utilizar las obras y trabajos estadísticos de sus contemporáneos; es de nuevo Pichardo quien destaca la extraordinaria riqueza, el desarrollo de la geografía cubana de esta época; Juan Pérez de la Riva cita igualmente los excelentes trabajos demográficos hechos entonces, principalmente el censo de 1827 cuya memoria servirá de modelo para censos ulteriores.³⁶ La mayor parte de los artículos de F. Lavallée son anteriores a la obra monumental de Ramón de la Sagra. Y una prueba de la calidad reconocida de sus trabajos consiste en la publicación que se realizó en su época, en Cuba. Así, por ejemplo, la Real Sociedad Patriótica de la Habana, que desempeñó un papel importante en los dominios políticos, económicos y literarios, publica en sus memorias la "Noticia histórica y geográfica de Trinidad" y la "Noticia histórica y geográfica de Sancti Spíritus y su jurisdicción", estando este último artículo curiosamente firmado con el seudónimo "Fénix de Sancti Spíritus", ¡para designar a F. Lavallée! Por otra parte, Rafael A. Cowley, en su resumen publicado en 1876-1877, "Los tres primeros historiadores de la Isla de Cuba" vuelve a tomar las "Noticias históricas sobre Trinidad" de F. Lavallée.

La conclusión que sacamos de todo esto puede ser un tanto rebuscada y es que en F. Lavallée, pensamos haber descubierto de nuevo a un geógrafo cubano, sin duda menor, pero cuyo aporte dista, sin embargo, de ser despreciable.

Otro aspecto no menos importante de la obra de F. Lavallée está en el conocimiento que dio de Cuba a la opinión geográfica francesa, en los artículos enviados a la Sociedad de Geografía de París. En el epígrafe siguiente hacemos un análisis más detallado de los mismos, mostrando la importancia de su aporte, sin olvidar que las obras monumentales de Humboldt y La Sagra abruman con su importancia la del modesto Lavallée.

³⁵ Sociedad de Geografía. Ms., paquete 21, no. 3578.

³⁶ PÉREZ DE LA RIVA, JUAN. *Los demógrafos de la dependencia*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1979.

IV. *La Sociedad de Geografía y Cuba*

Nuestro trabajo ha sido realizado tomando como base, según ya hemos explicado, los archivos y la biblioteca de la Sociedad de Geografía, por lo que nos ha parecido interesante mencionar todos los artículos sobre Cuba que aparecieron en el Boletín, así como todas las obras sobre este país conservados en la biblioteca.

El fichero de la biblioteca es bastante engañoso. Es cierto que se encuentra allí la edición original del libro de Humboldt, la obra de Ramón de la Sagra, el libro de Esteban Pichardo, pero la mayor parte de las obras catalogadas se encuentran también en los fondos propios de la Biblioteca Nacional. Las búsquedas efectuadas nos permiten decir que éstas deben ser mucho más ricas en lo que se refiere a Cuba; nuestro objetivo sería confeccionar un repertorio, o una guía, ulteriormente. En cuanto a la biblioteca de la Sociedad, ésta fue desdichadamente saqueada desde el siglo XIX, según Mr. A. Fierro, su conservador actual, según hace constar en una tesis (que sostendrá próximamente) sobre la historia de la sociedad.³⁷

Resulta también muy interesante analizar los artículos del Boletín, lo que hicimos utilizando las tablas para el período 1820-1839. Estas tablas son confiables y bastante completas hasta 1861; las tablas siguientes lo son mucho menos; lo verificamos al revisar todos los volúmenes, uno por uno hasta 1864, fecha de la muerte de F. Lavallée. Para este período hemos destacado el nombre de Cuba citado con referencia a las correspondencias recibidas, de libros o del anuncio de obras, pero en un primer tiempo no hemos querido hacer una estadística a no ser de artículos y notas de alguna importancia.

Entre 1820 y 1830 hay 6 artículos, en su mayor parte extensos informes o comentarios de obras publicadas en Cuba de Jameson, Huber, Massé, Poinsett, Ramón de la Sagra.

El período más fértil es el de 1831-1840, con 6 artículos de los cuales 5 son de Lavallée y uno de David, cónsul de Francia en Santiago. Todos estos artículos son originales.

Entre 1841 y 1850, aparecen 3 artículos solamente; uno es de F. Lavallée, el otro una larga revisión de la obra de Ramón de la Sagra y el último una tabla de la población en 1842 del propio Lavallée.

³⁷ FIERRO, ALFRED. "La société de géographie: 1821-1946". Tesis, 3er. ciclo Universidad de París IV, 1982.

Después de 1859 y hasta 1939, no hay realmente más artículos sobre Cuba, solamente una decena de alusiones a propósito de problemas diversos.

Es por tanto notable constatar que F. Lavallée fue en gran medida un embajador de Cuba ante la opinión geográfica francesa. Pero una vez ausente, no queda ningún relevo. ¿Fue responsable él, o será más preciso atribuir el hecho a la falta de dinamismo de la Sociedad de Geografía y sus negligencias? Hemos encontrado en diversas revisiones de la correspondencia enviada por Lavallée, quejas dirigidas a la Sociedad; los boletines no llegan a los subscriptores en Cuba; él mismo no recibe la correspondencia y ni siquiera sabe si los artículos que envía llegan debidamente a París. Y sin embargo F. Lavallée parece haber hecho prosélitos en Cuba: el geógrafo A. H. Lanier, Pimentel, de la Torre. Él había respondido con celo a la circular de la Sociedad de 1937 que hizo un llamado para enriquecer su museo, enviando cajas de conchas, muestras de minerales e incluso de vegetales.

Este desafecto de la Sociedad de Geografía hacia Cuba a partir de la segunda mitad del siglo XIX corresponde también, indudablemente, al cambio de orientación de la política francesa en el período de las conquistas coloniales en África y Asia. Se produce indudablemente un aumento de las adhesiones de personalidades pertenecientes a diversos países de América Latina entre 1852 y 1855, como consecuencia de la política exterior del Segundo Imperio antes de la Guerra de México. Pero si se considera el conjunto del Boletín de la Sociedad de Geografía, la América Latina sólo representa el 10% de los artículos aproximadamente, muy por debajo de África Negra.³⁸

A mediados del siglo XIX, es un país en que comienza a declinar la influencia europea, donde la nacionalidad cubana emerge en las luchas entre reformistas, anexionistas, independentistas, frente al creciente poderío de los Estados Unidos, la importante colonia francesa originaria de Haití se funde poco a poco con la población. Otros inmigrantes franceses, tal como Francis Lavallée, regresan al país natal, habiendo sin embargo contribuido con su actividad a un conocimiento y enriquecimiento mutuo de los dos países, Francia y Cuba.

³⁸ *Ibid.*



Libro de francmasonería, realizado en forma triangular, de gran riqueza decorativa. Es obra del siglo XVIII —*Statuts de la Loge de la Bonne foi*—; el material de la cubierta es marroquín grueso azul, decorado con un encaje de hierros pequeños, con los que se mezclan los emblemas de la francmasonería. Al centro, un triángulo formado por cuatro filetes de oro.

Una introducción a la poesía cubana*

VIRGILIO LÓPEZ LEMUS

I. Anteayer

Nuestra poesía encuentra en José María Heredia (1803-1839) su primera cima, y en José Martí (1853-1895) su primer creador pleno, grande, universal. Pero *nuestra* poesía nació para el mundo el 27 de octubre de 1492, cuando la inaugura ante los ojos atónitos del europeo aquella frase recitada del Gran Almirante: "Esta es la tierra más hermosa..." Ello se relaciona con lo que Max Henríquez Ureña llama: "... el inicio de la creación literaria relacionada con la isla".

La Isla contaba con una poesía latente, rica en la belleza sutil o abrupta, clara u "oscura", de una naturaleza en que el hombre aborígen está inmerso. Podemos preguntarnos qué dirían aquellos areítos de nuestros primitivos habitantes, y la respuesta sería seguramente poesía. Poco o nada sabemos de cómo expresaban el amor, el odio, la duda y la esperanza aquellos hombres y mujeres rodeados de paisajes deslumbrantes y que de alguna manera sentían la poesía, aquella que acompaña lo esencial del hombre y determina que el poeta colombiano Jorge Zalamea dejara escrito que: "en poesía no existen pueblos subdesarrollados".

Juan de Castellanos (1522-1607) daba a conocer en el siglo XVI su *Elegía VII*, donde la Isla influye ya en la creación lírica española, pero había que esperar a 1608 para que apareciera un "poema cubano" escrito por español, que en octavas reales creaba un *Espejo de paciencia* memorable. Silvestre de Balboa no marca, sin embargo, exactamente un inicio de nuestra poesía, ni tampoco los sonetistas que en torno al poema entonan laudes con cierto matiz diferenciante de lo español. Este inicio pudiera fijarse en la poesía de composición popular entre los siglos XVII y XVIII, de la que no se guarda memoria por no existir órganos de impresión periódica adecuados para su difusión, y por ser esencialmente oral, como la décima popular. "Porque ella nació primero/ y nuestro pueblo después", según versos de Mirta

* Este trabajo constituye el preámbulo de la Primera Parte del libro inédito del propio autor: *Veinte años de poesía cubana (1959-1978)*.

Aguirre. Cronológicamente entendido, nuestros primeros *creadores* fueron sin dudas Manuel de Zequeira y Arango (1764-1846) y su amigo Manuel Justo de Rubalcava (1769-1805). El primero de los Manueles, antes de hacerse invisible o de vidrio, nos había legado una "Oda a la piña" que es todo un símbolo; mientras que Rubalcava escribía sus silvas, como también lo hizo Desval (Ignacio Valdés Machuca: 1792-1851), quien fija un inicio editorial con el que podemos considerar primer libro de poemas cubanos: *Ocios poéticos*, editado en La Habana en 1819.

En el interín dieciochesco, otros versificadores escribieron sus obras en verso, que ofrecen continuidad o que son la raíz misma de nuestro impulso poético; entre ellos, José Surí y Águila (1696-1762), Lorenzo Martínez de Avileira (1722-1782), Mariano José de Alva (1761-1800), José Rodríguez Ucres (1715- ?), Juan Miguel de Castro Palomino, Francisco Ignacio Cigala (¿-1712), y algunas de las primeras voces femeninas, representadas por la condesa Teresa Beltrán de Santa Cruz, la marquesa Jústiz de Santa Ana, y la popular Juana Pastor.

Como nada nuevo agregamos hasta aquí que no esté dicho por los estudiosos del siglo XX de la evolución de la poesía cubana (Max Henríquez Ureña, Portuondo, Vitier, Retamar, Saíenz...), citemos este párrafo de *Lo cubano en la poesía* donde Cintio Vitier ofrece un resumen del panorama lírico cubano hasta los primeros años del siglo XIX:

Después del *Espejo de paciencia*, por lo tanto y hasta que aparecen los primeros poetas apreciables, la versificación en Cuba consiste en ejercicios retóricos o composiciones festivas o satíricas. Esta última dirección continuará durante todo el XVIII y el XIX, saturándose paulatinamente de sabor cubano.

No está de más aquí que agreguemos el criterio de Bachiller y Morales, quien afirmó:

Puede decirse que el género que predominó hasta los últimos años del pasado siglo [XVIII] en nuestros versificadores, fue el epigrama, la sátira y el apólogo...

Y su juicio más conocido, citado por Antonio López Prieto en su "Introducción" a *Parnaso cubano* (1881), evidenciado por Vitier y vuelto a citar por Angel I. Augier en su "nota acerca de la poesía social en Cuba", y que expresa:

La poesía del siglo XVIII no supo cantar la belleza del campo, sino describirlo; no habló de la mujer sino por burlarla; ni tuvo más galas entre nosotros, con pocas excepciones, que el epigrama.

Es en el siglo XIX cuando las condiciones históricas dadas por el desarrollo alcanzado por la Colonia, favorecen el auge de una lírica propiamente *cubana*, con las características intrínsecas de una nacionalidad en formación, en la que el elemento criollo era un factor progresista. Los criollos mueven ideas influidas por las revoluciones independentistas de nuestra América, con las que se alcanza para la mayor parte de ella, la primera independencia. Sin ser determinantes, no dejan de influir en la Isla la Revolución Francesa, las ideas de la Ilustración y la independencia de las trece colonias del Norte, así como los acontecimientos de 1808 a 1823 en la propia metrópoli colonial.

No resulta fuera de lugar que nuestro primer poeta grande haya sido también uno de los primeros conspiradores en favor de la independencia patria. La conspiración de los "Rayos y Soles de Bolívar" tendría entre sus entusiastas al cantor del Niágara, como para siempre se conoce a José María Heredia; con él, Cuba aún no libre, muestra su potencialidad lírico-expresiva cuando el romanticismo era un movimiento aún joven en la naciente América Latina. De Heredia se acostumbra citar la oda "Al Niágara" y "En el teocali de Cholula", sin que se recuerde que la poderosa voz de estos poemas antológicos, cantó también en otro tono, como se aprecia en "Mis versos":

*Pregúntasme, muchacha,
por qué los versos míos
tan sólo decir saben
de amores y de vino.*

*Me excitas a que cante
con plectro más subido
combates y victorias,
y reinos destruidos.*

*Asuntos tan sublimes
tratar nunca he podido
pues sólo Erato tierna
preside a mis escritos.*

Aunque hagamos una digresión, es bueno recordar ante este poema que ya Anacreonte decía en "A mi lira": "Quiero cantar de Cadmo/ cantar de los atridas;/ pero dulces amores/ suena

sólo mi lira." Mucho después, el inagotable fray Luis de León escribía su "Imitación a la Oda XII del libro": "Al canto y lira mía/ no dicen las escuadras, francesas/ banderas en Pavía/ cautivas, ni las armas cordobesas,/ ni el nuevo mundo hallado,/ ni el mar con turca sangre hora bañado// (. . .) Mi musa no se emplee/ más de en la ilustre Nise, en su hermosura/ que el sol igual no ve." Por la misma línea va el poema de Heredia que citamos, y en nuestro siglo la "Imitación de Propercio" de Ernesto Cardenal: "Yo no canto la defensa de Stalingrado/ ni la campaña de Egipto/ ni el desembarco de Sicilia/ ni la cruzada del Rhin del general Eisenhower:/ yo sólo canto la conquista de una muchacha."

El citado poema de Heredia, todo él una tendencia poética, puede compararse con los exaltados textos del propio poeta como "El dos de mayo" y con "Emilia", obra fundamental de nuestra lírica patriótica. Es el propio Heredia el que en su obra "Oda" canta:

*¡Cuba! ¡Cuba! ¿Y tú callas...? ¡Ay! ¿Esperas
a que el torrente atroz de tu conquista
ruede sangriento sobre ti? ¿No sabes
que siempre aumenta su raudal funesto
un diluvio de lágrimas?... ¿O quieres,
con tu abandono y ceguedad horrible,
que en vano el mar te ciña al occidente
y a oriente y norte y sur? ¿Sola entre tantos,
en vez de alzar a libertad altares,
mudarás de señor? ¿Serán tus hijos
los ilotas de América? (. . .)*

Hilos entretreídos de la emoción, coincidencias, simples casualidades harían de este fragmento de la "Oda" herediana un antecedente del famoso "Los cisnes" del siempre maestro Rubén Darío; el nicaragüense universal decía para toda Hispanoamérica: "¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?/ ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?/ ¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?/ ¿Callaremos ahora para llorar después?"

Lo que nos importa resaltar aquí es la confluencia de tendencias líricas en Heredia, de quien el análisis detenido de *toda* su obra en versos —no sólo lo antologable—, ofrece luz sobre dos modos, dos tendencias, de llegar a la poesía: el intimismo y la poesía social, dominantes en la evolución de la línea cubana, términos ambos utilizables a falta de otros más precisos.

Después de Heredia habría que hacer como dice Fernández Retamar en "La poesía cubana nuevamente contada", un "catálogo de naves homéricas que son los nombres de quienes han escrito poesía en Cuba". Son voces de matices diferentes, rumor de un pueblo que por lo poético expresa buena parte de su esencia, sea por la voz de Gabriel de la Concepción Valdés (*Plácido*, 1809-1844), el mulato que escribió un "Jicotencal" que no hubiese despreciado ninguno de los grandes de los Siglos de Oro; o sea el animador Domingo del Monte (1804-1853), culto, enjuiciador y hasta preceptista, o Francisco Pobeda (1769-1881) y el grupo de los llamados *ciboneyistas*, entre quienes destacamos a José Fornaris (1827-1890), o Joaquín Lorenzo Luaces (1826-1867), que con su estupendo *Cuba. Poema mitológico* inicia la publicación de cuadernos monotemáticos en nuestra poesía; sus octavas endecasílabas cantan a la Isla con belleza:

*Del mar caribe con amor ceñida,
en la tórrida zona colocada,
casi toca, hacia el Norte dirigida,
el lindo natural de la templada:
de México en el mar aparecida,
del Golfo cierra la anchurosa entrada,
ofreciendo en sus puertos abundantes,
escala a los osados navegantes.*

Y el formidable Juan Cristóbal Nápoles y Fajardo (*El Cucalambé*, 1829-1862) que hizo de la décima una verdadera irradiación de cubanía, entre culto hablar y repentismo típico de nuestros campesinos:

*Aquí donde los jagüeyes,
albergues de los sinsontes,
dominan los altos montes
cubiertos de curujeyes
donde crecen los cupeyes
envueltos en jimirú,
do el esbelto manajú
y otros árboles se mecen,
hay bellezas que merecen
que las cante como tú.*

Esta décima que citamos —respuesta a otras de Fornaris, a quien se dirige el *tú*—, ¿no contiene la antigua frase que dice ser esta la tierra más hermosa que ojos humanos han visto?

En la poesía del Cucalambé se manifiesta una creación de raíces telúricas que se asienta en una nacionalidad ya definida.

A los "ciboneyistas" les acompañan cronológicamente otros poetas, entre ellos el ingenioso José Jacinto Milanés (1814-1863), la poesía de rango mayor de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), así como las rítmicas estrofas de Rafael María de Mendive (1821-1886), cuyo verso musical hallará trascendencia americana en la obra de José Asunción Silva, con quien valdría la pena el estudio comparativo, salvando distancias cualitativas y epocales. Un poeta esclavo, Juan Francisco Manzano (1797-1854), une su nombre al grupo de poetas entre los que se puede identificar una u otra tendencia lírica, pero en los que sobre todo se halla la expresión de una nacionalidad ya definida.

Otras dos figuras, Juan Clemente Zenea (1832-1871) y Luisa Pérez de Zambrana (1835-1922), llevan la poesía elegíaca cubana a cumbres antes no alcanzadas. El primero es un poeta de esencias, una de las voces más depuradas del siglo; aun no contando con una clara historia al servicio de Cuba, hizo vibrar su poesía dada a lo melancólico, con el vigor de los hombres que desde 1868 peleaban en la manigua machete en mano. "En días de esclavitud" es una hermosa canción de desterrado que escala a intensos instantes poéticos:

*¡Señor, Señor, el pájaro perdido
puede hallar en los bosques el sustento,
en cualquier árbol fabricar su nido
y a cualquier hora atravesar el viento!
¡Y el hombre, el dueño que a la tierra envías
armado para entrar en la contienda,
no sabe, al despertar todos los días
en qué desierto plantará su tienda!*

El fluir lírico crecía en la Isla. Nuevos poetas cantaban a la Patria, mientras la Guerra de los Diez Años elevaba la dignidad nacional. La economía cubana, si bien dependiente de la metrópoli española, ya dejaba ver influencias del creciente poderío económico norteamericano que gradualmente penetraba. Ideas nuevas en el campo de la educación entraban al país, aunque los testimonios de época ofrecían una situación verdaderamente triste. En 1867, Pedro de Agüero escribía en *La instrucción pública en la Isla de Cuba*:

Teniendo la isla de Cuba 1 357 171 habitantes, según el censo de 1862, y no concurriendo a sus escuelas, según nuestros propios datos, más que 27 780 niños de todas

clases, resulta que en la actualidad sólo se educa en ella 1 niño por cada 48 854 habitantes; proporción que, a ser exacta, colocaría a Cuba casi al nivel de la Rusia, que es de todas las naciones cristianas la más atrasada en instrucción primaria.

Pedro de Agüero quedaría maravillado si hubiese llegado a conocer que antes de que su libro cumpliera un siglo, la República Socialista Federativa de Rusia marcha a la vanguardia de la instrucción general, y que Cuba, luego del definitivo triunfo del proletariado, fue declarada en 1961: "Territorio libre de analfabetismo".

Vale repasar *Los poetas románticos cubanos*, la necesaria antología de Cintio Vitier, para darnos cuenta del fluir lírico de la Isla en el período que pudiéramos llamar premartiano; pero muchas veces resulta de absoluto interés que desempolvemos el *Parnaso cubano* de Antonio López Prieto, que llegó a su centenario en 1981; por encima de cierta visión proespañola, el autor da cuenta en su "Introducción" de aspectos claves en la evolución de la poesía cubana.

Hasta Luisa Pérez de Zambrana el ascenso es cualitativo, con momentos altos en Heredia, la Avellaneda y Zenea. Ello se corresponde con la ascensión a la madurez de una conciencia nacional que halla en la poesía adecuado vehículo expresivo. El romanticismo en Cuba, en las dos generaciones tradicionalmente reconocidas, desempeña un papel revolucionario, paralelo al afán de independencia nacional. Todo favorecía al intimismo, que fue dominante hasta que la épica del 68 nos trajo a los poetas de la guerra, en que los problemas sociales van con más fuerza a la poesía de la época. Pero faltaba el hombre que resumiera el genio y el ingenio de un pueblo valeroso y que había dado ya excelentes muestras de su aptitud para la captación y expresión de lo poético. El genio en poesía trajo para nosotros dos alas, una reducida, pero de encanto y vibración poética notables, la otra, colosal, ala para tocar el cielo, José Martí (1853-1895) es la segunda; Julián del Casal (1863-1893), la primera. Son dos poetas y dos hombres totalmente diferentes, a los que no es propio compararlos sin favorecer con creces a Martí, por su alto magisterio para los cubanos y latinoamericanos todos. Con ellos, nuestra poesía llega a la universalidad que ya venían sosteniendo Heredia, la Avellaneda y Zenea.

Rubén Darío dejó escrito que sólo dos veces el genio se asomó a nuestras tierras de América, refiriéndose al argentino Sarmiento, y a José Martí. Sobre Casal, el poeta de *Cantos de*

vida y esperanza, decía en una carta a Hernández Miyares: "...tú sabes que en el nuevo mundo, después del alma de Edgar Poe, la suya es la que ha volado más maravillosamente a la montaña del arte".

Casal fue hombre sensible en grado sumo, dotado como artista, como imaginador formidable, capaz de poseer la valentía de asumir una actitud vital estética en un medio totalmente hostil. Consagró su corta vida a la poesía y quiso vivirla y escribirla. El autor de ese excelente poema que es "Páginas de vida" adoptó un sistema de evasión típico de la clase social que se veía representada en tan cuidadosa versificación; no sería descabellado pensar que en esas condiciones socio-ambientales concretas en las que Casal creó toda su obra, el sistema de evasión que él adopta, es una actitud de rebeldía, un tipo complejo de participación política a través de lo estético. No puede olvidarse que también en la poesía se manifiesta la lucha de clases, aunque no en formas tan claras como en los planos económicos; que los seguidores de Casal se unieran luego a los mambises y algunos dieran su vida por la independencia, no sería síntoma inconsecuente de la amistad que sostenían con el poeta de "Nihilismo". José Antonio Portuondo en "Angustia y evasión de Julián del Casal" y José Lezama Lima en "Julián del Casal", ofrecen sus puntos de vista que, desde posiciones diferentes, ayudan a colocar en el lugar que merece este poeta que aporta su conocimiento de la poesía francesa de su época, para incorporarla a una cubanía esencial en el decir.

José Martí es una cima extraordinaria de la lírica de habla hispana de todos los tiempos. Su verso y su prosa poseen el rango de las creaciones de Garcilaso, Fray Luis, San Juan, Santa Teresa y Gracián, como clásico de base de nuestro idioma. En su *Historia de la literatura hispanoamericana*, no obstante sus limitaciones de estudio, Enrique Anderson Imbert, como pocos, lo señala en el lugar que ganó para siempre por representar cabalmente a su pueblo y a su época:

...es la presencia más gigantesca en todo este período. Hacen bien los cubanos en reverenciar su memoria: vivió y murió heroicamente al servicio de la libertad de Cuba. Pero Martí nos pertenece aun a quienes no somos cubanos. Se sale de Cuba, se sale de América: es uno de los lujos que la lengua española puede ofrecer a un público universal.

Una vida política tan limpia, tan entregada a su pueblo, una visión tan definitivamente grandiosa, una obra literaria fecunda y llena de riquezas, hacen de Martí algo más que un orgullo nacional o que un símbolo para los cubanos: su magisterio trasciende al trabajo diario, pensando que en este suelo, por este pueblo, lo dio todo un hombre ejemplar.

Nos interesa ahora, pese a la no acertada comparación entre uno y otro hombre, destacar cómo entre Casal y Martí hay un sustrato de afinidad dable por la cubanía implícita en el uno y explícita en el otro. Martí comprendió cabalmente a su compatriota cuando, con la delicadeza extraordinaria que le caracterizó, escribía: "Murió de su cuerpo endeble, o del pesar de vivir, con la fantasía elegante y enamorada, en un pueblo servil y deforme." Lo poético era para Casal lo incorruptible, lo blanco, la nieve, el diamante o el ideal artístico. Para Martí la poesía era la vida, el combate, la ternura del hijo y lo hermoso del ideal político. Pero entre ellos no debe quedarse el análisis en la ya tradicional comparación del casaliano: "tengo el impuro amor de las ciudades,/ y a este sol que ilumina las edades/ prefiero yo del gas las claridades," y los versos de Martí: "Con los pobres de la tierra/ quiero yo mi suerte echar:/ el arrollo de la sierra/ me complace más que el mar." En ambos poetas no sólo la poesía cubana es enteramente la de una nación muy otra a la española, sino que se inscribe en el contexto de una patria mayor, avizorada por Martí sobre todo en "Nuestra América".

La nueva esencialidad de la poesía cubana halla en "Yo sacaré lo que en el pecho tengo" un puntal indudable, un poema donde lo íntimo y lo social se unen gracias al talento prodigioso de Martí:

*Es ¿quien quiere mi vida? es que a los hombres
palpo y conozco, y los encuentro malos,
pero si pasa un niño cuando lloro
le acaricio el cabello, y lo despido
como el naviero que a la mar arroja
con bandera de gala un barco blanco.*

2. Ayer

Tras la muerte de Casal y de Martí, nuestra poesía no encuentra una figura que sostenga la cima alcanzada por ellos. Los poetas de *Arpas cubanas* (1904) y las voces de Federico Uhrbach (1873-1931), Enrique Hernández Miyares (1859-1914) y Bonifacio Byrne (1861-1936), proceden del siglo anterior y no

ascienden a la calidad de los clásicos cubanos. Numerosos acontecimientos históricos se corresponden con este evidente "descenso" de la poesía cubana: la Guerra de Independencia, los cuatro años de intervención norteamericana, la Enmienda Platt, la República constituida, mediatizada, entregada a la penetración económico-ideológica de los Estados Unidos, y la situación social del medio frustrante, eran motivos suficientes no para el júbilo y la confianza en el futuro inmediato.

Las tendencias líricas de los primeros años del siglo XX pudieran representarse por dos poemas importantes en la evolución de nuestra poesía: "... el poema —dice Fernández Retamar— donde se expresa la frustración de un país que, después de luchar treinta años por la independencia, se ve transformado de pronto en colonia de una nueva metrópoli muchísimo más poderosa”:

Mi bandera

*Al volver de distante ribera
con el alma enlutada y sombría,
afanoso busqué mi bandera
y otra he visto, además de la mía!*

*¿Donde está mi bandera cubana,
la bandera más bella que existe?
¡Desde el buque la vi esta mañana
y no he visto una cosa más triste!*

*Con la fe de las almas austeras
hoy sostengo con honda energía,
que no deben flotar dos banderas
donde basta con una: ¡la mía!*

Siguen siete estrofas de este canto civil de Bonifacio Byrne, que tuvo la virtud de nacer en un momento histórico en que era necesario, cuando se le necesitaba como portador lírico de la inquietud del pueblo. Años después, en la voz emocionante del comandante Camilo Cienfuegos, se revitaliza de manera peculiar, hermosa, y crea el precedente del uso de la poesía en los discursos de los dirigentes de la Revolución Socialista cubana, entre otros, por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, así como por Raúl, Carlos Rafael, Armando Hart, *et al.* El fragmento que Camilo revitalizara en momento de crecido antimperialismo, es la estrofa final del poema:

*Si deshecha en menudos pedazos
llega a ser mi bandera algún día...*

*¡Nuestros muertos alzando los brazos
la sabrán defender todavía!*

Otra es la línea de la poesía que, curiosamente, nos ofrece el hermano del poeta-mambí Carlos Pío Uhrbach; nos referimos al soneto "Regresiones" de Federico Uhrbach, de calidad superior a cuanto en verso se escribiera entre 1902 y 1910:

*A veces una nube que pasa; una imprecisa
vos que suena lejana; la queja de los mares
sobre la arena; un roce del ala de la brisa,
o un lampo deslumbrante de oros crepusculares,
me dicen tantas cosas de mi fugaz pasado,
con tal vigor reaniman la efímera inconciencia
de mi niñez, que dudo si todo lo ambulado
ha sido sólo en sueños, o ha sido mi existencia.*

*Así, por una suerte de espiritual regreso,
lo efímero que encierra mi corazón opreso
pierde la inconsistencia del tiempo y la distancia,
y por la voz, la nube, la brisa y el poniente,
preso, de mis recuerdos en el dorado ambiente,
paréceme que vive la vida de mi infancia.*

Estos dos poemas, "Mi bandera" y "Regresiones", en diferente tono y escritos por poetas coetáneos, muestran claramente las dos tendencias poéticas que en nuestra poesía anunciara e iniciara Heredia con "Mis versos" y "Oda". Sin embargo, ellos por sí solos no despejan el sombrío panorama lírico que bien representa *Arpas cubanas*, dominado fundamentalmente por poetas finiseculares, románticos en pleno Modernismo, poscasalianos, modernistas menores o simples versificadores, en el momento en que Rubén Darío ofrecía al mundo sus *Cantos de vida y esperanza*. Dos grandes promesas mueren muy jóvenes: René López (1882-1909) y Juana Borrero (1877-1896). El primero dejaría un poema digno de aparecer en cualquier exigente antología de la poesía cubana de todos los tiempos: "Barcos que pasan"; la segunda ofrecía una prosa fina, rica, en unas cartas llenas de apasionamiento que en Cuba tenían precedentes en las epístolas amorosas de la Avellaneda. Otros poetas que ilustran el quehacer poético de esos años de "vacas flacas" para la poesía, son Dulce María Borrero (1883-1945) y Francisco Javier Pichardo (1873-1941); la primera, posee una suave voz intimista, y el segundo, con palabras de Max Henríquez Ureña, ofrece dos líneas poéticas: "...que se origi-

nan en la tierra natal, y en sus paisajes, costumbres y realidades sociales; y los [poemas] que provienen de sus lecturas parnasianas..." Esta afirmación sobre Pichardo, puede distinguir una casi condicionante de nuestra poesía: el no permitir clasificar a los poetas en sólo una tendencia, haciendo exclusión de la otra.

Aunque es la poesía el género "más fuerte" de la época, puede notarse en su estudio directo que no hay ni un solo acontecimiento poético descollante por aquellos años. Nada marca un inicio, una ruptura o una fuerza renovadora capaz de estremecer sísmicamente nuestra creación. Quizás haya sido Bonifacio Byrne quien cierre esta etapa con la publicación de su libro *En medio del camino* (1914), dos años antes de la muerte del gran Rubén Darío y un año después de que con *Arabescos mentales*, Regino Boti (1878-1958) abriera un nuevo capítulo en la poesía cubana.

En el plano literario, y en especial en la poesía, bien pudiera afirmarse que nuestro siglo XX se inicia en la década 1910-1920. Gradualmente va surgiendo entre nosotros un posmodernismo que en el citado libro de Boti encuentra su primera expresión integral. Pronto Agustín Acosta (1886-1976) dará a conocer *Ala* (1915), que sin ser integralmente poesía renovadora, contribuye a la búsqueda de nuevos caminos para la expresión. Dos años después, en 1917, José Manuel Poveda (1888-1926) publica sus *Versos precursores*, de acertado título por lo que de valor representa en la evolución de la poesía en Cuba. Un cuarto libro, *La casa del silencio* (1916) de Mariano Brull (1891-1958), acogido a la influencia del mexicano González Martínez, ofrece una continuidad poética que al presentar voces de jóvenes con deseos de creación y talento creativo, son de hecho un reinicio de nuestra poesía, estancada y semiposesa por un romanticismo atemporal o un modernismo en toda su decadencia.

Son los años posteriores a la segunda intervención norteamericana, los que estuvieron signados en Europa por la Primera Guerra Mundial, y en América por la política estadounidense de la Diplomacia del Dólar y del Gran Garrote. El antimperialismo de raíz martiana crecía en nuestro pueblo, y ya en algunos casos con tendencia socialista. En el plano político económico se registran acontecimientos que pertenecen a la historia del movimiento obrero en Cuba, aunque no puede decirse todavía que una sólida conciencia revolucionaria impulse a la clase obrera cubana. La Revolución de Octubre vendría a influir en el auge de estos movimientos y en el papel más destacado de los intelectuales.

tuales en la década de los años veinte. Pero la poesía de la década de 1910 a 1920 no registra verdaderos impulsos revolucionarios, sino más bien un deseo de ruptura estética, de querer para sí nuevos derroteros e incluso cierto interés de trascendencia hacia la lírica universal. Salvo la poesía de Poveda, lo demás no llega profundamente a trascender. Téngase en cuenta que la generación que la escribe, la primera republicana, ha pasado una niñez finisecular, ha visto la frustración independentista con la Enmienda Platt y la traición de los políticos entreguistas, y aunque en aquella época los intelectuales no miraron claramente hacia las raíces de la problemática social, no podía escapar ante los ojos inteligentes del autor de los arabescos y de quien escribía versos que fueron verdaderamente precursores en más de un sentido, la situación de injusticia, la entrega a la condición neocolonial y el pillaje en los fondos públicos. El aliento poético no es optimista. Una poesía intimista de lamentos, sombras, claroscuros y misterios agónicos era la respuesta a la nebulosa situación epocal. La frustración de ideales esenciales fruncía el ceño a los cantores de la Isla, que sin dudas hallaban en torno que de acuerdo con Cintio Vitier: "la patria, la bandera y el himno rápidamente degeneran en vacío decorado. A la Revolución suceden los Partidos; a la diana pura y vibrante en el amanecer del campamento, la charanga bullanguera despertando los sentidos inferiores. Todo esto late detrás de la obra de Boti y Poveda".

Desatendiéndonos de las cronologías —como en algunos casos ya hemos hecho— que pudiera obligar a tratar a Boti antes que a Poveda, vale ver en este último cómo un tema social se fuga hacia el "splin":

*Todo el barrio pobre,
el meandro de callejas, charcas y tablados, de repente
se ha bañado en el cobre
del poniente.*

Luego de pasar por un "tropel de obreros" y por "el desdén glacial de los suburbios ricos", termina:

*Un minuto, y adviene la hora de splin,
la oración misteriosa y sin brillo,
y el nocturno, medroso violín
del grillo.*

Es toda una época la que late en este poema que por sí mismo habla de su tiempo, de su momento histórico.

Por su parte, Agustín Acosta dejaba en sus "Exequias del Maine" una visión comprometedora de la circunstancia de nuestra América ante la Guerra Mundial:

*Sé tú, oh Maine, la base para el sólido puente
que una los entusiasmos de nuestro Continente
a la pujanza hercúlea de la potente Unión,
en un nudo gordiano de confederación,
para brindar al ebrio delirio de la Europa
vino de nuestra viña servido en nuestra copa...!*

El tardío modernismo de *Ala* contrasta con las alucinaciones, pedrerías e incluso gratuitas construcciones de Boti, que desde nuestra época pueden parecer muchas veces más que librecas, de diccionario; pero *Arabescos mentales* resulta el intento más valioso de esos años por romper el marasmo epocal en poesía. A veces es poco grato encontrar combinaciones como las de "En agonía solar":

*¡Qué triste la gran Triste!
Nada como la playa nacida existe
que sea más triste. Su tristeza (...)*

Otros poemas ofrecen para nosotros más interés; es el caso de "El puente", poema de aire modernista, de la línea de Casal, y que quizás sea lo más perdurable de *Arabescos mentales*. Responde a la vertiente paisajista de la poesía cubana, de tendencia íntima, donde paisaje e intimidad dan una visión que trasciende sobre la sensibilidad de su época: una de sus partes dice:

*Al amparo apacible de la tarde
un soplo vespéral besa mi frente
mientras contemplo el postrimer alarde
de la llama del sol, que apenas arde,
desde la enhiesta majestad del puente
de bruces en el alto barandaje,
la noción del lugar súbito pierdo;
y embebido en la calma del paisaje
desata su oleaje
la mar embravecida del recuerdo.*

*Y para contrastar tanta belleza
como en muriente gama
el ocaso derrama
en la naturaleza,*

frente al vívido encaje
que forman las montañas en mi predio,
abro el tosco paisaje
de mi reino interior: nostalgia y tedio.

Nostalgia y tedio. ¿Puede resumirse mejor una situación social desde un poema que desea cantar la intimidad?

La década Boti-Acosta-Poveda fue para Cuba un período de estanco político, pero la Isla ha poseído siempre un fluir histórico en que las situaciones de este género no tienen que esperar mucho para que se produzcan cambios. En el resto de nuestra América la situación era diferente: transformaciones bruscas en México tras la caída de Porfirio Díaz y el desarrollo de la Revolución Mexicana; en el sur (Argentina, Chile y Uruguay), reformas por vías pacíficas alteraban la situación hasta el grado de hallar un gobierno como el de Batlle en el Uruguay. La poesía latinoamericana comienza a huir del exotismo, y ya se escuchan las voces de Huidobro, Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, César Vallejo y Pablo Neruda. Este último viene a ser el más alto exponente del neorromanticismo, que por esa época cobra fuerzas; *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* es un libro que marca varias generaciones y trae influjos que, en Cuba, no resultaron totalmente fructíferos y en muchos casos, verdaderamente negativos. La fuerza de ese poemario, por tratarse de un poeta de genio verdadero, guarda belleza y puede aún ser gustado por los muchachos que descubren el amor y quieren decirse entre sí los versos con que los bisabuelos deleitaban a las bisabuelas. Esta corriente encontró en Cuba terreno propicio, pero mal abonado, en las obras copiosas de Guillermo de Montagú (1881-1952, Hilarión Cabrisas (1883-1939) y Gustavo Sánchez Galarra (1893-1934) de quien Max Henríquez Ureña cuenta veintinueve poemarios entre 1915 y 1930. Esta línea llegará a su clímax con José Ángel Buesa (1910-1981) quien dejara en su línea más divulgada (no en *Lamentaciones de Proteo*) una secuela de mal gusto, sensiblería y blando facilismo en poemas acomodados a una ley capitalista: la oferta y la demanda, para el consumo sobre todo de una pequeña burguesía que halla en ellos satisfechos sus intereses culturales, y para el entusiasmo de no pocas damas de la "alta sociedad" que financiaban libros o los escribían ellas mismas en sus prolongados ocios. Falta en nuestra historia de la literatura un estudio detenido de cuanto influyó este tipo de poesía en una falsa sensibilidad, reforzada por los folletines radiales, la crónica roja, la farándula

chismeante y las novelas rosas, que hasta los dos o tres primeros años del poder revolucionario, afloraban aún como nacientes cadáveres.

Por la década que nos ocupa, en Cuba hay un signo de descentralización cultural de la capital, pues en estos años puede verse su prolongación a casi toda la Isla: Boti en Guantánamo, Acosta en Matanzas, grupos literarios en Santiago de Cuba, Manzanillo y otras ciudades; se dan a conocer nuevos poetas como Manuel Navarro Luna (1894-1966), quien publicaba su poesía aún no social en sus cuadernos: *Ritmos dolientes* (1919) y *Corazón adentro* (1920). En la propia ciudad de La Habana poetas como los hermanos Lles (Fernando, 1883-1949, y Francisco 1887-1921), hacían esfuerzos por elevar la creación literaria. Mientras tanto, Boti y Poveda fundamentalmente: "apretando los versos entre los dientes contra la flojera circundante, supieron ser en estos años, del 13 al 26, los herederos y guardianes fieles de nuestra dignidad poética." (Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*.)

Una nueva generación aflora en la década 1920-1930, estudiada con justeza por Portuondo, Retamar, Augier y Fornet entre otros. Esta década es de gran importancia en la historia nacional cubana, tanto en el desarrollo literario como en los planos políticos-sociales. La Protesta de los Trece, en 1923, viene a cambiar el panorama nacional, no sólo por el hecho, sino también por su significado histórico, a lo cual también contribuye poderosamente lo que sigue: en 1925 se funda el primer Partido Comunista de Cuba, la figura de Julio Antonio Mella llena y desborda la época; el fulgor de Villena trasciende su momento y allí, junto a ellos, en sus suaves versos iniciales va creciendo el poderoso Juan Marinello... La segunda generación republicana tiene ante sí un tirano a quien enfrentarse, un panorama republicano asfixiante y una prepotencia ya creída infalible del vecino del Norte. Existe una burguesía cubana esencialmente exportadora, ricos ganaderos, dueños de centrales azucareros, y cofirmantes de sociedades anónimas cuyos identificables anonimatos delatan la presencia oscura del capital estadounidense. Una mediana y pequeña burguesías sueñan con títulos nobiliarios y aspiran a elevarse en la escala social, pero impulsan, por sus intereses clasistas, una corriente nacionalista considerable. El proletariado cubano se organiza, la lucha antimachadista esclarece la conciencia de clase y van apareciendo organizaciones obreras que superan gradualmente el anarcosindicalismo para desempeñar un papel verdaderamente activo en la lucha de clases, visible en los años finales

de esta década y durante la siguiente. La intelectualidad que madura en estos años, procede mayoritariamente de la pequeña y/o mediana burguesías, pero contará con una vanguardia que se aliará y formará parte de las fuerzas más progresistas del país. La *Revista de Avance* agrupa y delimita. Su papel en el desarrollo cultural cubano merece estudio detenido aparte, por cuanto trasciende a la esfera ideopolítica.

La poesía comienza a depurar el aire del que ella se nutre, la fragua social que la alienta y provoca, pero curiosamente una lírica de signo intimista va predominando. Ello puede entenderse con claridad observando el movimiento de nuestra poesía desde Casal hasta Poveda, y de este a la obra que siguen Boti (*La torre del silencio*, 1926 y *Kodak-ensueño*, 1929) o Agustín Acosta (*Hermanita*, 1923) Poveda muere en 1926, cuando parece que la renovación va a ser de signo intimista; sin embargo, en ese mismo año se publica *La zafra* de Agustín Acosta, y desde Manzanillo, Manuel Navarro Luna salta de su íntima poesía inicial a poemas de contenido social. *Surco* (1928) es ya un libro de apertura, de avance hacia la vanguardia artística, e incluso, revolucionaria.

Resulta de sumo interés para comprender la fluidez de la poesía que se escribía en esta época, revisar *La poesía moderna en Cuba* (1926), antología de Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro; sobre ella expresa Max Henríquez Ureña que: "es el primer intento de ordenación de la lírica cubana conforme a los diferentes movimientos y tendencias". Ello resulta lógico, pues es por estos años cuando tales tendencias comienzan a ser cada vez más delimitables, aun en el caso indicado de que un mismo poeta puede desarrollar su creación en varias líneas dentro de las dos tendencias fundamentales que entre nosotros se manifiestan, véanse sólo los casos de Ballagas y Guillén, a manera de ejemplos.

Cuando el machadato ensangrienta a la Isla de San Antonio a Maisí, la poesía parece refugiarse en un intimismo que resulta, sin embargo, reflejo de la realidad inmediata, pues detrás de la visión lírica, de intimidad a veces intrascendente, se siente el bullir de lo no dicho o de lo expresado entrelíneas o entre versos, en un momento naciente para alcances mayores de lo poético. Si por una parte este intimismo parece generalizarse, los propios poetas que de esta manera se manifiestan, tienen una actitud vital militante en la vida política nacional. También se escribe una poesía que aclara zonas de lo nacional, de lo cubano; con palabras de Ángel Augier: "por primera vez se plantea en nuestra poesía problemas fundamentales de

la nación frente al imperialismo". Mientras tanto influencias externas alientan líneas de rejugos formales, de palabras y sonoridades, representadas en Mariano Brull (1891-1956). Este poeta ha publicado en 1929 sus *Poemas en menguante*, en los que trata de alejarse de la emoción para hacer *arte de palabras*, que intelectualiza nuestra poesía como nunca antes ella se había expresado. La poesía de Brull quiere o parece querer saltar de la realidad social y sin embargo no puede ser mejor ejemplo de cómo los caminos de la lírica cubana buscan una salida a la emotividad posmodernista y neorromántica, con anhelo de originalidad.

Juan Marinello (1898-1977) es un ejemplo diferente. *Liberación* (1927) postulaba toda una tendencia lírica de la cual el propio creador se separaría al calor de la lucha revolucionaria. Su poema "Renunciación", dedicado a Rubén Martínez Villena, es a nuestro juicio un resumen lírico de la tendencia que se hacía más poderosa en los años de *Revista de Avance*:

*Amigos: nada que no sea
una completa paz:
paz en el alma y fuera
del alma; paz, camino
de insensibilidad.
¿Llorar? Ojos enrojecidos
y entrecortado sollozar,
y luego, para consolarnos
buscar un tónico vulgar.
¿Reír? Mueca inconsciente
que es una forma de llorar.
¿Ariel? Un vuelo inútil.
¡Cómo sonrío Calibán!
¿Jesús? Un sacrificio aprovechable
para quien no lo pueda interpretar.
¿Dionisos? No. Detrás de cada seno
erecto, está el hastío
con su insolencia de Falstaaf.
Amigos: nada,
como no sea
una profunda paz.*

No cabe duda de que este poema y otros de *Liberación* representan lo más inquieto de la joven poesía cubana de esos años, pese a su aparente inmovilidad que se destruye si se lee verso a verso; y también lo más renovador, pues detrás de la

idea de quietud que expresa, se sienten latentes las ideas en pugna.

La poesía escrita por mujeres, siempre menos cuantiosa en Cuba, no da frutos mayúsculos en la época, salvo el inicio de la creación poética de Dulce María Loynaz, a quien aún la crítica no ha rendido el merecido análisis que su valiosa obra merece, pero que en esencia se destacará en los primeros años de la década del 1950. Un caso excepcional es el de María Villar Buceta (1899-1976), quien en 1927 publica *Unanimismo* con poemas de 1916 a 1925. Esta poetisa se inscribe en la línea de Villena y José Z. Tallet (1893) con poemas como su "Autorretrato" cargado de ironías, aunque a veces ella misma deje entrever ecos casalianos, como en "Nostalgia", que nos trae a la memoria rondeles del autor de *Nieve*: "Pero a veces yo siento nostalgias fugitivas/ de no poder gozar de otras perspectivas:/ algo que nunca he visto pero que yo adivino..." Es una nueva línea en nuestra poesía, que tiene tanto de social como de intimista, que trae el humor y la ironía al verso, se enfrenta al tópico vulgar pequeño burgués y deja que el argot popular fluya e integre sus versos. De ello es Rubén Martínez Villena (1899-1934) un excelente cultor. Dirigente comunista y poeta singular, Villena deja entre sus páginas de poesía, creaciones que denotan la lucha de clases y poemas de interioridad crecida y desbordante.

Un proletariado creciente, con conciencia de clase y necesidad de expresión, encuentra en Regino Pedroso (1897-1983) su poeta, cuando aparece en 1927 la "Salutación fraterna al taller mecánico". Pedroso cuenta con el mérito de inaugurar nuestra poesía proletaria. Si ya la campesina posee una tradición definida, con clara manifestación de lo cubano, la poesía del proletariado no se inicia sino con Pedroso; antes, sólo acercamientos o poemas circunstanciales, fragmentos y hasta sólo versos, no podían ser comprendidos como expresión de la clase obrera. Pedroso canta desde sus manos abiertas y cerradas, palma para el amigo, puño para el enemigo, y dice:

*Tensión violenta del esfuerzo
muscular. Lenguas de acero, las mandarrias,
ensayan en los yunques poemas estridentistas
de literatura de vanguardia.*

*Metalurgia sinfónica
de instrumentales maquinarias;
ultraístas imágenes de transmisiones y poleas;
exaltación soviética de fraguas.*

(...)

*¡Yo te saludo en grito de igual angustia humana!
¿Fundirán tus crisoles los nuevos postulados?
¿Eres sólo un vocablo de lo industrial: la fábrica?
¿O también eres templo
de amor, de fe, de intensos anhelos ideológicos
y comunión de razas?*

*Yo dudo a veces, y otras,
palpito, y tiemblo, y vibro con tu inmensa esperanza
y oigo en mi carne la honda VERDAD de tus apóstoles:
¡que eres la entraña cósmica que incubas el mañana!*

Esta voz de Pedroso, desde la primera persona del singular se siente en nuestra poesía por primera vez con el calor de un *nosotros* revolucionario, un nosotros que canta a través de un poeta de los mejores dotados en su época y que supo ser alto en la poesía social como en el íntimo anhelo de expresar sus aprehensiones líricas.

Sin dudas, ya se perfilan los nuevos caminos de la poesía cubana, que habrá de florecer con mayor plenitud en la década siguiente. Si tuviéramos que demarcar límites evolutivos, diríamos que no los hay, pues la fluidez de lo poético se manifiesta desde la década anterior con Boti y Poveda, para hallar continuidad en la que ahora nos detiene. Si de ella tuviésemos que elegir un libro representativo, no vacilaríamos en subrayar a *La zafra* de Agustín Acosta, cuya excelencia salvaría en cierta medida la no afortunada página introductoria y definitoria del autor. Es una obra que habrá de mirarse siempre como puntal en la evolución de nuestra lírica.

El tema campesino, que viene desde el Cucalambé y antes aún (¿no recordamos "A Eudeliquia", de Surí?), tiene en estos años poco desarrollo entre los poetas principales. Pero nunca debe de olvidarse que fuera del ambiente editorial fluye una poesía en décimas, muchas veces de raíz folclórica, de marcado "repentismo". Es expresión de una cultura de clase que va conformando y hallando medios de expresividad de las inquietudes populares, e incluso del amor, *cantado* por nuestros campesinos entre sonidos de tiples, guitarras y laúdes y el aroma del café y del tabaco. *La décima*, composición poética de larga tradición en la lengua, es, quizás, uno de los primeros elementos conformadores de nuestra cultura nacional, y mucho antes de que lo fuera la electricidad, el teléfono, los grandes centrales azucareros y la propia tierra, puede decirse que ella fue "intervenida" o "nacionalizada" por nuestro pueblo.

Al final de la década del veinte como natural fermento del acrecentamiento cultural cubano e influido por la revalorización de la cultura negra entre las vanguardias europeas, crece entre nosotros una poesía luego llamada "negra" y más acertadamente rebautizada como poesía "mulata", a la que bien puede hallársele antecedente entre nosotros en cierta poesía de tema negro del siglo XIX, y hasta en "El grito abuelo" de Poveda. Esta poesía poderosa, iniciada entre otros por Ramón Guirao, José Z. Tallet, Emilio Ballagas..., tuvo cultores entre numerosos hombres de letras de la segunda generación republicana, incluso en creadores que luego no se dedicarían a la poesía lírica, entre ellos José Antonio Portuondo (1911), y el novelista a quien siempre habrá de anteponerse el adjetivo grande: Alejo Carpentier (1902-1980). Pero la poesía negra o mulata entrará en pleno desarrollo en la década del treinta, sobre todo en el posmachadato cuando ya ha cobrado fuerza de línea de la lírica cubana, y cuando la voz mayor de Nicolás Guillén (1902) la lleva de lo meramente folclórico, contemplativo o pintoresquista de moda epocal, a su ser de esencia social. En 1934 Ramón Guirao publica *Bongó*, y en el mismo año Emilio Ballagas entrega su mucho más conocido *Cuaderno de poesía negra*; Vicente Gómez Kemp (1914) publica también en ese año *Acento negro*, mientras que otros poetas publican en forma dispersa numerosos poemas de esta línea; además de los ya mencionados se destacan: Teófilo Radillo, José Rodríguez Méndez, Ignacio Villa (*Bola de Nieve*) y hasta Alfonso Hernández Catá, Rafael Esténger y Regino Pedroso hacen alguna incursión en esta línea. Carmen Cordero dará en 1949 *Presencia negra* y Marcelino Arozarena reunirá su producción muchos años después en *Canción negra sin color* (1966). Este movimiento poético deja huella honda en nuestro quehacer literario; por él, la población negra numerosa y constructiva deja oír su voz de una manera más directa, desde las sonoridades de su lenguaje y desde la problemática de las clases más humildes y explotadas. No han faltado antologías, pero quizás se vaya haciendo necesaria una que además de antologar poemas, resulte un balance general de los aportes formales y de contenido que la poesía negra ha ofrecido; se requiere una obra monográfica que hable de la época y de los autores y valore esa poesía nuestra que llevó a la cima Nicolás Guillén.

Sin dudas, la caída de Machado, la Revolución del treinta marcan a los poetas que por esos años dan lugar a que pueda hablarse de una poesía cubana nueva, renovada, a la altura

de lo mejor que se escribe en nuestro idioma en los momentos de plenitud poética de la española y universal generación del veintisiete e incluso a la par de la alta poesía latinoamericana de esos momentos. Debe recordarse que cuando César Vallejo publicaba *Trilce* en 1922, nuestro panorama lírico no podía compararse cualitativamente a la cumbre de creadores como la Mistral o Neruda, por citar sólo dos nombres. Sin embargo, entre 1930 y 1935 hay en Cuba una eclosión jubilosa: *Trópico* (1930) de Eugenio Florit, en quien habremos de detenernos más, *Sóngoro Cosongo* (1931) de Nicolás Guillén; *Pulso y onda* (1932) de Navarro Luna; *Nosotros* (1933) de Regino Pedroso; *Canto redondo* de Mariano Brull y *West Indies Ltd.* de Nicolás Guillén, ambos de 1934; y *Sed*, Premio Nacional de Poesía de 1935, de Rafael García Bárcena. Quizás el libro significativamente mayor de estos años haya sido *Júbilo y fuga* de Emilio Ballagas, quien lo publicó en 1931, y en el que puede resumirse el estudio de la línea "más fuerte" de la poesía cubana de ese quinquenio.

Esta gran variedad va desde la poesía negra, ya con finalidad social en Guillén, a la poesía "pura" en Brull, intelectual en Florit, de personal intimidad en Ballagas y García Bárcena, de la tierra en Navarro Luna, para ofrecer en conjunto la fuerza de una poesía que avanza hacia logros superiores. La poesía social va creciendo y ocupando lugar cualitativa y cuantitativamente considerable; puede resumirse en una frase de Alfred Melon, aunque sería veinticinco años más tarde que esta tendencia alcanzaría su plenitud; dice Melon: "De la poesía del yo que cultiva un Regino Boti o un Poveda, por ejemplo, y de la poesía de ellos que practican los poetas de corriente guerrera o Agustín Acosta, con ellos [Pedroso y Guillén] se pasa a la poesía del nosotros."

Entre 1936 y 1940 la situación política de la Isla varía; los politiqueros ya han frustrado una revolución, ha muerto Villena, la CNOC (Confederación Nacional Obrera de Cuba), tras congresos obreros, va aunando a la clase obrera; hasta surgir la CTC (Confederación de Trabajadores de Cuba) magistralmente dirigida por Lázaro Peña; sucesivos desgobiernos asumen el poder, y sólo en uno, gracias al papel destacado de Antonio Guiteras, se logró un momento de avanzada; la polarización de la lucha de clases conduce a que la intelectualidad tenga que definir muy claramente su posición política hacia la izquierda o hacia la derecha, de lo que pueden resultar claro ejemplo las líneas asumidas por los ensayistas Juan Marinello, firme en su posición de militante comunista, y Jorge Mañach, quien se une

al reaccionario partido ABC, al que sirve de ideólogo en momentos trascendentales como en las discusiones por la Constitución de 1940.

Los poemarios que se publican durante estos años muestran curiosas contraposiciones definibles dentro de las dos tendencias de la poesía cubana: la social y la intimista; tras *Los camellos distantes* (1936) de Agustín Acosta, encontramos el alto vuelo social de Navarro Luna con *La tierra herida; Doble acento* (1937) y *Reino* (1938) de Eugenio Florit, aparecen a la vez que los *Cantos para soldados y sones para turistas* (1937) de Nicolás Guillén; mientras que en 1939 el talento multifacético de Pedroso da a conocer *Más allá canta el mar*, ya Mirta Aguirre había publicado en 1938 *Presencia interior*, sin contar sus poemas sociales publicados en revistas nacionales.

Por estos años está nucleándose una nueva generación, la tercera republicana, que encuentra su grupo más poderoso y creativo en el que se reúne en torno a la revista *Orígenes* (1944-1956). José Lezama Lima (1910-1976), centro propulsor y creador mayor de este grupo, había publicado en 1937 *Muerte de Narciso*, poema raro en nuestras letras, inicio poderoso de quien ofrecería una obra fecunda, de cubanísimo signo, entre lo más alto que en literatura Cuba ofrece al mundo. El grupo de *Orígenes* había comenzado su impulso y búsqueda de lo que consideraba esencial-nacional, mediante tres revistas anteriores de efímera duración: *Verbum* (1937), *Espuela de Plata* (1939-1941) y *Nadie Parecía...* (1942), pero fue *Orígenes* la que en su periplo creara un verdadero movimiento de poetas que respondían, en general, a la definición dada por Lezama Lima; en un país donde lo esencial político se frustraba, ellos responden con el aumento de la cultura, elevación culta de la lírica, indagación en los orígenes de nuestra nacionalidad y sobre todo con una creación cuya calidad de conjunto marca un hito en la historia de la poesía cubana. De José Lezama Lima en particular ha escrito Max Henríquez Ureña: "El primer libro de poesía de José Lezama Lima, *Muerte de Narciso* (1937), fue una revelación. El segundo, *Enemigo rumor* (1941), fue una revolución."

Lezama Lima ha sido un poeta que ha entregado una obra altamente discutida no desde lo cualitativo, pues todos reconocen su valía; la dificultad aprehensiva de su mundo lírico y su poderoso instrumento expresivo llevan a que críticos, poetas o lectores en general adopten posiciones extremas en sus juicios para rechazarlo o aceptarlo. Habría que decir que hay en su obra una confluencia de varias líneas de la poesía intimista expresadas en lo contemplativo, la intelectualización, lo "puro",

lo introspectivo, lo religioso y hasta lo elegíaco, todo expresado a partir de una universalización que parte de lo cubano como fuente poética. En las tres décadas siguientes y hasta el final de su vida, Lezama ofrecerá poemas esenciales para cualquier estudio global de la lírica cubana. *La fijeza* (1949) contiene este poema, de los más difundidos de la obra lezamiana:

Rapsodia para el mulo

(...)

Seguir con su paso en el abismo.

Él no puede, no crea ni persigue,

ni brincan sus ojos

ni sus ojos buscan el secuestrado asilo

al borde preñado de la tierra.

No crea, eso es tal vez decir:

¿No existe, no ama ni pregunta?

El amor traído a la traición de alas sonrosadas,

infantil en su oscura caracola.

Su amor a los cuatro signos

del desfiladero, a las sucesivas coronas

en que asciende vidrioso, cegato,

como un oscuro cuerpo hinchado

por el agua de los orígenes

no la de la redención y los perfumes.

Paso es el paso del mulo en el abismo.

Su don ya no es estéril, su creación

le asegura marcha en el abismo.

Amigo del desfiladero, la profunda

hinchazón del paso dilata sus carrillos.

(...)

Tanto Lezama como otros poetas de *Orígenes* continuarán publicando sus obras tras el triunfo de la Revolución; incluso algunos logran obra mayor en esta etapa. De tales obras habremos de ocuparnos oportunamente, donde corresponda. Algunos "originistas" publican uno o dos libros de poemas, como Ángel Gaztelu y Gastón Baquero, aunque este último publicará años más tarde otros poemarios, luego de su transfronteriza salida del país. Antes del triunfo revolucionario su obra es significativa —lo sigue siendo— por algunos poemas trascendentes salidos de su pluma, como las "Palabras escritas en la arena por un inocente"; su reaccionaria posición política y su papel de "tránsfuga", como lo ha llamado Raúl Roa, lo sitúan entre las verdaderas reacciones oscuras de la seudorrepública. Otro es el caso del sacerdote Ángel Gaztelu, cuyo único libro,

Gradual de laudes (1955), es un aporte lleno de riquezas a la poesía cubana.

La obra de otros "originistas" será más fecunda a partir de 1959, aunque algunos como Cintio Vitier (1921) y Eliseo Diego (1920) ya habían ofrecido libros notables, tal el caso de *En la calzada de Jesús del Monte* (1949) de Diego. Fina García Marruz (1923) es la más conversacional de los poetas de este grupo; su libro *Las miradas perdidas* es una ganancia altísima en la poesía cubana escrita por mujeres. La infancia, el hogar, la familia, que en Luisa Pérez alcanzó las cimas de lo cubano, vuelven en Fina García Marruz con toda la madurez de una mujer altamente dotada, finamente cultivada y decididamente capaz de añadir valores en nuestra creación. Virgilio Piñera (1912-1979) publica *La vida entera* en 1969, pero la mayor parte de sus textos son de esta etapa. Otros poetas como Octavio Smith (1921), Lorenzo García Vega (1926) y Justo Rodríguez Santos (1915) poseen obra cuantitativamente menor, pero también intensa, llena de riquezas formales y de contenidos. El conjunto de estos poetas no puede decirse que es homogéneo; responde a variadas líneas de la poesía, pero la tendencia central es el intimismo; algunos son cultores de poesía religiosa, y otros se acercan al costumbrismo o a la búsqueda de elementos cubanos; mientras unos cultivan más lo intelectual, varios de ellos han creado poesía social después del triunfo de la Revolución.

Volvamos ahora a la década de 1940, durante la cual se observa una aparente estabilidad en el plano político por el ascenso gradual y por períodos completos de cuatro años, de tres presidentes electos. Ha pasado la Segunda Guerra Mundial y la situación internacional cambia notablemente con el surgimiento del sistema socialista en varias naciones europeas y asiáticas. En Cuba, el Partido Socialista Popular tiene entre sus filas dirigentes de gran prestigio y poetas notables como Nicolás Guillén, Juan Marinello, Ángel Augier, Mirta Aguirre, *et al.* Desde la importante revista *Viernes*, algunos de ellos venían haciendo una labor politizadora que trascendía el campo de lo literario, para ofrecer frutos evidentes en planos amplios de nuestra cultura. Es curioso que aún no se hayan realizado estudios más detenidos de este grupo de poetas de sostenida calidad, de posiciones diferentes a los hombres de *Orígenes*, pero que en el balance de aportes a nuestra cultura no quedan a la zaga. Las obras líricas de Pedroso y Guillén van más allá de lo nacional para hacerse expresión de lo latinoamericano.

La complejidad política de la época, al parecer de "estabilidad", viene a complicarse con el recrudecimiento de la "guerra fría", la persecución de los comunistas, el asesinato organizado por bandas paramilitares, la usurpación sindical (aparece la tristemente célebre CTK), el freno al movimiento obrero ascendente y la más absoluta entrega al imperialismo, quien creía ya total y eterno su dominio sobre la Isla. Lógicamente ello situaba en evidente desventaja a los poetas comunistas que tenían que luchar y crear en tan turbias aguas. Pero en el plano mundial eran otros los tiempos; el surgimiento del campo socialista y la extensión creciente del marxismo-leninismo, así como el importante y decididor papel de la URSS en la Segunda Guerra Mundial, influyen en todo el mundo. Este influjo se siente también en la lírica cubana, como se evidencia en la publicación de la antología *Ofrenda lírica de Cuba a la Unión Soviética* (1942), dada a conocer por el Frente Nacional Antifascista.

Dos tendencias definidas crean poesía en estos años: los que buscan "cotos de mayor realeza...", según palabras de Lezama Lima, se ven limitados por una concepción idealista del mundo, separan la poesía de la problemática vital del país, de la práctica social, y en algunos casos conducen el intimismo hacia posiciones no revolucionarias, incluso con voces reaccionarias que no integran grupo alguno en el campo literario. Los poetas que ven claro el futuro, los que ya militan o se acercan al marxismo-leninismo, entregarán una poesía social que va de lo combativo a lo comunicativo en el plano de las emociones colectivas. Este es el momento en que entre poesía social e intimista surgen contradicciones destacables pero que, como se notará, dependen esencialmente de la posición que asumen los poetas en la lucha de clases, conscientes o inconscientemente de ello. Esto no quiere decir, claro está, que se crearan barreras, límites, demarcaciones insalvables entre una y otra tendencia lírica; una afirmación de tal género dejaría fuera de explicación valiosas obras de Pedroso y de Ballagas por citar dos poetas que incursionan en lo íntimo el primero y en lo social el segundo, o explicaría mal el movimiento de "presencia interior", de intimismo social que se desarrolla hasta y después del triunfo del socialismo en Cuba.

Por esos años la poesía que se escribe en español, ascendía a niveles cualitativos solo comparables con los Siglos de Oro. La Guerra Civil española había sido fuente de obra numerosa entre los mejores poetas de este siglo y de varias generaciones: Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Alberti, Cernuda,

Aleixandre, Jorge Guillén, Lorca, Miguel Hernández... entre tantos otros excelentes poetas, elevan la poesía de España, sin que en nuestras tierras de América haya desventaja. Publican sus obras Neruda, Vallejo, Borges, Asturias (buen poeta, un tanto opacado por su propia novelística) y otros muchos, entre los que pueden citarse varios cubanos. La poesía en Cuba cobra un desarrollo impetuoso; nuevos libros de Guillén, Ballagas, Lezama, Florit, Pita Rodríguez, Pedroso, Brull, Navarro Luna, Feijóo, *et al.*, marcan los años cuarenta con una poesía esencial y poderosa. Las publicaciones de poemarios son muy numerosas, poetas de menor rango estético ofrecen obras de valores incuestionables, aunque también un mal neorromanticismo permanece en las librerías de portales o en estanquillos de subliteratura, en oferta paralela a las novelas rosa y a los *comics* importados. Entre los poetas no cimeros, pero de obras apreciables, se destacan, aunque de época anterior, los raros sonetos de Augusto E. Madam (1853-1915), de quien debe recordarse, además de sus sonetos artificiosos, de orfebrería más que de poesía, otras creaciones como "¡Patria antes que nada!", de importancia dentro de nuestra poesía social. Otro poeta destacado es José Z. Tallet (1893) quien publicó en 1951 su obra dispersa bajo el título de *La semilla estéril*; Tallet sería un poeta cuya obra trasciende su momento y crece en sus valores esenciales para ser reconocida por las generaciones siguientes.

Por los años finales de la década del cuarenta los hermanos Loynaz (Enrique y Dulce María, fundamentalmente) ofrecen una depurada creación. Sólo Dulce María, años después, publicaría libros, para luego encerrarse en un silencio que dura ya muchos años. Otros poetas crean obras notables, en el momento en que la "república de las letras" era frecuentada por versificadores de muy diversas índoles, más que improvisadores de facilismo *versal*, simples rimadores que, no obstante, traían su gota creativa al amplio caudal lírico de nuestra literatura.

La segunda generación republicana daba paso a la tercera, ligaba su obra con ella, influía sobre los creadores más jóvenes e incluso se adaptaba o adoptaba las nuevas formas del decir lírico, en las que el versolibrismo se imponía. Sin trazar esquemas, puede decirse que los poetas más valiosos e innovadores se unen al versolibrismo, mientras que la poesía de menor rango estético, por lo general continúa la rima devenida fácil y cargada de vocabularios y formas ya viejas. Parece que desde entonces mucho tendría que pasar para que el metro tradi-

cional de la lírica española recobrara entre nosotros su inmortal poder para expresar lo circundante, siempre que poetas verdaderos lo pulsen. Los poetas cubanos de los años finales de la década de 1940, no buscan patrones sólo en Francia o España, sino que sus ojos miran también hacia México, Buenos Aires, Santiago de Chile o Lima, sin que por ello las vanguardias europeas dejaran de deslumbrar a más de uno, y de cooperar para que muchos encuentren formas novedosas para expresarse. A este campo de influencias o confluencias, ¿quién que *es*, ha escapado?

Sólo a manera ilustrativa, citemos algunos títulos de poemarios de la época, muchos de los cuales se han convertido en clásicos de la literatura cubana. En 1941 Mariano Brull publica *Sólo de rosa*, un año después Fina García Marruz ofrece *Poemas*. Emilio Ballagas da a conocer *Nuestra Señora del mar* (1943) que se suma a la poesía religiosa, y Navarro Luna escribe *Los poemas mambises* (1944). En 1947 Eugenio Florit publica *Poema mío* y dos años después *Conversación con mi padre*. Ya en 1948 Rafaela Chacón Nardi ha publicado *Viaje al sueño*, que aparece cercano a *Corcel de fuego*, de Félix Pita Rodríguez. En 1949 Eliseo Diego edita *En la calzada de Jesús del Monte* y Lezama Lima ofrece su tercer libro de la década: *La fijeza*; los dos anteriores habían sido *Enemigo rumor* (1941) y *Aventuras sigilosas* (1945). Libro descollante es, sin dudas, *El son entero* (1947) de Nicolás Guillén, en el que se consagra este poeta como una de las voces mayores de nuestra poesía de todos los tiempos. Es la poderosa voz de lo cubano trascendido a universal por la fuerza de la calidad artística; la situación del medio social no podía resumirse en forma poética superior a la que encierran estos versos de "Mi patria es dulce por fuera":

*Mi patria es dulce por fuera
y muy amarga por dentro;
mi patria es dulce por fuera
con su verde primavera,
con su verde primavera,
y un sol de hiel en el centro.
¡Qué cielo de azul callado
mira impasible tu duelo!
¡Qué cielo de azul callado
ay, Cuba, el que Dios te ha dado,
ay, Cuba, el que Dios te ha dado,
con ser tan azul tu cielo!*

Y agrega en otro fragmento de este excelente poema:

*Hoy yanqui, ayer española,
si, señor,
la tierra que nos tocó,
siempre el pobre la encontró
si hoy yanqui, ayer española,
¡cómo no!
¡Qué sola la tierra sola,
la tierra que nos tocó!*

El son entero es uno de los libros más importantes de la lírica cubana; basta con "Guitarra", "Ébano real", "Cuando yo vine a este mundo", "Palma sola" y "Ácana", para realmente darnos cuenta de las populares raíces nacionales de esta poesía universal. De la poesía de Guillén ha escrito Mirta Aguirre:

Y grande. Grande como resonó en Heredia, anunciador del sentimiento nacional que despertaba. Grande como fue en el poeta de los *Versos sencillos*, alma de la república naciente. Grande, como cabe al vaticinador de la definitiva liberación de nuestro pueblo: como voz de Nicolás Guillén.

La obra de Guillén, profusamente estudiada, constituye un alto escalón en la cultura cubana; sitúa al poeta y a nuestra poesía entre lo más elevado de la lírica española de su tiempo rico en poetas, cimero en poesía.

Cuando comienzan los años de la década del 1950, ya Cuba tiene en Guillén y Lezama sus poetas mayores del presente siglo. Y no era la primera mitad del siglo XX época feliz para la poesía, pues la clase dominante creía que tal oficio era una locura, por cuanto se salía de las ganancias económicas del "gran negocio".

Otros poetas desarrollarán sus líneas expresivas con aciertos considerables. Emilio Ballagas, uno de los poetas cimeros de esta época y de toda nuestra poesía, tiende hacia un intimismo cada vez más concentrado, en rumbo hacia lo religioso, como ya podía observarse desde *Nuestra Señora del mar*, hasta la obra que deja en los últimos años de su vida. Incluso cuando adoptaba líneas personales progresistas, ellas se reflejaban raramente en su obra; de línea social puede recordarse su poema: "Abrid bien los ojos", en el que exclamó:

*...Esa mujer bella
y ese hombre elegante*

*llevan las llaves de vuestras prisiones.
Abrid los ojos, abrid bien los ojos.
Llevan las llaves de vuestras mazmorras.
¡Arrancádselas!*

No dice ¡arranquémoslas!, es poesía del *ustedes*, pero surgida de un poeta esencial que supo sí, hallar en su modo íntimo, formas que parten de la sensibilidad cubana y de la sensorialidad del trópico.

Quizás más alto poeta que él haya sido Eugenio Florit. Este creador, al que Fernández Retamar concede debida altura en "La poesía contemporánea en Cuba", es sin embargo un poeta alejado de su pueblo, con larga permanencia en el exterior, sobre todo en Estados Unidos. Escribió una poesía sensiblemente influida por lo mejor del movimiento lírico de habla hispana en su época. Su personalidad discutible en numerosos planos y censurable en el político, supo heredar de Juan Ramón Jiménez y de poetas de la generación del veintisiete —contemporáneos suyos— un aire de universalidad que engrandece las páginas que escribió. *Doble acento* (1937) es uno de sus libros mejores; su poema inicial "Sueño", define en dos de sus versos la posición del poeta en el intimismo en que centra su poesía: "Estás tan dentro de ti, tan solo en tu niebla,/ que retroceden las voces externas, dobladas." Influyó, como también lo hizo Juan Ramón, sobre algunos jóvenes creadores que afortunadamente superaron las limitaciones que tal influencia implicaba, sin embargo ganaron los recursos que Florit supo bien emplear. En los años en que Florit publicó *Poema mío*, *El son entero* mostraba un verdadero poeta de ámbito nacional. Si *Asonante final* puede considerarse el antecedente inmediato o el inicio de la poesía coloquial cubana —sin olvidar el "Coloquio" de 1945, escrito por el múltiple y grande Samuel Feijóo—, la vasta y hermosa *Elegía a Jesús Menéndez* (1951) de Guillén, contribuía no sólo con aportes formales trascendentes en la lírica, sino que constituye una elocuente página de nuestra historia; poema-testimonio, de los más altos escritos en Cuba, de él ha afirmado Blas Roca: "Antes de que la bala justiciera acabara con el asesino el verso lo había ejecutado." Poesía y praxis unidas, gran logro de la lírica nacional.

En su conjunto, durante la década de 1940 a 1950 se acentúan las tendencias principales de la poesía cubana y se despliegan todas las líneas creativas; están vivos los creadores mayores del siglo XX en nuestra Isla, salvo Poveda y Martínez Villena. Los más jóvenes, que comienzan a darse a conocer,

adscriben su obra inicial a algunas de las líneas poéticas del momento; constituyen una nueva generación que ofrecería en los años siguientes obras de estimable valor en el desarrollo de la lírica.

La década del cincuenta estará marcada en lo histórico por el batistato, la rebeldía nacional y la lucha armada por la independencia definitiva. El Moncada, *La historia me absolverá*, el desembarco del Granma, la lucha en la Sierra Maestra, la invasión de Oriente a Occidente, el ataque al Palacio Presidencial y la entrada a La Habana del Ejército Rebelde en 1959, son algunos de los acontecimientos que enmarcan la época. En el plano de la crítica literaria apenas hay estudios consagrados a la poesía de estos años, en los que, sin embargo, se publicaron obras de gran valor, como las ya citadas de Guillén y de Florit. Una nueva forma de acercarse a lo poético se vislumbra en medio de una situación social de lucha abierta, asesinatos, tiranía pro yanqui, y en la que aparece una generación decisiva en nuestra historia: la del Centenario. El "cho-teo" de que hablara Mañach, la proverbial impuntualidad y la aparente ligereza del cubano, quedan en lo que realmente es: apariencia; la esencia firme, inteligente y heroica de la patria de Martí, aflora ante la dignidad pisoteada por el tirano Batista. Estamos en la antesala de la Revolución, ante el Moncada y el Granma, ante el Turquino y Fidel.

Hasta la década del cincuenta la poesía cubana, de variada temática, y en sus dos tendencias fundamentales, ha empleado indistintamente la métrica clásica y el verso libre. Como influencia de las vanguardias europeas y de la poesía latinoamericana y española, el versolibrismo va ganando terreno, pero aún no domina de la manera que lo hará en las dos décadas siguientes. En general, los poetas se expresan indistintamente de una u otra forma, pero en un análisis detenido puede observarse que aún el verso libre que se emplea guarda armonía rítmica según los patrones clásicos; véase ello en los poetas de *Orígenes*, y en otros como Pita Rodríguez, Navarro Luna, o en el más joven, Roberto Fernández Retamar (1930). Cierta preferencia por el metro clásico y por un lenguaje tropológico bastante generalizado, se manifiesta en la poesía de tono menor; en ella se llega a una saturación de imágenes y metáforas de sobra conocidas y gran cantidad de lugares comunes en una poesía neorromántica continuista de Buesa y de versificadores aún menores que han agotado todo su quédecir, para quedar sólo en confesiones personales o inventadas, de una intimidad superficial, vacía de esencias. Sin embargo, este tipo de poesía se presenta de forma

agradable y a precios módicos, junto a "viejos" como Espronceda y Nervo, e incluso con poetas de la talla de Manrique o Bécquer. Esta amplitud de ventas, sin dudas marcará en alguna medida los gustos estéticos de una generación joven, saturada de romances *holliwoodenses*, filmes mexicanos y argentinos (cinco palabras + una canción) y un vano y adormecedor mundo "farandulero" que los órganos de prensa se encargan de propagar, pero que no logra adormecer verdaderamente a un pueblo decidido a conquistar la dignidad nacional extraviada.

La poesía campesina, en general todo lo poderoso de la cultura campesina, era subestimada. Voces como la de Jesús Orta Ruiz eran tenidas por simples rimadores o tachados de "populistas", cuando un verdadero populismo no ha crecido entre nosotros, sino un arte popular que si bien tiene características costumbristas, regionalistas o localistas, no queda lejos por ello de la poesía tipo *Martín Fierro* que se cultiva en toda nuestra América. Si nos atenemos a Gramsci en *Literatura y vida nacional*, buena parte de nuestra poesía campesina, ligada a la tendencia social, es "la expresión elaborada y completa de las aspiraciones más profundas de un determinado público, de la nación-pueblo en una cierta fase de su desarrollo histórico". Por la época, muchos decimistas publican folletos y libros de poemas repentistas que gradualmente desaparecen a la par, las pequeñas imprentas privadas editan cuantos textos puedan costear sus autores. Por este último sistema vieron la luz obras de importancia en nuestra lírica, pero en realidad prevalecían cuantitativamente los textos que, por sus escasos méritos, no sobrevivían al año de su edición. Ello es un fluido lógico no siempre negativo, por cuanto puede ayudar a los poetas de esencias a hallar un camino por rechazo o por superación de logros parciales o efímeros.

La década del cincuenta vio el éxodo de numerosos poetas que deben abandonar la Isla por el terror desatado con el ascenso al poder de Fulgencio Batista, en 1952. La situación económica precaria impulsó una nutrida emigración fundamentalmente hacia los Estados Unidos, que a lo largo de estos años llegó a convertirse en una epidemia. Mientras, el movimiento revolucionario avanzaba considerablemente con la radicalización de la juventud ortodoxa tras la muerte de Eduardo Chibás. Al aumento de la conciencia nacional habían contribuido ya en varias décadas los comunistas organizados en el Partido Socialista Popular, clandestino en la mayor parte de su vida, y en cuyo núcleo dirigente figuraban hombres de la talla de Blas Roca y Lázaro Peña, por citar sólo dos nombres cimeros del

movimiento obrero cubano. Las luchas estudiantiles contribuían al aumento de las contradicciones internas del país, mientras que el antimperialismo se generalizaba y crecía el anhelo de cambios sociales para una situación de estancamiento económico y dependencia que llevaba al masivo desempleo de los trabajadores y al desalojo de los campesinos. Hacía falta una carga para matar bribones, como pedía Villena, y eso fue el ataque al santiaguero cuartel Moncada en la mañana de la Santa Ana, el 26 de Julio de 1953.

La situación de los poetas que escribían en tan difíciles condiciones sociales, la ha definido Roberto Fernández Retamar de la siguiente manera:

También nosotros [se refiere a los poetas de nueva promoción] estábamos frente a un dilema tradicional que podíamos concretar en dos poetas, hoy desaparecidos: Rolando Escardó y José A. Baragaño. Reconcentrarse, hundirse hasta perderse, parecía el destino del uno, y salir, abrirse, confundirse y despedazarse, el del otro. Tal era la disyuntiva planteada ante nosotros. Por suerte, ambos vivieron para ver superados esos destinos.

Pese a la dispersión, a la centrífuga aplicada por la tiranía, se publicaban textos trascendentes, y numerosos *poetas jóvenes* vibraban en una poesía social de combate, que conocimos tras el triunfo revolucionario. La censura política perjudicó el desarrollo de la poesía social cubana que continuó en forma clandestina o en el extranjero, o simplemente permanecía en el sueño triste de las gavetas. La poesía intimista, por su esencia, tuvo menos problemas, en algunos casos ninguno, por lo que la mayoría de los libros importantes publicados en esta década son intimistas.

En 1950 Florit publica su *Asonante Final* y en 1951, no obstante, aparece la inmensa *Elegía a Jesús Menéndez* de Guillén; también se publican *La belleza que el cielo no amortaja*, tercer poemario de Justo Rodríguez Santos y *La semilla estéril* (que luego resultó fecunda) de José Z. Tallet; un año después, en 1952, Dulce María Loynaz entrega sus *Poemas sin nombre* y en 1954 *Obras líricas*, ambos publicados en Madrid. En este último año Brull edita en francés *Rien que...*, con lo cual no se suma a los poetas franceses nacidos en Cuba, pero continúa esta tradición en las letras hispanoamericanas; dos años después, en 1956, moriría. Otro poeta importante muere también en esta década: Emilio Ballagas, quien había publicado en 1955 *Cielo en rehenes*. Cintio Vitier reúne su propia obra de 1938 a

1953 en un volumen publicado en este último año y cuyo título vendría a ser un augurio o un signo de época: *Vísperas*.

La poesía que luego sería llamada coloquialista, conversacional e incluso exteriorista (término más discutible empleado por el gran poeta nicaragüense Ernesto Cardenal), irrumpe en esta década con aire de renovación lírica. No es aún una corriente definida, su impulso parte de numerosos poetas cubanos y latinoamericanos, tal vez bajo el influjo de la poesía de habla inglesa. Ya señalábamos entre los cubanos a Guillén, Florit y Feijóo como portadores del signo inicial de la corriente, también pueden agregarse Tallet, María Villar Buceta, algunos poemas de Villena, algo de Poveda, no poco de José Martí y hasta algunos elementos de la poesía romántica novecentista. Pero sería la generación nacida en torno a 1930 la que se apoderaría de ese instrumento o modalidad expresiva que habría de predominar en las dos décadas siguientes. Por el momento, durante los años cincuenta la poesía de esta nueva generación aparecería en revistas o periódicos y algunos de sus propulsores principales logran publicar libros, como Roberto Fernández Retamar, quien en 1950 publica *Elegía como un himno*, *Patrias* en 1951 y *Alabanzas, conversaciones* en 1955 o Carilda Oliver Labra y el grupo matancero; de ella, *Al sur de mi garganta*, de sugestivo título, ganará el Premio Nacional de Poesía de 1950. Más intimista pero con rasgos nuevos, Rosario Antuña publica en 1956 su hasta el momento único libro: *Son de otros*, que muestra en ella los valores de una verdadera poetisa, cuya calidad denota que su silencio posterior debe de ser sólo en los planos editoriales. Otros poetas publican sus primeros libros aunque su poesía de más valor aparecerá tras el triunfo de la Revolución. Cleva Solís publica *Vigilias* en 1956, y Manuel Díaz Martínez da a conocer en ese año *Frutos dispersos* y en 1957 *Soledad y otros poemas*; Pablo Armando Fernández edita *Salterio y lamentaciones* (1953) y *Nuevos poemas* (1955). De ellos es Fayad Jamís quien edita primero, pues *Brújula* aparece en 1949.

Samuel Feijóo debe considerarse como caso aparte, pues inició sus publicaciones en 1948 con *Libro de apuntes (versos 1937-1948)*, aunque ya era conocido en la poesía cubana. En la década del cincuenta publicó varios libros, entre ellos la antología *Colección de poetas de la ciudad de Camagüey* (1958), en la que presenta varios poetas que luego ofrecerían obra significativa. Esta labor de propulsor, antologador e investigador de la cultura cubana, en especial de la poesía y del folclore "guajiro", ocupará gran parte de su vida creativa. Sus poemarios se reeditarían después de 1959 como ediciones definitivas. Por

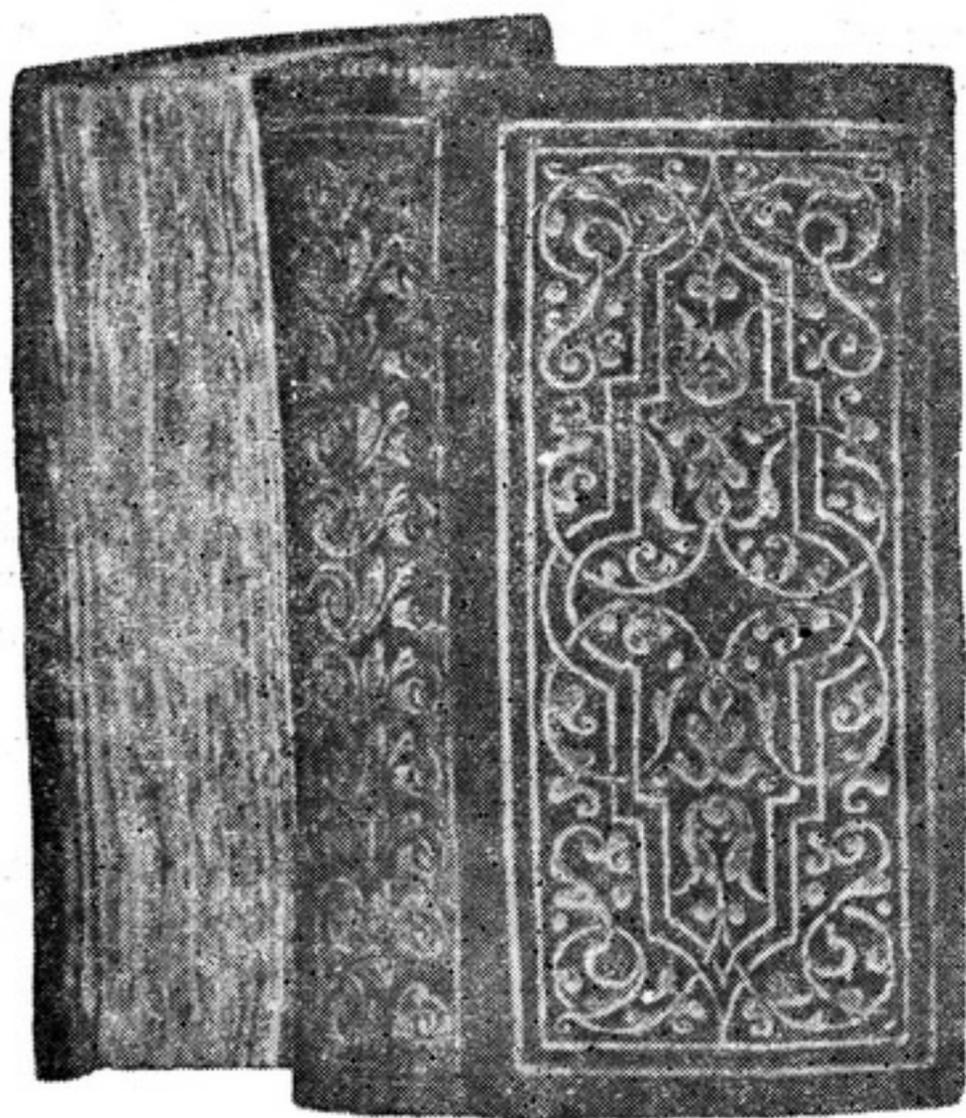
sobre todos sobresale *Ser fiel* (1964) con textos líricos como "Beth-el" o "Faz", que están entre los más sólidos poemas escritos en Cuba.

Muchos otros poetas publican en esta década y justo sería nombrarlos a todos, pero tal no es nuestro objetivo de estudio. En su conjunto, son el preámbulo inmediato de la poesía que nacerá tras el triunfo de la Revolución.

Lo *esencial político* rompe la frustración de los años de la seudorrepública y dará temas a lo *esencial poético*, ambos se fusionan con el advenimiento de la Revolución socialista. A partir de ello, la evolución de la poesía cubana ha de continuar en los primeros años de lucha de clases desatada, entre la ruptura con el viejo orden social, el establecimiento de la transición necesaria hacia el socialismo: la dictadura del proletariado, el bloqueo, los ataques e infiltraciones del enemigo, la lucha contra las bandas contrarrevolucionarias, la alfabetización, la crisis de octubre, Girón, los discursos vibrantes de Fidel y las inmensas concentraciones populares en la Plaza de la Revolución, el trabajo voluntario... El verdadero enemigo se desenmascara: el imperialismo norteamericano, mientras que las Declaraciones de La Habana y de Santiago y todas las medidas revolucionarias del Gobierno Revolucionario creaban un estado de exaltación combativa en la que participan como testigos y protagonistas los propios poetas. La poesía tiene ante sí un campo de temáticas inagotables que llama al impulso colectivo, social y crece también en la voz íntima.

El nuevo momento histórico, el más elevado de la vida nacional cubana, es ahora el condicionante social de toda la poesía nuestra.

Marzo de 1979



Encuadernación jimagua en dos partes. Se trata de un libro que contiene el *Nuevo Testamento* y los *Salmos*, impreso en Londres en 1630. La cubierta se adorna con filetes y hierros aldinos.

**PROBLEMAS DE LA FORMACION
AGRARIA DE CUBA
(Siglos XVI-XVII)**

JULIO LE RIVEREND



(Capítulos III, IV y V)

III

Fijación del régimen de apreciación de la tierra

Si bien había un conjunto de leyes e instituciones agrarias formuladas en España a lo largo del período feudal, la regulación del sistema de concesión de tierras no llegó a la América hecha ni definida. En realidad, la propia España carecía de un patrón unitario en materia de régimen jurídico agrario, pues las variantes regionales o locales eran, a veces, profundas. Además, es sabido que los patrones medievales del resto de Europa occidental no se reprodujeron con sana fidelidad en España. También en esa región había especificidades y desfases. En 1495 se vislumbra el regalismo jurídico que habría de conducir, tanto a la limitación de los derechos señoriales como de los derechos comunales. Fernando el Católico pugna porque la América esté sujeta, vinculada a la Corona y no a formas señoriales de dominación social; como apreciamos al comentar la Real Cédula de Arévalo, a 30 de marzo de 1495. Empero, si el señorío feudal no es reconocido por las leyes y solamente se concede muy excepcionalmente por la Corona, los conquistadores y colonizadores van modelando el régimen territorial americano sobre la base real y práctica de una dominación "señorial" que se enfrenta inmediatamente a la supervivencia de moldes y tradiciones comunales favorecidas por la masa de colonizadores sin fortuna y por el "pueblo" que brota del mestizaje étnico y cultural, según hemos de apreciar en los capítulos IX y X.

1. *Supervivencia de instituciones agrarias europeas. El interés del Estado por la seguridad de las colonias. Origen del régimen legal de concesión de tierras. El "hecho consumado"*

En América superviven aunque con modificaciones importantes y en un contexto diferente, muchas de las instituciones agrarias europeas. Al respecto, lo primero que cabría subrayar es la diferencia entre las colonias originales (Las Antillas) y los virreinos, pues mientras en aquellas la efímera minería del oro y el comercio tienden a producir una explotación de la tierra de fines comerciales y con escasa mano de obra —pues los indios no abundan y son exterminados casi totalmente—

en las otras la abundancia de indios y la extensión territorial favorecen la formación de fundos autosuficientes —aunque de vocación comercial— con empleo rotativo y local de los indios de trabajo en servicios personales y forzados de minería, agrícolas, de construcción y de labores domésticas. Lógicamente, la impronta señorial europea se mantiene más firme en estas últimas que en aquéllas, donde aparece, ya en el xvi la llamada agricultura de plantación (que preferiríamos denominar simplemente agricultura comercial) fundada casi exclusivamente en el trabajo de los africanos esclavizados. Ciertamente es que se ha sostenido la tesis de que el “feudalismo” colonial se expresa en ciertos rasgos de las plantaciones; pero, en el estado actual de las investigaciones la *hacienda* parece convenir mejor al concepto histórico de las estructuras agrarias medievales.

La Corona tiene especial interés en que las colonias continentales se organicen sobre bases de seguridad. Y la presencia del Estado se siente en ellas con sumo vigor. Baste recordar la suspicaz actitud respecto de Cortés y la prolongada batalla que libran capitanes y autoridades reales por dominar la conflictiva oposición de los disidentes del Perú, a quienes se extermina por haber creído que los conquistadores, y no el rey, eran los herederos de la soberanía incaica. El esfuerzo por afincar el Estado en esas colonias de Tierra Firme, no insulares, se traduce en la formulación de un régimen jurídico que pretende rápidamente normar la nueva sociedad y resolver de modo permanente los problemas planteados por su creación, especialmente frenando y amparando, todo a la vez, el poder creciente de las oligarquías.

Ello contrasta con la “decadencia” —crisis más bien de formación de una agricultura— que caracteriza a las colonias antillanas (La Española, Cuba, Puerto Rico y Jamaica), donde la autoridad estatal apenas se manifiesta e imperan unas pequeñas oligarquías divididas además en facciones que, sin embargo, están contestes en aprovechar su “libertad” para engrosar sus posesiones territoriales.

Las normas que regulan la apropiación de la tierra constituyen un buen ejemplo de cómo las colonias continentales provocan una acción legislativa estatal más enérgica. Sin duda, es en esas colonias donde se aplican las leyes más intensamente con ayuda de las facultades que se conceden a los virreyes para ajustar los hechos de la conquista y del inicio de la colonización a los intereses de la Corona. Tal aplicación, sin embargo, no tiene por objeto eliminar la manifestación de formas, instituciones y actitudes anteriores a la presencia eficaz del Estado;

en cierto sentido, más bien las consagra. Ello se observa en la consolidación legal del proceso de apoderamiento arbitrario de la tierra, fenómeno común a toda la América y que subsistirá a través de la acción predatoria de hacendados y compañías capitalistas hasta nuestros días. "Darle forma" a la ocupación y disfrute de las tierras originados en actos de fuerza o amparados en posiciones sociales y públicas, ha sido, en lógica consecuencia, y desde el siglo XVI, una característica de la legislación agraria americana. Pudiera afirmarse que es *toda* la historia de las tierras americano-ibéricas.

Es, pues, el "hecho consumado" una manera de apoderarse de la tierra que comienza en el propio siglo XVI. Tal hecho, como veremos más adelante (capítulo V), se revestía de elementos propios de instituciones y tradiciones medievales; pero este reflejo tardío tenía una significación muy diferente de la que se halla en sus patrones originarios. Aquellas viejas instituciones agrarias habían perdido su prístino carácter popular. Y, prontamente, la intervención del Estado que recoge la tradición agraria y la pone al servicio de su dominación y, por consiguiente, la emplea como medio de afincarse en tierras americanas, destruye todo germen de vida y creación espontáneas. El Estado, en definitiva, se congracia con la oligarquía nacida del "hecho consumado".

En el capítulo I hemos comentado los orígenes y la evolución de las "vecindades". Velázquez las concedió, aun cuando parece evidente que el rey no le dio potestad para ello, y en Cuba, como en otras Antillas, con excepción de La Española, se reservó el monarca esa facultad, usando de ella con suma frecuencia. Concedida la "vecindad" por merced real, el Adelantado o la autoridad local solamente debía "dar e señalar" las tierras. Esto quiere decir, en suma, fijar la localización y entregar materialmente el fundo. Se explica sobradamente su limitación de facultades porque ese título de Adelantado le fue concedido a Velázquez en cuanto a las nuevas tierras (esto es, Yucatán y México) descubiertas o por descubrir, y no en cuanto a la gobernación de Cuba donde su autoridad es delegada de Diego Colón, gobernador de La Española.¹ Por razón de su categoría y designación, el primero que recibe facultad regulada para conceder tierras es Pedrarias Dávila, por la Real Cédula de Valladolid a 4 de agosto de 1513, tras de la Cédula de 18 de junio que concedía a los pobladores de Tierra Firme el derecho a recibirlas,² Véase claramente vinculado al régimen de tierras

¹ Véase ARMAS MEDINA.

² SERRANO, p. CCLXIX y CCLXXIX.

la presencia del poder real, a través de un Capitán General Gobernador, cargos y preeminencia que no tuvo el conquistador de Cuba Diego Velázquez.³

De modo que, desde el primer momento, la apropiación de tierras en Cuba es un "hecho consumado". Así lo expresa la Real Cédula de Valladolid, a 31 de agosto de 1520 que confirma y aprueba los repartimientos de tierras hechos por los gobernadores y consejos "sin autorización real", con prohibición de que se hicieran en el futuro sin expresa comisión.⁴ Para subsanar, en defensa de su potestad eminente, este vicio, el rey utiliza la vía de la *confirmación*, que es el acto formal de reconocimiento de que la merced ha sido bien, adecuadamente, concedida, si la autoridad concedente tiene la potestad de hacerlo. Sin confirmación del rey no se tiene verdadera disposición de la tierra, a menos que haya autoridad investida de la potestad real delegada y, por consiguiente, pueda confirmar, como era el caso de los virreyes. Tal es el significado confirmatorio de esa Real Cédula de 1520.

2. *Formación del régimen de concesión de mercedes.* *Los cabildos no son autorizados. La situación* *en Nueva España y en otras Colonias*

Al par que en Cuba se producen estos hechos, comienza a formularse la legislación. Ya vimos cómo se regula la concesión de tierras en Tierra Firme, dándole facultad para ello a Pedrarias Dávila. Respecto de la validez de las mercedes en dicha oportunidad autorizadas, seguía rigiendo el término de cuatro años conforme a la disposición de 1497, o sea se aplicaba la regla imperante para las vecindades originarias. El hecho de que los requisitos de las vecindades primeras se incorporen a las regulaciones posteriores acerca de las mercedes parecería indicar que desde 1496-1497 hubo un régimen de concesión de tierras relativamente definido, a tal punto que Zavala sitúa su origen en la legislación de 1497. Pero la vecindad fue un recurso castellano inicial y su contenido agrario apenas puede compararse con los latifundios de la etapa posterior en que, además, la concesión de encomiendas está bien diferenciada de la merced de tierras.

³ Las numerosas capitulaciones reproducidas en la *CDAO* t. xv y xxii, muestran por lo general la coincidencia de los títulos de gobernador y capitán general con la potestad de repartir tierras. Son particularmente interesantes las que establecen colonias con caracteres "señoriales", t. xv y xvi.

⁴ *CDU*, t. I, p. 105-106.

Mientras proseguía en el continente la conquista y colonización, los españoles creaban pueblos y ciudades y ocupaban tierras. Sucedió por igual en todas las colonias. Empero, en Nueva España era muy pujante el movimiento de colonización, planteándose allí una serie de problemas que la Corona fue resolviendo rápidamente. La primera cuestión fue la facultad de los ayuntamientos para repartir tierras. La solicitaron los procuradores de México —Tenochtitlán— en 1530; en febrero del año siguiente una Real Cédula promulgada en Ocaña encomendó esa función a la audiencia siempre que en año y medio los beneficiarios se obligasen a obtener confirmación.⁵ Al parecer se abre entonces un corto período de 10-12 años en que va a formularse en sus detalles más característicos el régimen de la merced de tierras.

No se trata de normas más o menos sistematizadas, pues la legislación de Indias es fundamentalmente casuista, sino de un agregado de regulaciones en que no siempre es fácil orientarse. Hubo textos contradictorios; algunos fijaban reglas que imperaban exclusivamente en determinada colonia. Solamente al cabo de cuarenta años de evolución legal pueden desentrañarse normas generales. Un ejemplo de esas contradicciones, importante para nuestro objeto, es la atribución de la facultad de mercendeear tierras otorgada en 1531 a la audiencia y en 1532 también a los virreyes.

Al parecer, los ayuntamientos de Nueva España plantearon reiteradamente su participación en el proceso de concesión de tierras. Pero no había en ello un mero interés de estas corporaciones sino, además, y especialmente, un resultado de lo que Chevalier ha denominado "leyes agrarias", al amparo de las cuales se funda Puebla de los Ángeles.⁶ Además, se suscitaba allí un problema que no habían confrontado los conquistadores de las Antillas. En efecto, en éstas la propiedad de los indios y su reconocimiento, así como su violación, no juega papel jurídico ni moral alguno en la apropiación de las tierras por los españoles.⁷ Al cabo, las sociedades indígenas insulares, por su escaso desarrollo, no opusieron seria resistencia a la intensa explotación europea; no la opusieron, ni, a juzgar por el núme-

⁵ ENCINAS, t. I, p. 65.

⁶ CHEVALIER, *Puebla*, p. 109.

⁷ Según ESTRADA, p. 505, una Real Cédula, cuya fecha no se cita, ordenó al ayuntamiento de Bayamo no conceder mercedes al norte de la ciudad, dejando esas tierras a beneficio de los indios; en todo caso, se trataría de una disposición tomada en fecha anterior al 1520, poco después de la fundación de la villa.

ro de indios que supervivió al choque inicial, había racional peligro de que resistieran. No es el caso de México, donde por lo contrario, la organización indígena era sólida, los pueblos numerosos, la tierra difícil de trabajar; el interés inmediato consistía en criar ganado y extraer minerales. Por consiguiente, a pesar del apoderamiento brutal del territorio, el conquistador se vio forzado a reconocer a los indios un derecho de propiedad a sus tierras, mostrando cierta consideración por el mismo. Le iba en su interés no desposeer de modo fulminante a los indígenas. El proceso en su totalidad revela más bien el carácter desposesivo de la dominación.

3. *La Corona lucha contra el "hecho consumado".* *Caso de Cuba*

Sin duda, a la necesidad de "regular" el despojo de los indígenas se unió la de normar las apetencias descomedidas de los españoles y las diferencias que entre ellos surgían: se imponía la formulación de un régimen de tierras. La Corona necesitaba hacer valer su potestad domínica sobre la América, evitando que los conquistadores se alzaran con el santo y la limosna. Por ello, se dispone que las mercedes de tierras se otorguen por disposición del virrey, con intervención de las audiencias, oyéndose el parecer de los cabildos, compleja participación de autoridades que revela la intención de contrapesar a todas ellas. En 1543, se ratifica el criterio, cuando Cartagena y otras ciudades solicitan que se les conceda la facultad de repartir y, sin embargo, la Corona se la otorga al gobernador.⁸ En este caso, se eleva el plazo de vecindad a cinco años.

Sin duda, esta cronología es lo que explica la opinión de Torres Lasqueti, para quien en 1532 se autorizó a los cabildos cubanos a conceder mercedes de tierras. Parece referirse a la Real Cédula de Barcelona de 4 de abril de 1532.⁹ Si así fuese lo que según ese texto era un simple "parecer" solicitado a la

Una de las escasas menciones del problema de la propiedad indígena en las Antillas se debe a FRAY BERNARDINO DE MANZANEDA, *Papeles*, t. I, p. 54, quien se opone a que fuera reconocida, pues de ese modo no quedaría tierra para los colonos y proponía "dar a cada uno lo suyo si con justicia no se puede hacer otra cosa". Aunque volvamos sobre esto en otra oportunidad, no coincidimos con Keller, p. 78, que subraya la protección de la propiedad indígena de las Leyes de Indias; la realidad contraria predominaba como prueba FRIEDE; también ZAVALA, *Perú*, p. 93, *La comunidad Andina*, p. 3.

⁸ ENCINAS, t. I, p. 64.

⁹ TORRES LASQUETI, p. 58. Dicha Ley está refundida en la *Recopilación*, Libro IV, título XII, Ley v.

autoridad municipal en materia de tierras, los cabildos de Cuba lo transformaron en potestad o facultad para otorgar mercedes.

Un autor cubano del siglo XVIII, Ignacio José de Urrutia y Montoya, erudito conocedor de la legislación aplicada en la isla, afirma que los cabildos usaron de la facultad de mercendeear tierras apoyándose en Real Cédula de 30 de diciembre de 1573 despachada al gobernador de Yucatán.¹⁰ Es posible que en algún documento de petición o de concesión de tierras se invocara tal texto; pero, en cuanto a que fuera justificación de aquella facultad, ya no se requería tras de cuarenta años de conceder mercedes sin tener potestad alguna para ello.

No hay, a lo menos no la hemos encontrado, declaración al respecto, pero es posible que los cabildos de Cuba extendieran su facultad amparándose en que no había ni audiencia ni virrey y en que asistiendo el gobernador a las sesiones del cabildo, por sí o por su teniente, su aprobación de la merced, cuando la solicitud era discutida o informada en la sesión, sería suficiente para dar por cumplidos los requisitos básicos.

Hasta hoy, que sepamos, no se ha encontrado texto alguno que pudiera servir para convalidar la facultad de los cabildos de Cuba. Lo cierto es que nuestros historiadores nos dicen que la merced más antigua de que se tiene noticia data de 1536 y fue concedida por el Cabildo de Sancti Spiritus.¹¹ En definitiva, pudo haberlas anteriores, pero la fecha coincide con el período de años en que comienza realmente a formarse un régimen legal de distribución de tierras en los grandes centros coloniales del continente.

Hasta 1563 (*Ordenanzas de las audiencias*), no se precisa el procedimiento y la participación del cabildo. En esas leyes se ordena que la petición de merced para tierras en ciudad o villa *donde residiera audiencia*, se presente ante el cabildo, quien informará a la autoridad superior su parecer, lo cual es una variante de lo establecido en 1532. Igualmente se ordenó que elevado el informe al virrey, éste daría despacho o mandamiento firmado por todos (virrey y diputados del cabildo) en presencia del escribano municipal que lo asentaría en el libro del cabildo. Ahora bien, en Cuba no había audiencia ni virrey, o sea, que este mecanismo de concesión le era ajeno.

¹⁰ URRUTIA, t. II, p. 88. No se ha hallado texto alguno fuera de la Real Cédula de 1520, que concediera facultad de mercendeear a los cabildos cubanos.

¹¹ GONZÁLEZ, p. 388. Incluye transcripción textual de la solicitud que presentó al cabildo de Sancti Spiritus, Fernando Gómez, al objeto de que se le concedieran las tierras en tres leguas de radio que se conocerían posteriormente como Hato Manicaragua.

Se conservan ejemplares de los despachos o mandamientos mencionados.¹² Uno de ellos es de 1538. Contiene varios extremos que, hasta donde sabemos, no están presentes en la legislación anterior. En primer lugar, se da plazo de un año para "plantar dicha tierra" o a lo menos, una cuarta parte de ella. Además se fija un término de seis años durante los cuales, no se podría trocar, ni cambiar, ni enajenar esas tierras, lo cual impone un período de cuasi propiedad o, más bien, de simple disfrute. Anotemos, de inmediato, que ese término o lapso para disponer libremente de los bienes concedidos, o sea, el equivalente del término de vecindad, se extiende un poco más, como reflejando el interés de la Corona por garantizar el afincamiento de los colonos. El incumplimiento de esas condiciones producía la reversión de las tierras al dominio real para darlas a otros; si se cumplían, los fundos eran de plena propiedad del beneficiario y sus herederos. Sin embargo, la Real Cédula de 20 de noviembre de 1536 en Valladolid, fijaba solamente tres meses para tomar posesión y plantar lindes y confines de sauces y árboles, con pena de que, pasado el término, sin hacerlo, se perdería la merced.¹³ Debe sobreentenderse que estaba vigente la Real Cédula de Ocaña, a 17 de febrero de 1531, que fijaba un año y medio como plazo para obtener confirmación real de la merced concedida, porque ese requisito aunque no se incluyera en una gran cantidad de textos sobre el régimen de concesión de tierras parece haber estado en vigor implícitamente por representar un básico principio regalista.¹⁴

La reversión de las mercedes implicaba, claro está, el dominio eminente de la Corona sobre todas las tierras. La confirmación real era un requisito de perfeccionamiento de la merced que, al producirse, concedía plena propiedad del fundo al beneficiario. No deja de llamar la atención el hecho que hacia 1568

¹² BAGN, x, No. 2 (1939), 326.

¹³ La Real Cédula de referencia viene reproducida en *Recopilación*, Libro IV, Título XII, Ley XI. Todavía en 1610, ver *Actas*, sesión de 30 de abril de 1610, se apercibe de la reversión sino se puebla; hubo más menciones. La reversión se constata en muy diversos pueblos y contextos jurídicos. Por ejemplo, la había en Portugal, desde 1332 según RAU, p. 54; también en Hungría, según IMRE WELLMAN, p. 195. También existía esa prescripción en pueblos africanos; ver MEEK. Es una característica del régimen de las comunidades aldeanas: la tierra no cultivada se concedía a otro solicitante.

¹⁴ Esta opinión coincide con la de León Pinelo; OTS, 78-79.

y en adelante, se utiliza con frecuencia la fórmula "por el tiempo que fuere nuestra voluntad", la voluntad del rey.¹⁵

4. *Revocación y confirmación de mercedes. Las Ordenanzas de Cáceres y la situación agraria del continente. Excesos de cabildos. La composición*

El hecho consumado no se produce solamente en Cuba. Es un fenómeno general. Lo es, por una razón evidente: los conquistadores al amparo del "derecho" de conquista, se apoderaron de tierras con autorización tácita o explícita de los jefes de la hueste, o sea, a base del "derecho" a una parte del botín que, primera vez en la historia del mundo, estaba constituido por enormes países y millones de seres humanos. Más tarde, cuando se constituyeron los gobiernos y los ayuntamientos, no sólo hubo el colonizador que se hacía de tierras por sí y ante sí sino, igualmente, el exceso de las oligarquías municipales que se sirvieron con mano liberal en perjuicio de indios y de españoles no privilegiados. Sobre esto abundan los textos en que se habla de los que han tomado tierras "por su propia voluntad". Lo más interesante es que alguno de esos textos muestra claramente que en ningún momento se consideró que los cabildos tuvieran facultad para dar tierras. Son varios los documentos que se refieren a esos excesos en el Perú, en Quito y en México, frente a los cuales la Corona ordena las consabidas e ineficaces rectificaciones.¹⁶ Es más, en 10 de enero de 1589 por Real Cédula de Madrid se ordenó revocar las mercedes de tierras concedidas por los cabildos, a menos que hubieran sido confirmadas.¹⁷

La diferencia entre Cuba y los demás países americanos es que, en éstos, los virreyes y audiencias aprobaron numerosas mercedes de modo que el sistema funcionó en cierta medida; pero en nuestra tierra el procedimiento empleado transformó todo el régimen en un generalizado "hecho consumado" encabezado por gobernadores y cabildos. Las únicas mercedes de

¹⁵ La fórmula indicada aparece en *Recopilación*, Libro y Título citados, Ley IV; abunda, por ejemplo, en las concesiones de mercedes del mes de noviembre de 1577: *Actas*. Con anterioridad esta fórmula no se había usado en La Habana. Todavía en Matanzas, *Actas*, 1770-1780 se decía: "sujeta la tierra a la merced de Su Magestad".

¹⁶ ENCINAS, t. I, p. 63, 67 y 68.

¹⁷ *Recopilación*, Libro y título citados, Ley XX; durante el siglo XVII se reguló la composición con sumo detalle como puede apreciarse por la propia *Recopilación*. Acerca de esta cuestión en Nueva Granada, ver VILLAMARÍN, en *Florescano*, p. 330.

Cuba válidas plenamente fueron las que obtuvieron confirmación real, o sea, en verdad, muy pocas.¹⁸ No tenía carácter de confirmación, el acto del cabildo que otorgaba una tierra o un solar, dada por algún vecino a otro, aun cuando en el acuerdo municipal se dijese que “confirmaba” aquella previa donación o que la aprobaba el gobernador.¹⁹

Al igual que hubo pocas confirmaciones, prácticamente no se revocó merced alguna; los escasos ejemplos parecen confirmar esta opinión.²⁰ Si acaso, se producía alguna que otra caducidad por incumplimiento de las condiciones impuestas al beneficiario.²¹ En México se conocen algunos casos.²² Sin embargo, a fines del siglo, por Real Cédula de Madrid, a 10 de enero de 1589, se pretendió arreglar todos los excesos de las oligarquías ratificando a los virreyes y presidentes de audiencias la facultad de recoger “las gracias que los Cabildos de las ciudades hubieran hecho o hicieren... si no estuvieren confirmadas”, admitiendo a *composición* las tierras baldías que fueran poseídas por los colonos.

Cuando hablamos de “hecho consumado” no solamente nos referimos al puro y simple apoderamiento de la tierra que, como veremos (capítulo V), en cierto sentido, está emparentado con la presura medieval, sino, igualmente, a la concesión de mercedes sin alguno de los requisitos formales ni la intervención de autoridades facultadas específicamente.

Abundan en Cuba las mercedes relativas a tierras ya poseídas por el solicitante. Quizás el más notable caso sea el de Bainoa (1569) que Diego de Soto posee aunque “los títulos” se

¹⁸ Los escasos ejemplos de confirmación —que no excluyen la posibilidad de que hubiera algunos más— comprenden una Real Cédula de 20 noviembre de 1569 y dos Cédulas del siglo XVIII; sin duda los casos de confirmación solicitada ante el propio cabildo habanero como el de 10 de febrero de 1576 *Actas*, constituyen errores, pues parecen significar no la confirmación sino la firmeza de la concesión hecha por el cabildo.

¹⁹ *Actas*, t. III, Cabildo de 1º de julio de 1575; “confirmase” un solar que Diego de Soto dio a Isabel Vilela para hacer su casa.

²⁰ Hay algunos casos, como aparece en la obra de Pérez Luna, t. I, p. 186. En general, fueron una excepción muy notoria.

²¹ Son más abundantes, sin duda, los casos de caducidad por incumplimiento de las condiciones, como puede verse en *Actas*, t. I, sesión de 11 de diciembre de 1556; y t. II, sesión de 20 de agosto de 1566 y t. III, sesiones de 9 de agosto de 1577 y 18 de abril de 1578. Algún otro caso posterior aparece en la obra de BERNARDO. En España existía esta caducidad; véase COSTA, p. 252.

²² Es lo que afirma BYRD, p. 24.

han perdido desde que, "ha más de 35 años, fue de Francisco de Madrid y de (Manuel) de Rojas". Y hay otros más: Bartolomé Cepero pide sitio que fue de su padre (1570); el capitán Baltasar de Barrera solicita merced de unas tierras que compró a Sebastián mulato (1573); hay casos de compra que se perfeccionaban jurídicamente con la merced (1577); hay el caso de un "pedazo de monte" (1577) o sea, un minifundo que ha comenzado a rozar el vecino Alonso Lorenzo.²³ No es de olvidar que hay casos similares en años anteriores: 1557 y 1559, los cuales se refieren tanto a tierras de cultivo como a haciendas de ganado. Posiblemente, una gran parte de las tierras que se solicitaban para completar mercedes contiguas ya eran poseídas y explotadas por el solicitante. Nos hemos limitado a señalar algunos ejemplos; se conocen otros en Santiago de Cuba, en una fecha tardía como 1665.²⁴ En Cuba el "hecho consumado" es característico. Bastaría percatarse que entre 1520, fecha en que se confirman las concesiones de tierras dadas a los conquistadores, y 1530-1532 transcurren unos años durante los cuales no hay régimen alguno de otorgamiento sino solamente ocupación y explotación pura y simple. Y decimos que no hay régimen de concesión no solamente por la ausencia de leyes reguladoras que, como vimos, aparecen poco después, sino también porque, en la práctica, no hay cabildos, ni gobierno (capítulo III).

Constatamos una reiterada queja de los poseedores de tierras sobre "pérdida" de títulos. Cuando Diego Ochoa de la Vega visitó a Sancti Spiritus para ordenar lo relativo a títulos de tierras, muchos declararon que no los hallaban. Generalmente, se decía que los habían destruido los asaltantes extranjeros, como sucedió en Puerto Rico, donde se achacaba su pérdida al incendio provocado por los holandeses en 1625. En La Habana se decía que los asaltantes del año 1555 habían destruido las actas del cabildo. En 1669 una propietaria de ingenio en Santiago de Cuba invoca, según Bacardí, esta razón para solicitar el señalamiento de sus tierras. Era un subterfugio para ocultar la carencia de títulos y evitar los gastos de confirmación o de composición.

No debe olvidarse que los contemporáneos, sobre todo las autoridades, conocían la legislación y la doctrina jurídica y por consiguiente, sabían valorar y diferenciar la merced pura y

²³ Los casos en *Actas*, t. I, sesiones de 29 de enero de 1557 y 4 de marzo, 5 de abril y 8 de mayo de 1559; t. II, sesión de 18 de marzo de 1569 y 10 de febrero de 1570 y t. III, sesiones de 25 de octubre y 20 de diciembre de 1577 y 10 de enero y 24 de enero de 1578.

²⁴ BACARDÍ, t. I, p. 131.

simple del cabildo y la confirmación real, ya que ambas implicaban la concesión de derechos diferentes sobre las tierras. Se sabía entonces qué era lo legal y qué era lo ilegal. Sería, pues, ingenuo suponer que no hubo fraude. Lo que ocurría frecuentemente es que la ilegalidad era ocultada tras de los "derechos" que poseían el conquistador o el colono por virtud de los servicios prestados para "ganar" la colonia o para conservarla. Lo que era en su origen, una concesión del rey para honrar a los que le conquistaban colonias inmensas, se transformaba de este modo en un "derecho" adquirido y de ejecución inmediata y, desde luego, ilimitado en su aplicación.

En verdad, los documentos municipales que poseemos nos muestran que hasta el momento en que se formulan y aprueban las *Ordenanzas de Cáceres* para La Habana, no se sigue un procedimiento realmente regulador. En las actas del cabildo habanero esto se manifiesta con suma claridad. A lo largo de los años 1551-1573 se observa que la fórmula de concesiones se limita al otorgamiento "sin perjuicio de tercero".²⁵ En una serie de casos se advierte que deben "poblarse" dentro de un término variable; seis meses, ocho meses, un año y aun más, so pena de "quedarse vaco para lo dar a quien lo pueble". Un caso de 1556 en La Habana revela que el solar —urbano, claro está— está "vaco por mandado del gobernador"²⁶ sobre lo cual haremos alguna consideración. En 1672 el cabildo de Santiago de Cuba acuerda conceder un plazo de seis meses para poblar los sitios de ganado productivo.²⁷ Posiblemente esta condición esencial: poblar las tierras o sea explotarlas económicamente, no se cumplía en gran número de casos.²⁸ Sin embargo, dada la abundancia de ganado mostrenco y en la inteligencia de que las tierras de cultivo se solicitaban después de ser ocupadas, la infracción de esa norma no fue de trascendencia. Al parecer, en el caso de los solares urbanos, su venta antes de "edificarlos" fue práctica muy frecuente si juzgamos por la insistencia del cabildo

²⁵ Esta fórmula, "sin perjuicio de tercero", parece ser la única salvedad puesta a las mercedes en La Habana, antes de la redacción de las *Ordenanzas de Cáceres*. Posteriormente se mantiene como requisito previo y por eso aparece en las solicitudes de mercedes otorgadas por el cabildo de Sancti Spiritus.

²⁶ *Actas* t. I, sesión de 11 de diciembre de 1556.

²⁷ BACARDÍ t. I, 138.

²⁸ En la sesión de 20 de febrero de 1578 se acordó que "nadie venda sitio ni solar sin haberlo poblado". Esta medida, sin embargo, parece relacionada con la especulación.

en prohibirla y por el fenómeno de especulación inmobiliaria que se había desatado en 1573 cuando Cáceres redacta sus *Ordenanzas*.²⁹

La finalidad de dichas *Ordenanzas* es, ostensiblemente, poner orden en el proceso de apropiación de la tierra cubana. En verdad, la propia oligarquía se ve enredada en la trama de sus excesos. El oidor Cáceres no pretende, ni con mucho, rectificar la situación sino legalizarla y darle una forma que permitiera en el futuro eliminar algunos de los más sensibles defectos del "sistema" practicado hasta entonces. Los documentos de la época reflejan cierta preocupación en el seno de la oligarquía concejil por los trastornos, diferencias y pleitos que aumentan entre miembros de la minoría privilegiada por razón del desorden en el otorgamiento de mercedes de tierras.

No puede considerarse que este esfuerzo de normalización fuera cosa exclusiva de Cuba sino que forma parte de un plan general del cual constituyen la más alta expresión las *Ordenanzas* sobre descubrimientos, población y pacificación de las Indias, promulgadas en el bosque de Segovia, a 13 de julio de 1573.³⁰ Tales *Ordenanzas*, como puede apreciarse en la *Recopilación de Indias*, refunden y completan casi todos los textos precedentes en materia de concesión de mercedes de tierras. Todo ello coincide con una ofensiva de la Corona por limitar los abusos ocurridos en el régimen de tierras. De modo que las *Ordenanzas de Cáceres* forman parte de un plan político general. En Cuba, este problema de los excesos existía aun más grave que en otras colonias, ya que los cabildos para engrosar la riqueza de las oligarquías habían manejado una facultad que nunca tuvieron: pero no faltaron en el resto de América, aun donde había virrey o audiencia. En estas provincias la situación era más compleja porque las tierras apropiadas pertenecían en buena medida a los indios a los cuales se les arrebataron y se continuaría haciéndolo.

Sabemos de los excesos ocurridos en el Perú; por Real Cédula de 10 de noviembre de 1578 se intenta rectificar la parte del león que los miembros del cabildo se habían atribuido años atrás. Nuevamente en 1589 se plantea la restitución de lo concedido en exceso por los cabildos. Del mismo año hay carta al

²⁹ Esta especulación la denuncia el propio cabildo habanero en *Actas*, t. III, sesión de 20 de febrero de 1578.

³⁰ Hemos utilizado el texto que aparece en *BAGN*, t. VI, p. 3 (1935), 3-I-360.

virrey del Perú sobre personas que han ocupado tierras "por su propia autoridad", ordenándose que no se permita al cabildo dar tierras "sin particular poder o merced mía". La Real Cédula del 1º de noviembre de 1591 en el Pardo forma parte de esta teoría de leyes, en definitiva inoperantes, que intentaban poner orden en el régimen de apropiación de las tierras a lo largo de todo el continente. Exigía la restitución de tierras a la Corona cuando se careciera de justos y verdaderos títulos, la reversión de aquellas que se requiriesen para villas (solares, propios, egidos, etcétera) y la repartición a los indios de lo que "buenamente hubieren menester para labrar". Todavía en 1599 se advertía al cabildo de México que no concediera solares "fuera de la traza" de la ciudad porque ello era facultad del virrey.

En la última fecha señalada, la colonia cubana había sido objeto no solamente de los esfuerzos reguladores del oidor Cáceres, sino también de varias "visitas" ordenadas por la audiencia de Santo Domingo para aclaración de títulos y procedimientos, visitas que se produjeron en casi todas las colonias.³¹

Ya a fines del XVI queda establecida claramente la doctrina regalista de la concesión de tierras en América, en la Real Cédula de 1º de noviembre de 1591, en el Pardo. La Corona declara, por un lado, que todas las tierras de América son de su patrimonio y, por otro, establece los requisitos para que se puedan dar a los súbditos.³² En la práctica, aun cuando se reconoce y se reconocerá durante los siglos siguientes (XVII y XVIII) que lo único cedido es solo el dominio útil, manteniendo la vieja distinción jurídica tan propia del régimen feudal, se abre el camino para que los terratenientes americanos, mediante la confirmación y la composición, disfruten de una propiedad plena.

La composición, o sea, la venta forzosa a quien poseyera sin título las tierras, pues de no comprarlas revertirían a la Corona, viene a ser el procedimiento más empleado durante el XVII, mientras son muy escasas sus menciones en los textos legales del XVI, apareciendo propiamente a fines del mismo.³³ No puede escapársenos que la Corona descubrió en esos tiempos que el desorden de las oligarquías podía servir para crear

³¹ Una de estas visitas aparece detalladamente en PÉREZ LUNA, t. I, p. 81 y siguiente.

³² *Recopilación*, Libro y títulos citados.

³³ Al parecer por primera vez en la Real Cédula citada en la nota 17 precedente.

una buena fuente de ingresos por concepto de composición; pero, al mismo tiempo, autoridades y otros personajes de la oligarquía aprovechaban esta nueva orientación para realizar nuevos excesos.³⁴ Por otra parte en el XVII, la autoridad estatal estaba ciertamente consolidada y pudo hacer valer su potestad domínica frente a los "hechos consumados", sin desarraigados, pues no impidió que continuara la apropiación sin sujeción a normas o con violencia sobre el indio o sobre el agricultor pequeño. Sin duda, la perduración de esta situación en que el "hecho consumado" es un motor esencial del régimen de tenencia de la tierra, es lo que ha permitido que algunos autores consideren que toda la propiedad de la tierra en América es puro precario.³⁵ Ya veremos en el capítulo V que el origen institucional es más antiguo y que la ocupación por el trabajo y para el trabajo, o sea, la presura es el concepto más aplicable a ese régimen originario. Sólo que en América, prácticamente no hubo presura popular, como en Europa o la hubo en una cuantía que le restaba prácticamente casi toda su importancia como elemento constitutivo de la economía colonial, por lo cual la añeja institución se transformó en un instrumento de señorialización de las colonias en sus días de formación económica y social y, convertida en merced de tierras, fue un arma en manos del poder real.

³⁴ Un vecino de Honduras se quejaba en 1603 y pedía amparo porque el Justicia Mayor, so pretexto de que debía componer las tierras habidas sin título, tomó "posesión real, corporal" de ellas hasta que efectuara la composición. Véase: *Revista del Archivo y Biblioteca Nacional*, Tegucigalpa, septiembre, 1940.

³⁵ Parece ser la tesis de BYRD; véase también STEIN, texto y nota 21.

IV

La "decadencia" (1530-1540): primeros cambios agrarios

En capítulos precedentes hemos analizado la estructura agraria de la colonia en los primeros años (1510-1530). Las vecindades, la estancia y la agricultura indígena son sus pilares. Se trata de una organización provisional por virtud de las necesidades del comercio, pues los barcos que van y vienen por el Mar Caribe, sea expedición privada o secreta, sea expedición autorizada, requieren una fuente cercana para ciertos abastecimientos de carácter subsistencial. Y el espíritu predatorio del europeo aprovecha ese filón. Por más que el tráfico marítimo desde España era activo, no bastaba para satisfacer las exigencias de los grupos de colonos y de las huestes que se movían por la región del Caribe. Como quiera que la capacidad de carga de los barcos era limitada,¹ el tráfico procedente de la metrópoli tendía a satisfacer más bien el aprovisionamiento de artículos manufacturados fundamentales: armas, tejidos, aceite, vino, básicos para la pervivencia de los núcleos de población ya asentados y momentáneamente enriquecidos por el trabajo de los indios. Lógicamente, el comercio de casabe o del "pan de la tierra" tenía que disfrutar de una etapa de significativa expansión.

Este comercio inicial que caracteriza varias colonias antillanas, entre las cuales como caso especial debe mencionarse la isla de Cubagua, se expande por toda la isla, pues la dispersión de españoles y de indios, así como el empleo de éstos en la extracción del oro, crea problemas de abastecimiento que algunos avispados vecinos aprovechan para iniciarse en el comercio. Así lo hacía el Juan Sedeño de La Habana que iba por la costa sur con casabe y tocino a unas minas de oro cercanas de Santiago de Cuba, al decir de Bernal Díaz del Castillo.²

1. La necesidad de producir para el comercio y las posibilidades de explotación del indio. Importancia efímera de las estancias. Comienzan las importaciones de harina de trigo (1550)

¹ HARING, p. 325. La Real Cédula de 2 de diciembre de 1563, fecha en Monzón, menciona barcos de 100 a 450 toneladas, a los efectos del cobro del anclaje en el puerto de La Habana; véase *Papeles*, t. I, p. 212.

² DÍAZ DEL CASTILLO, cap. XXI.

La necesidad de mantener un comercio intercolonial, digamos de emergencia, orienta a la economía en un sentido que no se ajusta adecuadamente a la organización de la producción. Es evidente que la agricultura indígena, característica de las estancias primitivas, no puede satisfacer el consumo de los europeos; ni el rendimiento de los indios aplicados a la agricultura es suficientemente alto como para lograr una producción de tipo "europeo". El impulso para satisfacer estos requerimientos económicos se traduce en la petición de nuevos y diferentes elementos de trabajo. A esta luz —necesidad de trabajadores— pueden apreciarse desde las ideas de Las Casas, indigenismo extremo, hasta las de los Gerónimos, moderadísimos en su amor al indio, así como los textos legales que se refieren al trabajo antes de 1520, que exigen la inmigración de labradores españoles o la importación de africanos, o ambos a la vez, vinculándolos siempre a la necesidad de desarrollar cultivos europeos (vid, olivo, lino, trigo, etcétera). En el fondo, no se puede crear una economía occidental —esto es, fundada, con exclusión de todas sus vestiduras endulzantes, en el lucro y la explotación del trabajador— con sólo el esfuerzo de unos pocos indios. Quizás el intento más significativo en este aspecto fueran las Leyes de Burgos (21 de diciembre de 1512), que pretenden liberalizar los repartimientos, entronizados por la codicia de los gobernadores sucesores del Almirante, transformando a los indios en labradores de sus propias tierras durante cierta época del año. Recordemos, sin embargo, que bien pronto se reconoce el trabajo de los africanos como más productivo que el del indio.³

Claro está que la información contemporánea y una mayoría de los autores modernos atribuyen el afán de sustituir a los indios a su casi total exterminio antes de 1530; pero cualquiera que fuese el criterio acerca del número de indígenas asesinados o el número de los que perduraban hacia 1520, no hay duda que era imposible transformarlos en agricultores al uso europeo. Baste percatarse que los cultivos de plantación, esto es, de gran categoría comercial fueron posibles solamente con los africanos y en un momento ulterior más bien lejano: el ejemplo de la industria azucarera es ilustrativo en lo que a La Española respecta. En Cuba, el primer gran producto comercial que fue el tabaco, se desarrolla por el aprendizaje de los campesinos canarios y los negros —apropiándose la técnica de los indios durante el XVI— y aún cuando no adquiere

³ HENRÍQUEZ, p. 129: el testimonio contemporáneo procede de Manuel de Rojas y se encuentra en *CDU*, t. IV, p. 370.

caracteres de plantación, sin duda, el rendimiento del propio labrador blanco, su familia y algún que otro africano, es superior al de los indios.

La agricultura de las primitivas *estancias* tiene una importancia efímera. Sirve para mantener el tráfico en el Caribe durante el período de las grandes expediciones. Cuando hacia 1520 parece que se va a tener buen provecho con la minería del oro, los vecinos desplazan a "sus" indios hacia esta ocupación, "excepto los de San Cristóbal de La Havana, que no lo pueden cojer, de lo que los vecinos de la dicha isla se sustentan de sus granjerías de pan y ganados", se dice en 1527.⁴ Obsérvese que hay en esto una diferenciación clara en dos zonas: centro-oriental, de predominio minero, y occidental, de carácter agropecuario y comercial. En definitiva esta última constituía una gran reserva decisiva para el desarrollo colonial, desde entonces en desigualdad creciente.

Esta reserva está disponible cuando hacia 1540 comienzan a cambiar las rutas marítimo-mercantiles intrainimperiales. En verdad, al desarrollarse los grandes centros continentales (virreinos), la América comienza a producir los artículos comerciales permanentes que en las islas no se hallan. La Española no conserva su hegemonía azucarera después de 1550. Cuba, que no subsiste de la minería del oro, ni puede bastarse con la venta del casabe, cuya demanda se reduce, requiere, por otro lado, alimentos para su población, no solamente para los vecinos, sino, sobre todo, para los cientos y miles de transeúntes —flotistas— que permanecen durante meses en La Habana. No es un azar y, desde luego, constituye un hecho revelador, que hacia 1550 se empieza a importar en La Habana la harina de trigo de Puebla de Los Ángeles (México). Ahí está como en nuez todo el sentido del cambio de organización económica de las colonias, y la modificación estructural de la primitiva economía cubana: Cuba pierde su relativa suficiencia y su efímera capacidad exportadora para quedar insertada como pieza sin valor apreciable en el sistema económico imperial.⁵ Fenómeno que por otra parte representa una sustancial disminución de la importancia de la agricultura de *estancia*.

Esta transformación no se realiza en un día. Pudiera decirse que es un proceso implícito en la creación de toda la eco-

⁴ *Papeles*, t. I, p. 120.

⁵ Comienza la etapa de la pura y simple significación naval y militar de tránsito que identificaría a Cuba hasta fines del XVIII, a despecho de los cambios que se producían en su producción y comercio.

nomía colonial, desde el desembarco de Velázquez hasta las últimas décadas del siglo XVI. Implícita, decimos, por el carácter limitado de esa economía dependiente de las empresas de penetración en otros territorios entonces en proceso. La transformación es profunda y contribuye a agitar aún más a la movediza minoría de colonos y sus cambiantes explotaciones económicas.

2. *La desarticulación demográfica. Deseo de enriquecerse: Cuba ofrece poco. Proceso de despoblación de villas. Faltan brazos. Las Leyes Nuevas rematan la "decadencia"*

La organización imperial que resulta de la conquista y colonización de México produce en Cuba una desarticulación demográfica muy profunda. Pero, en verdad, el fenómeno era de carácter endémico; en 1513, el propio monarca ordenaba a Diego Colón dar a Pedrarias Dávila o a quien los solicitara a su nombre, 120 hombres "de los que en ella (La Española) no tuvieran indios de repartimientos".⁶ Naturalmente, los colonos asentados y enriquecidos eran menos sensibles a las aventuras que los excluidos del repartimiento de indios. Por eso, cuando se organizaron las expediciones que alcanzaron las costas de Yucatán (Francisco Fernández de Córdoba y Juan de Grijalba), el grueso de las huestes estaba formado por españoles sin indios ni vecindad, que andaban "derramados" por Cuba. El testimonio de Bernal Díaz del Castillo, ya mencionado, es suficiente.

Claro está que muchos de los colonos beneficiados con tierras e indios también se unieron a las empresas porque su posición económica les permitía asociarse al jefe, contribuir a los gastos, y por consiguiente, contar con una participación cuantiosa en el botín. Y ello nos interesa en este capítulo, desde el punto de vista de esta despoblación inicial, porque representa la existencia de mayores incentivos de lucro fuera de Cuba.

Las villas cubanas sufrieron el primer impacto de la despoblación antes de 1520, cuando las expediciones a Yucatán enrolaron no solamente a los transeúntes o desarraigados, o no privilegiados, fueran resto de la tropa de Velázquez o del Darién, sino a residentes que contribuyeron con su dinero, sus provisiones y "sus" indios a asegurar esas empresas. Ni siquiera el fracaso los restituyó a su anterior lugar de vecindad (Cuba) porque, enterados de que al poniente de México había

⁶ SERRANO, p. CCCXXV.

tierras de indios con superior cultura y riqueza, ya no quedarían satisfechos en sus magras *estancias* de Trinidad y Sancti Spiritus. Muchos habitantes de las villas cubanas salieron entonces y después a reunirse con Hernán Cortés. La sangría aumentó cuando Velázquez envió a Pánfilo de Narváez con una buena hueste a reducir al conquistador de Nueva España, por que si bien esos vecinos eran amigos, deudos o preferidos de Velázquez y no habían obtenido parte alguna del botín de Cuba, en definitiva se sumaron a Cortés y con él quedaron.⁷

Muchos desheredados de la suerte, que no eran del clan de Velázquez y no habían obtenido parte alguna del botín de Cuba, partieron con los vecinos. A medida que pasaban los meses, nadie quería permanecer allí donde estaba. Trinidad que en 1518 tenía 40 vecinos, quedó con diez o doce en 1534. Algunos más, aunque no pasaban de treinta, había en Puerto Príncipe y en Sancti Spiritus en esa última fecha. En 1527 le correspondió a Santiago de Cuba dar a Narváez los hombres que necesitaba para completar su tropa. Y consta, según testimonio de 1528, que la única villa no despoblada por las aventuras de Nueva España era Santiago de Cuba. Baracoa sufrió antes que las demás este proceso de despoblación, pero, por causas diferentes, pues allí lo que más pesaba era la atracción de las demás villas fundadas por Velázquez situadas en tierras mejores, con más población indígena y de más fácil comunicación. Todavía en 1533 Baracoa tenía trece vecinos y, lo que es más importante, veinticinco españoles "a soldada", lo que refleja, en suma, la supervivencia de "estancieros" o administradores de fincas y una guarnición subvencionada por los vecinos. Algo más tarde, se redujo en mayor medida la población del lugar.⁸ Es la época en que los gobernadores, como Gonzalo de Guzmán y Manuel de Rojas, son acusados de no vigilar el

⁷ Millares-Mantecón publican muchos documentos de 1525 a 1530 de antiguos vecinos de las villas cubanas, recientemente avecindados en México, que reclaman sus pertenencias e intereses abandonados; a veces se trata de una yegua, de una india naboría con un hijo de ésta; otras se trata "de un muchacho hijo mío natural y de Violante, india, natural de la dicha isla Fernandina, difunta".

⁸ Sobre la despoblación los datos son numerosos y podría consultarse: *CDU*, t. I, p. 318; t. IV, p. 334, 336 y sig.; t. VI, p. 27, 230 y 299; *CDAO*, t. IX, p. 346; *Cartas* (obra de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca); *BAN*, t. XIX, p. 1-3 (1920), p. 85 (reproduce la parte de Cuba del *Islario General* por Alonso de Santa Cruz); HENRIQUEZ, p. 128 y 147; WRIGHT, *Early*, p. 260; *Papeles*, t. I, p. 217, 223 y 290; t. II, p. 9.

cumplimiento de la drástica prohibición de abandonar a Cuba, establecida por disposición real.⁹

Los cambios deducidos de las empresas expansionistas y la escasez de vecinos provocan situaciones interesantes en este período. Los minúsculos grupos de vecinos buscaban constantemente la manera de situar mejor las villas. La Habana cambió de emplazamiento dos veces antes de 1518, Santi-Spiritus, Bayamo, Santiago de Cuba y Puerto Príncipe mudaron también de asiento antes de 1530. Aun cuando las "vecindades" no estaban en su totalidad cercanas a las villas, sino más bien dispersas, estos traslados debieron afectar a la agricultura primitiva. Un ejemplo, documentado en la causa de Residencia de Gonzalo de Guzmán, es el del traslado de Trinidad a Sancti-Spiritus hacia 1530-1532; si se revocase la orden y se dispusiese que Trinidad permaneciera en su emplazamiento, los vecinos recibirían mucho daño "a causa de no haber hecho su labranza por no saber donde habían de permanecer".¹⁰ La historia no podía continuar de otra manera: en 1534, no había en Trinidad "alcaldes, ni regidores, ni otra cosa en concierto ni orden de pueblo". Muchos de sus residentes se fueron a Matanzas, donde se registran 200 "vecinos" en 1540.¹¹

La despoblación por motivo de los descubrimientos en el continente coincide con un alzamiento general de los indios desde 1528 en adelante. Disminuidos los indios, bien por su fuga, por exterminio, por su empleo en los placeres auríferos, las villas, que buscaban en las costas la corriente comercial, promovida por los descubrimientos en el continente, comenzaron a decaer. Las labranzas que antes hacían para los españoles, las tienen ahora los indios de Guamá en los montes.¹² Aun cuando había esclavos negros, se prefería lanzarlos a la minería donde su rendimiento podía apreciarse mejor, pues uno de ellos "coge más oro que dos personas de la tierra";¹³ con el empobrecimiento progresivo de los yacimientos, este impulso de acentuada explotación del trabajador seduce la mente de los colonos oligarcas. Además, los corsarios france-

⁹ *CDU*, t. I, p. 363: Real Cédula de 17 de noviembre de 1526; hubo otras disposiciones similares; se amenazaba incluso con pena de muerte.

¹⁰ *CDU*, t. IV, p. 223.

¹¹ *CDU*, t. IV, p. 332, en relación con *BAN*, citado anteriormente. Es interesante subrayar que Matanzas no se institucionalizó como centro urbano hasta fines del siglo XVII. A fines del XVI y durante el XVII tenía fama de ser un centro de contrabando.

¹² *CDU*, t. IV, p. 168.

¹³ Véase nota 3.

ses hostigaban cada día con más éxito el comercio intercolonial. En 1538 andaba "la cosa de ellos muy desvergonzada y muy atrevida", manteniendo en la práctica bloqueado el puerto de Santiago de Cuba.¹⁴ El comercio-inversión en el aprovisionamiento de los barcos expedicionarios disminuía a medida que las tierras nuevamente conquistadas empezaban a autoabastecerse y a proveer a las empresas que iban más lejos.

Al reducirse el comercio y la producción, las expediciones que de paso se abastecían en Cuba provocaban mucho malestar. "La mayor y sola granjería que tienen los vecinos" (venta de casabe), al decir de Gonzalo de Guzmán, tropieza entonces con dificultades que contribuyen a deprimir aun más la primitiva economía colonial. Cuba está perdiendo su posición de abastecedora de casabe y de ganado en pie. Trinidad y San Spiritus no cuentan: están despobladas. Santiago se va reduciendo a un corto tráfico con Tierra Firme, que se anima momentáneamente con el descubrimiento del Perú. Todavía en 1547, el Licenciado La Gasca recibe allí 40 hombres "equipados y abastecidos" que le envía el gobernador Chávez.¹⁵ La Habana está muy lejos de las zonas de penetración, donde se están produciendo los más importantes movimientos hacia 1540. Es la época en que "la isla se disminuye cada día en todas las cosas".¹⁶

El golpe mortal lo asestarían las Leyes Nuevas (1542) que no surtieron los efectos que se les atribuían en las colonias continentales, pero que, en Cuba, redujeron a la mínima expresión el trabajo de los indios. El rapaz obispo Sarmiento atribuyó a su promulgación la muerte "de pesar" de Francisco Agüero, la salida de Manuel de Rojas para Perú y la de Ana de Bazán "con sus negros" a Santo Domingo.¹⁷ Se pedía misericordia para los "muchos hombres pobres y viudas cargadas de hijos e hijas doncellas, que no tienen otros bienes" sino algunos indios.¹⁸

Las quejas se multiplican cuando pasan expediciones como la de Hernando de Soto, que agota todas las existencias de

¹⁴ CDAO, t. III, p. 20.

¹⁵ CDU, t. VI, p. 301.

¹⁶ CDU, t. VI, p. 98.

¹⁷ CDU, t. VI, p. 190. En cuanto a Manuel de Rojas se sabe que fue a reunirse al Perú con su hermano Gabriel, portaestandarte real en la batalla de Jaguijahuana, donde fueron vencidos los pizarristas.

¹⁸ CDU, t. VI, p. 216.

productos de la tierra por un término de dos años.¹⁹ En verdad, al disminuir el comercio de exportación y faltar los brazos, la agricultura primitiva va perdiendo importancia: en la segunda mitad del siglo, se importa casabe de Santo Domingo y en La Habana, donde más se necesita, es preciso traerlo de Santa Cruz (o Remedios) y de otros lugares.

3. Surge el comercio de cueros. Cese de la oportunidad señorial para los inmigrantes. Señorea la oligarquía de origen velazquista

Sólo va quedando a lo largo de la isla una explotación que no necesita muchos brazos y cuyos productos atraen por igual a españoles, franceses e ingleses: la ganadería. En 1557 y 1558, con motivo del arrendamiento de la descarga del puerto de La Habana, el único artículo que se menciona repetidamente es el cuero vacuno.²⁰ Por entonces, el comercio de contrabando y la piratería contaba con una provisión de varios millares de cueros procedentes de Bayamo, de Remedios, de Matanzas.²¹ Sin contar las carnes saladas o ahumadas que con frecuencia se obtenían directamente, sin establecer intercambio con los terrícolas.

Esta participación de los extranjeros en el comercio "marginal" de cueros fue, sin duda, un factor de aceleración en el predominio de la ganadería a fines del XVI y en la primera mitad del XVII, así como las nuevas conquistas habían estimulado y mantenido el comercio de casabe años atrás. Todo ello era congruente con el papel dinámico del intercambio mercantil en esa época del capitalismo emergente. En consecuencia, mientras crece la producción exportable se restringe la del consumo interno. A fines del siglo, las dificultades para alimentar a la población creciente son muy comentadas.²²

Esta larga "crisis" que dura más de treinta años —por lo menos de 1525 a 1560— se caracteriza por una ausencia casi

¹⁹ CDU, t. VI, p. 55, 59 y 62; *Papeles*, t. I, p. 128, *Actas* t. I en la sesión de 19 de junio de 1551 hay quejas en el cabildo habanero por la falta de casabe resultante del paso de la flota.

²⁰ *Actas*; por cierto que en la sesión de 26 de mayo de 1558 los vecinos protestaron del cobro de la descarga de cueros y otros productos de la propia colonia, lo que implica la existencia de un comercio de cabotaje importante.

²¹ WRIGHT, *Early*, p. 266. Los ataques de los franceses al trato o sea al comercio de cabotaje de cueros, se comprueba: *Papeles*, t. I, p. 24 y t. II, p. 257; WRIGHT, *Habana*, t. II, p. 55.

²² WRIGHT, *Habana*, t. II, p. 212. Es curioso observar que desde 1605 se exporta tasajo de Río de la Plata a Cuba; véase, Piffer, p. 124.

total de autoridades. Los cabildos, por escasez de vecinos, se vinculan a pequeños grupos, oligarquías en formación, cuya perduración en la tierra les permite aumentar su poder, a medida que huyen los transeúntes, los insatisfechos y los excluidos de las ventajas. Cualquier querrela inmoviliza a los regidores durante meses.²³ Los cargos no pueden cubrirse totalmente, pues no hay suficiente gente letrada. Nada, por cierto, recuerda la vieja tradición populista del municipio español. Quizás hubiera un destello positivo en la institución de los procuradores y en sus reuniones anuales donde, a veces, lo que debatían eran las querellas entre el grupo afecto al gobernador y el grupo desafecto, pero bien pronto cesaron. En verdad, la institución más sólida fue siempre la del gobernador y sus tenientes. O la omnímoda voluntad del vecino más rico como es el caso de Remedios, Puerto Príncipe y Sancti-Spiritus, donde eran ley el deseo y los intereses de Vasco Porcayo de Figueroa.

El predominio de la autoridad central compartido y a veces limitado por la oligarquía, implica la consagración progresiva de un hecho social muy importante: la formación de una población blanca, de origen europeo, total o casi totalmente desposeída de bienes, dependiente de la oligarquía, aun cuando frente a indios, negros y sus híbridos respectivos, fuera un grupo de privilegio étnico-social. Ello prácticamente representa el cese de las posibilidades "señoriales" que tenía la masa general de inmigrantes hasta mediados del siglo. En consecuencia, una buena parte de los que llegaban tenían que vivir de un salario o se internaban en las zonas rurales para realizar por sí los trabajos agrícolas. Ahora, la formación social de la colonia favorece la colonización con agricultores europeos porque una buena parte de los labradores y de los artesanos que llegan a Cuba, tienen que seguir siendo labradores y artesanos; pero la naturaleza del clima —junto con las técnicas de la época— impide que se introduzcan los cultivos europeos. No es el caso del trigo que a mediados del XVII y hasta el XIX, en ciertas regiones, adquirió alguna significación como cosecha de abastecimiento de mercados cercanos.

Hacia 1550 muchos de los vecinos se conformaban con que los indios cuidaran sus labranzas y monterías para vivir. Las viejas estancias diseminadas por toda la isla se habían agrupado en torno a las villas. Más lejos de éstas, empiezan a multiplicarse los hatos y los corrales, expresión de la ganadería

²³ La crisis de 1544 en el cabildo de Santiago de Cuba la señala un documento de la *CDU*, t. VI, p. 206.

pujante. Es el caso de Puerto Príncipe, que hacia 1569-1570 "se va poblando de muy buenos hatos de vacas".²⁴

Fundamentalmente, el cambio agrario consiste en la pérdida de importancia de la agricultura comercial de origen indígena (casabe), el debilitamiento de la agricultura subsistencial fundada en los cultivos y el trabajo indígenas, el crecimiento de la ganadería mayor, los primeros esfuerzos por afincar el cultivo y la industria de la caña y el azúcar, con auxilio de los africanos, o sea, la prístina aparición de la agricultura comercial de exportación y del latifundio como fuerza decisiva de orientación agraria.

La "decadencia" es, propiamente, ese cambio de estructura y de orientación agraria y comercial. Ello se refleja en las instituciones. No es preciso referirse aquí a los cabildos inexistentes en la práctica o que por falta de personas aptas o por querellas entre autoridades o grupos de intereses (cortesistas y velazquistas, primero; regalistas y "localistas" o ¿comuneros?, después), dejan de reunirse durante meses. Ni hablaremos de las estancias abandonadas y los indios "derramados" por virtud de la retirada progresiva del español hacia las villas y, desde éstas, hacia otras colonias. La minoría aferrada a la tierra se consolida, todo le queda en sus manos: cabildos, tierras, ganado mostrenco. No sufre por las olas de retaguardistas hambrientos que vienen a competir por esas riquezas y poder.²⁵ Cuando aparece la nueva organización agraria, viene de brazo de una oligarquía municipal, cuyo origen velazquista sugiere precisamente la idea de su consolidación como grupo dominante a través de la crisis.

4. Interpretación del cambio

Desde luego, este giro de la estructura económica primera que, como hemos visto, consiste en el inicio del predominio de las explotaciones pecuarias, fue posible por el hecho de que las actividades fundamentales eran escasas, de objetivos limitados, emergentes, sujetas además al impacto perturbador del

²⁴ *Papeles*, t. I, p. 217.

²⁵ ABBAD y LASIERRA, en su obra clásica y sugerente sobre Puerto Rico, presenta (p. 151) una tesis similar, que podríamos —como simple hipótesis— considerar aplicable a todas las tierras "periféricas", o sea, separadas de los grandes y ricos virreinos. Allí, como en Cuba, la despoblación fue un factor favorecedor del latifundismo oligárquico en sus inicios; pero es obvio que el crecimiento demográfico dio valor real a sus tierras, valorizándolas solamente por el mercado interno y el tránsito de las flotas.

proceso de penetración en otras zonas continentales. Lo que por otra parte puede considerarse como señal de terminación de la llamada etapa insular o antillana de la conquista. Lo cual, por otro lado, se revelaba en la organización y tránsito regular de las Flotas después de 1540 que dejaron al margen a Santo Domingo, Puerto Rico y Jamaica e hicieron de La Habana una estación de tránsito principal. El hecho de que se consolide el poder colonial en las regiones más ricas de la Tierra Firme implica que las islas comenzarán a perder su importancia inicial y rápidamente se transformarán en posesiones marginales, dependientes de aquéllas, y al par, más abiertas al ataque de los enemigos y de las relaciones mercantiles ilícitas con las demás potencias europeas.

Esta coyuntura prepara la manifestación de dos fenómenos de suma significación en todo el proceso antillano y, por ende, reflejados en Cuba. Uno, consiste en que no se constituye una economía propicia a la asimilación de formas europeas de explotación de la tierra, lo que sirve de base a la ulterior aparición de la llamada economía de plantación. Otro, es el carácter periférico de las islas en relación con el tráfico más cuantioso entre la Metrópoli y las zonas continentales. Lo que, en suma, está en la raíz del abandono de que fueron objeto las islas a partir de la segunda mitad del XVI. Sin embargo, consideradas como avanzada del imperio español, se transformaron en puntos bien fortificados, especialmente La Habana.

O sea, que el cambio de estructura, digámoslo así, implica el paso hacia una organización que representa, ciertamente, un crecimiento limitado de la economía y una reducida adición de nuevos elementos sociales significativos. Y esto, por lo menos, hasta la segunda mitad del XVII.

Mientras las colonias continentales crecen y en ella se estabilizan rápidamente las estructuras, en las antillanas o insulares hay un auténtico estancamiento, un lento crecer o, en ciertos casos, como en Santo Domingo, una regresión. Sólo Cuba adquiere una verdadera importancia como posición estratégica naval.

V

Las haciendas circulares: hatos y corrales

Las monterías de ganado cimarrón o mostrenco, desde los primeros tiempos, o cuando menos desde 1530, se prohibían en una legua o en dos leguas "a la redonda" del *sitio* de ganado, o sea, del lugar que se tomaba como asiento para el rebaño o la piara, las viviendas del mayoral y de los peones y los cultivos de subsistencia que éstos requerían. Como se sabe, en la historiografía cubana, las mercedes de tierras de una legua "a la redonda" se denominaron *corrales*, y, originalmente, implicaban una autorización para la cría de ganado porcino; y las de dos leguas "a la redonda" se denominaron *hatos* y eran destinadas a la crianza de ganado vacuno. Sin embargo, los documentos municipales —al menos, los de La Habana—, durante el siglo XVI permiten apreciar que esas denominaciones (*corral* y *hato*) no eran las únicas que predominaban en relación con las explotaciones pecuarias. Por otra parte, ambas se aplicaban también —aunque pocas veces— como veremos más adelante, en su sentido castellano más directo.¹

1. Nomenclatura inicial: el sitio. Evolución semántica de la palabra hato. La sabana. Uso del vocablo cabaña

La palabra más difundida para significar el tipo de merced de tierra solicitada era *sitio*, que se distinguió a continuación por el tipo de ganado a que se destinaría dicho sitio. En consecuencia, cabe suponer que, en verdad, tanto el *hato* como el *corral* en su forma definida desde 1560-1870 son símbolos de un cierto proceso agrario. Ello explicaría que a principios del siglo XVIII fue necesario aclarar la equivalencia de todas las palabras usadas en los documentos cubanos para calificar las diversas mercedes de tierras con destino a explotaciones ganaderas.² No obstante, en la historiografía cubana los hatos y

¹ Como es sabido la palabra hato significa rebaño y se aplica a las concentraciones de cabezas de ganado vacuno. Corral significa lugar donde se reúnen animales domésticos, sin distinción de tipo de explotación en que se aplica la palabra; por esta razón en Cuba se difundió, para distinguirlo del corral, con la significación de hacienda circular para ganado porcino, la denominación específica de corral de encierro, o sea, el lugar donde se recluía el ganado dentro de la finca.

² Aun cuando no hemos hallado testimonio contemporáneo, especialmente en las *Actas*, parece, por lo que se afirma en una serie de infor-

los corrales aparecen como formas estructurales agrarias surgidas de una vez y con idéntico carácter. Ello equivale a no reconocer una evolución, un determinado desarrollo, que corresponde a la fluidez de los fenómenos ocurridos en el siglo XVI. Porque, en efecto, los hatos y los corrales los vemos generalmente en su forma final, o sea, como haciendas *circulares*. Y esa forma geométrica es un resultado y no una causa, es un punto de arribada y no de inicio. Para que llegaran a materializarse esas haciendas de linderos circulares fue necesario una evolución sobre la cual versará este capítulo. Es más, ni siquiera la nomenclatura y la forma de las mercedes fue uniforme en todo el país pues —en cuanto al significado de los vocablos— hay variantes y excepciones en la zona centro-oriental y —en cuanto a la forma—, en el Oriente abundaron los hatos y los corrales rectangulares.

Quizás la más fehaciente prueba de dicha evolución radica en el cambio semántico de las palabras. No abunda la evidencia documental, pero aún siendo tan escasa nos permite una prueba negativa, en tanto a partir de determinadas fechas se difunde el uso de los vocablos *hato* y *corral*.

No hay duda de que en los documentos más antiguos como la *Memoria* de las haciendas del Conquistador Velázquez (1520-1524) se habla de "ciertos *atos* de puercos" (el subrayado es mío). Igual empleo de esta palabra se observa en un documento de 1525 al referirse a los "muchos *atos* de puercos" (el subrayado es mío) que poseen los regidores de Santiago de Cuba.³ Aún más, en 1556 también hay una referencia a los "*hatos* de puercos" (el subrayado es mío). Todo esto indica que la palabra se usó inicialmente en el sentido de rebaño y, en el caso

mes oficiales (por ejemplo Archivo Nacional, La Habana, *Junta de Fomento*, p. 209, no. 9461), que el cabildo habanero en 16 de junio de 1719 acordó que las *sabanas* fueran consideradas hatos y los *sitios* de ganado menor se considerasen corrales, sin que el hecho de su redondez incompleta impidiese que fueran tenidos por tales hatos y corrales y, por consiguiente, se les diera "tal título y jurisdicción". Esta última palabra significa atribución de tierra nueva hasta completarse su radio de 1 ó de 2 leguas. Véase *Apuntes*. Esta asignación a *posteriori* de una calidad que implicaba determinada cabida del fondo no es, ciertamente, una política agraria sana; pero convenía a la oligarquía terrateniente de la época. Señalemos que los hatos venían obligados a contribuir con determinado número de cabezas de ganado al abasto urbano, por virtud de la *pesa* y que, al amparo de esta carga, tenían un régimen de privilegio. En último extremo, ello constituía una valoración más de la finca. Véase más adelante, capítulo XIII.

³ Véase, *CDU*, t. I, p. 201 y 219; *Papeles*, I, p. 217; Oviedo, citado por José L. Franco, *Haití* p. 23.

señalado más arriba, como sinónimo de piara. Sentido prístino de esa palabra que, como en otros casos, se modifica en América.

Todavía en 1558 la palabra *hato* indica el rebaño, mientras la palabra *sabana* es la clave del tipo de merced que se solicita. Posiblemente el uso de la frase "para poblar hato de vacas" fuera la forma en que se inició el cambio semántico hacia 1560. Lo que no quiere decir en modo alguno que no hubiera otros vocablos, como hemos dicho, tanto o más usados para indicar el tipo de merced. Es el caso de la palabra muy genérica *sitio*, abundantemente expresada en los documentos municipales, y el de las palabras *sabana*, *sabaneta* y *sabanilla*, que parecen haberse utilizado para indicar la crianza de ganado mayor, vacuno y equino respectivamente, aprovechándose el contenido geográfico que tuvieron desde el principio, pues ellas se aplicaban a las extensiones llanas cubiertas de pastos naturales, connotación general que se conserva aún hoy.

No es extraño que puedan observarse estos cambios y confusiones semánticos, ya que es posible concebir una primera etapa de la colonización en la cual los conquistadores y los colonos de avanzada trasplantaban a su nueva tierra los vocablos de uso más general en España, o más bien en sus regiones de origen. Ejemplo de ello sería el caso de la palabra *cabaña*, de tan alto prestigio en la complicada ordenación de la Mesta española y que, hasta donde sabemos, solamente aparece en un documento de 1543-1544, con el significado de "número considerable de cabezas de ganado" en referencia a la gran fortuna agraria del energúmeno Vasco Porcayo de Figueroa. Con anterioridad pero en un documento de origen metropolitano, pues se trata de una Real Cédula de 1528, se usaba con idéntica significación. El padre Gumilla todavía la emplea con ese contenido en el siglo XVIII. Aun cuando fue poco usada esta palabra, al combinarse con las variantes fonéticas y paleográficas del vocablo *sabana*, tendió a desaparecer y, en última instancia, no contribuyó sino a aumentar la confusión.⁴

2. Origen del hato y del corral: el sel. La fijación de términos "a la redonda": antecedentes. Los egidos o "salidas"

Finalmente, la medida "a la redonda" no fue uniforme, lo que ratifica la evolución ocurrida en el propio siglo XVI. La primera merced de la cual se conserva información era de 3

⁴ *Papeles* t. I, p. 138; *CDU*, t. VI, p. 229. A nuestro entender es correcta la observación de Ruiz Cadalso, p. 13, que vincula la palabra cabaña a la palabra sabana.

leguas de radio (Hato de Manicaragua); el Gobernador Mazariegos concedió a Alonso Sánchez del Corral las sabanas de La Habana con 3 leguas también; pero no satisfecho con ello el beneficiario obtuvo que el rey le concediera esa misma merced (1572) con 5 leguas. Ciertamente pudo ser excepción por tratarse de una merced real directa. Irene A. Wright estima que la medida común era de 3 leguas.⁵ Quizás no fue regla general, sino que, simplemente, hubo una primera etapa en que variaba la medida, fijándose posteriormente en dos leguas. Cabe desde luego la posibilidad de una largueza inicial que la abundancia ulterior de colonos obligó a restringir.⁶ A lo menos, el cabildo de 18 de enero de 1585 expresa que debe darse a cada merced "sus dos leguas", como cosa ya sabida.

La merced circular de un sitio para ganado no constituye en sus orígenes más que una simple autorización para el uso exclusivo de pastos. No es cosa nueva en la estructura agraria española. Sus antecedentes se hallan en instituciones, una de las cuales, propia de Vizcaya, merece especial atención. Existía en esa región una concesión temporal de pastos llamada *sel*. "Debía haber sido ley [dice un historiador], o por lo menos costumbre, que en cierta distancia se pudiesen pacer los ganados de distinto dueño y por ello señalaban extensión para el sel... El de invierno tiene de radio 126 estadios de 7 pies comunes de a una tercia de vara, y el de verano, 63."⁷ Es muy curioso observar que ambos tipos de sel se diferenciaban por el radio, siendo uno la mitad del otro, lo que ocurriría igualmente en Cuba con el hato y el corral. Claro está, que esta institución, existente en tierras de ganadería trashumante implicaba que el aprovechamiento exclusivo de los pastos no era permanente a diferencia de lo que ocurría en Cuba, donde la concesión o autorización era permanente. Subrayemos que la diferencia de medida se debía a la variada cantidad de pastos

⁵ Véase Wright, *Early*, p. 265, donde señala no solamente el caso ya conocido del Hato de Manicaragua sino también el que mencionamos en el texto; CASSÁ, *Dominicana*, p. 103, señala que, dependiendo de la cantidad de reses podía ser el 1 a 3 leguas.

⁶ Esta hipótesis, sin embargo, parece desmentida por la supervivencia predominante de arcos de círculo correspondientes a 1 y 2 leguas, que se observa en el *Atlas del Censo*.

⁷ Tomándolo del historiador JUAN RAMÓN ITURRIZA Y ZAVALA (*Historia general de Vizcaya*, Barcelona, 1884), tanto MORENO, p. 228, como BARANDIARÁN, p. 88, tratan de esta institución agraria vascongada. En el siglo XIX, RODRÍGUEZ FERRER, t. II, p. 253, relacionó el sel con las haciendas circulares cubanas.

según las estaciones y desde luego, a cierta escasez de tierras, propia de España, en franca diferencia con Cuba.

Podríamos inclinarnos a pensar que la fijación del aprovechamiento de pastos en tantas o cuantas leguas "a la redonda" provenía, por vía directa, del sel. Sin que desechemos totalmente esta filiación, debemos tomar en cuenta el hecho de que esta fijación de términos "a la redonda" está presente en numerosísimas manifestaciones económico-jurídicas medievales. En la Edad Media y aún en los siglos XVI y XVII, la fragmentación política y territorial fuerza a establecer innumerables delimitaciones para el ejercicio de los derechos, pues no era fácil, ni a veces, conveniente, establecer fronteras o linderos. La delimitación circular en torno a un punto, una ciudad, una edificación, tenía la virtud de precisar en cada caso, sin más averiguaciones, cuándo una persona o un acontecimiento quedaba incluido dentro del límite y cuándo fuera del mismo. De este modo las reiteradas prohibiciones comerciales —la de *atravesar* determinados artículos o de vender a precio libre— podrían fácilmente ser reforzadas, pues el transgresor tenía que hallarse dentro de la distancia "a la redonda" que se fijaba como zona para el cumplimiento de la norma. Abundan en la estructura y las regulaciones agrarias españolas y europeas en general, así como en otras actividades, las delimitaciones en círculo, tal es el caso del Condado de Niebla (Huelva), donde se podían ocupar tierras y edificar casa o corral, y si se cubrían de techo estas edificaciones se adquiría el derecho exclusivo a usar "una superficie alrededor graduada en una fanega de tierra". Las *Ordenanzas de Tarazona* igualmente establecían la facultad de levantar edificaciones, vedándose a los demás la ocupación de cierto espacio alrededor de ellas. Otras ordenanzas señalaban la prohibición de cultivar en 100 varas de 12 palmos alrededor de las casas, eras y balsas del vecino, lo que suponía un derecho exclusivo a usar de ese espacio.⁸ No faltaron en América delimitaciones similares; por disposición de 1591 no se podía conceder merced para

⁸ COSTA, p. 273. Posiblemente la distancia de 2 leguas que debía existir entre las granjas o explotaciones monásticas en la Edad Media era también a la redonda; véase AMADO, p. 69; MORENO, p. 230 y 276, menciona el Fuero de Nájera (1076) y el Fuero Viejo, en casos de delimitación a la redonda. También puede verse en PÉREZ LÓPEZ, t. XXV, p. 487, delimitaciones a la redonda en leyes de 1387, 1480 y 1627. Deben mencionarse también las *Ordenanzas para el tratamiento de los Indios* de 23 de enero de 1513, párrafo quinto en TAPIA, p. 203. La práctica se generalizó en América pues en *Ordenanzas Municipales* dictadas por Hernán Cortés se establecen mercedes de tierras con radio de $\frac{1}{2}$ legua y 1 legua a la redonda; véase OTS, p. 61; regulación que se extendió a Honduras, según

explotación pecuaria en 5 leguas a la redonda de las poblaciones —después reducida a 3 y 2 leguas según el tipo de ganado, mayor o menor.⁹

No hay por qué pensar que el caso cubano, como el de las prescripciones similares vigentes en Santo Domingo y Puerto Rico, así como en México, fuera cosa distinta de esa conocida y universal fórmula de delimitación. Es más, constatamos su presencia, quizás ocasional, en Chile, el año 1577, al concederse un derecho de pastos en cuatro leguas “a la redonda” de un hato; aun cuando no se vincula a la palabra hato como sucede en Chile, lo cual aproxima este caso a la fórmula usada en las Antillas, en Río de la Plata hacia 1574-1579 hay ejemplos de concesión de tierras para estancia de ganado “a la redonda” de un punto.¹⁰

Más lejos podría irse, aun cuando no es necesario para nuestra investigación. Al parecer, la disposición de las tierras

ALVARADO. Aquel mismo autor se refiere, sin embargo, a la Real Cédula de 15 de enero de 1529, en la que se ordena conceder términos de 2 leguas en cuadro. En las *Ordenanzas de Minería* del virrey don Francisco de Toledo, cit. por OTS, p. 66, 67, se establecen también delimitaciones a la redonda. Por su parte, las *Constituciones Sinodales* (1645) de Puerto Rico establecen que los vecinos de una hermita en “una legua a la redonda” debían asistir a oficios religiosos todos los domingos (MORALES MUÑOZ, p. 62-63). Como se trata de una práctica muy generalizada, citamos el caso de *Actas*, t. III, sesiones de 16 de agosto de 1577 y 24 de marzo de 1578. Para RUIZ CADALSO, p. 28, la forma circular era desconocida en el siglo XVI en Cuba y aun en todos los países; si se refiere a la fijación de linderos circulares, este criterio es correcto, no siéndolo si se refiere a la fijación de términos “a la redonda”.

⁹ BAZANT, p. 7 y 19.

¹⁰ Cuando se pregonaron las Reales Cédulas de 15 de abril y 18 de octubre de 1541, hubo que ajustar sus prescripciones a las “Leyes de la Tierra” vigente en Santo Domingo, donde ya se había establecido el término de una legua a la redonda para los hatos; otro tanto sucedió en Puerto Rico. Pero en Santo Domingo hubo delimitación “a la redonda” de un ingenio de azúcar, como es el caso del que poseía Hernando Gorjón (“Testamento y Codicilo de Hernando Gorjón, *Clío*, julio-diciembre 1947). Citamos en este punto a CHEVALIER, p. 247; en México las hubo desde el siglo XVI, a pesar de que en los Mandamientos del virrey Mendoza, *Documentos Mendoza*, p. 12, se reitera que la delimitación ha de ser en *cuadro*.

Ver BAZANT, p. 19 (en este caso, tres leguas “por cada asiento” dadas a un pueblo, 1606). Por documentos de la época se sabe que Isabel de Bobadilla aportó a su matrimonio con Hernán de Soto una sabana redonda heredada de su progenitor en 1530, situada en Panamá. Salvo que pudiera aclararse más este punto, quizás debía vincularse esta *sabana redonda* con el término *redondo* del cual tratamos en el capítulo I. El caso de Chile se halla en BORDE-GÓNGORA, t. I, p. 35 y los de Río de la Plata en *Libro Córdoba*, p. 16, 70 y 104.

según los usos a que se destinaban en la primera marca germánica es también circular concéntrica, según diagrama que presenta Weber.¹¹ En un dispositivo de esa forma se basa Joaquín Costa para explicar el origen de la palabra *egido*, que sería tanto como *exitus*, o sea, salida; salida en el sentido de "segunda zona concéntrica más apartada del caserío", que se supone quiso expresarse por medio de la frase *exitus in giro (civitatis)* que el propio autor halla en documentos del siglo xv.¹² Otro tanto hacían diferentes grupos indígenas sudamericanos, entre otros los tupinambás cuyas aldeas eran de perímetro circular.¹³

Queda pues establecido que el caso de Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba donde las autorizaciones para el disfrute exclusivo de pastos se otorgan en una distancia "a la redonda", no son ni una novedad, ni siquiera una excepción. Ciertamente es que en el proceso de la colonización española se usaban otras expresiones, como por ejemplo "a tiro de ballesta", pero no eran ni con mucho tan frecuentes como las que son objeto de nuestra atención en este capítulo. Pero subrayemos que fue en Cuba donde este tipo de delimitación quedó profundamente representado en la topografía agraria.

3. La forma circular y el amojonamiento de hatos y corrales. Mudanza de centros y de sitios

Se ha dicho que las haciendas circulares cubanas deben su existencia a que no habiendo agrimensores hacia 1570-1580, se emplearon pilotos y navegantes para los primeros trabajos de deslinde. Conforme a esta explicación, los pilotos emplearon el método de arrumbaciones de los medios rumbos de la Rosa Náutica que por ser 64 en total corresponden a un polígono que se acerca aceptablemente a la forma circular.¹⁴ Pero esto evidentemente no explica la forma circular de las haciendas sino que, por lo contrario, justifica el tipo de medición que se hizo en determinado momento con arreglo a la fórmula "a la redonda" preexistente.

No hay duda de que la fijación de estos linderos circulares es trabajo muy por encima de las posibilidades materiales y técnicas del siglo xvi en Cuba. Sin embargo, la fotografía aérea

¹¹ WEBER, p. 28.

¹² COSTA, p. 466, texto y nota 3.

¹³ MELATTI, p. 98 y sig.

¹⁴ HERRERA; esta tesis la suscriben la mayor parte de los autores que han tratado el problema.

que ha servido de base para los mapas municipales en el *Atlas del Censo de 1953* revela que todavía hoy se conservan numerosos linderos constituidos fundamentalmente por arcos. En muchos casos, quizás en todos, no consisten en bardas ni en setos vivos o muertos sino en caminos de tierra que son los que presentan la forma de arco observados desde mucha altura. Es lógico que, por otra parte, los caminos adoptaran este trazo porque el beneficiario de la merced a lo largo de los años prohibía penetrar en el fundo, negaba toda servidumbre de paso y, por una razón de economía, los transeúntes abrían los caminos a la distancia exacta en que cesaba la prohibición.

El proceso de amojonamiento de las primitivas mercedes de tierra comenzó inmediatamente después de ser aprobadas por el cabildo las *Ordenanzas de Cáceres*.¹⁵ Hacia 1570-1575 hay un cierto renacer demográfico y económico y, entonces, la gran demanda de sitios y la importancia creciente del comercio de cueros parece justificar no solamente el esfuerzo del oidor de Cáceres sino también una acción que tienda a evitar la superposición de mercedes y los consiguientes pleitos que se suscitaban entre los miembros de la oligarquía habanera. Por otra parte, el desarrollo a que nos referimos implica una estabilización y, por virtud de la relativa legalidad que conceden a las mercedes de tierras dichas *Ordenanzas*, las explotaciones ganaderas adquieren un carácter de permanencia indudable y precisan de linderos definidos. Aun cuando muchas mercedes no eran cumplidas en cuanto a poblar la tierra de ganado, no hay duda que ya había pasado la época en que la población, por razón de su movilidad, abandonaba la colonia fácilmente y, por lo contrario, los vecinos deseaban explotar permanentemente y para su exclusivo beneficio los recursos que habían obtenido por razón de sus vinculaciones sociales o de sus privilegios y derechos como colonos.

El proceso de deslinde o amojonamiento no se produce rápidamente. Comenzó en el último tercio del siglo XVI, y, en verdad, nunca llegó a completarse a pesar del impulso que se le dio en el siglo XVIII y en la segunda mitad del siglo XIX. Esto quiere decir que un número de mercedes fueron acotadas en el siglo XVI pero que la mayoría quedó sin linderos materialmente establecidos, lo cual propició muchos fraudes y violencias en la fijación definitiva de la cabida de las haciendas.

¹⁵ Este proceso comenzó no solamente en La Habana sino también en Sancti Spiritus (1577); véase PÉREZ LUNA, t. I, p. 66-68 y 76-77.

4. *Cristalización de las estructuras en las Ordenanzas de Cáceres*

Debemos tener en cuenta que los hatos y los corrales fueron creaciones sociales y por ende instituciones vivas, nunca cristalizadas definitivamente. Prueba de ello serían las alteraciones y modificaciones que sufrieron por razón de necesidades que pudiéramos llamar geográficas y por la ambición geofágica de los beneficiarios de las mercedes, quienes aumentaban su posesión desde que se les concedía. En primer lugar, no siempre el sitio o centro de la hacienda estaba geométricamente situado, pues, por razón de la existencia de una aguada o de mejores condiciones para el pasto se mudaban las edificaciones y los rebaños o las piaras, en suma, se cambiaba de ubicación el llamado corral de *encierra*.

La mudanza de centros requirió la autorización consejil, porque lógicamente podía entrañar y, en efecto así ocurrió, con fraude para las haciendas y los terrenos realengos colindantes, una ampliación de la cabida de la hacienda por traslado de linderos, si estos no se rectificaban en toda su extensión. Cierto es que algunas de esas mudanzas de centros se debieron a disposición de los cabildos pues en la primera mitad del siglo XVII, ante los reiterados ataques costeros de franceses, ingleses y holandeses, hubo la tendencia a no conceder merced de tierra a menos de media legua de la costa o a exigir su traslado a tierra adentro cuando se hallaban a menos de esa distancia (o sea, dos kilómetros). Se decía, además, que esa internación permitía el aprovechamiento comunal de los árboles costeros para construir las casas en las ciudades o, en su caso, disponer de leña. Se observa en el siglo XVII, por precisar más entre 1640 y 1680, una cierta reiteración de estas mudanzas, lo que coincide con informaciones que revelan una aceleración del desarrollo, tanto de la agricultura comercial como de la ganadería; ya no se producían por temor a los enemigos. Por otra parte, la creación de nuevos *sitios*, en otras partes de la hacienda, obligaba a mover los sitios pre-existentes y a reorganizar el aprovechamiento de la tierra.¹⁶ Además, ya en el siglo XVII hay centros de hacienda con pastizales aprovechados durante un siglo, con el consiguiente esquilmo de la tierra y de sus cualidades nutrientes, lo que imponía cambios de ubicación. Sin duda en una serie de casos las mudanzas tuvieron su origen

¹⁶ La obra de BERNARDO incluye unas 57 licencias para nuevos sitios desde 1601 a 1750 así como 62 mudanzas de sitios desde 1600 hasta 1760.

en la necesidad de aprovechar nuevos "ojos de agua" y otras fuentes hídricas para la alimentación del ganado.

Todo ello originó innumerables fraudes. Los documentos municipales revelan que este proceso escapó en gran medida a la vigilancia de las autoridades concejiles o no interesaba a éstas, en su mayoría terrateniente, aun cuando los nuevos sitios dentro de un hato o corral requirieran licencia de la autoridad. Por lo general, tales licencias indicaban el número de cabezas de ganado para las cuales se concedían y el nombre del hato, corral, hacienda, sabana u otra denominación similar de las tierras en cuyos términos se iba a establecer. Fue necesario elaborar una serie de normas para ajustar las situaciones resultantes de esta subdivisión de las haciendas; hubo pactos por los cuales un hacendado o sus causahabientes podían mudar los sitios de ganado sin consentimiento de los demás y que "las tierras, montes, pastos, abrevaderos, usos, derechos y servidumbres de todo el corral quedaban por cuenta de los socios para usar de todo ello sin impedimento ni condición alguna".¹⁷ Pero esto último ya es producto de una larga evolución. Quizás hubo libros en que se asentaban las licencias para nuevos sitios; sin duda los hubo para el registro de marcas o *hierros* de ganado.¹⁸ Hasta donde sabemos no se conservan.

Esta primera subdivisión de los hatos y los corrales, por la creación de nuevos sitios, mantenía el aprovechamiento común del pasto de la hacienda. Posiblemente en una primera etapa los socios se conformaban con *rodear* al ganado una vez al año y se lo dividían, pero posteriormente se concedieron licencias con reconocimiento de la marca del ganado de cada sitio dentro de la hacienda. De todos modos, no había en el seno de esas grandes haciendas una neta división del terreno.

No fue menos importante el hecho de que hubo cambios en la explotación, o sea, conversión de hatos en corrales y de corrales en hatos aunque se aclaró en los documentos municipales que ello se autorizaba sin modificación de la cabida de la primitiva merced. En algunos casos, quedó inscripto dentro del hato un corral concéntrico, formándose entonces entre ambos una zona de tierra en forma de corona.¹⁹

¹⁷ Véase Archivo Nacional, La Habana, *Audiencia de Santo Domingo*, p. 56, no. 12 (1783).

¹⁸ TORRES LASQUETI, p. 67.

¹⁹ Es el caso del hato de Cárdenas y del hato Las Cruces, según BERNARDO, p. 23 y 37.

Cuando se agotó la lucha contra las monterías comunales, las *Ordenanzas de Cáceres* reflejan claramente la hasta entonces subyacente vinculación entre determinado tipo de ganadería y determinada extensión de tierra. Un poco más tarde, por la Real Cédula de 11 de febrero de 1579, se ordenaba proveer lo que fuese necesario para evitar los pleitos sobre disfrute de pastos y, a consecuencia de esta disposición, se inició entonces el amojonamiento de las fincas, inicio de la fijación de la forma circular como lindero material subsistente hoy en día. Se consagraban pues los hatos y los corrales.

Desde luego, esta labor de deslinde revela que muchas de las haciendas no podían tener —quizás nunca pudieron tener— la extensión de radio que les correspondía según el tipo de ganado, vacuno o porcino, en explotación. Lo que se planteaba entonces no era simplemente un pleito sino toda una reconsideración de los títulos y licencias que amparaban a la merced. Había que recurrir a los libros municipales y en éstos la nomenclatura no era uniforme ni explícita. Por consiguiente a lo largo del siglo XVII y en el siglo XVIII aun cuando hato hato y corral eran los nombres de más prestigio, fue preciso intentar una aclaración de la índole de las haciendas. Por eso, abundaron las solicitudes para que se reconocieran como hatos ciertas haciendas o sabanas que no tenían las dos leguas de radio por todos los rumbos y así ocurrió también con muchos corrales.²⁰ Esto es lo que explica que al producirse la extraordinaria confusión agraria de Cuba en el siglo XVII e intentarse en el siglo XVIII una ordenación que cortara de raíz el semillero de pleitos que producían las antiguas haciendas, se estableció una prioridad en el tiempo, de modo que las mercedes, cualquiera que fuera su denominación (sitio, sabana, sabaneta, etcétera), otorgadas en el siglo XVI eran favorecidas, frente a mercedes otorgadas posteriormente, con una presunción de que en su origen tendrían una o dos leguas de radio y por consiguiente serían hato o corral perfecto, aunque no se les devolvía la supuesta cabida original. Esta presunción tenía, desde luego, un fundamento en las viejas ordenanzas que prohibían montar en una legua o dos leguas a la redonda de un sitio de ganado; pero es evidente que algunas de las mercedes originales constituían la excepción a esta regla o se habían concedido fraudulentamente, con perjuicio de un fundo colindante y por consiguiente

²⁰ Pueden verse los casos citados por MARTÍNEZ FORTÚA, t. I, p. 66, 67 y 69.

ni en su origen siquiera tenían la longitud de radio que se les atribuyó posteriormente.

5. *Consideración perspectiva de dicha estructura*

Lo que hemos dicho sobre los cambios ocurridos en los hatos y corrales desde el siglo XVI, sobre todo respecto a la proliferación de *sitios* nuevos, propiedad de causahabientes del "propietario" inicial, y a la subdivisión física entre diversos rebaños aun cuando fuesen del mismo terrateniente, supone un inmediato proceso de disolución del latifundio, particularmente en la región occidental (habanera), desde el mismo siglo XVI. En otro capítulo analizaremos esta cuestión, empero, vale subrayarla aquí como problema que pone en tela de juicio cualquiera hipótesis que implique la supervivencia de esas grandes haciendas como unidad monolítica (o, aún más, en expansión a través del tiempo). No negamos, a lo menos de modo tajante, su carácter latifundiario; pero aclaramos que en ellos, a contrapelo de las tendencias apreciadas en otras regiones y, especialmente, durante el siglo XIX en el continente y en Cuba, como es el caso del latifundio azucarero desde 1840, el carácter unitario jurídico y el crecimiento a costa de tierras ajenas colindantes fueron más bien excepcionales.

Predominó desde el XVI el proceso de disolución, acelerado a mediados y fines del XVIII por la pujante agricultura comercial centrada en el azúcar y el café.

Hubo, en suma, discontinuidad en el tipo y los caracteres de las haciendas latifundiarias. Desde luego, esto fue mucho más diáfano en el proceso de crecimiento secular de la economía regional habanera, a diferencia del centro del país, especialmente en Camagüey, donde se conservaron en mayor medida haciendas antiguas. Cuando estas se disolvieron los nuevos latifundios capitalistas ocuparon de inmediato y con creces su lugar, mientras en el occidente puede hablarse de un efímero momento de propiedad media (azucarera, principalmente), que evoluciona más tarde hacia el latifundio. En esta divergencia (o desfase) del cambio de estructura a escala regional hay, desde luego, un factor importante: en el centro, las explotaciones eran pecuarias y, por ende, extensivas; en el occidente la agricultura comercial para la exportación constituía el elemento esencial de la actividad agraria y representaba una forma superior (no tan extensiva o comparativamente más intensiva) de utilización de la tierra.

Agosti, un crítico de la sociedad*

Es para mí muy honroso hablar aquí esta tarde, en el Día del Escritor, en nombre de la Comisión Directiva que resolvió entregar el Gran Premio de Honor de la SADE a Héctor P. Agosti. Como se sabe, esta alta distinción se otorga periódicamente a un escritor argentino cuya obra merezca ser destacada y señalada al interés y la atención general, por su probada calidad, por su creatividad, por la incidencia positiva que haya alcanzado en el complejo de la vida de la Nación. En este sentido, la obra de este escritor, de este pensador argentino, está concebida para beneficio de la colectividad y ejecutada en un estilo directo y elegante, en un lenguaje de penetrante persuasión, de sobria belleza, de agudo análisis, y de constante calidad literaria, todo lo cual no es sino el reflejo mismo de su estilo mental, señalado y estimado por todas estas cualidades. Un estilo mental que a lo largo de los años y a través y contra adversidades de toda especie, impulsó hacia adelante su coherente contexto de ideas, su imagen de un mundo de justicia y armonía social entre los hombres, poniendo al servicio de este empeño generoso y patriótico su pluma acerada y talentosa, ineludible y viril, en el marco de una forma de pensar crítica, consecuente y metódica. Un estilo mental, en fin, cuyo despliegue operativo lo ha convertido en un escritor combativo, en sociólogo de la cultura argentina, en un analista histórico cuyos objetivos son dejar al descubierto ante la conciencia civil la astucia que procura proponernos valores históricamente exhaustos como modelos de organización permanente.

En unas páginas leídas en este mismo salón, hace ya un tiempo, en 1978, con ocasión de la entrega del Premio Aníbal Ponce a Héctor Agosti, yo señalaba algunos de los méritos que habían movido a su Comisión Directiva para tal premio y que son precisamente los mismos que determinaron a la Comisión de SADE para el de hoy, y no por cierto otros sino sus calida-

* Palabras pronunciadas en el acto de entrega del Gran Premio de Honor otorgado por la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) a Héctor P. Agosti, el 13 de junio de 1983.

des humanas y su talento de escritor, su equilibrio intelectual y la entereza moral puesta de relieve en su límpida trayectoria personal a través de su pugna incesante en favor de la Argentina, sus hombres, sus instituciones básicas, sin incurrir jamás en oportunismo de ninguna especie ni en claudicación alguna y en ninguna de las aventuras a que suele inducir la diabólica astucia del poder y sus beneficios. Su singularidad en la problemática del pensamiento argentino actual lo coloca en el orden de esos pensadores a quienes recurrimos en épocas de crisis, deseosos de orientación serena y constructiva, no palabrera, que coadyuve a la visión concreta de nuestras posibilidades.

La obra de Agosti, por su estirpe polémica, se encuadra como la de Carlos Astrada, Aníbal Ponce, como la de Cúneo o la de Martínez Estrada, en lo que el autor de *Sarmiento y Unamuno* denomina "un acto de fe en la Argentina profunda", es decir, no la Argentina oficial, periférica y librada a los charletas, sino la Argentina que debe ser pensada, repensada, organizada y establecida en una decisión fundacional de vasta proyección transformadora, como también soñó Lugones.

Desde sus primeros libros, incluso desde *El hombre prisionero*, de 1938, libro dolorosamente testimonial, hasta uno de los más recientes, *Cantar opinando*, de 1982, pasando por su magistral estudio sobre Echeverría, radical meditación acerca de nuestro destino como Nación, o el dedicado a *Ingenieros, ciudadano de la juventud, Cuaderno de bitácora, Tántalo recobrado*, y otros, especialmente *Nación y cultura*, Agosti se perfila como un crítico de la sociedad. Ya sabemos bien que en un ambiente arcaico esta expresión asusta, alarma y mete miedo, pero sabemos mejor que sin esta crítica de la sociedad la vida colectiva quedaría cristalizada en formas fecundas y brillantes para el pasado, pero estériles para el presente y cerradas para el futuro. Esta crítica de la sociedad lleva implícita en Agosti una antropología cultural, ya que los supuestos en ambas son paralelos, basados como están en un punto de observación realista de inspiración dialéctica. Para la aplicación analítica de este punto de vista, Agosti toma personalidades y temas claves de la vida argentina, exhibiendo a través de su estudio el proceso de las ideas, pero también las instancias donde aparecen las incoherencias y antagonismos, proponiendo soluciones de base racional. Y todo esto a través de una consecuencia que no hace sino destacar el carácter heroico de sus objetivos, que no son otros sino los de la formación de una conciencia nacional con miras a la autodeterminación en todos los órdenes de la vida

argentina, la política, la *paideia*, las letras, es decir, las formas terminales del ciudadano frente a sí mismo y a la sociedad.

En otra dirección, la obra de Agosti nunca estuvo al margen de la tarea literaria propiamente dicha, a menos que se piense —y desgraciadamente muchos piensan— que la literatura nada tiene que ver con las ideas que la mueven o que mueven a sus autores. Estudiar como ensayista una obra literaria, incluso, como en su caso, para señalar su ideología o procedencia ideológica, es propio de la crítica literaria, y en ese sentido Agosti da pruebas claras en su obra, ya que los objetos que crea la literatura, es decir, la poesía, la novela, el ensayo, pueden ser enjuiciados desde diferentes y hasta opuestos puntos de vista. El de Agosti se define como un punto de mira realista, repetimos, en su metodología y en sus derivaciones. Pero también la crítica es creación literaria en grado eminente. ¿Puede considerarse acaso al margen de la creación literaria los estudios de Lúkacs sobre la obra novelística de Goethe o sobre Novalis, o los de Roberto Giusti sobre Flaubert o sobre Groussac, o los de F. de Santis sobre Leopardi o los de Ernst Robert Curtius sobre Ortega o Proust, sin incurrir en una exclusión cavernícola y vitanda? Cada uno de estos críticos estudia la obra de esos autores en sus relaciones, compromisos y demás con la realidad de su medio. Y a nadie se le ocurriría relacionar ideológicamente a Curtius con Lúkacs, aunque ambos procuran en sus trabajos alcanzar un mismo objetivo. Existe un miedo inmenso por la voz ideología. ¿No está cada una de esas indagaciones inspirada en la voluntad de mostrar el contexto ideológico dentro del cual se mueve la obra literaria, cualquiera sea la transformación que pretenda la obra alcanzar por ese medio? ¿Por qué temer entonces a la palabra ideología, si ella nos permite detectar los motivos profundos, confesados o no, de una obra? ¿Acaso el poema *Recessional* de Kipling no está plagado de ideología imperialista, tanto como lo está el *Carmen seculare* de Horacio y no menos que todo nuestro *Martín Fierro*? Señalar la ideología en cada acto de la vida es inevitable y contribuye a descolonizar nuestra mente y a que nos movamos con absoluta independencia dentro del confuso paisaje de la vida actual.

Héctor Agosti es específicamente un escritor que palpa en la imagen y la palabra la intencionalidad concreta del hombre. Su estilo carece de adherencias retóricas y su autonomía de lenguaje es el resultado de una inteligencia que apunta no a la glorificación del material especulativo, sino a la elaboración de la objetividad indispensable para la comprensión del

mundo. Esto le permite estudiar la cambiante fisonomía del tiempo, echar a volar su generosa advertencia y trabajar firme en su esperanza; estar por encima de toda discrepancia aparente, pero ser el que discrepa del juicio consuetudinario y el que rehúsa la efigie maliciosamente acuñada como única verdad posible.

La Sociedad Argentina de Escritores ha querido reconocer en Agosti su larga y empeñosa tarea en favor de la autodeterminación cultural y su fe en las energías dialógicas de la inteligencia.

NORBERTO SILVETTI PAZ

Una sola devoción esperanzada en el hombre argentino*

Inventado por Enrique Amorim, el gran novelista uruguayo tan arduamente cubierto por el olvido; inaugurado por Jorge Luis Borges, el amigo entrañable que lo evoca en varios relatos de la frontera brasileña; prolongado en nombres tan ilustres como los de Ricardo Rojas, Fernández Moreno o Eduardo Mallea, para sólo mencionar unos pocos significativos, este Gran Premio de Honor representa el recóndito anhelo de todo escritor argentino. Nada pudiera compararse al orgullo de sentir que los pares se han detenido por un instante a valorar todo cuanto uno ha venido haciendo con sincera tenacidad a lo largo de varias décadas. Cuando publiqué *El hombre prisionero*, ese primer libro mío que Dardo Cúneo celebró con fraternales elogios en un periódico socialista, lejos estábamos de imaginar, él y yo, que cuarenta y cinco años después el destino nos reuniría en esta ceremonia que tanto me honra y me conmueve. Tumultuosamente envueltos, él y yo, en las duras batallas por el resguardo de la universidad reformista y de la libre expresión en la cultura, no sospechaba nuestra inagotable alquimia de sueños juveniles que casi medio siglo después iguales lemas enardecerían nuestra preocupación y nuestra angustia de argentinos. No se vea en esto señal de desaliento ni añoranza de esfuerzos vanos, sino porfiada persistencia en un reclamo imprescindible para la salud moral de la patria. Si no hemos perdido las ilusiones ni las esperanzas, si los ideales juveniles siguen fortificando nuestros corazones no obstante las desventuras individuales y colectivas que debieron

* Palabras de agradecimiento pronunciadas en el acto de entrega del Gran Premio de Honor otorgado por la SADE, el 13 de junio de 1983.

soportar, si hemos tenido vigor para preservarlos en su esencia mediante las justificadas correcciones impuestas por el mudar de los acontecimientos, todo ello significa que sigue en pie para los argentinos la tarea de preservar una cultura propia, de protegerla frente a las acechanzas de la cultura impuesta y de comprender que un país es libre, en la plenitud de sus atributos soberanos, por el dominio territorial y la expansión de un aparato productivo a salvo de los monopolios extranjeros que lo aflijen, pero lo es también, y sobre todo, por la capacidad de determinar una cultura propia que lo diferencie en el mundo sin oponerlo al mundo ni separarlo de sus perdurables logros.

Creo humildemente que fue ése el sentido de mi obra. Cuando una dulce maestra lejana me descubrió ojos de poeta o cuando un crítico primerizo me atribuyó un fervoroso corazón de poeta, no aludían a mi improbable vocación para perpetrar poemas sino que acaso barruntaran mi voluntad de recuperar para el ensayo los tonos de una estética inspirada en la razón, incorporándolo por lo tanto plenamente en los dominios de la creación literaria. No fue (debo confesarlo) empeño fácil porque exigía precaverse de la sequedad sociológica, imprescindible desde mi punto de vista para mantener el rigor objetivo, tanto como de los desbordes irracionales del subjetivismo, cuota sin embargo indispensable para que la individualidad literaria pueda manifestarse en el cultivo de las diferencias. ¿Qué es al fin de cuentas un escritor si no un ser diferente y en qué, sino en tales diferencias, podrían reconocerse las grandes cimas en la historia literaria? Un escritor diferente, que es la condición primaria e irrenunciable de la originalidad, no significa en modo alguno un ser indiferente ante la sociedad. Pero la solidaridad social, que aniquila la aberración del individualismo egoísta, importa para el escritor el cumplimiento de deberes muy imperiosos, el primero de los cuales es la fidelidad hacia sí mismo como prenda de la fidelidad hacia sus prójimos.

Porque la literatura no es solamente descripción de realidades o resplandeciente iluminación de la fantasía. Cuando es verdadera, cuando es legítima, abre las compuertas de la premonición, nos revela las sugeribles mudanzas en la inteligencia de los hombres y nos introduce, por su propia condición de poesía, por las circunstancias de adivinación que el vate arrastra como inexorable carga, en los caminos de un mundo anticipado no siempre perceptible a primera vista por el ojo común. La mayor parte de los conflictos entre el escritor y el político, entendidos ambos como partes escindidas de una mis-

ma condición de la inteligencia, ha derivado de la incompreensión sobre el papel renovador de la literatura y de la mezquina exigencia de requerirle provechos inmediatos. Pienso que la solución de semejante problema es fundamental frente a las grandes cuestiones que nos convocan para reparo de la identidad nacional. Suele a veces el político, que tiene una percepción más directa y cortical de la realidad, exigir que el escritor proporcione respuestas instantáneas, y suele el escritor reaccionar ante semejante desafuero con esguinces socarrones cuando no despectivos. El escritor, ya se sabe, necesita sus tiempos, casi como un jugador de ajedrez abrumado por sus conjeturales combinaciones. No es un hacedor de generalidades, como el político de raza, sino un creador de particularidades a través de las cuales el rostro nuevo del hombre y de la sociedad va consiguiendo su relieve. Pero ambos planos no pueden ser contradictorios, porque el provecho político corto no enaltece a la literatura ni sirve demasiado a la política. Frente a las dificultades enormes que agobian al país como conjunto, me parece indispensable superar esta antinomia absurda para dedicarnos juntos a forjar los planes de una cultura propia, tan pervertida por las inficciones de una industria cultural manejada por los mismos monopolios que subvierten nuestra economía, cuanto achicada y bastardeada por censuras y persecuciones que provocaron la desaparición, el aprisionamiento, el exilio y el silencio de tantos escritores argentinos.

Ahora estamos en la tarea de recuperar entre todos las instituciones civiles que nos devuelvan a la condición de país orgánico. Es una tarea ingente que ninguna facción podrá resolver aislándose de la cooperación de la comunidad en su conjunto. Por ello es tan requerido el destierro de falsas antinomias que tanto nos destruyeron en el pasado, por ello es imprescindible sofocar para siempre el sectarismo que ofende como cizaña maldita en las tierras de la inteligencia. En la medida en que sepamos y podamos hacerlo nos encaminaremos hacia la reconquista de una democracia fortalecida, pero estaremos indicando asimismo las posibilidades de una política cultural fundada sobre la libertad de expresión y la pluralidad real de su ejercicio.

No quisiera trazar esta noche el cuadro sombrío de nuestros quebrantos culturales cuyo bochorno mayor es esa terrible deserción escolar que nos sirve como piadoso seudónimo del analfabetismo. El orgullo argentino, la presunción de imaginarnos por encima del nivel medio de nuestros congéneres latinoamericanos, se desvaneció de pronto cuando quedamos sumi-

dos en la sórdida pesadumbre del "apagón cultural". Pero si esa anomalía obstruyó por largos años el comercio íntimo entre el creador y sus clientelas, no implicó sin embargo mutismo ni ociosidad. Los intelectuales argentinos supieron reclamar conjugadamente para que la censura desapareciese y entretanto, calladamente, siguieron produciendo. Bastó apenas un resquicio para que el instinto creador, nunca sofocado, brotara por ejemplo con la fuerza de Teatro Abierto, no obstante las llamas, nada metafóricas por cierto, que vanamente intentaron acallararlo. Traigo este caso porque puede servirnos como indicio de una política concreta para la cultura, doblemente útil para el creador en sus contactos con el pueblo y para el pueblo mismo en tanto vea facilitados sus accesos y comunicaciones. Es cierto que el fundamento de dicha política debe ser la libertad de expresión, y es cierto también que este reclamo compromete la unidad de la cultura, porque durante estos años hemos visto a la matemática moderna sospechada de subversión y a los vectores recubriendo vaya a saberse qué esotéricas criptografías revolucionarias. Pero la libertad de expresión, base y fundamento de la política cultural, no puede ser mera retórica: necesita de cursos prácticos que la conviertan en acto. ¿Qué haría el joven poeta, resguardado en su libertad de expresión por un gobierno constitucional que entre todos debemos establecer y consolidar, si no cuenta con los medios indispensables para que su poesía deje de ser monólogo ensimismado? ¿Y qué hacer mientras tanto para que el pueblo, fuente inmarcesible de la creación, pueda disfrutar sus auténticas manifestaciones a fin de prolongar y perfeccionar la línea de la cultura nacional? La libertad de expresión reclama por lo tanto, a mi juicio, una política democrática concertada en la cual las instituciones representativas de los trabajadores intelectuales queden investidas de participación directa en todas las etapas de planeamiento, elaboración, ejecución y dirección de los programas culturales. Esos grandes planes, propios de una democracia renovada donde la participación reemplace a la delegación burocrática de funciones, no pueden prescindir del apoyo económico a las pequeñas empresas editoriales que fueron, casi siempre, el instrumento para promover nuevos valores individuales o expresiones colectivas de renovación, de avance y de audacia.

No cometeré la impertinencia de trazar un plan circunstanciado, muchos de cuyos antecedentes pueden encontrarse en los congresos que, con tanto empeño para la promoción de una conciencia nacional, supo convocar la Sociedad Argentina

de Escritores. La cultura, y dentro de ella la literatura, no pueden seguir siendo las cenicientas que los discursos oficiales cubren de gloria efímera para olvidarlas al día siguiente con impávida pertinacia. Los fondos necesarios para este propósito no faltan en el país; bastaría con que nos adhiriésemos prácticamente al gran clamor universal en favor del desarme, reduciendo nuestros armamentos y confirmando la conducta de negociaciones pacíficas con todos los pueblos del mundo. La inversión cultural así comprendida es sin duda la más re-dituable para el patrimonio nacional, tanto desde el punto de vista espiritual como material, puesto que, al afirmar y confirmar el sentido de una liberación integral frente a las dependencias declaradas o subrepticias, asume una eficacia que pocas armas pueden igualar en el orden de la defensa nacional. La Argentina lo ha aprendido duramente en el episodio de las Malvinas. A partir de entonces ha percibido claramente la existencia de un mundo imperial que nos es hostil y que, al tiempo que intenta incorporarnos a sus planes de dominio, trata simultáneamente de corromper el hombre argentino y de debilitar sus defensas con una subcultura degradante. A ese mundo imperial se lo ve como dueño irreparable de la técnica y no son pocas las voces, algunas de ellas calificadas y respetables, que piden nada menos que el repudio de la ciencia y la técnica como culpables de la destrucción nuclear que nos amenaza o responsables de que el hombre resulte cada vez más separado de su naturaleza intrínseca, como si para salvarnos debiéramos hundirnos en un irracionalismo colectivo que es la negación de los instrumentos para la libertad, o como si el arte y la literatura debieran erguirse solitarios frente a adversidades tan inicuas. Ni la ciencia ni la técnica son antípodas de la literatura y el arte, ni puede deducirse su perversidad intrínseca por el mal uso que de ellas puedan hacer los poderes dominantes. Se trata de ponerlas al servicio del hombre, que es como decir al servicio de la cultura comprendida en su más ancha acepción de humanismo creador, y en ello habremos de andar juntos artistas y científicos, escritores y técnicos, en esa proclamación de la unidad de la cultura que constituye su esencia. Es el gran desafío que se nos propone a los argentinos para reconquistar y consolidar el modo de vida democrático. Es un gran desafío que no podemos rehusar. Nos encontramos ante una de esas encrucijadas decisivas de la historia en que fuerza es deponer las respetables discrepancias que puedan distinguirnos para coincidir en el sustento de una nación auténticamente soberana por el ejercicio democrático

de sus instituciones civiles, que es la gran esperanza que a todos nos concierne.

Fue éste el sentido primordial de mi obra, centrada en las condiciones de la cultura nacional y en las preocupaciones por la suerte del hombre como sujeto enajenado en los sucesivos desgarramientos de su persona. No he presumido erigir esa obra en verdad absoluta, petulancia que por su solo enunciado agraviaría a la inteligencia. He pretendido, eso sí, mostrar mi lealtad de ciudadano y de escritor. Lo soy esencialmente, raigalmente. En este duro oficio que he elegido (que hemos elegido, queridos compañeros), el escritor va dejando jirones de su vida, va entregando sus padecimientos, la zozobra del insomnio ante la palabra tercamente esquiva, el desconcierto frente a una frase cuyo ritmo se le desbarata, el resquemor de un acento que no encuentra la justeza apropiada, la sensación por ratos melancólica y casi siempre desesperada de que su prosa no alcanza el punto satisfactorio y de que tantas otras deberá recomenzarla como si fuera el adolescente primerizo. Consumido por tales fatigas, el escritor suele ofrecer el aspecto insociable de alguien que deja su cara ante los demás mientras está pensando siempre en otras cosas. Son las cosas que simultáneamente lo destruyen y lo enriquecen, y entre las cuales su alma se va desnudando como una ofrenda ante los suyos, que es decir como una ofrenda ante su pueblo, ante esa instancia donde se transfigura el tránsito y la eternidad del hombre. Y es esto, mi alma despojada de todo adorno, tal como surge de mis libros que son en definitiva una sola devoción esperanzada en el hombre argentino, es esta alma desnuda todo cuanto puedo ofertar a mis compatriotas. No es mucho, pero es todo cuanto tengo. Qué hermoso para mi poder decirlo en esta noche de júbilo mientras mi corazón palpita con una sinfonía de agradecimientos.

HÉCTOR P. AGOSTI

Ciclo sobre el XXX Aniversario de **Los pasos perdidos**

Los pasos perdidos, considerada una de las novelas máximas de Alejo Carpentier y una de las más importantes de la novelesca latinoamericana contemporánea, suscitó gran interés cuando fue publicada por primera vez hace treinta años, repercusión que se hizo mayor cuando recibió en 1956 el premio francés al Mejor Libro Extranjero que originó su traducción a muchos otros idiomas. Con motivo de dicho aniversario el Centro de Promoción Cultural Alejo Carpentier organizó un ciclo internacional de conferencias en las que especialistas extranjeros y nacionales presentaron ponencias sobre dicha obra, en sus más diversos aspectos.

Sobre la "Importancia de *Los pasos perdidos* en el contexto de la nueva novela latinoamericana" —título del mencionado ciclo— versó la conferencia inaugural pronunciada por el doctor José Antonio Portuondo, director del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. Al siguiente día, la primera mesa redonda ofrecía la ponencia del musicólogo cubano Hilario González, "El viaje de *Los pasos perdidos*", de enorme interés ya que fue el expositor uno de los acompañantes de Carpentier durante el viaje que provocó la composición de la afamada novela. En esa misma tarde, la especialista América Díaz habló sobre "Subjetividad y objetividad en el protagonista de *Los pasos perdidos*".

A la mesa redonda número dos comparecieron el profesor y crítico francés Benito Pelegrin que leyó su ponencia "*Los pasos perdidos* y *Paradiso*. Tiempo y mitos", mientras que el escritor cubano Lisandro Otero presentó su trabajo "Las edades navegadas". En la tercera mesa redonda compartieron el poeta y crítico cubano Eduardo López Morales, quien presentó su tesis "Una conciencia crítica en una encrucijada actual", y el profesor chileno residente en París, Raúl Silva Cáceres, quien disertó sobre "El paisaje de la cultura en *Los pasos perdidos* de Carpentier".

En la mesa redonda número cuatro leyeron sus ponencias el cubano Salvador Bueno acerca de "Alejo Carpentier y el Fundador de Ciudades" y el profesor colombiano Isaías Peña

desarrolló el tema "Carpentier y García Márquez: entre el génesis y el apocalipsis". Dos jóvenes escritores cubanos conjugaron sus esfuerzos en la quinta mesa redonda: Eugenio Marrón leyó su ensayo "Aproximación poética a una imagen de *Los pasos perdidos*" y Mercedes Santos Moray su tema: "Crítica de la enajenación-crítica de la evasión".

La mesa redonda número seis contó con la ponencia del cubano Luis Pavón Tamayo sobre "Una pasión americana y un pensamiento universal" y la del profesor peruano Antonio Cornejo Polar "Historia y cultura en *Los pasos perdidos*". En la séptima mesa redonda, el cubano Rogelio Rodríguez Coronel habló sobre "Mito y realidad en *Los pasos perdidos*" seguido por el profesor guatemalteco, residente en México, José Luis Balcárcel, quien habló sobre "Ideología y compromiso en la obra de Alejo Carpentier". La octava y última mesa presentó la lectura de la cubana Luisa Campusano con su tema "Artista y sociedad en *Los pasos perdidos*" y la ponencia "El tiempo en *Los pasos perdidos*" de la profesora rumana residente en Cuba, Ileana Bucurenciu.

Este tercer ciclo internacional de conferencias organizado por el Centro de Promoción Cultural Alejo Carpentier produjo una serie de interesantes trabajos que revelan el gran interés que existe, en Cuba y fuera de ella, por toda la producción creativa del novelista cubano y en especial de la mencionada novela. Pronto aparecerá el primer anuario de este Centro al que pronto seguirán los que acogerán las disertaciones, estudios y ponencias del ciclo que acaba de concluir.

SALVADOR BUENO

Palabras en el Homenaje de la Biblioteca Nacional José Martí a Samuel Feijóo por sus setenta años*

Mucho ha leído, escrito, investigado, trabajado, leído y hecho reír Samuel Feijóo en esta Biblioteca Nacional José Martí, durante años y años. Mucho se le conoce y se le quiere en esta casa, donde está siempre como en familia. Por ello es natural que aquí, en este sitio presidido por el vitral de Minerva, rodeado de sus signos que amamos y de los trabajadores que laboran para él como él labora y crea para ellos, se le rinda este sencillo homenaje de reconocimiento y cariño por sus setenta años o por los que él guste cumplir.

En la alabanza merecida a Samuel, unos preferirán hablar del folklorista, otros del humorista, otros del cuentero, otros del dibujante, otros del maestro, animador y provocador de millones de cosas. Yo agradezco a la dirección de la Biblioteca Nacional, además de esta exposición preparada con manos amorosas y anunciada por el pincel mago de nuestra hermana Cleva Solís, la oportunidad que me brinda de hablar un poco del más desatendido de todos los Samueles: el poeta. Y no sólo en este caso del poeta en verso (el autor de *Camarada celeste*, *Beth-el*, *Faz*, *Himno a la alusión del tiempo*, *Violas*, *Versículos*, *Pleno día*, *El pensador silvestre*, *El pan del bobo*, del cual hablo largamente en otras páginas), sino también del poeta en prosa que es quizás el más desconocido de todos los poetas que hay en el iris de nuestro "sensible zarapico".

Tan apasionada y profunda como la toma de partido de Samuel por los valores de la vida sobre los meramente literarios, fue siempre su irrenunciable vocación de escritor. Al "caminate montés" no le bastaban sus caminatas silenciosas, sus aprendizajes solitarios, sus comunicaciones líricas con el paisaje. Aunque el resultado le parezca insuficiente, angustiosamente inexacto o inferior a lo visto y sentido, necesita escribir su experiencia con el mismo ardor con que necesita vivirla. Si

* Palabras pronunciadas en el acto de inauguración de la Exposición de la obra de Samuel Feijóo con motivo de su setenta cumpleaños, el 3 de abril de 1984 en la Biblioteca Nacional José Martí.

es un agreste caminador incesante, ha de ser también un escritor incesante.

La primera imagen, y tal vez la más poderosa, que Samuel ofrece de sí mismo como escritor, es la de un minero que busca un metal imposible: "Minero que no encuentra y cava su larga caja de sombra, encendido de ilusión; que no haya, pero que se va tornando su otro oro: el perseguido; su otra plata: la sitiada; su otro hierro: el conquistado." No deja de ser significativo que el gozador de la aireada y luminosa intemperie insular, se vea cavando en sí "con pico de lágrimas y de ira". Esta contradicción nos da la medida de la profundidad de su aventura, que es una batalla a vida o muerte por el propio ser.

La voluntad de la artesanía y la insaciabilidad del deseo, se únen para él en el punto incandescendente de un oficio que es destino, torcedor, batalla: "Sienta ya esa feliz unión de mis amistades: la artesanía tenaz, cubierta de la luz de mi feroz deseo." Y todo ello ¿para qué?: "para salud de entraña de sediento, o para nada, para el temporal polvo de la música febril". Entre la Sed y la Nada, el Oficio. Y como norma del cotidiano oficio, aprendida en la naturaleza, no cerrar, no medir, estar siempre abierto a la inspiración del instante, del fresco azar, de la arrasante vida: "Solamente pertenezco a centros arrebatadores."

Esos centros, que imantan la letra, la trascienden siempre. Cuando el poeta mira hacia atrás, hacia lo ya escrito, dice: "apenas me reconozco. Yo siempre fui más que eso". Porque escribir es inevitablemente, de algún modo, cerrar, medir. Pero él insiste: "No me gusta —y a lo mejor no sé— cerrar con letra un poema, ni aún con la presentida suprema belleza literaria." Quiere que el poema *pase* por él como un soplo, como un pez o un pájaro que escapa, "y que hace que yo, solo con mi red de letras, quede temblando y como liberado." Dificilísima poética de quien en nada estima "la letra" y a la vez confiesa: "Escribo como si la suerte del mundo dependiera de mi pluma", declaración que sólo da un índice de entrega, pasión y responsabilidad, no de un orgullo que sería equivalente a la más absoluta humildad. Por si acaso explica: "Escribo con la pasión del tallo que sale, de cuyo brote depende el ciclo de las estrellas...", porque el mundo es una trama en que todo depende de todo.

Pero el poeta es quien no sólo escribe sino que es escrito, espacio vacío, papel "donde una mano extraña escribe". Llegado a esta lucidez del sediento oficio, dice como descubriéndose: "No debo evitar ese *vértigo de la inteligencia, escribo.*" El

escribir como "vértigo de la inteligencia" tiene el riesgo de caer en el vértigo, o la embriaguez, de las palabras, riesgo que asoma a veces, qué duda cabe. Pero siempre se recobra el sentido mejor de la palabra escrita por él y en él: "¡Ah, Poesía, madre ardiente, amorosa, victoria de los pobres...", sentido que es el definitivo "centro arrebatador" de toda su obra en verso y prosa.

La salida del yo (que es probablemente su necesidad más profunda) no se da por la vía del paisaje, ya que, en rigor, el paisaje, desde el romanticismo y antes, se define como la configuración subjetiva de la naturaleza. Quizás el hombre primitivo conoció naturaleza sin paisaje; quizás, en situaciones límite, la conoce el combatiente. No su contemplativo, ni su amante; menos el poeta del yo subjetivo y objetivo que se muerde la cola. Pero hay otra salida: el mundo de los otros, la piedad, la compasión. Ese mundo va ganando terreno en la escritura poética y reflexiva de Samuel a medida que, lenta y desgarradamente, su mirada se va acercando, no ya sólo al paisaje, *sino a la realidad*, entendiendo por tal aquello que se impone al yo y, aunque sea momentáneamente, lo destituye, o por lo menos lo ocupa de tal modo que se olvida de sí mismo, o quiere olvidarse.

Desde el nivel emocional (y pictórico) del paisaje, pasando por el reflexivo y crítico del oficio, Samuel logra abrir, por amor, la brecha hacia "la batalla del hombre", que es lo que podemos llamar, también, comunión con la realidad. Tocamos ya la dimensión realísima, y por ello también novelesca, de la segunda parte de *Faz*, que en las prosas de *Diario abierto* se abrirá a todos los afluentes populares —pobreza, música, habla, fantasía, humor, grotesco— que harán de este libro una mina de intemperie cubana, donde campean la piedad y la risa, el desamparo y la fiesta de los pobres, la letra y su oficio encarnados en gentes concretas, en rostros y voces de pueblo, en personajes realísimos y por ello novelescos como el comandante Padilla, estupendo fabulador, anciano desolado, y en niños, canturías, cuentos que son joyas del regocijo y la sabiduría popular, mágicos circos, hampa orillera, tristeza provinciana, escenas de la insurrección, cópulas de palomas, mariposas, chivos, "eternos ayes" de las madres, triunfo indescriptible de la Revolución: "Ah, no he visto comunión más entera entre un pueblo y sus libertadores del espantoso infierno..." Y ya adentrado en el tiempo revolucionario, escribirá sencillamente:

Con la fragante implantación de la Justicia Social en Cuba; ahora, cuando el guajiro es un hombre; con fami-

lia que come, viste y se educa, YA EL PAISAJE NO SE DIVIDE; ya no es lúgubre por su habitante, el despojado, el mendigo de ayer. ¡Alegría sin fin por esta liberación del paisaje para su amante!

Estas palabras —este originalísimo elogio de la Revolución— solo pudo escribirlas, con autoridad, nuestro mayor poeta del paisaje insular.

En el camino han quedado páginas deslumbrantes y transidas, como "Cantata por las flores", que, aunque no se dice, pero nos lo dijo el poeta una noche en la montaña —¿o soñamos que nos lo dijo?—, brotó como respuesta a la muerte de la madre. En el vacío de la madre, una montaña de flores. En el camino han quedado páginas como nubes, como pájaros, como raíces, como arroyos, como rayos, como lunas y costas solitarias y picos de montañas que el lector recorre gustoso sin necesidad de guía. Están ahí, convidándonos, esas páginas de nuestro paisaje asumido por la poesía, liberado por la Revolución, encarnado en rostros, en rostros.

Poeta de la faz riante y sangrante bañada de lágrimas de dolor o de alegría, poeta solitario del pueblo, ahí están sus prosas como yerbas, como polimitas, hijas de la ira o el hechizo, pólenes de sabiduría, rocas heridas, tenue maná, miríadas de samueles que construyen un hambre de ser únicamente comparable a su hambre de no ser, un yo únicamente comparable a la naturaleza que lo llama, un oficio equivalente al sufrimiento y al gozo que ha cantado.

Y para divertirnos como a niños —fina piedad— también nos deja sus novelas limpias y aireadas, de aventuras silvestres, graciosas o descomunales, y sus cuentos sencillos, de puro regocijo y lección pura, que agradecemos como chispas de rocío cubano, evaporándose con los mismos gallos que cantarán mañana.

Este es el Samuel del que hemos querido decir unas pocas palabras en su homenaje, porque la poesía, raíz de toda creación, flor última del llanto y de la risa, aroma indeleble de la sabiduría, es el don más precioso del hombre. Y a este raro Samuel que hoy abrazamos, no debemos confundirlo con ninguna otra imagen que no sea la figura destinada del poeta. Mírenlo bien, mirémoslo bien, aunque él no quiera y se ponga todos los disfraces imaginables. Sí, uno de los más altos líricos cubanos de todos los tiempos.

CINTIO VITIER



Calendario del marino, encuadernación del siglo XIV, se utilizaba colgado del cinto con una cadena a la parte hecha de cuero que sostiene todas las páginas.

Tres legítimos monumentos a José Martí

Tres libros fundamentales para la bibliografía del Héroe Nacional de Cuba aparecieron en 1983, como parte del homenaje al 130 aniversario de su natalicio: *José Martí. El autor intelectual* del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, *Obras completas. Edición crítica*, tomo 1 y *Otras crónicas de Nueva York*, ambos de José Martí.

José Martí. El autor intelectual, compilación realizada por el Centro de Estudios Martianos (CEM) con la ayuda de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, del Centro de Documentación del Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, de la Biblioteca Nacional José Martí, del Centro de Estudios de Historia Militar, de la Casa de las Américas y de la revista *Bohemia*, se convierte en un libro esencial para el estudio de la influencia martiana en el desarrollo del pensamiento político del líder de la Revolución Cubana.

En la "Presentación" firmada por el CEM se expone que el volumen responde

... a una feliz razón de esencia: la mejor y más cabal interpretación que —de acuerdo con las nuevas exigencias de los tiempos y de la humanidad— ha realizado Fidel Castro de la vida y obra de José Martí, está no sólo en sus textos, sino también en su ejemplar actuación...¹

El propósito de que el libro apareciera en el año del 30 aniversario del Asalto al Cuartel Moncada y la vasta obra de Fidel Castro, han determinado que el mismo sólo contenga una selección cuantitativamente incompleta, que se enriquecerá en ediciones futuras.

Los materiales se ordenan cronológicamente desde 1953 hasta 1981. Al final se encuentran treintidós ilustraciones, cin-

¹ FIDEL CASTRO RUZ. *José Martí. El autor intelectual*. Editora Política. La Habana, 1983. (La "Presentación" no está paginada).

co retratos de Fidel Castro en relación con la efigie de Martí y veintisiete facsímiles de algunas de las páginas de las *Obras completas* (Ediciones Lex, 1948) subrayadas y anotadas por éste en el presidio de Isla de Pinos entre 1953 y 1955.

La historia me absolverá, que inicia la compilación, se publica íntegra, porque ya desde el propio título evoca el recuerdo martiano (en la "Presentación" del CEM se cita el discurso conocido como "La oración de Tampa y Cayo Hueso" —pronunciado el 17 de febrero de 1892— en que éste dice: "La historia no nos declarará culpables"); porque se fundamenta y ratifica la tesis de que es el autor intelectual del Asalto al Cuartel Moncada; y porque se proclama que en aquella gesta

...hay cubanos que han caído defendiendo sus doctrinas, hay jóvenes que en magnífico desagravio, vinieron a morir junto a su tumba, a darle su sangre y su vida para que siguiera viviendo en el alma de la patria.²

Otro mérito de *José Martí. El autor intelectual* está en la feliz iniciativa de divulgar textos inéditos como "Los niños héroes de Chapultepec" (discurso pronunciado el 10 de octubre de 1955 en México) y "Discurso en Palm Garden" (pronunciado el 30 de octubre de 1955 en Nueva York).

El prólogo "Unas palabras a modo de introducción" a las *Obras completas. Edición crítica*, tomo 1, es uno de los nuevos textos sobre Martí de Fidel Castro. En el mismo precisa con admirable síntesis las razones políticas que fundamentan el estímulo a esta compleja y prolongada tarea científica:

Martí es y será guía eterno de nuestro pueblo. Su legado no caducará jamás. En la medida que avanzamos hacia el porvenir se agranda la fuerza inspiradora de su espíritu revolucionario, de sus sentimientos de solidaridad hacia los demás pueblos, de sus principios morales profundamente humanos y justicieros. Bien merece Martí y bien merece su pueblo que la Revolución agradecida, con esta edición crítica de las *Obras completas*, levante un legítimo monumento a la proeza de su genio intelectual y revolucionario.³

² JOSÉ MARTÍ. *El autor intelectual*, p. 64.

³ JOSÉ MARTÍ. *Obras completas. Edición crítica*. Editorial Casa de las Américas, Ciudad de la Habana, 1983. t. I, p. 7-8.

Juan Marinello Vidaurreta (1898-1977) en el prólogo "Martí en su obra" a las *Obras completas* (1963-1973) decía:

Una edición crítica es, como se sabe, un cruzamiento reiterado, tenaz y puntual del ancho campo cubierto por un escritor considerable. El hierro profundo —terco y sensible— ha de remover la tierra céntrica y la vecina, comunicando la escritura con la época y su gente y ofreciendo, al final, esa máquina casi milagrosa, ese conjunto incansable y ascendente que es el entendimiento de un momento histórico a través, de una pupila primordial. *Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido.*⁴

La metodología para *Obras completas. Edición crítica*, tomo I, —según se explica en la "Nota editorial" del CEM— proviene del interés de acercamiento a la citada definición marinelliana. Con modestia, la institución califica el esfuerzo de "primer ensayo" y expone el propósito cardinal: "fijar los textos, después de una confrontación con sus fuentes (manuscritos, fotocopias, microfilmes, impresos) más fidedignas."⁵

El equipo de investigadores del CEM responsabilizado con la edición crítica (Cintio Vitier, jefe, Fina García Marruz y Emilio de Armas), para cumplir con ese propósito, se atiene a los siguientes criterios. Primero: ordenación cronológica de los textos, aunque a partir de 1875-1876 los años se dividirán en las secciones imprescindibles para reflejar mejor las diversas manifestaciones simultáneas de su quehacer intelectual; preparación de tomos únicos sobre la poesía y los apuntes, puesto que no existen fechas seguras para numerosos textos. Segundo: al final de cada tomo se indica la fuente para la reproducción. Tercero: las únicas diferencias del material con la fuente será la rectificación de erratas y la modernización de la ortografía. Cuarto: los impresos publicados por Martí aparecen en las portadillas con los datos bibliográficos literales.

Quinto: se emplean dos tipos de notas; las notas al pie, sintéticas, informan sobre los problemas y variantes del texto o facilitan datos para una comprensión rápida; y las notas al final de cada volumen, mayoritariamente extensas, "son expli-

⁴ JOSÉ MARTÍ. *Obras completas*. Editorial Nacional de Cuba. La Habana, 1963-1973. t. I, p. 9-10. (Los subrayados son míos, A. C.).

⁵ *Obras completas. Edición crítica*, p. 9.

cativas de sucesos, cuestiones históricas, económicas, políticas o literarias, corrientes de pensamientos, publicaciones, problemas especiales que plantean algunos manuscritos, etcétera o bien contienen semblanzas biográficas de personajes que tuvieron un relieve apreciable en la obra de Martí, o en general en la historia de Cuba".⁶

Sexto: se omiten las notas sobre personalidades conocidas internacionalmente como Bolívar y Dante, entre otros. Séptimo: el "Índice general" de cada tomo se acompaña de tres índices complementarios (de nombres, geográfico y de materias); y se anuncia que todos se agruparán en el volumen final. Y octavo: en el penúltimo tomo se juntarán documentos y una cronología de José Martí.

Para comentar los textos incluidos en el primer tomo, se dividirán del siguiente modo. Escritos en Cuba: 1862, carta "A la madre" (primer manuscrito conservado); 1869, un artículo político; *Abdala* (drama patriótico) y seis cartas (tres a Rafael María Mendive, una a Carlos de Castro, otra a Pedro Mendive y la última a la madre); 1871, carta a Rafael María Mendive. Escritos en España: 1871, *El presidio político en Cuba* (testimonio) y cuatro artículos políticos; 1872, un manifiesto sobre el 27 de noviembre de 1871; 1873, *La república española frente a la revolución cubana* (folleto), carta a Néstor Ponce de León y dos artículos políticos; 1874, *Adúltera* (drama), primera y segunda versión (incompleta) y notas de Martí sobre la misma⁷. Escritos en México: 1875-1876, once artículos sobre la vida política cubana para la *Revista Universal*.

La cuidadosa reproducción de *Adúltera* constituye el ejemplo más relevante del carácter científico de la metodología de esta edición crítica y resulta además una lección de rigurosidad en la investigación literaria, hecho que resalta aún más porque el empeño demuestra que —paradójicamente— ésta es una de las obras con menos valores estéticos del Maestro.

Otras cartas de Nueva York es la segunda edición de *Nuevas cartas de Nueva York*⁸, resultado de la investigación de Ernesto

⁶ *Ibidem*.

⁷ En el caso de *Adúltera* se altera el orden cronológico por una razón justificada, puesto que para estudiarse la elaboración y la reelaboración hay que colocar las dos versiones seguidas, aunque la segunda tenga fecha probable de 1877. Además, por primera vez, se incluyen todos los pasajes tachados o sustituidos en el manuscrito, se restituyen los indebidamente suprimidos en ediciones anteriores y se incorporan las observaciones marginales de puño y letra de Martí.

⁸ JOSÉ MARTÍ. *Nuevas cartas de Nueva York*. Editorial Siglo XXI, México, 1980. (El libro está dedicado a Cuba y a Nicaragua).

Mejía Sánchez, quien desde 1956 (aunque con interrupciones) se consagró a la revisión de la colección del periódico *El Partido Liberal* para cotejar las crónicas incluidas en las *Obras completas* (1963-1973). De este examen minucioso se derivó la confección de un índice cronológico de todas las colaboraciones martianas (135 en total)⁹ y la certeza de que había 31 crónicas desconocidas (las que se compilan en el volumen)¹⁰.

En la "Nota a la segunda edición" con que se inicia *Otras cartas de Nueva York*, el CEM informa que la misma "se ha beneficiado con el envío, desde México, de las fotocopias correspondientes por parte de Siglo XXI, Mejía Sánchez y Alfonso Herrera Franyutti: el cotejo realizado permitió intensificar la fidelidad a los textos y contribuir al empeño noblemente iniciado en la edición mexicana de eliminar las numerosas erratas de *El Partido Liberal*"¹¹. La compilación de Mejía Sánchez resulta un precedente esencial para la futura edición crítica de lo que Martí llamó "Escenas norteamericanas".

José Martí: El autor intelectual, Obras completas. Edición crítica, tomo 1, y *Otras cartas de Nueva York* son tres legítimos monumentos a José Martí en el 130 aniversario de su natalicio, porque significan contribuciones fundamentales al estudio de la obra del Héroe Nacional y a la demostración de por qué "es y será guía de nuestro pueblo", de por qué "su legado no caducará jamás" y de por qué "en la medida que avanzamos hacia el porvenir se agranda la fuerza inspiradora de su espíritu revolucionario, de sus sentimientos de solidaridad hacia los demás pueblos, de sus principios morales y justicieros". Y en resumen, de por qué el líder de la Revolución Cubana es su mejor discípulo.

ANA CAIRO

⁹ En el séptimo *Anuario Martiano* (1977) Mejía Sánchez publicó el trabajo "José Martí en *El Partido Liberal*", en el que reseñó las etapas de la investigación y dio a conocer el mencionado índice, el mismo más tarde se incorporó a *Nuevas cartas de Nueva York*, con modificaciones como prólogo y se respetó el índice.

¹⁰ En el tercer *Anuario del Centro de Estudios Martianos* (1980) se divulgaron once crónicas de las treintiuna compiladas en *Nuevas cartas de Nueva York*.

¹¹ JOSÉ MARTÍ. *Otras crónicas de Nueva York*. Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de la Habana, 1983. p. 9.

Llega de Italia

Nos ha llegado de Roma la edición bilingüe (italiano-español) de *L'abisso e le sillabe* (Nuovedizioni Enrico Vallecchi, Biblioteca della Doppia Lettera, 1983), que reúne a dos poetas esenciales cubanos en una selección formada por trece textos de Eliseo Diego (1920) y dieciocho de Roberto Friol (1928). El libro posee un prólogo de Francesco Tentori Montalto, autor a la vez de la selección y de la traducción. Al final, una noticia sobre los autores ofrece al lector italiano breves datos biobibliográficos de los poetas y del traductor, y una nota final advierte que los poemas de Eliseo Diego son parte de su libro *Los días de tu vida* (La Habana, 1977), mientras que los de Roberto Friol proceden de su libro inédito *Recuento del desconocido*.

La poesía de Eliseo Diego es cada vez más conocida para el lector fuera de nuestro país, aún no todo lo que ella merece. Diego es hoy una de las voces fundamentales de la lírica cubana contemporánea, y su influjo se deja sentir sobre algunos poetas de las nuevas promociones. Los trece poemas que Tentori Montalto selecciona ofrecen el tono esencial de su poesía, con una excelente apertura en "La niña del bosque" y un momento climático en "La joven en el teatro", para dar una pareja visión de su quehacer lírico. Por ser estos textos de libro conocido entre nosotros, nos detendremos más en la poesía del otro antologado, con la que ocurre todo lo contrario.

Con Roberto Friol es otra la situación. En verdad, los poemas seleccionados deben de ser representativos del libro que menciona el traductor, pero no han de serlo, seguramente, de toda la poesía de este poeta que merece, por sus quilates expresivos, ser más difundido y comentado entre nosotros. Hubiera sido de interés que el lector italiano conociera también los poemas claves de *Alción al fuego* (1968) y algunos textos singulares que el autor ha publicado en revistas de nuestro país.

No obstante, los poemas de Friol lo muestran en la al parecer su más reciente línea dentro de la creación poética, portador de una poesía sumamente sutil que, sin ser hermética, ofrece la dificultad aprehensiva de su aparente sencillez en la expresión y la evidente hondura en el contenido. Es una poesía

reflexiva, de intención ontológica, con centro en lo que atañe a la existencia humana en su orbe espiritual. Es por ello que los brevísimos poemas, al ser leídos, dejan la impresión (exacta además) de ser concentrados de ideas, de sensaciones y sugerencias. Es una poesía sugestiva en sumo grado, pero ello no se produce en la rápida lectura, sino que pide un esfuerzo comunicativo que va más allá de la propia intensidad de las palabras. Los poemas parecerían fragmentos, observaciones sagaces interrumpidas y hasta podrían ofrecer la sensación de lo inacabado, cuando en realidad todo ello forma parte de la órbita de cada texto, cuya lectura interlineal, o interversal, así como la propia impresión reflexiva del lector, forman parte de su expresión.

Por todo ello, los poemas de Friol no son para la fácil lectura a que a veces nos acostumbra un tipo de poesía demasiado entregada a las propias palabras conformadoras y a un exteriorismo más expositivo que sugerente. Lo demuestra "Ah, tiempo", que es uno de los más bellos poemas del conjunto, o "Hilos", en el que una atmósfera de misterio entre vida y muerte hace pensar en cierto esoterismo, que en verdad no es el punto de mira del poeta.

L'abisso e le sillabe difunde nuestra poesía, la de dos creadores de esencias, en un país donde las voces de Nicolás Guillén, Roberto Fernández Retamar, Fina García Marruz y Cintio Vitier, entre otros poetas cubanos, han tenido buena acogida. Bienvenido el libro, y que no sea ave aislada.

VIRGILIO LÓPEZ LEMUS



Encuadernación de forma romboide realizada en piel de becerrillo carmelita, adornado con filetes, dibujos corrientes con inscripciones romanas, así como un rosetón central, todo ejecutado en oro. Se trata de un Liber amicorum del siglo xv.

LISTA DE LIBROS ADQUIRIDOS EN EL EXTRANJERO*

CANADA

DARÍOS, LOUISE. *Le soleil des morts: nouvelles*. Sherbrooke, Québec, Eds. Naaman, 1982. 178 p.

MACDUFF, ALISTAIR. *Lords of the Stone: an Anthology of Eskimo Sculpture*. Photography by George M. Galpin. North Vancouver, British Columbia, Canada, 1982. (Whitecap Books) 151 p.

ESTADOS UNIDOS

CAPPELLI, ADRIANO. *The Elements of Abbreviation in Medieval Latin Paleography*. Translated by David Heumann and Richard Kay. Kansas, University of Kansas Libraries, 1982. 52 p.

CLARKE, M.L. *The Noblest Roman. Marcus Brutus and His Reputation*. Ithaca, New York, Cornell University Press, 1981. 157 p.

The Treasury of American Short Stories. Selected and with introduction by Nancy Sullivan. Garden City, New York. Doubleday Company, Inc., 1981. 748 p.

ITALIA

GODARD, JEAN LUC. *Introduzione alla vera storia del cinema*. Trad. di Maurizio Ciampa. Roma, Editori Riuniti, 1982. 279 p.

SETTINELLI, WLADIMIRO. *La Fotografia*. Roma, Editori Riuniti, 1982. 151 p.

Se trata de una lista forzosamente parcial.

JAPON

YOSHINOBU INOURA AND TOSHIO KAWATAKE. *The traditional Theater of Japan*. Tokyo, The Japan Foundation, 1981. 259 p.

MEXICO

BECERRIL ALBARRÁN, LIDIA NAHELA. *La lucha por la tierra en la comunidad indígena de San Pedro Amuzgos, Oaxaca, 1970-1976*. México, D.F., Universidad Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1980. 175 p.

Coloquios de Royaumont. El concepto de información en la ciencia contemporánea. 6ta. Edición. Introducción de Marcial Guérault. México, Siglo XXI, 1982. 310 p.

ZAVALA, SILVIO ARTURO. *América en el espíritu francés del siglo XVIII*. 2da. Edición. México, D.F., Ed. de El Colegio Nacional, 1983. 314 p.

SANTO DOMINGO

CÉSPEDES, DIÓGENES. *Seis ensayos sobre poética latinoamericana*. Santo Domingo, R.D., Eds. de Taller, 1983. 218 p.

MATEO, ANDRÉS L. *La otra Penélope*. Santo Domingo, R.D., Eds. de Taller, 1982. 137 p.

Poesía de post guerra: joven poesía dominicana. Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1981. 119 p. ilustrado.

QUIDIELLO DE BOSCH, CARMEN. *Pajaritas de papel*. Santo Domingo, R.D., Editora Corripio, 1982. 112 p.

COLABORADORES

AGOSTI, HÉCTOR P. (1911). Ensayista, periodista, crítico y polemista argentino. Entre sus obras se encuentran *El hombre prisionero* (1938), *El ocaso de la cultura* (1913), *Ingenieros, ciudadano de la juventud* (1945), *Nación y cultura* (1959).

BUENO, SALVADOR (1917). Candidato a Ciencias Filológicas y profesor titular de la Facultad de Artes y Letras (Universidad de La Habana). Autor de *Historia de la literatura cubana* (cuarta edición, 1972), *Temas y personajes de la literatura cubana* (1964), *Aproximaciones a la literatura hispanoamericana* (1967), *De Merlín a Carpentier* (1978), *Cinco siglos de relaciones entre Hungría y América* (1978), *Figuras cubanas del siglo XIX* (1981) y de varias antologías publicadas en La Habana y Budapest.

CAIRO, ANA. Profesora de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana. Ha publicado varios ensayos, entre ellos un estudio sobre el Grupo Minorista.

GARCÍA-CARRANZA, ARACELI. Doctora en Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana. Ha publicado: *Biobibliografía de Don Fernando Ortiz*, *Bibliografía de la Guerra de Independencia (1895-1898)*, *Bibliografía Martiana (1968-1982)*, *Índice de la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí (1909-1980)* y varios trabajos más. En proceso de impresión: *Biobibliografía de Alejo Carpentier* y *Biobibliografía de Carlos Rafael Rodríguez*.

LE RIVEREND, JULIO (1921). Historiador y economista. Miembro del Consejo Técnico Asesor del Ministerio de Cultura. Ex Embajador de Cuba ante la UNESCO. Director de la Biblioteca Nacional José Martí. Ha publicado distintos ensayos y libros basados en investigaciones históricas y económicas de Cuba; entre ellos, *Historia económica de Cuba* (varias ediciones), *La Habana (Biografía de una provincia)*, *Los orígenes de la economía cubana*, *La República: dependencia y revolución*, y otros.

LÓPEZ LEMUS, VIRGILIO (1946). Poeta, crítico y ensayista. Es autor de *García Márquez: una vocación incontenible* (1982) y del poemario *Hacia la luz y hacia la vida* (1981). Ha colaborado en numerosas publicaciones periódicas nacionales. Se desempeña actualmente como redactor editor de la sección de teoría y crítica de la Editorial Letras Cubanas.

RODRÍGUEZ, PEDRO PABLO (La Habana, 1946). Investigador y periodista. Ha colaborado en publicaciones nacionales y extranjeras, en particular sobre temas martianos. Ha publicado un estudio sobre *La idea de la liberación nacional en José Martí*. Actualmente es divulgador de la Dirección Provincial de Cultura de La Habana.

SAÍNZ, ENRIQUE (1941). Licenciado en lenguas y literaturas clásicas de la Universidad de La Habana, investigador titular del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. Es autor de la selección y el prólogo de *Poesía. Los sueños*, de Quevedo, de una

antología poética de R.M. Rilke así como del ensayo *Silvestre de Balboa y la literatura cubana* (1982).

SILVETTI PAZ, NORBERTO. Poeta y escritor argentino. Entre sus obras se encuentran *El mundo extraño* (1956), *La tribulación y el reino* (1959) y *Ensayos elegíacos* (1968).

SIMON, NICOLE. Miembro del personal técnico de la Biblioteca Nacional de París.

SUARDÍAZ, LUIS (1936). Poeta, crítico, periodista. Fue director de Literatura y Publicaciones del Consejo Nacional de Cultura, Consejero del servicio exterior, director de la Biblioteca Nacional José Martí y vicepresidente primero de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Actualmente es director de la Editora Política del CC del PCC. Autor de *Haber vivido* (1966), *Como quien vuelve de un largo viaje* (1975), *Leyenda de la justa belleza* (1978), *Todo lo que tiene fin es breve* (1983), libro que abarca una docena de sus poemarios. Ha publicado también el ensayo *Siempre habrá poesía* (1983) y tiene en preparación un volumen de *Poesías escogidas* de Francisco J. Pichardo, y de consuno con David Chericián, una extensa antología de poetas de la generación del cincuenta.

VITIER, CINTIO. Poeta, crítico, investigador y novelista cubano. Entre sus obras se encuentran los poemarios *Vísperas* (1953), *Testimonios* (1966) y *La fecha al pie* (1981); entre sus trabajos de crítica e investigación, *Lo cubano en la poesía* (1958), *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano* (1968-1978) y *Temas martianos* (1969). Es autor de la novela *De peña pobre* (1978). Durante veinte años fue investigador de la Biblioteca Nacional José Martí. Actualmente se desempeña como investigador titular del Centro de Estudios Martianos y tiene a su cargo la Edición Crítica de las Obras Completas de José Martí.

Esta revista ha sido procesada en el Combinado Poligráfico "Alfredo López" del Ministerio de Cultura, terminada en el mes de noviembre de 1984. Año del XXV Aniversario del Triunfo de la Revolución

04